ALFONSO DEL RÍO

EL ENIGMA DE ANNE WALLACE



Grijalbo

ALFONSO DEL RÍO

El enigma de Anne Wallace

Grijalbo

Para mi equipo DRC.
Sin queja. Sin pereza.
Sin miedo.
Siempre amables

Notas aclaratorias del autor

Esta novela se desarrolla en el contexto del Premio Príncipe de Asturias de 1987. Evidentemente, son hechos ficticios. Y todos sus personajes —salvo alguno secundario— también lo son, a excepción de Eduardo Chillida, quien, en efecto, fue galardonado aquel año. En cuanto a la familia real, presente en el evento, le atribuyo muchas condiciones también de ficción, aunque sí incluyo los nombres, las edades y las circunstancias de sus miembros (así como el discurso pronunciado por el príncipe), para respetar la veracidad del acto de la entrega del premio, tal y como debió de tener lugar. En este sentido, gracias a la Fundación Princesa de Asturias, me he informado del procedimiento, horario, protocolo y decoración de aquella celebración de 1987. Si bien es cierto que, ese año, los galardonados fueron ocho —por vez primera en la breve historia del I premio, ya que hasta el ochenta y seis habían sido uno menos—, por exigencias de la trama (evitar abultamiento de personajes) he dejado en siete el número de premiados. También por exigencias puras de una novela negra, he tenido que crear y revolver entre los «trapos sucios» de unos premiados que, en la realidad, es difícil que existan, de lo contrario, no habrían recibido tan alto galardón, que, como todo el mundo puede ver en su reglamentación pública, exige una extrema pulcritud a todas las candidaturas.

Las frases introductorias de cada capítulo están extraídas de los discursos de distintos galardonados con el Premio Príncipe (o Princesa, desde 2015) de Asturias. Algún capítulo está introducido con frases de Eduardo Chillida, él no las pronunció en la ceremonia de Oviedo (no habló en 1987), pero son suyas y se recogieron en sus escritos.

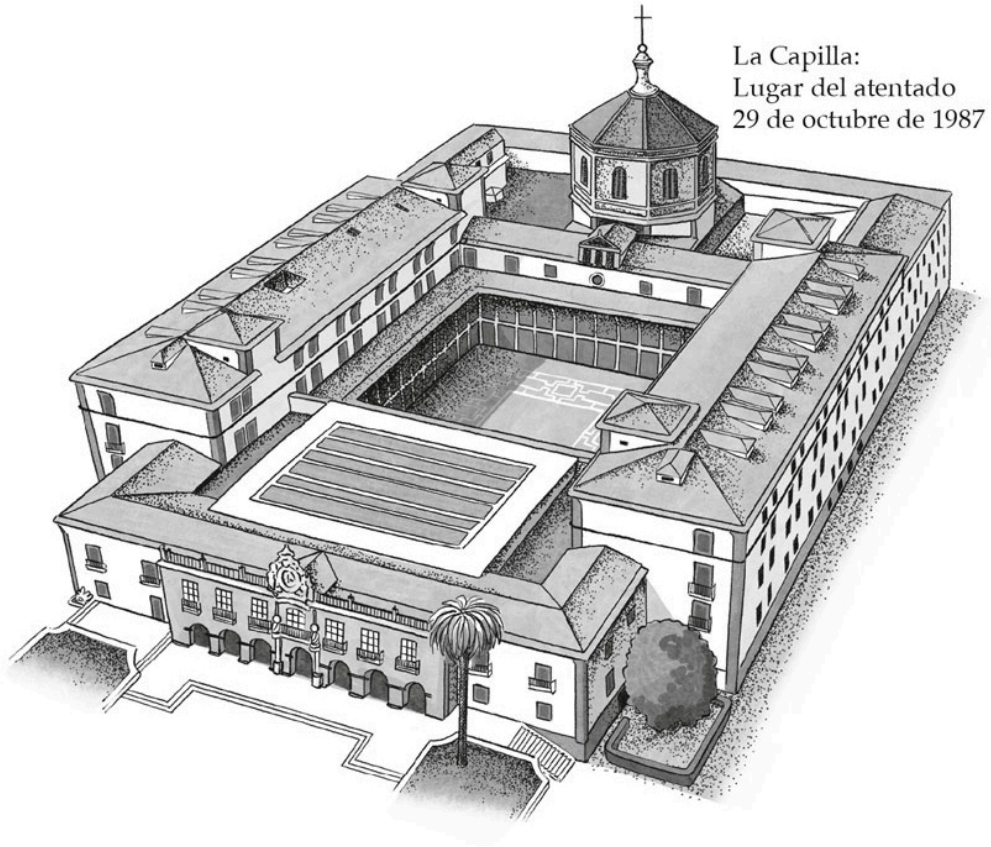
La novela tiene como protagonista a una gran pianista. La sorgina *(fonéticamente se pronunciaría* sorguiña*), o la bruja. Se hacen varias menciones a «su canción» más reconocida. La que la catapultó a la fama siendo niña (historia independiente que se relata en* El lenguaje oculto de los libros*) y que está compuesta sobre la base de sol, fa sostenido y mi. Es una melodía real que yo compuse hace años, pero para instrumento de cuerda.*

Por último, aunque es Chillida el único personaje no ficticio de la obra, esta no pretende ser un relato biográfico del escultor. Lo que pretende, eso sí, es ser un cariñoso homenaje en el centenario de su nacimiento celebrado en 2024, cuando terminé la primera versión de esta novela. Además, muchos de sus diálogos o intervenciones responden a conversaciones reales que he leído sobre él y a la información proporcionada por quienes mejor lo conocieron. He tratado de dar un perfil humano muy fiel de quien fue no solo un gran artista, sino un gran hombre (guiado por una gran mujer). Cualquier circunstancia aquí relatada que lo coloque en el ojo de la investigación o sospecha en la ficción no es más que eso, ficción.

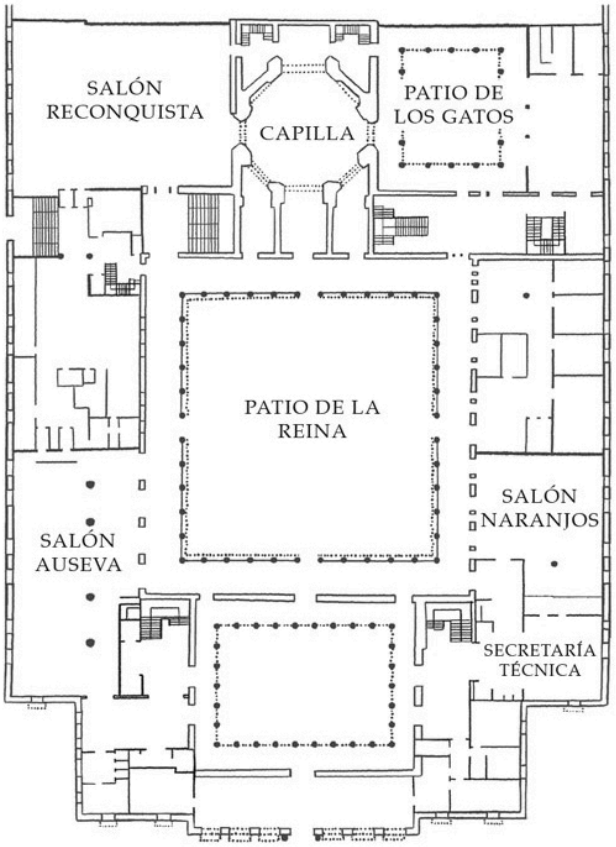
Bienvenidos al viaje. ¿Comenzamos?

Plano del hotel La Reconquista

Antiguo Hospicio Real de Asturias



La Capilla:
Lugar del atentado
29 de octubre de 1987



PLANTA BAJA

Los premiados

Excmo. Dimitri Pavlovich

Nacionalidad: rusa.
Ocupación: embajador ruso en Londres.
Premio de Cooperación Internacional, por su incansable labor de acercamiento entre Oriente y Occidente, por su mediación y lucha por la paz.

Doña Patricia Rodero

Nacionalidad: española.
Ocupación: periodista.
Premio de Ciencias Sociales, por sus escritos valientes y su decidida defensa de la libertad haciendo de altavoz de quienes luchan por la convivencia.

Don Javier Treviño

Nacionalidad: española.

Ocupación: empresario.
Premio de la Concordia, por su incansable dedicación desde sus empresas y desde sus actividades a quienes más lo necesitan, presidiendo varias de las fundaciones más relevantes del mundo en países subdesarrollados.

Señora Anne Wallace

Nacionalidad: inglesa.
Ocupación: pianista.
Premio de Comunicación y Humanidades, por su aportación a la música y a la formación en el arte musical. Es la pianista más prestigiosa del planeta y ha dedicado su vida a la pedagogía y a la composición musical.

Don Eduardo Chillida

Nacionalidad: española.
Ocupación: escultor.
Premio de las Artes, por su reconocida trayectoria internacional en la escultura con piedra y metal, haciendo el arte accesible a todos.

Señor Harry Crane

Nacionalidad: inglesa.
Ocupación: escritor.

Premio de las Letras, por sus trayectorias literarias y audiovisuales que han llegado a todo el mundo, convirtiéndolo en uno de los mejores creadores del siglo XX.

DOCTOR ANDREI KULAKOV

Nacionalidad: rusa.
Ocupación: médico e investigador.
Premio de Investigación Científica y Técnica, en reconocimiento a uno de los más insignes estudiosos de la Medicina y a cuyos avances y resultados debe tanto la historia de dicha ciencia.

Mi prólogo

Soy Anne Wallace. Nací en Londres hace treinta y cinco años y vivo recluida en un acantilado de la costa de Vizcaya. Salgo poco, solo para dar conciertos en distintas capitales o clases en el Merton College de Oxford. Me gusta la soledad. Odio el ruido.

Tengo un don especial. Según los médicos, padezco un trastorno de espectro autista. Un «autismo leve», dicen unos; «particular», dicen otros, por las capacidades intelectuales que me otorga. No lo sé.

Pero, consciente de que soy distinta, estoy orgullosa de serlo. Mis padres y mis mentores siempre me ayudaron a verlo como un don. Tengo una capacidad singular para interpretar lo que veo a mi alrededor. Para interpretar el arte. Para los sonidos.

Toco el piano de una forma única. He dado conciertos por toda Europa, Asia y América. Y no sé si soy la mejor pianista del mundo, como dicen. Solo sé que no he oído tocar a nadie como lo hago yo, aunque a mí lo único que me interesa es alcanzar la perfección melódica.

La gente de mi tierra me llama la *Sorgina*, la Bruja.

Hace varias semanas me dijeron que quizá tenía una enfermedad neurológica de trastorno progresivo: párkinson. Los primeros síntomas fueron bradicinesia, una ralentización de los movimientos y

ligeros cambios en mi forma de hablar que la hacen (más) inexpresiva. Síntomas extraños, aunque no tanto en alguien tan extraña como yo.

Una enfermedad degenerativa. Pero qué importa eso, si la vida es de suyo una enfermedad terminal.

Además…, dicen que puede que haya querido atentar contra la vida del príncipe, hijo del rey de España.

No sé qué razones habría tenido para hacerlo, pero tampoco suelo entender muy bien mis razones. Cuando creo que hay que hacer algo, sencillamente lo hago. Todo sucedió hace un par de días, durante la noche en que se me entregó el galardón del Premio Príncipe de Asturias…

Incidente incitador

INTERIOR. TEATRO CAMPOAMOR Y HOTEL LA RECONQUISTA.

NOCHE DE LA ENTREGA DE LOS PREMIOS PRÍNCIPE DE ASTURIAS DE 1987.

Oviedo brilla en aquel 29 de octubre de 1987.

La celebración del Premio Príncipe de Asturias en el teatro Campoamor toca a su fin. La ciudad se ha engalanado para recibir la atención de todo el país y de buena parte del mundo.

La tarde está revuelta.

Una portada suelta de periódico se desliza por el pavimento llevada por la corriente de un aire desapacible que ha hecho de tenso preludio del evento vespertino. En esa página puede verse la foto de un joven príncipe Felipe y, en la cabecera, una frase sensacionalista.

Las amenazas de atentado van en serio.
El Premio será un fortín.

Y debajo, otras subcabeceras dando cuenta de la amenaza que han recibido en distintos medios a través de fuentes anónimas. «ETA ya ha asesinado a veintiuna personas en junio, en el atentado de Barcelona».

«Pueden buscar un broche de sangre para este 1987».

De pronto, un violento golpe de brisa hace planear hacia la lejanía ese retazo de periódico. Como si los elementos de la naturaleza quisieran borrar de un plumazo las ominosas vibraciones que se ciernen sobre la prosopopeya de la más insigne condecoración del país.

La ceremonia en el teatro ha finalizado.

Los premiados y el príncipe son los primeros en llegar al hotel La Reconquista, donde tendrá lugar el cóctel. El hospedaje fue hasta hace no muchos años un espacio de beneficencia. En 1752 se comenzó a levantar el imponente edificio a instancias de su promotor, Ysidoro Gil de Jaz, con el permiso del marqués de la Ensenada, para convertirse en el Hospicio Real de Asturias. Se buscó un enclave a las afueras del casco urbano del antiguo Oviedo, para evitar mezcolanzas indeseables entre los nobles ovetenses y los huérfanos y apartados del hospicio.

Comenzó así la historia de un palacio con alma que fue celoso guardián de la historia de muchas almas perdidas.

Y hoy, el mismo lugar al que durante siglos se aherrojó a los denostados por el mundo… recibe entre parabienes a aquellos a quienes el mundo admira.

Los premiados van entrando entre un mareante océano de flashes, fotografías y preguntas al vuelo. Harry Crane, el famoso premio de las Letras, se comporta como un *dandy* ante el público y firma autógrafos por doquier. Patricia Rodero, periodista premiada de Ciencias Sociales, es una mujer de exuberancia pretendida que busca ser captada por todas las cámaras. Eduardo Chillida, el escultor, camina adusto pero afable entre el público, seguido de

cerca por el empresario Javier Treviño, al que han concedido el Premio de la Concordia por sus actividades sociales.

A continuación, dos rusos, el insigne médico Andrei Kulakov, premio de Investigación, y Dimitri Pavlovich, diplomático internacional ruso, se llevan también su ración de aplausos… salpicados, no obstante, con algunos abucheos aquí y allá. En torno al hotel se han arracimado protestantes en contra del reconocimiento a quienes consideran comunistas y responsables de la guerra fría entre unos bandos separados por el gran Telón de Acero…

Pero es la Premio Príncipe de Asturias de Humanidades, la pianista Anne Wallace, quien, por su belleza extravagante —salvaje, silvestre —, acapara más focos, más luces, más miradas. Su vestido blanco realza su piel sajona, curtida y tersa. Su pelo entre castaño y rubio se recoge en un tocado elegante y clásico. Su cara atrae mucha atención. Es un rostro que ha captado en innumerables fotografías y portadas. Es un rostro que el público se muere por descifrar. Pero es un rostro de adivinanza sin respuesta.

Tiene una nariz de puente delgado y alargado. Los labios son finos y poco carnosos. La faz es un óvalo simétrico, acabado en punta y conquistado por unos alargados ojos eléctricos bajo unas perfiladas cejas fruncidas, que la dotan de un aire de suficiencia y brillantez.

Tiene una mirada perfecta. Por lo que esconde. Por lo que es capaz de descubrir.

Una vez dentro, en medio de un fuerte cordón de seguridad, los agentes policiales escoltan a los siete premiados y al príncipe Felipe hasta el salón Covadonga, «la Capilla», como la llaman todos, porque fue otrora el templo donde tenían lugar las celebraciones

religiosas del antiguo hospicio. Una sala recogida en planta, pero de gran altura, con dos pisos elevados coronados por miradores orientados hacia el centro de la estancia y una cúpula octogonal iluminada por ocho vidrieras en arco y transparentes.

Es una sala de impactante y atávica belleza.

Y, como broche de oro en una orgía de beldad, una escultura de Eduardo Chillida preside la sala.

En ese momento, cierran el portón central.

Se ha acordonado la zona central de la Capilla, que forma un espacio delimitado por columnas en las que han instalado paneles de cristal reforzado. Los premiados y las autoridades no saldrán de ese espacio. Además, hay varias decenas de hombres armados, de distintos cuerpos de seguridad.

Hasta ahora, el acto del premio ha transcurrido con normalidad y todo está bajo control. Pero dentro de poco llegarán los invitados al multitudinario cóctel y las fuerzas policiales no se relajan.

Aún resta un acto protocolario en *petit comité*, solo para los premiados y don Felipe de Borbón. Se le ha pedido a Anne Wallace que interprete para ellos la pieza que compuso cuando solo era una niña y que la hizo famosa en el mundo entero. Quizá, ante la impactante noticia de su enfermedad, han querido escucharla en la que pudiera ser una de sus últimas actuaciones privadas.

Una enfermedad que quizá la separe del piano, en un tiempo.

Una enfermedad que quizá la separe del mundo, para siempre.

Después, se ha previsto que cada uno de los asistentes pase a saludar a la pianista y, con unas últimas fotos oficiales, por fin terminará el protocolo.

Irrumpe de pronto en la sala de la capilla un piano de cola espectacular. Su piano. Anne Wallace se acerca a él con la majestuosidad que solo confiere la magia. Dicen que es medio bruja, y puede que así sea. Su elegante vestido blanco y el extraño tatuaje que asoma en su hombro realzan esa figura de hada madrina. Musita algo por lo bajo, ¿una oración?, ¿un sortilegio? Se sienta al piano y comienza el encantamiento musical.

La melodía inunda los recovecos pétreos y ancestrales de la magnífica estancia, y reverbera en los oídos de los siete espectadores, que contienen el aliento.

Al acabar la pieza, todos necesitan unos segundos para deshacerse del hechizo y prorrumpir en aplausos.

Un fotógrafo comienza a sacar las placas de cada uno de los premiados y del príncipe estrechando la mano a la pianista.

Por fin, se llevan el piano y traen el vino. Se marchan los aires de Apolo, dios de la belleza y la música, y entran los efluvios de Baco.

La expresión del príncipe parece más relajada. Una inquietud ha constreñido su ánimo durante toda la jornada. El suyo y el de toda la Casa Real. El grupo comienza a distenderse. Hablan unos con otros y toman las copas que se han depositado en la mesa central, ya que los camareros tienen prohibido aproximarse a los invitados. El príncipe se dirige hacia Anne Wallace, que está charlando con un circunspecto doctor Andrei Kulakov.

—Señorita Wallace, soy un gran admirador de su música —le dice don Felipe al llegar a su vera.

—Lo sé —admite ella sin variar un ápice su expresión. Anne no lo mira, pero sigue hablando—: Yo admiro la obra del señor Chillida —

confiesa, y, sin una invitación expresa, se gira para acercarse a la escultura.

El bisoño príncipe se siente instigado a seguirla.

La pianista parece alarmarse de pronto, no sabe por qué. Sus músculos tiemblan con descontrol, puede que a causa de su enfermedad. Anne cierra los ojos y murmura unas extrañas palabras en una lengua olvidada, o quizá una que jamás existió.

Y una combustión violenta y salvaje rompe la atmósfera.

Una explosión que destroza la sala. El cuerpo de la pianista es despedido hacia atrás ante el impacto de la deflagración.

El salón, antes sagrado, es violentado por un mar de fuego, gritos y sangre.

Gritos y sangre de unos insignes premiados que se ven abandonados por una protección que creían férrea. Pero nada ni nadie podría haberlos protegido de aquello. Del atentado más pulcro jamás diseñado.

El crimen perfecto.

I
El Premio

Premio Príncipe de Asturias de 1987

El piano y la muerte

Lo que importa es cómo convertir nuestra diversidad en provecho y no en calamidad.

AMIN MAALOUF,
premio Príncipe de Asturias
de las Letras 2010

EXTERIOR. ACANTILADOS DE SOPELANA Y PUNTA GALEA. VIZCAYA.
CINCO SEMANAS ANTES DE LA ENTREGA DE LOS PREMIOS PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Una mujer joven corre por los acantilados de la playa Roja. La playa de Aizkorri, que se traduce por «piedra roja». Corre con vigorosidad, con desmesura, como si se persiguiera a sí misma. Como si huyera de sus propios fantasmas, a sabiendas de que nunca los podrá dejar atrás.

Llueve con la fuerza que solo propician los vientos del mar Cantábrico.

Pero nada parece inmutar a la corredora. Tiene una constitución delgada, fuerte y fibrosa. Delicada como la lluvia pero salvaje como la tormenta.

Frunce el ceño en un gesto sempiterno de vigilancia y tensión. Está cansada pero no lo aparenta, porque nada suele reflejar su

rostro. Lleva una capucha que le protege la cabeza. En sus brazos parcialmente descubiertos, se dibujan unos tatuajes con unos caracteres escritos en un lenguaje olvidado.

Anne Wallace ama vivir recluida entre esos acantilados.

También pasa temporadas en el Merton College de Oxford, el mismo *college* donde estuvo su querido John Ronald Reuel Tolkien. Mentor de Anne desde los diez años. Una especie de guía espiritual para ella. Uno de los pocos que pudo comprenderla y sacar lo mejor de ella.

Podría permitirse vivir en cualquier mansión, por su posición artística y la fortuna de su familia, pero Anne reside en un sencillo caserío incrustado en esos bosques, en un terreno mágico y apartado. La *Sorgina* vive recoleta y ligera de equipaje.

Atraviesa los últimos boscajes y pedregales hasta vislumbrar su casa.

De pronto, algo llama su atención en la lejanía. Un mínimo punto de luz entre los árboles vetustos que jalonan los acantilados. Una lumbre tan discreta como amenazante que intenta desdibujarse entre los bosques y la lluvia.

Alguien la observa.

Ella lo detecta al instante. Tiene clarividencia para esas cosas. Pero sigue corriendo, como si eso fuera una mera información que guardar ahora y procesar más tarde. La musculatura de su tren inferior se tensa como las cuerdas de un violín en los últimos tramos de subida, más exigentes, hasta su finca. Deja a la derecha el murmullo de un pequeño riachuelo y toma el camino de gravilla que lleva hasta su caserío. Es una preciosa construcción añeja de piedra no uniforme y madera oscura. Un amplio césped de un vivo verdor y

exquisitamente recortado se pierde en el acantilado, en caída libre hasta el mar. Unas tarimas de madera conforman un paseo que discurre por toda la pradera.

Al otro lado del caserío se levantan unas pequeñas caballerizas donde viven Zuria, la vieja yegua con la que aprendió a cabalgar, y Beltza, un caballo joven negro azabache.

A lo lejos atisba a Sheldon, un médico psiquiatra amigo de la familia, con sensibilidad y conocimientos especiales para la condición médica de Anne, que su familia se empeñó en que estuviera habitualmente cerca de ella.

El doctor Sheldon Terry, que vive en los alrededores con su mujer y dos chicos, ha convertido a Anne en una especie de proyecto de vida profesional. Pero más allá de eso, Anne es para él como una hija más.

Y, para Anne, hace tiempo que él dejó de ser su médico. Solo le considera un «experto en ella misma». Al principio, cuando se independizó, después de terminar su carrera musical, él le sirvió de gran apoyo. En la distancia, viviendo temporadas allí, en Vizcaya, y en Oxford —no en Londres, donde residía su familia—, Sheldon había sido un hilo conductor para que no existiera solución de continuidad con lo hasta entonces aprendido. Su madre le enseñó desde pequeña las señales que ella debía detectar en los demás, para intuir cómo comportarse de un modo medianamente correcto en su entorno social. En sus padres había tenido, durante los primeros años de vida, un apoyo que la revistió de confianza a pesar de saberse distinta. Ese cariño incondicional y la admiración que le profesaron su familia y el propio Ronald Tolkien la hicieron crecer. La hicieron *creer*.

Abandonó el miedo a ser juzgada. Y eso… la convirtió en intocable.

Comenzó a destacar en sus estudios, en el arte, en la música. Y pronto se concluyó que nadie podía interpretar una melodía como ella. Le pusieron a los mejores maestros. Pero los mejores maestros quedaron atrás muy pronto.

Obtuvo un puesto de profesora titular en el Merton College y, a diferencia de muchos docentes, ella optó por vivir en las propias dependencias del *college*, en lugar de buscarse una residencia particular. Nunca necesitó más.

Su fama fue creciendo y se convirtió en concertista profesional. Fue entonces cuando decidió volver a los orígenes familiares y residir cerca del mar Cantábrico. En la soledad de los acantilados, de los bosques y de su música. Aun así, siempre mantuvo su vocación por impartir formación musical. Sus clases en Oxford y en distintos conservatorios de Europa pronto se convirtieron en charlas magistrales con afluencia masiva de estudiantes.

Así, en Vizcaya se reencontró con unas raíces que quizá eran suyas o quizá no, pero que la estaban esperando. Descubrió allí una inspiración abisal, una luz negra que también había vislumbrado en las tierras inglesas del Norte, pero que en el Cantábrico se respiraba aún con más intensidad.

Su mentor Tolkien inventó en su juventud, junto con sus dos mejores amigos, Gabriel de la Sota y C. S. Lewis, un lenguaje que bebía de la mitología vasca, con caracteres *tengwar*. Y los mensajes que a ella habían de marcarle la vida, trasladados por sus padres y mentores, son los que habían marcado su cuerpo: tatuajes de trazo

fino y discreto, en su espalda y sus brazos, en un idioma que jamás existió salvo en la mente de sus creadores.

Tatuajes que le recordaban quién era y, sobre todo, quién debía ser.

Y esas marcas, ese amor por lo ancestral, esa música que muchas veces interpretaba con su singular piano oscuro entre bosques o playas…, todo eso le hizo ganarse la fama de ermitaña con un aura acrisolada por la magia, o por la locura.

La fama de bruja.

—¡Hola, querida! —la saluda Sheldon sonriente en el umbral del caserío, bajo un paraguas, mientras la observa subir empapada.

—Mmm —musita ella por todo saludo al entrar.

No sonríe, porque no suele hacerlo. Menos aún cuando está fatigada. A veces atisba un cansancio infinito en el mero hecho de curvar sus labios en un gesto que no significa nada para ella.

Al frenar la carrera, se manifiestan unos pequeños temblores en sus manos. Anne observa que Sheldon repara en ello y chasquea la lengua con fastidio.

—Veo que tus temblores persisten. ¿Diste anoche clase en el conservatorio? ¿Se lo dijiste a tus alumnos?

Anne no contesta. Se acerca a la mesa donde descansa *El Correo Español del Pueblo Vasco* de la mañana. Lo coge y se lo lanza. Él lo recoge en su regazo y lo despliega.

Anne Wallace, la concertista más mediática del mundo, enferma.
¿Un temblor en las manos podría alejarla de la música?

—No ha hecho falta —replica ella sin mirarle—. Ya lo sabían. Ahora todos lo saben.

—Vaya… —dice él, afectado—. Lo lamento.

—¿Por qué? —espeta ella ladeando su cabeza.

Anne no lo pregunta por preguntar. Pregunta para comprender.

—Como siempre, no sé qué decirte, Anne.

—No tienes que decir nada, Sheldon —objeta ella con indiferencia mientras vuelve a acariciarse la sien con dos dedos—. Hablan del posible párkinson. Y no sé de qué más, me he aburrido en la línea cuarenta y tres, y lo he dejado. No te preocupes. Se lo expliqué bien a los alumnos. Fui clara y directa.

—¿Directa tú? —dice él con melancólica sonrisa.

Anne tuerce la cabeza. Sarcasmo detectado. No es fácil, pero con entrenamiento, Anne suele cazarlo. Esta vez sí hace el esfuerzo y dobla sus labios. ¿Medio sonríe? Podría decirse que sí. Eso hace que Sheldon se sienta más a gusto y Anne quiere que él se sienta a gusto. En eso se basa el cariño, le decía su madre.

Sheldon continúa:

—Ha pasado poco tiempo desde que empezaste con la medicación. Puede que la enfermedad se ralentice, pero deberías pedir ya una segunda opinión.

—Has hablado con mi familia.

—Sabes que sí.

—Ya me han buscado otro médico en Londres, especializado en esto. Iré después del premio de Oviedo, lo prometo.

El hombre asiente satisfecho, pero, de pronto, cambia la expresión de su mirada. Pasa de una preocupación a otra. Anne detecta que el asunto es importante. Al menos importante para él (las prioridades de ambos no suelen coincidir).

—Te ha llegado esto, querida… —dice Sheldon con voz trémula, mientras le tiende una carta. Un sobre sencillo y arrugado—. Espero que no te importe, pero la he abierto.

—¿Qué es?

—Una carta de ETA, Anne…

—¿Y qué cuentan?

—Te mandan recuerdos… ¡Por Dios, Anne, se trata de ETA! El hecho de que te hayan concedido el Premio Príncipe de Asturias te vuelve a poner en el candelero. Te piden dinero. Te amenazan…

Ella sigue leyendo la epístola con desinterés. La arroja al escritorio.

—Ahora entiendo que alguien haya estado observándome desde los bosques hace un rato. Sería alguno de ellos, probablemente.

—¿Qué? —Sheldon no da crédito—. ¿Desde dónde con exactitud?

Pero ella ya no lo escucha, mira por la ventana con desidia y vuelve a ponerse la sudadera, que se había quitado.

—Parece que ha amainado un poco. Que saquen el piano a la llanura.

Sheldon chasquea la lengua. Incluso a él le cuesta comprenderla a veces.

—Anne, no es el momento. Estamos hablando de una amenaza de ETA.

—Que saquen mi piano a la llanura…, por… por favor —repite ella.

—Sigue lloviendo un poco.

—La lluvia es solo agua.

Sheldon mira al suelo y suspira.

—El piano ya está fuera esperándote… —rezonga él apesadumbrado. Tan bien la conoce.

Anne se esfuma de la habitación y baja los peldaños de dos en dos. Sale del caserío para atravesar el prado, que se extiende hasta el acantilado frente al mar. Allí, inhiesto y cómplice, está su piano.

El instrumento, construido con una densa madera de ébano, del negro más oscuro que pueda existir, tiene algún detalle de dorado en color oro mate, no bruñido. Es un Steinway & Sons confeccionado expresamente para complacer a la mejor pianista del mundo y sus extravagancias. Uno de los pocos caprichos materiales que se permite.

Un piano que, según dicen, valdría más de un millón de libras, y tiene dos excepcionales particularidades. La primera es que todas sus teclas son negras. No hay clavijas de color marfil y oscuro para los bemoles y los sostenidos como es habitual. La otra particularidad es el tratamiento especial de la madera y de los cerramientos, para que el piano pueda permanecer mucho tiempo al aire libre, por deseo expreso de la pianista británica, que gusta de tocarlo en medio de la naturaleza.

Anne se sienta con urgencia al banco, como quien necesita llorar y no puede hacerlo más que a través de las teclas. Sin calentar, sin preámbulos, comienza a interpretar *Drei Klavierstücke*, D. 946, el *allegro assai, andante*, de Schubert. Una melodía que no tiene respiros.

Sheldon se acerca a ella con tiento. La imagen de Anne desahogándose con ese singular piano en mitad del acantilado le sigue sobrecogiendo.

Una imagen bella e inquietante.

A Sheldon le urge hablarle, pero sabe que el mundo exterior no existe para ella cuando toca. No lo ve, no lo oye. Espera

pacientemente junto al instrumento hasta que las notas finales se difuminan con el viento del norte.

Ella se queda con las manos posadas en las teclas, inmóviles. Mira al infinito. El viento arrebola sus mechones de pelo suelto. Sheldon interviene casi excusándose por romper la magia que esa mujer es capaz de crear.

—Anne, ¿no te das cuenta? Te están amenazando de muerte. Deberías volver a Oxford…

Ella por fin lo mira.

No sonríe, pero casi. No lo mira con ternura, pero casi.

Piensa en sus manos cada día más temblorosas. Hay algo extraño en esa enfermedad, y es que, cuando toca, su cuerpo deja de sentir los síntomas intermitentes de lo que parece ser párkinson. Algún médico le ha dicho que las sustancias que su cerebro produce al crear música hacen que se mitiguen los temblores. Así se compensa absolutamente la carencia de dopamina que provoca su enfermedad. Una enfermedad que permite a sus manos seguir siendo aún sublimes para tocar, pero que quizá en unos años la prive de la música, lo más importante en su vida.

Anne despega sus labios con suavidad.

—¿Y qué más da morir cuando ya estás muerta? —dice.

El cóctel
(según Anne Wallace)

¿No será el único camino hacia la libertad, el respeto a la libertad de otros?

EDUARDO CHILLIDA,
premio Príncipe de Asturias
de las Artes 1987

EXTERIOR. ZABALAGA. GUIPÚZCOA. DOS SEMANAS ANTES DEL PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS. NOCHE.

Entre las montañas y los bosques reverberan las luces azuladas y verdosas de un lugar mágico. Las luces de antorchas encendidas y las crepusculares de un cielo que ya se apaga. Una comitiva reducida celebra un cóctel en Zabalaga, un espacio de fantasía en el que se funden la naturaleza y el metal.

Todos los futuros premiados por el Príncipe de Asturias, así como distintos miembros de la fundación y algunas autoridades vascas, disfrutan de una velada organizada como acto previo a la ceremonia de finales de mes. Eduardo Chillida propuso realizar una escultura para la Fundación Príncipe de Asturias en homenaje a Joan Miró,

que fue quien diseñó la estatuilla que se entrega a los premiados, y que había muerto hacía pocos años, en diciembre del ochenta y tres.

Él y Eduardo se conocieron en 1948 cuando Chillida viajó a París. Por azares del destino, ambos compartieron marchante y galería, y sus vidas profesionales y personales quedaron entrelazadas desde entonces. Chillida y Miró siempre se admiraron mutuamente. La muerte de su amigo y mentor supuso un impacto emocional para el vasco, que le escribió un bello panegírico: «Miró rebelde». Y ahora, con ocasión de la concesión del Premio Príncipe de Asturias, el escultor ha querido realizarle un homenaje más tangible.

Los futuros premiados han sido convocados en la tierra de origen del artista guipuzcoano para inaugurar la escultura donada a la fundación y que presidirá la celebración en el hotel La Reconquista dentro de unos días.

Unas llanuras de verde vivo. Árboles altos, robustos, norteños. Paseos de arenilla que surcan la hierba proponiendo caminos entre lo salvaje. Teas encendidas que crepitan rompiendo la oscuridad y haciéndola más oscura allá donde su luz no llega. Un espacio sorprendente que en el futuro se convertirá en lo que, en la mente de la familia del escultor, ya tiene un nombre.

Chillida Leku. El lugar de los Chillida.

Hay dos construcciones en la finca. Una es la casa habitable, de estilo muy parecido al inglés y oxoniense. Piedra de color claro, tejas a distintos niveles y columnas y dinteles escoltando los ventanales que salpican la fachada.

Pero el verdadero protagonista es el caserío central. Una construcción centenaria, derruida y sin techo para guarecer su interior, pero aun así orgullosa y enhiesta. Como si fuera un soldado

malherido y condecorado. Piedras multiformes unidas para levantar unos muros centenarios. Vetas de madera oscura que se dejan ver en la fachada como guías de su estructura ósea. Como arterias de su cuerpo.

Anne Wallace, a solas, ya ha estado con varios ilustres de la velada. Han tenido que subir todos los premiados al escenario para descubrir la escultura del guipuzcoano, llamada *Ilargia*.

Ilargia significa «luna». O, en su sentido más etimológico, «luz de los muertos».

Después Chillida ha pronunciado unas palabras sobre el porqué de su regalo y homenaje con tan bella escultura a la Fundación Príncipe de Asturias y a Joan Miró.

Fotos, sonrisas y prensa satisfecha.

Anne Wallace deambula a mitad de camino entre el tedio y la admiración por lo que la rodea. Su lenguaje es la belleza y solo está a gusto cuando lo que ve rebosa armonía.

Y allí todo la tiene.

Anne Wallace viste un traje de fiesta largo rojo carmín, sobrio y cerrado, adecuado para la ocasión. Sus ojos bailan de un lado a otro hasta posarse en el escultor y en su mujer, Eduardo Chillida y Pilar Belzunce, anfitriones de la velada.

Quien primero se acerca a Anne es la mujer; a Eduardo justo lo acaba de asaltar uno de los convidados.

—Señorita Wallace, soy Pilar Belzunce, señora de Chillida. Un placer saludarla.

—Encantada, gracias —responde ella tirando de «Manual de cortesía», capítulo uno. Pero pronto la educación deja paso a la curiosidad—. ¿Qué propósito tienen para este terreno?

—La misma tierra nos lo irá diciendo —responde Pilar afable—. Creo que necesitábamos este espacio. En Miracruz tampoco hay mucho sitio.

—Algunas obras de su marido son grandes…

—Lo son. Adquirimos esta finca hace cuatro años, a finales del ochenta y tres. Todo comenzó con una exposición en Burdeos a la que asistimos Eduardo y yo, se celebró en la casa donde murió Goya. Allí coincidimos con Santiago Churruca, vizcaíno como usted.

—Conozco a la familia Churruca.

—Santiago tenía que hacer unas gestiones personales aquí en Guipúzcoa y nos pidió que le trajéramos en coche hasta aquí. Esta finca era de su familia. Él subió a la casa para recoger unos papeles o algo así. Yo lo aguardé en el coche, pero Eduardo se puso a pasear por todo el terreno. Mirándolo todo. Tocándolo todo. Escuchándolo todo. Finalmente nos fuimos y Santiago nos pidió que le acercásemos a San Sebastián. Eduardo no dijo nada en todo el trayecto. En cuanto nuestro amigo se despidió de nosotros y salió del coche, miré a Eduardo, expectante. «¿Entonces?», le dije. Él me miró, como mira él. «Pili, tienes que comprar esas tierras». Así que me puse a ello. No fue fácil: eran varios los propietarios de la familia Churruca desperdigados por el mundo, pero al final lo conseguimos.

—¿Por qué dice «conseguimos» si lo consiguió usted sola? —pregunta Anne adivinando el uso del mayestático de su interlocutora.

Pilar sonríe. Pero no admite mérito alguno.

—Sea como fuere, conseguimos la finca, que nos viene muy bien. Teníamos que buscar un lugar donde alojar sus esculturas. Además, mi marido trabaja con piedra o con metal, como ya sabe. Con el

metal, necesita espacios habilitados para la primera oxidación. Y con la piedra requiere un taller al aire libre. Con grúas y mecanismos que puedan moverlas.

Anne se queda pensativa. Mira a su alrededor. Y después al escultor, que está hablando con un invitado.

—No creo que las motivaciones de su marido para adquirir esta finca sean meramente prácticas. Me parece que usted tampoco lo cree.

Pilar sonríe de nuevo.

—Él pretende que esto sea una obra de arte en sí misma. Para él, la *lurra*, la tierra, tiene una fuerza muy particular. Quiere representarlo aquí. Ha dicho que quiere que esto sea su «pequeño País Vasco». Veremos en qué acaba. Puede que acabe siendo un lugar para que él trabaje, para que traiga sus obras…

—O puede que se convierta en su propio museo —apunta Anne.

—Quién sabe. Él lo decidirá.

—No, lo harán ustedes dos. Él la necesita. Usted es su pilar más firme.

—Lo llevo en el nombre…

Anne medio sonríe. O quizá no. Sigue preguntando.

—¿Y el caserío?

—Le gusta…

—Está roto, pero no está muerto. Pocas veces he visto un edificio tan vivo.

Ambas miran el edificio. Derruido y orgulloso. Sus muros de fábrica mixta desafían la intemperie a pesar de haberse quedado sin techumbre. La mampostería y la sillería lucen inermes esperando que alguien las llame de nuevo a la vida. Para mantenerse en pie,

son de ayuda los dos contrafuertes triangulares que surgen como alas a la espalda de la fachada sur. Y en la entrada principal, entre los entramados de madera, aún se distingue el escudo familiar original de los Zabalaga.

—No está muerto, pero necesita que alguien lo resucite —apostilla de nuevo la pianista.

Por fin, se acerca el escultor.

Con expresión afable, elevando sus pobladas cejas, irrumpe sonriente en la conversación que ha escuchado de lejos.

—¡Hola, señorita Wallace! Encantado. Hablaba usted del caserío, ¿verdad? —dice señalando la construcción—. Puede que acabemos guardando aquí algunas obras, pero este maravilloso lugar no será un museo, sino la señal de que soy de aquí. No quiero reconstruirlo, sino dejarlo firme y seguro tal como está, para llenarlo de una estructura contemporánea: quiero que se vea el hoy y el ayer. Darle la libertad de ser que a veces nosotros no tenemos —dice mientras lanza furtivas miradas al villorrio. Después extiende sus brazos como si quisiera abrazar todo el terreno—. Esto es la prueba de que la escultura y la naturaleza pueden integrarse, ¿no le parece? —le pregunta Chillida sin aspavientos.

Pilar asiente para sí, como quien oye un discurso que ya ha escuchado muchas veces, y se dispone a dejarlos solos. Sabe que uno de los dos anfitriones ha de estar pendiente de la fiesta. Ella ya ha hecho su labor presentando a los dos artistas. Acaricia el hombro a su marido y lanza una sonrisa a la señorita Wallace antes de perderse en el cóctel.

Lo suyo es ocultarse y desaparecer. Ser el verdadero sillar de esas tierras, de esa obra… y de ese escultor.

—Esta tierra es especial —confirma la pianista—. Pero no puede arrogarse usted mucho mérito, haga lo que haga. Este paisaje que le hace de corte ya venía creado.

—Podría decirse, sí. ¿Cree usted en el Creador, señorita Wallace?

—Supongo que creo en las personas. Solo en algunas. Por mi condición, no puedo fiarme de todas. Mi mentor fue Ronald Tolkien. Él me explicó la belleza y el arte, desde su visión teologal. Y yo creo en él. Por tanto, creo en la Belleza.

Eduardo Chillida sonríe y se encoge de hombros.

—Yo tengo fe… La razón quiso quitármela en muchas ocasiones, pero no lo consiguió. Más bien me ayudó a mantenerla, ya que gracias a ella supe que la razón tiene límites y que, por lo tanto, hay espacios a los que no llega. Estos espacios son solo accesibles para la percepción, la intuición y la fe, esa hermosa e inexplicable locura. ¿Cómo son posibles, sin Dios, el amor, el mar y la tormenta? —se pregunta a sí mismo en un susurro.

Anne guarda silencio un segundo. Y después pregunta:

—Toda esta ceremonia… ¿se va a postergar mucho más?

Eduardo enarca sus abultadas cejas, divertido.

—¿Acaso le resulta aburrida?

—Mucho —dice ella con abulia e inocencia, pero sin mirarle a los ojos.

—No se preocupe, señorita Wallace, no queda nada…

Anne suspira y da por terminada la conversación. No se encuentra bien. Tiene algún escalofrío. Será por el relente aire de los bosques. Lleva ya un rato notando cierta indisposición, no sabe si por lo incómodo que le resulta el acto o por alguna otra razón. Decide

llevar la copa que sostiene a sus labios. Quizá el vino la haga entrar en calor.

Bebe, pero algo no va bien. Le tiembla la mano y sus dedos no pueden sujetar la copa. Es como si pesara veinte kilos, se le desliza y cae provocando un chasquido con tintineos que ella traduce en mil notas musicales, mientras los demás solo oyen ruido.

Anne mira sus manos. Sus herramientas de trabajo para crear sonido. Le tiemblan. Sus manos no pueden fallarle. Puede asumir perderlo todo, pero no sus manos. Como si sus miembros inferiores la hubieran escuchado y, envidiosos, se rebelasen, también flojean y ella cae a plomo al suelo.

—¿Qué me pasa? —musita sin desesperación, casi con curiosidad.

Chillida se agacha para ayudarla.

—¿Está usted bien, señorita?

—Resulta evidente que no —responde ella sin mirarlo.

El escultor se azora y se gira hacia los demás.

—¡Ayuda! ¡Un médico, por favor! ¡Un médico!

Los periodistas que asisten a la fiesta toman fotografías. Quizá la estrafalaria y sublime Anne Wallace pueda ser noticia.

Un hombre de unos cincuenta años se acerca. Eduardo lo reconoce inmediatamente como otro de los siete premiados: el médico premio de Investigación Científica.

—¿Qué le ha ocurrido? —pregunta con su fuerte acento ruso.

—Doctor Kulakov, la señorita Wallace está sufriendo algún tipo de ataque…

—Tranquilo, a partir de ahora, yo me ocupo de ella.

El menos malo

> Lo que la Historia unió los gobiernos se encargan a menudo de desunirlo.
>
> MARIO VARGAS LLOSA,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Letras 1986

INTERIOR EN COMISARÍA. EXTERIOR EN ASTURIAS.

DÍA DEL PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS Y DEL ATENTADO.

Imagen en primer plano de unos discos de hierro. Unas pesas de gran tamaño, unos brazos poderosos tiemblan al levantarlas. Bajan y suben con un esfuerzo titánico al alcance de muy pocos.

—Diecinueve…

Lucas Bieda está en el banco del gimnasio. Quiere pensar que no solo está entrenando su fuerza.

Se está entrenando para sufrir.

Sufrir para ganar a la edad, a la que mantiene a raya en una lucha incesante abocada a la derrota. La cuestión es demorarla. Él es un experimentado policía, curtido ante el terrorismo, y con más cicatrices que un perro callejero, marcas que recuerdan todo el tiempo vivido, durante el que ha esquivado la muerte.

Se dice que la única razón por la que Bieda aún no es leyenda es precisamente que no ha muerto. Y pretende seguir soslayando ese honor.

La cicatriz más reseñable no se la hicieron en una reyerta. Su cicatriz más característica le atraviesa la cara desde la ceja hasta la barbilla. Le surca la faz, pero también el alma, porque le recuerda a una niñez arrebatada. Una infancia demasiado dura de la que tan solo se llevó esa alforza que divide su rostro.

Tiene aire de extranjero, de nórdico, con el pelo rubio largo despeinado (no desordenado, más bien sin peinar) y ojos pequeños verdes. De tez pálida, muestra una cara afinada y una mandíbula marcada y prominente que le confiere cierto aire fiero. Es de constitución más fibrosa que gruesa, y su gran altura le da una esbeltez que no parece querer lucir. Sobre todo, es su actitud montaraz lo que lo vuelve enorme a ojos de sus enemigos. Con el cuerpo perlado de sudor, hace un último esfuerzo. El más importante. El que le instruye para sobrellevar el dolor y no refugiarse en la comodidad de quedarse dentro de los límites. Tensa cada uno de los músculos con trémulos movimientos para levantar el peso hasta su sujeción, provocando un clonc metálico.

—… y veinte, joder.

Se incorpora en el asiento. Jadea. Sus hombros se levantan y descienden con una cadencia que le ayuda a ir recuperando el umbral habitual de sus pulsaciones.

Está en el austero gimnasio de la comisaría, donde se entrena cada día a primera hora de la mañana, antes de comenzar la jornada. De pronto, uno de sus compañeros irrumpe en la sala quebrando su único momento de paz. Su único momento de silencio.

—¡Jefe, ha llegado un aviso! Han saqueado la iglesia de las Esclavas del Sagrado Corazón, en el centro. Al párroco, el padre Sagardía, lo han debido de noquear y han robado algún ornamento valioso.

—Estamos rodeados de hijos de puta sin alma —dice él con su voz rota. Una voz grave, que sonaría amenazante aunque recitase un poema—. ¿Quién va?

—Bueno, la gente está a tope con el premio.

Bieda resopla. El premio. Hoy Oviedo estará paralizado. Es cierto.

El joven policía sigue hablando con más cautela, como si no quisiera tocar un tema en el que Bieda pudiese verse preterido, pero se viera abocado a hacerlo.

—Ya sabe que Expósito tiene a todos los operativos ocupados en eso.

—A todos los operativos menos a mí, por lo que tengo entendido… —bufa al pronunciar el apellido de la superiora, Clara Expósito—. No te preocupes, Luismi. Ya voy yo, y os cuento después.

—Le acompaño.

—Voy en la moto.

—Mejor se va usted solito.

Bieda sonríe sardónico.

—Me lo imaginaba. ¿Qué sabemos?

—Entraba el cura a primera hora en el templo y, en cuanto lo ha abierto con las llaves, le han dado un golpetazo y lo han dejado en el suelo inconsciente.

Lucas suspira con impaciencia, se levanta y gira el cuello haciendo rechinar sus vertebras. Comienza a caminar hacia la puerta mientras niega con la cabeza.

—Estamos rodeados de hijos de puta…

Veinte minutos después, una motocicleta surca el centro de Oviedo saltándose todos los límites de velocidad. Lucas Bieda, acoplado a la montura y con la gabardina ondeando al viento, se esconde tras un casco de cristal oscuro ahumado.

Después de aparcar cerca del parque de San Francisco, se adentra en el pequeño templo. Mira a su alrededor y se acerca a un grupo quejumbroso que ocupa unos bancos del fondo.

—Buenos días. ¿Cómo está, *pater*? —pregunta cuando llega a la vera de un sacerdote con cara de bonachón, atendido por un par de señoras que están haciéndole un apaño con gasas y mercromina.

—Bien, bien, no ha sido nada.

—¿Lo han dejado inconsciente?

—Ha debido de ser solo un ratito, estoy bien. La pena es que hayan saqueado la iglesia.

—Eso he oído. Por eso vengo —dice mientras enseña la placa de policía—. ¿Qué se han llevado, padre?

—Lo mejor que teníamos. Una custodia de plata con ornamentaciones de oro. Fue una donación de hace mucho tiempo de algún aristócrata asturiano, si no recuerdo mal.

—Pero ¿no han cogido nada más? ¿Ni dinero del cepillo, ni otros objetos de orfebrería que pueda haber, como cálices, patenas y demás?

—No…, vamos, creo que no.

Bieda se dispone a fumarse un puro, pero al colocárselo en los labios piensa que igual queda regular eso de fumar en una iglesia.

Así que se lo deja en la boca sin prender. Masculla algo por lo bajo.

—Si han venido solo a por la custodia es que sabían qué buscaban. Y eso significa que son expertos en el mercado negro.

—Pues no lo sé, hijo, no lo sé…

—Yo sí lo sé. Esto me suena a robo por encargo. Me suena a un pájaro de por aquí. Usted cuídese, voy a ver si recupero la custodia —dice, y desaparece tras dar una media vuelta de lo más melodramática.

Una vez en la calle, busca una cabina telefónica próxima. Mete unos duros en la ranura y comienza a hacer llamadas. La persona a la que busca resulta inaccesible en su empresa y también en su vivienda particular, de la que ha conseguido el teléfono.

Le queda un tercer lugar donde visitarlo…

El club de golf de Castiello es un campo decano en Asturias que lleva casi treinta años abierto, situado a pocos kilómetros de Gijón, en un promontorio de la parroquia de Castiello de Bernueces.

Un paraje clásico de armonía, orden y buen gusto…, hasta que irrumpe en sus instalaciones una figura que desentona.

Bieda entra en la casa club con cara de pocos amigos. Quizá porque no tiene demasiados.

—Buenos días, me gustaría saber si don Ramón de Tomás está por aquí.

—¿Quién lo pregunta? —inquiere el encargado con recelo.

Lucas sujeta con sus labios el puro aún apagado y se lleva la mano al bolsillo para sacar su placa.

—Lo pregunto yo.

—Perdone, sí. El señor De Tomás ha venido hace poco. Si no me equivoco, tiene salida en el *Tee* del Uno dentro de unos minutos. ¿Quiere que le avise?

—No, por favor. Soy muy de dar sorpresas —dice mientras le guiña el ojo al hombre y se da la vuelta para dirigirse al interior.

Atraviesa un pasillo con elegantes sofás y enseguida entra en la cafetería, el punto neurálgico de los encuentros sociales. Al fondo, en una de las mesas pegadas a la pared acristalada que da a los cuidados jardines del club, divisa a su presa. Luce un exquisito atuendo de golf, calzas largas y zapatos de clavos, chaleco de pico sin mangas y un polo grueso de manga larga.

Ramón de Tomás es el mayor comerciante de joyas del mercado negro del norte de España. Un tío listo que se enmierda lo justo, como bien sabe Lucas, solo en operaciones concretas con las que puede hacer mucho dinero. Tiene varias joyerías legales. «En las que seguramente blanquea lo conseguido en negro», piensa el policía. Bieda tiene la corazonada de que, si la sustracción se ha producido de una forma tan limpia y yendo solo a por un botín concreto, hay muchas posibilidades de que sea un robo por encargo. Y los robos por encargo se hacen para un comprador (también concreto) que ha pedido la pieza en cuestión. Es decir, el tipo de encargos que recibiría alguien como Ramón de Tomás. Es solo una intuición, pero tiene muchos visos de fiabilidad, y Bieda suele ser muy de intuiciones.

El policía enciende el puro con parsimonia, ¿con altanería, incluso? Y sonríe desde lejos a su víctima. Puede que ese hombre sea el culpable del robo en la iglesia o puede que no. Pero desde luego no

es trigo limpio, y a Bieda siempre le gusta tocar las narices al trigo sucio.

—¡Señor De Tomás, qué sorpresa! —grita, y todos los presentes se vuelven en busca de la procedencia de esa voz ronca.

Ramón de Tomás lo ve. Niega con la cabeza, con gesto serio da unas inaudibles indicaciones a sus hombres y se largan todos de allí, en dirección el campo de golf, saliendo por otra puerta.

Lucas va tras ellos con urgencia. Casi celebra esa actitud huidiza; eso puede significar que se halla tras la pista correcta. Cruza como una exhalación el restaurante, seguido por las miradas indiscretas de muchos de los socios del club. Desplaza varias sillas y alguna mesa en su avance, porque en general los locales no están hechos a su medida. La medida de un hombre sin medida. Un hombre invasivo, que cimbrea al andar como si necesitase más espacio que el común de los mortales.

Cuando sale, divisa al señor De Tomás a lo lejos. Lo ve tomar un cochecito de golf, un *buggie*, que acelera para adentrarse en los verdes e infinitos campos del club Castiello.

Los dos hombres que acompañaban al joyero se interponen en su camino.

—Perdone, caballero, este es un club privado.

—No soy un caballero, pero sí soy policía.

—¿Y tiene usted una orden?

—Es que yo soy más de desorden.

—¿Perdone?

—Nada, que solo quería hacerle un par de preguntas al señor De Tomás.

—En este momento no puede atenderle. Lamentamos decirle que tendremos que acompañarle a la salida. Seguro que puede hablar con don Ramón en otro momento.

Bieda da una calada al puro y refunfuña. Pasea la yema de sus dedos por uno de los surcos de la cicatriz de su cara. Como cada vez que algo lo pone nervioso.

—Está bien, está bien —accede sumiso dándose la vuelta.

Sale hasta el aparcamiento donde lo espera su Honda, escoltado por los dos hombres de De Tomás. Su presa estará ya perdida en la profundidad de los bosques del campo de golf, en su maldito cochecito.

Le mata tener que abandonar así la pista.

«Bieda, no hagas lo que estás pensando…», le advierte su conciencia.

—¿Saben qué? —dice de pronto mientras se detiene y se gira hacia ellos. Los mira a los ojos. Uno de ellos es grande, el otro es más menudo, pero se le ve en forma—. He cambiado de idea. Creo que voy a hablar con el señor De Tomás ahora. Es que ya que he venido, es tontería no aprovecharlo.

«A la mierda, claro que sí…», le recrimina esa misma conciencia, arrumbada al olvido como casi siempre.

—No lo ha entendido, señor.

—Sí, sí, de verdad que lo he comprendido. Pero es que voy a hablar sí o sí con su jefe. No sé si quieren dejarme pasar desde ya o prefieren que los convenza.

—¿Convencernos?

—Sí, tengo un dominio de la dialéctica que ni en la Grecia clásica, ¿quieren comprobarlo?

Y de la misma, lanza un puñetazo al hombre de más tamaño en la mandíbula. Lo hace rápido para cogerle con la guardia baja y desactivar temporalmente al que representa mayor amenaza de los dos. Su compañero se abalanza sobre el policía y lo agarra por el cuello. Bieda prefiere ignorarlo y continuar la pelea contra el grande, cargando con el peso del delgaducho a su espalda. Aprovecha para tirar una patada al estómago al contrincante, que aún está recuperándose del mandoble en la jeta. Después, lleva las manos a su cuello y se deshace del «abrazo» inocuo que el otro está dándole. Lo coge por los brazos, lo eleva por encima de su cabeza y lo lanza. El hombre da una voltereta en el aire y cae sobre el compañero.

Con ambos adversarios en el suelo, corre hacia la moto. No quiere esperar a que se recompongan y le planten cara o, peor aún, avisen a su jefe. Enciende el motor haciéndolo rugir con un par de acelerones intimidatorios y hace derrapar la rueda trasera en un giro de ciento ochenta grados al redireccionar el vehículo hacia los campos de golf.

«¿Seguro que esto es una buena idea?», se pregunta a sí mismo Bieda.

—Quizá no. Pero las malas ideas suelen tener resultados interesantes —musita para sí el policía mientras gira la muñeca que sujeta el acelerador hacia atrás con virulencia.

La Honda sale como una exhalación hacia el club de golf Castiello, que probablemente recordará ese día para siempre: el día en que una bestia acoplada en una motocicleta de gran cilindrada atravesó los cuidados campos de golf de sus instalaciones.

Gracias al cielo, no hay mucha gente en el campo a esas horas. Bieda al menos tiene la decencia de respetar los *greens* de cada

hoyo y dejar la huella de las pesadas ruedas solo en las calles de los hoyos o en el *rough.* Como si de un animal cazador se tratase, gira su cabeza con movimientos rápidos, desperdiga su mirada de lado a lado buscando a su presa en las distintas áreas del enorme campo de golf.

Hasta que la divisa a lo lejos. Pero De Tomás también lo ve a él e intenta escabullirse entre los bosques que separan un hoyo de otro.

Con cuidado de no caerse de la moto, el policía atraviesa también el pequeño boscaje y se planta en la calle del que llaman «Hoyo del río», porque está surcado por un riachuelo que dibuja varios meandros en el verdor del césped y forma al final un pequeño estanque.

De Tomás ha usado uno de los pequeños puentes sobre el agua para alcanzar la otra orilla, donde acaba el hoyo. Bieda intuye que podrá darle alcance antes de llegar al fin del claro. Pero al atisbar el paso de madera del estrecho puente, repara en que Ramón de Tomás ha sido lo suficientemente sibilino para dejar atravesada en horizontal, en el minúsculo viaducto, una de las bolsas llena de palos de golf. Obstáculo que Lucas sabe que no podrá sortear con la moto, salvo que se apee de ella misma y lo retire. Pero eso daría tiempo suficiente a don Ramón para desaparecer de nuevo entre el siguiente grupo de árboles.

Así que, al echar un ojo a su alrededor, vuelve a tener una mala idea. Y vuelve a acallar una conciencia demasiado cansada de ser ignorada. Da un acelerón y conduce hasta un pequeño promontorio que puede hacerle las veces de rampa de salto.

«Qué cojones, Bieda…», se musita a sí mismo, consciente de que la decisión ya está tomada.

La Honda toma la pequeña rampa y el policía tira del manillar con fuerza para salir impulsado y volar por encima del río.

Qué pena de foto.

La moto sobrevuela el riachuelo y aterriza al otro lado, con su conductor inexplicablemente ileso.

Sin tiempo para regodearse en su hazaña, acelera de nuevo para alcanzar a una presa que ya no puede escapársele.

—¡Pare, señor De Tomás, si solo quiero charlar! —le grita al ponerse a su vera a una velocidad irrisoria.

—¡Está usted loco!

—¡Eso dicen, pero pare el puto cochecito!

—Ni lo sueñe —le responde el otro mientras vira hacia la moto para intentar derribarla.

«Pero qué coño… —musita el policía esquivando el embate que casi lo tira al río que están bordeando—. Pues nada…, por las malas».

Se pone a la retaguardia del *buggie* y toma uno de los palos de la otra bolsa que está sujeta detrás. Después, cual lancero en una justa de la Edad Media, se apresta a embestir con un hierro cinco en ristre el vehículo de su presa.

Consigue clavarlo en medio del eje de las ruedas.

Y el coche vuela.

Y su ocupante también.

«Pues ya estaría», piensa Bieda. Apaga el motor de la moto y la deja aparcada. Saca el puro que ha comenzado hace un rato y lo vuelve a encender con una cerilla que agita en el aire una vez prende el habano. El cochecito está volcado a pocos metros en el césped. Y el señor De Tomás se encuentra en el riachuelo, cuyo

calado no alcanza más allá de unos pocos centímetros. Sentado, se toca un hombro que parece lastimado. Desde el lodazal mira al policía.

—Está usted loco. Voy a demandarlo por esto…

—Pues a la cola. Creo que están montando un club.

—¿Con qué derecho me ha atacado usted?

—¿Yo? Si no he hecho más que defenderme. Usted ha arremetido primero contra mí con su vehículo. En cualquier caso —dice dando una calada al puro y sentándose en la hierba con su interlocutor aún en el cauce del río—, ya que estamos aquí tan a gusto, hablemos. ¿Por qué ha huido usted al verme?

—No he huido. He salido a jugar y cuando he visto a un loco montado en una moto, lógicamente he intentado poner tierra de por medio.

—Ya… Comprendo. ¿Por qué ha mandado robar usted la custodia de la iglesia de las Esclavas esta mañana?

—Yo no he hecho tal cosa.

Bieda asiente. Se levanta, se acerca al cochecito cuyas ruedas aún giran en el aire y toma uno de los hierros de la bolsa. Vuelve a la ribera del río y baja mojándose los pies, sin cuidado alguno. Con la mano que tiene libre agarra la pechera al señor De Tomás y lo levanta en el aire.

—Dígame la verdad o le meto el hierro siete a modo de supositorio.

—No se atreverá.

Bieda abre los ojos, sorprendido. Mira hacia atrás y hace el recuento:

✓ El cochecito volcado.

✓ El campo surcado por la marca de unas pesadas ruedas de moto.

✓ Y, a lo lejos, el montículo que le ha servido de trampolín para lanzar su vehículo al vuelo.

—¿De verdad cree que no me voy a atrever, después de lo que ha visto? Quiero resolver esto y recuperar la custodia de la iglesia. Dígame lo que sabe y ya veremos cómo arreglamos lo demás.

Ramón de Tomás es un hombre entrado en años. Algo cascado. Se da pronto por vencido, porque suele dejarse llevar por el miedo. Y Lucas Bieda infunde bastante miedo.

—No sé mucho…, anoche recibimos una llamada de un comprador. Si le conseguíamos hoy la custodia de plata del siglo xv, propiedad de las Esclavas del Sagrado Corazón, nos pagaría una suma exorbitada. Restituiré lo que haga falta y resarciré a la iglesia, lo prometo. Aún no he entregado la mercancía.

—¿Quién le ha hecho el encargo?

—Le juro que no lo sé. Se lo juro por todo…

El policía asiente después de un largo rato de amenazante observación. Lo cree. «No ha sido tan difícil», concluye.

Bieda suelta sin tacto a De Tomás, que vuelve a caer sobre el agua.

—Esta tarde esa custodia debe estar de vuelta en la iglesia. Si no es así, volveré a por usted. Presentaré cargos contra su organización y mis hombres los vigilarán día y noche.

—Pero usted dijo que si lo devolvía podríamos arreglarlo de manera amistosa…

—Ya veremos. A veces digo muchas tonterías.

Apaga su puro lanzándolo al caudal, cerca de su maltrecho interlocutor.

Una hora después, ya por la tarde noche, en una cocina de tamaño reducido, cinco niños se sientan a una mesa y una mujer pelirroja intenta poner orden en la algarabía.

Bieda lo adivina desde el otro lado de la puerta y, mientras intenta limpiar en el felpudo los restos de barro de sus zapatos, escucha con una sonrisa lo que ocurre dentro.

Al otro lado de la puerta hay una guerra de gritos, hormonas y alboroto infantil. Curiosamente, en esa guerra encuentra él su remanso de paz.

También piensa en su hija mayor, en su enquistamiento, y en los sufrimientos que ha pasado la familia. De nuevo, curiosamente, allí dentro no es capaz de mostrarse tan fuerte, duro y eficaz como en la calle.

Oye la voz de su mujer, que aporta un hálito de cordura en ese lío. Y él sonríe.

—Acábate eso, Anita, no pienso tirar comida.

Y en cuanto la madre se da la vuelta, Anita pone lo que queda del filete en el plato de Alfonso, su hermano menor. Este no protesta porque es capaz de comerse hasta las piedras.

De pronto, el tintineo de unas llaves haciendo girar el bombín es motivo de algazara entre las criaturas de la casa.

Lucas Bieda entra en la estancia y saluda a todos con los brazos abiertos, casi llenan la cocina de lado a lado.

—¿Qué tal, pichines?

Revuelo y abrazos. Con una intensidad inversamente proporcional a la edad de los hijos. Los más pequeños se cuelgan de él. Los mayores son menos efusivos. Y Begoña, la hija mayor, oculta su rostro lánguido de adolescente (muy adolescente) entre los cabellos que caen lisos a uno y otro lado de su cara.

Bieda la mira a ella con más cariño si cabe. Y haciendo caso omiso del omiso caso que ella le presta, le planta un beso en la cabeza acompañado de un «Begoña, chiqui, qué tal estás» que no espera respuesta. Se le encoge un poquito el corazón, pero la incondicionalidad de su cariño no disminuye ni un ápice.

Después se gira, enérgico, y acude a rendir pleitesía a Paz, la «consejera delegada» de la familia. Ella le mira de arriba abajo.

—¿De dónde vienes así? Estás hecho un trapo y la ropa que traes… No te habrás vuelto a meter en algún lío, ¿no?

—No, no, prometo que no. Hemos tenido que sacar muchas cosas del almacén de la comisaría y…

Ella se vuelve para seguir con lo que estaba haciendo. Consciente de que es preferible «no saber».

En ese momento suena el teléfono y su esposa acude a contestar. Entretanto, Lucas se quita la gabardina y comienza a recoger platos y a poner vasos de leche.

—Pero ¿qué ha ocurrido? Qué locura, madre mía… —dice Paz al teléfono.

Su marido se detiene y la mira, extrañado. Paz se gira hacia él y le tiende el teléfono.

—Es para ti, Lucas… —dice ella con un leve estremecimiento mientras le ofrece el auricular a su marido—. Es del trabajo…, bueno, han dicho que llaman de parte de la Casa Real. Voy a

encender la televisión y a poner la radio. Ha pasado algo grave en el Premio Príncipe de Asturias.

Paz hace una pausa, como si asumiera la exigencia de un guion que ya conoce de un pasado dejado atrás. Le mira a los ojos.

—Te necesitan.

UNOS MINUTOS ANTES, AL OTRO LADO DE LA LÍNEA. INTERIOR DE UN DESPACHO. VARIOS HOMBRES SENTADOS EN UNA LARGA MESA.

En muy poco tiempo, después del atentado en la celebración del Premio Príncipe de Asturias, se ha constituido una mesa de crisis interdisciplinar, con representantes de todas las autoridades de los cuerpos de seguridad del Estado.

Por parte de la Guardia Civil, está el «área de información» creada este mismo año y, más en concreto, el Grupo Central de Información 1, especializado en la lucha antiterrorista contra ETA. También está la nueva Unidad Central Operativa constituida para llevar a cabo la investigación de los delitos más graves y dar apoyo a las unidades territoriales.

Además, se sienta a la mesa un representante del CESID, el servicio secreto militar y máximo responsable del Cuerpo Nacional de Policía. Presidiendo la reunión se encuentra un general del Ejército. Por último, acaba de llegar con cierta dilación el hombre al cargo del Servicio de Seguridad de la Casa Real. Su postrimera llegada está justificada porque viene del escenario del crimen.

Entre las volutas del humo de los cigarros y la oscuridad grisácea que se cierne sobre ellos se adivinan los gestos serios y las caras

largas, en las que pronto se dibujarán unas marcadas ojeras. Esta noche se prevé larga.

—Todo parece en orden, dentro de lo que cabe —anuncia el responsable de seguridad de la Casa Real mientras toma asiento—. La familia real ha sido evacuada.

—Bien. ¿Y la bomba? —pregunta el miembro del CESID.

—ETA, con toda probabilidad.

—¿Han reclamado ya la autoría?

—Oficialmente no. Pero, como ya saben, la prensa llevaba varios días hablando de una posible amenaza, una información que procedía de fuentes proetarras —apunta esta vez el responsable de la Policía Nacional, Pablo Gutiérrez, un hombre alto, de presencia contundente y voz áspera.

—Bueno… —concluye el jefe de la UCO—. Llevamos ya un buen rato dilucidando cómo coño organizamos este marrón y cómo ha podido ocurrir. Teníamos a todos alerta.

—Justo porque suponemos que la amenaza vino de donde menos intuíamos. Desde dentro. Seamos claros: alguien tuvo que introducir el artefacto en el perímetro de seguridad. Esto es demasiado gordo. No solo hablamos del príncipe, sino también de siete personalidades internacionales. Se va a armar la de Dios.

—Es una situación muy delicada —dice otro—. Habría que valorar no solo quién se encarga de la primera investigación, sino también qué mensajes vamos a dar al público.

—A la prensa, por ahora, nada —dice el general que encabeza la mesa.

—Pero saben de la bomba.

—Sí, pero nada más. No saben si han intentado acabar con el príncipe o sencillamente ha sido un boicot al premio. Ni siquiera nosotros lo sabemos. Tenemos que acotar toda la información a quienes estén en el hotel, yo intentaría que no saliera de ahí. Hay que resolver esto antes de que nadie se vaya.

—¿Propone usted recluir a las personalidades asistentes al acto en el hotel?

—Sería lo mejor. Con sinceridad, muchos de ellos están heridos o conmocionados. No creo que les venga mal quedarse mientras los atendemos médicamente. Hay que tener en cuenta que su testimonio en primera persona sobre lo sucedido es vital. Eso sin olvidar que no sabemos si la amenaza que puede cernirse sobre ellos ha terminado. Por tanto, cuarenta y ocho horas sería un plazo razonable para evitar que se quejen y tener que pedir una orden o cobertura legal. Además, este es justo el plazo que los médicos les han recomendado que deberían estar en observación muchos de ellos. Los dejaríamos salir el sábado por la noche, para que el lunes puedan volver a su actividad.

—Eso lo complica aún más. Uno de ellos es un político de renombre y supongo que el sábado deberá acudir al evento diplomático en Madrid, ¿no?

—Ya nos han dicho que tiene que estar. Debe ser la pieza clave necesaria para «pegar» lo que los gobiernos a ambos lados del muro no se cansan de intentar despegar…

Silencio. Caladas. Humo. Desazón.

Y suspiros.

—¿Quién cojones va a querer responsabilizarse de eso? Implica confinar a gente de renombre internacional, lidiar con ETA y tener a

la prensa encima…

—Yo tengo un hombre… —dice Pablo Gutiérrez, rasgando la tensión con su rasgada voz—. Uno de los míos, del Cuerpo Nacional de Policía.

—¿Quién?

—Lucas Bieda. No sé si lo identifican… —Mientras lo dice pide a uno de sus hombres, sentado detrás de él, que reparta un expediente sobre el susodicho.

—Sí, es el hombre que solventó los crímenes de las inundaciones de Bilbao hace cuatro años, en el ochenta y tres. Pero, si no recuerdo mal, tenía unos métodos… poco ortodoxos, ¿no?

—Métodos que lo ponen en entredicho pero que siempre dan resultados. Es eficaz, eso es indudable.

—Cierto. Y, ¿por qué él?

—Porque se trasladó a Asturias poco después de lo de las inundaciones. Es uno de los tíos que más ha tocado los huevos a ETA en los últimos años. Estaba amenazado y tiene una familia con cinco críos que proteger. Parece que sus hijos, sobre todo la mayor, empezaban a acusar la presión de tener por padre al azote de la banda. No lo llevaron bien. Y por eso el destino ha querido que justo lo tengamos en Oviedo. Tiene la espalda lo suficientemente ancha para encargarse de esto.

—Aquí pone que tuvo un encontronazo con su superiora, Clara Expósito, y que ella sí que tiene una hoja inmaculada.

—Y es una gran policía —continúa Pablo Gutiérrez—. Que sin duda ha de participar también en la investigación porque ella ha estado hoy allí en la escena del crimen. Tendrán que trabajar juntos.

—De todos modos, si estamos ante un delito de cariz internacional, no debería ser un policía quien se encargase de esto… Para eso estamos altos cargos de todos los cuerpos de seguridad sentados a esta misma mesa.

—Sí, pero nadie quiere apostar su culo, ¿a que no? Y él sí se atreverá, estoy casi seguro.

—Además, el caso de Bilbao también tenía un componente internacional y lo resolvió él solito —añade el hombre del CESID sin levantar la mirada del expediente.

El mandatario del CNP continúa.

—Exacto. Sería solo para las primeras cuarenta y ocho horas en que tendremos a los premiados confinados en el hotel. Negaré haber dicho esto, pero quizá necesitemos sus métodos «directos» para llegar rápido a una solución. En un caso tan mediático, la celeridad es clave. ¿Qué opinan?

Todos callan. Alguno asevera. Es el general del Ejército quien, tras estudiar el expediente de Lucas Bieda, habla tras dar una última calada a su cigarro, antes de apagarlo.

—Es nuestro hombre. Lo necesitamos. No es un policía modélico, pero puede salvar la situación. Cuando no hay alternativa perfecta…, sencillamente hay que buscar la menos mala.

DÍA PRIMERO

Día 1

05.35 h

Solo cuarenta y ocho horas

> Mis palabras son de paz porque nada sujeta más y mejor a la guerra que la mesura en el juicio y la actitud.
>
> CAMILO JOSÉ CELA,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Letras 1987

INTERIOR. COMISARÍA DE POLICÍA. OVIEDO.

Interior de la comisaría, en el centro de la ciudad. En una sala llena de humareda de tabaco negro y de pesquisas oscuras, hay varios policías frente a un tablón, en el que aparecen numerosas fotografías del área de la deflagración.

También hay un plano de la sala donde se produjo el atentado. El salón Covadonga o «la Capilla». Se ve dibujada la posición aproximada de las personas que la ocupaban y donde explotó el artefacto.

Aún no ha amanecido y allí nadie ha podido dormir esa noche.

Lucas Bieda camina estirándose los tirantes mientras da unas últimas y ansiosas caladas a un puro ya exiguo.

Tras la funesta llamada de sus superiores, Lucas acepta llevar el caso. Sabe que es un marrón. Pero la gente como él está para eso. Para dar un paso adelante cuando los demás titubean. Para arreglar las cosas de un modo poco ortodoxo y que quizá otros, los de arriba, se lleven el mérito.

Porque Bieda no será el policía modélico que ellos buscan.

Pero es el policía que ahora necesitan.

La mesa interdisciplinar conformada tras el atentado se ha movido rápido. Bieda sabe que le han puesto a él porque requieren: (1) la celeridad sin ambages de alguien que prepondere el fin ante los medios y (2) una cabeza de turco si la cosa sale mal. Por tanto, es plenamente consciente de que su elección es lógica. Es un buen policía, tiene suficientes horas de calle, y además sabe lo que es lidiar con el terrorismo y los atentados. La idea de los de arriba es dar la menor información posible a la prensa y cerrar el hotel a toda interacción externa, a fin de resolver el desaguisado cuanto antes.

El resto de su equipo está sentado en la sala, en formato escuela. En primera fila y posición destacada está Clara Expósito, que será la mano derecha de Bieda.

Y eso es algo incómodo.

Para ambos, seguramente.

Expósito tiene más rango que Bieda. Pero para ese caso lo han puesto a él al frente. Lucas habría preferido que ella no estuviera en el equipo: la herida que hay entre ambos aún duele. Clara no tuvo piedad en el único momento en que Lucas la había necesitado. Bieda no siente rencor alguno. Pero algo se rompió entre ellos y eso los llevó a evitarse durante un tiempo.

Hasta este día. Hasta este caso.

En el que las exigencias del guion han querido que ambos deban resolver tal vez uno de los atentados más importantes contra la Corona en la historia de España.

Clara es una asturiana de pura cepa. Espalda recta y pose autoritaria. De pelo negro cortado a lo chico, con un largo flequillo que ella se reubica cada pocos minutos, apartándolo de sus ojos. Unos ojos claros, vivos e inteligentes.

Estuvo anoche implicada, como tantos otros, en la seguridad del acto. Y se la nota perjudicada. Bieda no sabe si por el atentado o porque le haya tocado ser la segunda al mando. Pero, como siempre, se muestra entera. Es orgullosa. Y una buena policía.

Lucas es consciente de por qué les han querido juntos en eso. Él es eficaz y una eventual cabeza de turco maravillosa, sí. Pero lo cierto es que Clara es su contrapunto perfecto. Él es directo, avasallador, ejecutivo. Ella pone el perfil de cordura, análisis y sosiego. Pero con el suficiente poso para plantar cara a Bieda y contrabalancearlo.

Ya lo demostró en el pasado…

—Entonces, para que yo lo entienda —dice Lucas llenando la sala con su tono grave y áspero—. Tenemos un atentado que debería haber sido, sencillamente, imposible. Pero se ha producido. Y lo que no sabemos es si se trata de una bomba para estropear el premio o para «estropear» al príncipe…

Se hace un silencio y varias cabezas asienten. Lucas continúa:

—Es decir, no sabemos si se pretendía atentar contra el premio o acabar con la vida de los premiados o la del príncipe. Trabajemos con el escenario de que se ha intentado cometer un magnicidio, porque, en cualquier caso, atentar contra el premio es como atentar

contra la Corona. Estaríamos, pues, ante un atentado en el que dos de las tres cosas que siempre buscamos son evidentes. Motivación, medios, oportunidad. La motivación y los medios están claros desde el principio. Porque, uno: motivos para atacar a la monarquía o al premio Príncipe de Asturias habría cientos, desde un punto de vista político o social. Dos: el medio ha sido una bomba, es evidente. Otro tema será saber cómo demonios la han introducido en un lugar tan vigilado. Pero, en cuanto a la oportunidad de haber cometido un atentado como este, con toda la seguridad que había… Reconstruyamos los hechos —dice Bieda con el puro apagado, lo mueve con pericia de una comisura a la otra haciéndolo bailar en sus labios—. La sala donde se produjo el crimen no tendrá más de ¿cuánto…? ¿Trescientos metros cuadrados?

—Doscientos ochenta, jefe —apunta un policía, Juan Lopategui, un hombre cerca de los cincuenta, muy delgado, con gafas de montura metálica, pelo rapado y barba de dos días. Su tono de voz es pausado y ordenado. Transmite fiabilidad—. Pero el espacio central octogonal donde tuvo lugar el encuentro era bastante menor. Se acordonó y protegió, a modo de zona restringida, donde solo podían estar los premiados, la familia real y las autoridades. Pero en ese momento únicamente estaban el príncipe y los siete premiados.

—De acuerdo. Hemos analizado las imágenes de las cámaras de seguridad, ¿no?

—Sí, debido a las amenazas se instalaron de modo excepcional algunas cámaras. Comenzaron a grabar como una hora antes de que llegaran los premiados y el príncipe. A partir de ese momento ya no se ve a nadie que pudiera haber entrado a manipular nada o a introducir el artefacto.

Bieda ya ha visto las imágenes. Hay equipos que aún siguen analizando las cintas, pero él no cree que vayan a encontrar nada.

—Entonces, por lo que sabemos, se reúnen solo el príncipe y los galardonados. Después, la pianista toca una pieza y todos la van saludando. Se llevan el piano y empiezan con las bebidas. El doctor Kulakov se acerca a la señorita Wallace. Charlan mínimamente. Se les acerca el príncipe. La señorita Wallace lo saluda sin demasiada pompa. Lo cual no es indicativo, porque a los demás tampoco les ha hecho ni puñetero caso. Vemos que ella se gira hacia la escultura de Chillida, que preside la sala, y parece que induce al príncipe a acompañarla. Por esa zona, en algún sitio que aún desconocemos, la bomba explota y todo se va a tomar por saco. ¿Me he dejado algo?

—Así es. En las imágenes solo se ve un fogonazo en blanco. Pero según indica la deflagración y el destrozo causado, el artefacto parecía encontrarse en la zona cercana a la escultura *Ilargia.* Cómo alguien lo ha introducido, burlando todos los controles de seguridad, es lo complicado de entender. El atentado tiene que haber sido diseñado al detalle, porque la zona ha estado muy vigilada durante todos esos días —apunta Lopategui.

Ahora es Clara quien interviene. Sin mirar a su «jefe» a los ojos. Ella estuvo presente en el dispositivo de seguridad. Es de las personas que más información puede aportar.

—Nosotros solo nos encargamos de una parte del protocolo porque aquí participan muchos cuerpos de seguridad. Todos los accesos al establecimiento están custodiados. Otros equipos vigilan con sumo cuidado cada rincón circundante al edificio. Por ejemplo, las alcantarillas o los accesos desde todas las calles. Las terrazas y azoteas de todos los edificios próximos estaban custodiadas y había

francotiradores apostados en ellas. En los días previos, por si fuera poco, todos los vecinos de las casas que rodean las calles del hotel fueron entrevistados. Se verificaron sus identidades y antecedentes, y se comprobó incluso si había alguien que se hubiese ido a vivir por la zona recientemente, por si tenía dobles intenciones.

—¿Y a los equipos de seguridad también se los inspeccionó? ¿Quién vigilaba a los vigilantes? —suelta Bieda. Es una pregunta comprometida.

Clara pone un mohín de indignación. A duras penas se contiene.

—Supongo que no hablas en serio… Siendo varios los cuerpos implicados, se establecieron muchos protocolos de validación entre unos y otros. Nadie podría intentar nada sin tener a otros diez compañeros encima para controlarlo. Pero vamos a ver, tú mandas, si quieres que comprobemos los controles que se hicieron y el listado del equipo de vigilancia…

—Sí, sí quiero —dice Bieda.

Clara expulsa el aire con un suspiro desabrido.

—Tú verás. Pero dudo mucho de que haya habido nada raro.

—Y yo siempre dudo de quien no duda. Alguien ha metido una bomba en el lugar más seguro del país. ¿Qué otra cosa podemos hacer, más que dudar de todo y de todos?

Hace una pausa en su discurso. Manuel Ureña se incorpora del respaldo de la silla y mira al resto. Es un joven policía de mirada despierta, complexión compacta y pelo rizado, hirsuto y revuelto. Frunce sus pobladas cejas y glosa las ideas que todos tienen en la cabeza.

—Parece claro que hay un cerebro del atentado y que, por las amenazas previas, todo apunta a ETA. También hay que valorar que

ha habido un número reseñable de manifestaciones encendidas en torno al premio por ser la primera vez que se otorga el galardón a dos rusos. Son protestas anticomunistas que, en algún caso, se han mostrado violentas. Pero solo pudieron lograr la colocación del artefacto en la sala infiltrando a alguien en el hotel. Por eso la única vía de investigación que tenemos es examinar a todos y cada uno de los que estuvieran en el La Reconquista ese día.

Se hace un pequeño silencio de aquiescencia.

—Es el único hilo del que tirar —corrobora Bieda, taciturno—. Recopilad todos los listados y comprobad el pasado o las circunstancias de quienes figuran en ellos. Los de arriba están muy nerviosos. Tendremos a la prensa encima, apostada en el La Reconquista. Lo mejor será que nos traslademos todos al hotel desde ya. Allí fijaremos nuestro centro de operaciones. No tendremos necesidad de salir, así evitaremos que la prensa nos aborde y, de paso, tendremos más controlados a los premiados, por si la amenaza no ha concluido. Alegaremos motivos de seguridad para tenerlos recluidos unas horas, pero también médicos: muchos de ellos lo han pasado bastante mal esta noche, ya sea por las heridas o por el shock y precisan una atención médica.

En la sala todos asienten. Ya se había extendido el rumor de que les tocaría establecerse allí y contaban con ello. Antes de que despuntase el alba comenzarían las gestiones con el hotel para el traslado de los equipos.

—También hablaremos con ellos, con los propios galardonados. Quizá vieron algo, estando como estuvieron en el centro del atentado. Repasemos a los siete fulanos.

Ureña se rasca el pelo rizado en un gesto reflejo y toma una lista en la que tiene la información más general de los premiados.

—Harry Crane, premio de las Letras —dice mientras les enseña la foto que cuelga en un corcho, en la que aparece un hombre de porte elegante, pelo castaño y cuidado bigote—, inglés afincado en Londres, pasa tiempo en una bonita residencia frente al mar en Barcelona. Escritor de más de veinte novelas de ficción y productor audiovisual de renombre en Hollywood, ha llevado a la pantalla muchas de las historias que él mismo escribe. Le llaman el «Rey del Misterio».

—El Rey del Misterio, no me jodas… Por su *look* podría decirse que está a medio camino entre 007 y el tipo blanco de *Corrupción en Miami* —estigmatiza Bieda, sin reparo alguno—. Y parece que tiene más pasta que un torero, ¿no?

—Así es.

—Vale. Sigamos.

—Javier Treviño. Premio de la Concordia —enuncia Manuel enseñando la fotografía de un hombre grueso, de poco pelo y actitud afable.

—El empresario. De aquí mismo: asturiano, ¿no?

—Sí, sus negocios tienen una dimensión internacional. De hecho, pasa largas temporadas en América. Ha creado una ONG que lucha contra el hambre en países subdesarrollados y la pobreza infantil. Su empresa comenzó con una cadena de restauración. Después amplió su negocio a todo el sector de la alimentación y al inmobiliario. La fundación se ha convertido en una de las más relevantes del mundo: su implicación en esta es absoluta y de ahí el galardón.

—De acuerdo. Más.

—Patricia. Premio de Ciencias Sociales. Periodista en Madrid.

—Una mujer de armas tomar, controvertida. Y creo que un poco intensa —apunta Bieda.

—Es de las que no deja indiferente, no —confirma Ureña, mientras mira la imagen que acaba de colgar en el tablero.

De pelo rubio, ondulado y con un peinado perfecto gracias a la permanente. Maquillaje casi esculpido. Suele vestir tan ceñida que le debe de costar embutirse en sus atuendos. Seguramente resultará irresistible para muchos hombres, pero no es el tipo de Bieda. La única mujer del tipo de Bieda es la mujer de Bieda.

—Ha escrito mucho sobre el conflicto vasco —informa Lucas—. Allí la conocíamos todos. Ha alzado la voz con sus artículos en su periódico *Nación*. Eso también le ha granjeado enemigos, pero no parece ser de las que se arredra.

—Sí, de hecho, ha recibido varias cartas bomba en su periódico.

—Vale. Siguiente.

—Dimitri Pavlovich. Premio de Cooperación Internacional. Es el embajador ruso en Londres.

—Ese hombre parece sacado de una novela de terror —espeta Bieda al ver su imagen, de cráneo huesudo y tez blanquecina—. Esa perilla puntiaguda, está a dos milímetros de parecerse a la de Cervantes.

—Pues, según la Fundación, ha sido una pieza clave, una bisagra en las relaciones tensas entre rusos y europeos, por eso le conceden el premio. Ha tomado parte en diversos desencuentros entre Occidente y el otro lado del Muro, para intermediar. Parece que tuvo mucho que ver con el histórico encuentro de octubre del año pasado, en Reikiavik, entre Mijaíl Gorbachov y Ronald Reagan.

Ambos dirigentes estuvieron dos días en Höfoi para intentar cerrar un acuerdo sobre las armas nucleares, que se vino abajo en el último minuto. Pero abrió un cauce que facilitó que se reabrieran las conversaciones (propició otro encuentro entre ambos en Berlín, el pasado junio) y parece inminente la firma de un tratado sobre las fuerzas nucleares entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

—Poca broma. Está claro que es un tipo relevante.

—Y será muy difícil de manejar —se queja su hombre.

—¿Acaso alguno será fácil?

—No, pero este menos.

—Bah. Aquí me venís llorados de casa, por favor. ¿Siguiente?

—Andrei Kulakov. Premio de Investigación Científica. Un hombre que ha entregado su vida a la medicina.

—Tan es así que ha tenido algún susto con el corazón, ¿no?

—Eso es. Justo por eso ha sido de los que peor noche ha pasado. A pesar de su apariencia delgada y nervuda, no llega a los cincuenta y seis años. Parece mayor. Pero ni la salida obligada de su país, Rusia, ni su cardiopatía severa han rebajado nunca su nivel de exigencia. Eso el mundo lo valora. Se habla ya incluso del Premio Nobel para él.

Bieda y el resto del equipo asienten con cierto respeto. Manuel Ureña prosigue:

—Eduardo Chillida. Premio de las Artes. Un guipuzcoano que ha triunfado mundialmente con su escultura en piedra y, sobre todo, metal.

—La verdad es que el arte y yo somos en realidad antónimos, pero hay algo en sus obras que me gusta mucho. Ya sea por su

habitual gran tamaño o por su contundencia, esas esculturas me inspiran respeto. Y el escultor, también.

Que a Bieda le inspire respeto alguien no es nuevo, pero casi.

—Y por último, Anne Wallace. Premio de Humanidades.

—La Bruja, como la conocían en mi tierra…

—La premian por su contribución a la educación musical a nivel global. No cobra nunca por impartir clases, por dar conciertos ni por nada. Parece que exige a las instituciones que la «contratan» que donen su retribución, pero nunca se ha hecho demasiada publicidad al respecto. Vive con lo puesto. Imparte formación musical, a su manera, en Oxford, pero también en charlas magistrales por todo el mundo.

—La verdad es que para mí es la personalidad más complicada… Sé que tiene espectro autista y que es muy inteligente. No sé qué pensar de ella —dice Lucas, habituado a poner etiquetas con facilidad—. En cualquier caso, ya estarían los siete…

—Y una pregunta: ¿vamos a poder tener retenidos a tipos de esa importancia? —se extraña Lopategui, mientras se cala sus gafas en su gesto habitual—. ¿Tenemos derecho a hacerlo, cuando algunos de ellos son extranjeros?

—Eso se ha negociado.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Tenemos solo cuarenta y ocho horas. A través de la Casa Real, se ha hablado con los equipos de los siete premiados. En general, todos han accedido de buen grado. Es el plazo justo para no levantar sospechas, y no tener que pedir órdenes judiciales y demás.

—¿Y transcurrido ese plazo? ¿Qué pasa si no lo hemos resuelto?

—Se les dejará ir. Y los de arriba y otros cuerpos de seguridad distintos al nuestro se involucrarán en la investigación.

—Cuarenta y ocho horas desde el atentado —repite Expósito, pensativa—. O sea, menos de dos días para resolver un intento de magnicidio.

—Muy bien, Clara, veo que vas bien de matemáticas. Ya hemos consumido un tiempo precioso, así que, ¿nos ponemos a trabajar?

Día 1

07.00 h

La bruja y los polis

> El teatro se apoderó de mí a los trece años. Mi dueño es muy duro; me he lastimado muchísimas veces tratando de servirle. Aún lo intento. Pero él nunca dice basta, para, ya basta…
>
> Núria Espert,
> premio Princesa de Asturias
> de las Artes 2016

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 39 HORAS DE PLAZO).

Me levanto con un dolor de cabeza de mil demonios.

Una brisa de otoño que se cuela por la contraventana me recuerda la amarga sensación de estar viva. No será por mucho tiempo, claro. Cuestión de unos años, supongo.

Pero no importa. Qué más da morir cuando ya estás muerta.

Me levanto dolorida. Me noto varias heridas en el cuerpo. Todas parecen curadas y están cubiertas con gasas y esparadrapos. Debo de tener una magulladura más profunda en el hombro derecho. Y me duele toda la espalda.

Miro a mi alrededor, desubicada. No recuerdo cómo he llegado a mi habitación. No recuerdo casi nada. Veo que, al menos, los muebles están dispuestos tal y como yo los dejé. He movido todo el mobiliario para que la cama, las sillas y la mesa estén en el mismo lugar que ocupan en mi casa de Vizcaya y en mis dependencias del Merton en Oxford.

Pero la disposición perfecta de mi habitación no consigue relajarme del todo.

Noto unos temblores leves, incontrolados. «Vaya, ya estáis aquí de nuevo». Es curioso: el párkinson no debería avanzar tan rápido. Pero no es momento para pensarlo.

Decido darme una ducha de agua gélida para activar el cuerpo e intentar ordenar la cabeza. Me quito con cuidado los tres pequeños vendajes (codo, rodilla y el grande del hombro) y los deposito a un lado. Me meto debajo del agua y me abandono a la sensación del frío. Dejo que el agua que recorre mi cuerpo se lleve el desconcierto y la negatividad por el desagüe. Pongo la mente en blanco para empezar de cero.

Necesito serenarme.

Necesito comprender.

Y parece que los temblores se esfuman. Vuelve mi clarividencia. Hay algo extraño en las reacciones de mi cuerpo ante la enfermedad, según me dicen. Mi cerebro es capaz de generar las sustancias que controlan los síntomas. Sobre todo, cuando toco el piano. La música ya era dueña absoluta de mi alma, de mis sueños: ahora también lo es de mi vida.

Después de volver a vestirme, salgo de la habitación. Hay dos policías en el pasillo.

—Señorita Wallace, ¿cómo se encuentra?

No respondo. Frunzo el ceño.

Miro por una lejana ventana. Solo acierto a adivinar una algarabía en el exterior y la reverberación de unas luces estroboscópicas azules y rojas, que me ayudan a comprender que estamos bajo vigilancia policial.

—¿Qué ha ocurrido…? ¿Qué hora es? —susurro.

Los agentes se miran entre sí. Y después me miran a mí.

—Señorita Wallace, ha estado usted inconsciente desde ayer. Si se encuentra bien…, ¿le importa acercarse a la cafetería para que nuestros jefes le hagan unas preguntas?

—¿Dónde está mi piano?

—A buen recaudo.

—Por favor, que lo saquen al centro del patio de la Reina. Ahí es donde debe estar. En libertad. Y cerca de mí.

—Mmm, claro, trasladaremos su petición de inmediato.

No digo nada, me encojo de hombros y, dejando plantados a los agentes, voy hacia la cafetería. No tengo reparo en hablar con los responsables de la investigación que estarán llevando a cabo. Lógicamente querrán información. Yo también.

Pero yo no recuerdo demasiado. Soy la primera interesada en reconstruir la diacronía de aquella historia. Sin embargo, aún no me veo capaz.

Camino por el pasillo enmoquetado de la primera planta y, de pronto, oigo ruidos detrás de una de las puertas de las habitaciones. Es la voz de Javier Treviño, el empresario. La eleva. No está de buen humor. Detesto oír voces elevadas, no adoptan tonalidades bonitas y, además, me inquietan. Me toco la sien en un gesto reflejo que

tengo desde niña, que me devuelve un poco a mi «zona de seguridad».

—¡Ni se le ocurra amenazarme! —se oye decir al empresario.

Después una voz más apagada. Más sosegada. Más dominante. Me acerco a la puerta de la habitación, pero me resulta imposible descifrar todo lo que dicen.

—Si va a la policía, aténgase a las consecuencias. Pensaba que teníamos un acuerdo —se queja el señor Treviño.

De nuevo, la voz más suave. Una risa escapada, furtiva. La conversación se prolonga unos minutos más, pero solo soy capaz de comprender palabras y retazos sueltos de esta. De pronto, oigo unos pasos firmes que se dirigen a la puerta de la habitación.

Y reparo en que debo moverme para que no me sorprendan frente a ella. Si fuese capaz de ponerme nerviosa, este habría sido un buen momento. Pero la verdad es que no tengo ese defecto. No me cuesta demasiado calcular la velocidad del taconeo, el sonido *in crescendo* de los pasos ni la distancia media que recorrerá cada uno de ellos, para averiguar el tiempo exacto que tengo para doblar la esquina del corredor y no ser vista.

Cuando se abre la puerta de la habitación ya estoy con la espalda pegada a la pared. Oigo nuevas pisadas y cómo alguien llama al ascensor. Aún me da tiempo a escuchar la voz del empresario antes de cerrar la puerta con un golpazo.

—¡No es usted de fiar!

Lo cierto es que no necesito girarme para saber que la destinataria de ese despecho es Patricia Rodero, la periodista.

Segundos después bajo por las escaleras hasta la sala donde me esperan. Sé que ahora no tengo mucho tiempo para dar vueltas a la conversación que acabo de oír, pero lo bueno es que suelo retenerlo todo. Todas y cada una de las palabras escuchadas e incluso la entonación con la que se pronunciaron.

¿Qué sabe la periodista sobre Javier Treviño que este quiera ocultar? Hablaban de tener un trato…

Me noto inquieta: hay algo en este edificio que me compele sobremanera. Me atrae mucho. Este palacio tiene historias que contarme y yo quiero escucharlas. Ayer, en la celebración, conecté de un modo onírico con esa realidad pasada y trascendental…

Creo que he de tocar mi música para las ánimas de aquellos infantes que poblaron estas dependencias. Esos niños perdidos, este palacio y esta música que flota sin sonar a lo largo de los siglos quieren contarme algo.

¿Quizá quieran contarme por qué alguien intentó matarnos?

Llego a la puerta de la cafetería, la abren para que pase. Al entrar, lo primero que veo es a un hombre fuerte y desagarrado, con una gran cicatriz en la cara. Esbelto y fiero, de mechones rubios desordenados y mirada descarnada, como con una indiferencia serena, despectiva, pero sin arrogancia.

Como si fuera un elfo caído.

Y a una mujer a su lado. Pelo negro y corto, flequillo sobre la frente, hombros rectos, ojos verdosos. Interesante mujer a la que reconozco al instante. Se me acerca y me tiende la mano.

—Buenos días, señorita Wallace. Soy Clara Expósito.

—Lo sé. Usted era la mujer que estaba a la entrada del hotel ayer, después del premio, a catorce metros de la escalinata de entrada, delante de los furgones policiales, dando instrucciones a sus hombres.

El comentario no parece descolocar a Clara, que se mantiene fiel al guion.

—Queremos hacerle unas preguntas, señorita Wallace.

—No sé si tendré las respuestas —aduce la pianista mientras se sienta.

Bieda y Clara se miran de soslayo y toman asiento delante de ella. Lucas enciende un puro y su compañera lo mira con fastidio. No le gusta que fume. Bieda se encoge de hombros. Expósito pone los ojos en blanco. Anne toma nota de este gesto desabrido entre ellos.

Ahora es él quien se presenta.

—Señorita Wallace, me llamo Lucas Bieda, encantado —anuncia con su voz rota y grave—. ¿Cómo se encuentra?

—Magullada. Dolorida.

—Lo lamento. Los médicos dicen que no tiene nada grave. Saldrá de esta.

—No lo creo.

—¿A qué se refiere?

—Da igual.

—¿Quiere tomar algo?

—Café —dice ella señalando una cafetera en una de las mesas auxiliares.

—Está frío, pediré que le hagan uno.

—Lo quiero frío.

—De acuerdo —se resigna Bieda mientras se levanta—. Leche sí quiere, ¿verdad?

—No, gracias.

—¿Azúcar?

—Tampoco —responde ella sin mirarlo.

—¿Tampoco? Joder…

Anne se encoge de hombros. Le gusta pensar que su carácter se asemeja a cómo le gusta el café: solo, frío y amargo.

—Pues nada, aquí tiene —dice el policía. Vuelve a la mesa y le tiende la taza del café (solo, frío y amargo) a la pianista. Después se sienta y la mira con seriedad—. Señorita Wallace, queríamos hablar con usted porque, según parece, fue quien estuvo más cerca de la deflagración, junto con el príncipe. ¿Vio usted algo que le llamara la atención? ¿Alguien que pudiera activar la bomba? ¿O a alguien que no estuviera donde se suponía? Cualquier cosa nos sería de ayuda. Ustedes fueron quienes vivieron esto más en primera persona, lamentablemente —dice Lucas.

Mientras habla pasea la yema del dedo por la cicatriz de otrora que surca su rostro; una cicatriz que proviene de una historia lejana de su interesante pasado. Le da un aspecto fiero, pero también resignado.

Anne no le contesta porque parece demasiado ocupada observándolo.

El policía, que mastica un puro sin encender, aguanta unos largos segundos (¿quizá minutos?) hasta que encoge, desairado, sus anchos hombros.

—¿Acaso no va a decirnos nada, señorita Wallace?

Anne vuelve a la realidad. Con el dedo índice se acaricia la sien. Sigue con la mirada absorta en el policía.

—Tiene usted el puro apagado. ¿Por qué sigue en su boca?

Bieda abre los ojos desorbitadamente.

—Pero qué…

—Supongo que ya lleva un tiempo apagado, porque se ha humedecido con el sirimiri que cae sobre Oviedo desde hace un rato, ¿verdad? Lleva usted la gabardina mojada. Como tiene el pelo algo apelmazado, supongo que acaba de usar un casco. Ha venido en moto, claro. De ahí que el puro se haya apagado y su gabardina esté húmeda… —Hace una pausa y vuelve a mirar hacia el infinito mientras asiente para sí, ya satisfecha. Ha resuelto su duda y vuelve a estar en paz. Musita unas palabras imperceptibles con cierto desinterés.

—La madre que me parió… —Lucas se da la vuelta mirando hacia el techo.

Le habían advertido de la extravagancia de aquella joven. Pero él no tiene el horno para bollos. Han atentado contra el premio y la Corona, y su vida está a punto de convertirse en una pesadilla.

Lucas había huido de Vizcaya hacía años, por su familia y para encontrar paz en un destino más tranquilo: Oviedo.

«Más tranquilo, mis cojones», suspira. Se vuelve a dar la vuelta y mira a su interpelada. Saca una cerilla que prende con destreza y vuelve a encender el puro, tras dar varias caladas.

—¿Satisfecha? —le espeta.

Ella se encoge de hombros como si el asunto ya no fuera con ella.

—Dígame, señorita Wallace. Estaban ustedes en un recinto muy protegido y cercado. ¿Qué demonios ocurrió ahí dentro?

—He intentado hacer memoria, pero tengo cierta nebulosa.

—Es normal que no recuerde todo al detalle, pero…

—No. No lo es.

—¿A qué se refiere?

—A que no es normal que no recuerde con exactitud todos y cada uno de los detalles de lo que sucede u oigo a mi alrededor. Pero creo que la medicación que estoy tomando no me sienta bien o… Sé que interpreté mi pieza, me hicieron la foto con cada uno de los presentes y después el ambiente se relajó. Hablaba con el doctor Kulakov. Después vino a saludarme el príncipe. A partir de ese momento me sentí algo descompuesta. De pronto, todo empezó a ser raro.

—Hablando de rarezas, ¿me permite hacerle una pregunta indiscreta?

—No hay preguntas indiscretas. Solo las respuestas lo son.

—Ya… Dicen que antes de la explosión, usted habló en un idioma extraño.

—¿Quién lo dice?

—Los policías del cordón más cercano a ustedes. Como es lógico son los primeros con los que hemos hablado, para conocer su testimonio.

—Ah. Bueno, ellos estarían más centrados en mirar hacia fuera que hacia dentro, ¿no?

Bieda no quiere admitirlo, pero la mujer que tiene delante le resulta aterradoramente brillante.

—Igual sí. Pero ¿qué fue lo que dijo?

—Sería un sortilegio en vascuence antiguo.

—Ah, me quedo más tranquilo. ¿Un sortilegio, dice?

—Sí, en realidad son plegarias en euskera antiguo, que aprendí de niña. No lo recuerdo con exactitud, pero sería para convocar la luz cuando llega la oscuridad.

—No tuvo mucho éxito.

—No. Dicen que soy medio *sorgina*. No *sorgina* entera.

Silencio. A Bieda no se le cae el puro de la boca de milagro.

—Significa «bruja» —aclara ella.

—Sé lo que significa, señorita, he vivido casi toda mi vida en Bilbao —dice Bieda mientras se aleja de ella y camina estirándose los tirantes, como cada vez que piensa.

El careo comienza a exasperarlo. No sabe por dónde atacar a alguien ineluctable.

Lucas se da la vuelta y la examina. Aquella mujer tiene una mirada que traspasa los límites de la inteligencia. Que traspasa los límites de lo natural.

Bieda decide elevar el mentón hacia su segunda, para ver si ella quiere aportar algo. Clara interioriza el ademán y se gira hacia la interrogada.

—Señorita Wallace, ¿es consciente de que se ha producido un atentado contra ustedes y contra la Casa Real? ¿Atisba usted la gravedad de todo esto?

—Sí, pero no espere que me preocupe.

—Usted y el príncipe fueron quienes más cerca estuvieron de la bomba: usted pareció invitarle a acompañarla hasta ella. ¿De verdad no hay nada raro que pueda recordar?

—¿Insinúa que traté de atentar contra don Felipe de Borbón? ¿Que los daños que haya sufrido son a causa de algo que yo hiciera? —Anne habla sin reproche. Más bien con curiosidad.

Bieda retoma la palabra para reconducir la conversación.

—En absoluto, solo queremos saber si vio usted algo raro. Recuerde que estamos aquí para protegerla y para resolver un crimen. De todos modos, sepa usted que el príncipe no sufrió ningún daño serio.

—¿Ah, no?

—¿Decepcionada?

—Supongo que no.

—Si le hubiera pasado algo, no estaríamos aquí. Se habría armado la de San Quintín. Pero no. Algunos de sus compañeros premiados sufrieron algún impacto y varios cortes por la deflagración y las caídas. Les atendieron muy rápidamente y están bien. Como puede comprender, existe un protocolo de seguridad y sanitario muy relevante. El caso es que estamos valorando si esto fue una explosión para aguar el premio o un intento de matar al príncipe o atentar contra la Corona. Si esto ha sido un atentado contra él, como parece, no podemos dejar de investigarlo hasta el final…

—Lo comprendo. ¿No hubo víctimas, entonces?

—No. Solo destrozos materiales y un caos de mil demonios. Parece que puede estar ETA detrás.

—¿Parece? —pregunta ella inclinando su cabeza.

—Oficialmente la banda no ha comunicado nada. Pero ya se especulaba con un posible atentado en prensa estos últimos días, no me diga que no sabía nada…

—Algo sabía.

—Nadie podía acercarse a menos de diez metros del espacio que estaba por completo restringido para ustedes —continúa Lucas—, ni siquiera la gente de seguridad. Así que nadie mejor que quienes

estaban allí dentro para indicarnos si vieron a alguien introducir algún elemento extraño que pudiéramos identificar como el artefacto.

—¿Y si estaba ya introducido días antes y lo activó alguien desde fuera del hotel?

—Por supuesto, puede ser y lo valoraremos. Pero no es tan fácil activarlo a distancia con cierta precisión.

Anne asiente, pero no parece del todo convencida.

—Ya… Lo comprendo —dice ella acariciándose la sien con las yemas de los dedos—. Pero no recuerdo demasiado bien esos últimos minutos.

El agente Bieda suspira.

—El asunto está, señorita Wallace…, en si nos diría algo si lo recordara.

Anne no se inmuta y responde:

—Supongo que sí. Tengo interés en saber qué es lo que en verdad ocurrió ayer. Me encantaría averiguar por qué, como dicen, acerqué al príncipe a la bomba.

—¿Pero dice usted que lo aproximó hasta allí voluntariamente? —espeta Lucas.

—No, pero fui la persona que más cerca estaba de él cuando sucedió. A menudo las cosas son lo que parecen. Pero para saber qué ocurrió con exactitud, debería hablar con todos los presentes en la sala. Observarlos. Y así quizá también sea capaz de reconstruir qué es lo que yo hice. Quizá puedo hacerlo estos días, si quieren.

—¿Quiere usted hacer nuestro trabajo, señorita Wallace?

—Puedo dirigir la investigación —les impetra, galvanizando sus palabras con toda sinceridad. Sin atisbo de ironía.

—Cómo no, ahora mismo llamo al ministerio —ironiza Bieda.

—Usted no puede ayudarnos —replica también Expósito con dureza.

Anne Wallace clava su mirada en la policía.

—Se equivoca.

Clara mira a Bieda. Se respira entre ellos una buena compenetración profesional, pero un nulo vínculo personal. Algo que antes existía y ahora está roto.

Acto seguido Anne inclina unos treinta grados la cabeza, como si pretendiera conectar con algo más trascendente. Sabe que no confían en ella y parece querer demostrarles de lo que es capaz…

Se levanta con elegancia y, en medio del sepulcral silencio, se acerca con mucha lentitud a Clara Expósito. Posa con suavidad la mano, primero en su cara y después, en su antebrazo. Intenta que sus movimientos sean tan armónicos que la dura policía no le ponga pegas. Clara está descolocada, pero se muestra dócil. Pasan unos segundos de mutismo y estupefacción, hasta que Anne Wallace vuelve a su asiento y la mira fijamente.

—Clara Expósito. Tendrá usted entre treinta y siete y treinta y nueve años. La semana pasada llevaba el pelo largo. Se lo acaba de cortar así, por el desfilado de varios cabellos, y porque se ha tocado las puntas del flequillo en varios momentos. Lleva dos medallas, que atestiguan que tiene dos hijos. Al menos uno de ellos debe de ser pequeño, lo ha tenido hace no mucho, porque uno de estos colgantes reluce aún brillante. Además, teniendo constitución fibrosa se le nota el vientre algo cedido, y sus caderas están un par de centímetros más anchas de lo habitual, por cómo le tira el pantalón. Pero el bebé no la deja dormir.

—Está averiguando que ser madre es muy sacrificado, ¿verdad, Expósito? —interviene Bieda.

Un comentario lleno de un resquemor que parece venir de muy atrás…

Ella lo fulmina con la mirada, zaherida y molesta. Y vuelve a observar a la bruja. No dice nada.

—Digo lo de no dormir porque percibo que sus pulsaciones son bajas, por lo que suele descansar bien en circunstancias normales; pero ahora no lo hace —continúa diciendo Anne—. Por último, me parece que tiene usted una lesión antigua en el hombro izquierdo, pero no sé por qué: quizá una caída, quizá una pelea. Además, ahora mismo, por la palpitación de sus sienes y su fondo de ojo, deduzco que le duele la cabeza, ¿me equivoco?

Se hace el silencio.

Clara acaricia una de las medallitas en un gesto mecánico. No se siente ofendida porque no ha habido soberbia en las apreciaciones que ha recibido. Apreciaciones que parecen correctas. Ahora entiende, por fin, que Anne Wallace es distinta.

—¿Te pido una aspirina? —le suelta Bieda.

—Cállate, joder.

—Tú misma.

—No tengo las caderas anchas… —dice ella en voz baja.

Anne asiente satisfecha y ahora mira al policía.

—¿Quiere que le diga algo sobre usted, señor Bieda? Es muy profundo y… oscuro, lo que percibo en su persona.

Bieda le lanza una mirada de advertencia.

La agresividad es siempre su manera de protegerse de lo que teme.

No teme demasiadas cosas. Pero la inteligencia de esa mujer lo descoloca tanto que tiene que darse un tiempo para «pensar qué pensar» de ella.

—Vale ya de supercherías, señorita. No sé qué demonios es lo que esconde esa cabecita suya. —Levanta el dedo en señal de advertencia—. No se entrometa en nuestro trabajo. Y ahora, si no le importa, volvamos atrás y cuéntenos paso por paso, cómo vivió el evento…

FLASHBACK

La ceremonia
(según Anne Wallace)

INTERIOR. TEATRO CAMPOAMOR Y HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.
DÍA DE LA ENTREGA DE LOS PREMIOS PRÍNCIPE DE ASTURIAS 1987.

Desde las cinco de la tarde vivo con abulia y hastío todo el bullicio y algazara que se forma en los alrededores del teatro Campoamor, en la calle Uría y en el parque de San Francisco. Reporteros y curiosos inundan todo con fotografías, algarabía y expectación.

Una vez dentro, nos indican dónde sentarnos. Observo que el patio de butacas ya está lleno. En el escenario, los tonos amarillos adornan la moqueta. Y una alargada mesa presidencial se viste de azul, con la Cruz de la Victoria, símbolo de Asturias, en el centro. El fondo de la trasera luce excelso en granate, con tres reposteros con el escudo de España. Y también hay banderas. Banderas por doquier: de Asturias, de Oviedo, de países iberoamericanos. Dos centros de flores jalonan la gran mesa a la que se sientan las personalidades: el rey don Juan Carlos, el presidente de Asturias, el ministro de Cultura, el delegado del Gobierno, el presidente de la Junta General del Principado… y don Felipe de Borbón.

El príncipe de Asturias.

Suena el himno nacional a las seis en punto de la tarde. Y el príncipe declara abierta la sesión. Después, don Plácido Arango, según tengo entendido, nuevo presidente de la fundación desde este año, pronuncia unas palabras iniciales e invita al escritor inglés Harry Crane a que pronuncie su discurso, en su condición de premio de las Letras.

Crane es una auténtica estrella, y lo sabe. Una de las personas más reconocidas del planeta. Sus novelas y películas han llegado a todo el mundo. Lleva un traje ceñido y elegante. Es alguien que tiene mucho temple, dominio de sí… y mucho, mucho dinero.

—Usted también lo tiene —me interrumpe Bieda. Como una voz en off superpuesta e inoportuna que se incorpora dentro de un relato.

Yo lo miro con desinterés.

—¿Que tengo el qué?

—Dinero.

—Ah. Yo también, sí. La diferencia es que no me lo gasto.

Él se encoge de hombros dando por buena mi respuesta. Yo prosigo.

El señor Crane gesticula y manipula a su audiencia. Creo que del mismo modo que hace con sus lectores. Por lo que a mí respecta, solo he leído dos o tres de sus libros. No me van demasiado. Soy más de Agatha Christie.

«… Y para tener un buen enigma lo mejor es alejar a la audiencia de la pregunta —recita el escritor—. Conseguir que se hagan la pregunta equivocada. Para que cuando les revelemos las respuestas

o las moralejas, podamos sorprenderles con giros y enseñanzas que les recuerden por qué merece la pena vivir…».

Ahí ya desconecto porque su perorata me comienza a parecer un poco engolada, la verdad. Por fin acaba su discurso. Y le aplauden y todo. Cómo es la gente.

Luego nos van llamando uno a uno para hacernos entrega del premio. Bueno, en realidad nos dan un diploma representativo del galardón real, que es una estatuilla que no podemos recibir en el propio acto. Básicamente porque de estatuilla no tiene nada: es más bien estatua y de las grandes. La diseñó Joan Miró hace años y pesa tanto que no puede darse en ese momento. Nos la enviarán a nuestros domicilios con posterioridad.

Don Felipe de Borbón pronuncia después su esperado discurso. Un joven interesante. Complexión de su padre y rasgos de su madre, buena combinación. Con aplomo, pero sin arrogancia. Eso me parece, al menos. No suelo equivocarme.

«… Todos los premiados, sus vidas y sus obras nos invitan a ser mejores en nuestras actividades. Los ideales de los hombres y de las sociedades no pueden limitarse a grandes declaraciones conceptuales y filosóficas, porque si se quedasen en la pura retórica, carecerían de toda utilidad…».

Por mi parte, comienzo a analizar al resto de mis compañeros galardonados. Intento no mirarlos muy directamente; según parece, queda mal quedarte absorta observando a alguien.

Me fijo en Andrei Kulakov, médico y premio Príncipe de Asturias de Investigación, que parece algo nervioso. Un hombre adusto, con solera. Un reputado médico ruso que ha tenido que salir de su país para seguir avanzando en sus investigaciones (lo cual supongo que

habrá sentado mal a los comunistas). Detecto que tiene una mirada esquiva que se posa en distintos ángulos de la sala…, sé que está buscando algo o rehúye a alguien.

Un par de asientos más a la derecha, el reconocido empresario asturiano Javier Treviño, premio de la Concordia. Lo encuentro más grueso, creo que ha ganado peso desde la última vez que lo vi. Está mirando con recelo a Patricia, la periodista. Pero ella solo mira hacia donde están las cámaras, luciendo su moreno color de piel realzado con demasiado colorete. Le puede su ansia de protagonismo. No soy médico, pero le vaticino un carcinoma pronto como siga exponiéndose al sol (o a los rayos UVA) de un modo tan descarado.

Por el contrario, el escultor Eduardo Chillida y el diplomático ruso Pavlovich muestran una actitud discreta, concentrados en la ceremonia.

El escritor británico Harry Crane parece no observar a nadie. Pero creo que, en realidad, nos observa a todos…

—A ver, esto es importante. ¿Intuyó a quién intentaba divisar el señor Kulakov? —pregunta Bieda.

—No. Sé que algo vio, pero no qué o a quién. Porque en un momento lo noté inquieto y alerta. Y al cabo de unos minutos, apesadumbrado. En el ínterin vería algo, estoy segura.

—Quizá vio algo extraño que pudo estar relacionado con el atentado. Se lo preguntaremos. ¿Y eso de que el señor Treviño miraba con cierto recelo a la señorita Rodero?

—No se llevan bien. Discuten. ¿Puedo seguir?

—Un segundo. ¿Por qué dice que Crane los vigilaba a todos?

—No he dicho que nos vigilaba. He dicho que nos observaba.

—Tanto da.

—No sé. Es una percepción. Pero suelo fiarme de mis percepciones.

—Yo también de las mías… Prosiga.

Se acaban los discursos. Aplausos. Agradecimientos. Suena el himno de Asturias. «Asturias, patria querida». Me gusta esta melodía. Después, la ceremonia se da por concluida.

Minutos más tarde, un coche me lleva al hotel La Reconquista, pese al corto trayecto que hay entre este y el teatro. En la puerta, veo a una mujer policía que me llama la atención. Va vestida con un atuendo oscuro, pistola al cinto y chaleco antibalas. Gira la cabeza con movimientos limpios y rápidos. Analiza todo con una mezcla de fiereza, escrutinio y melancolía. Una miscelánea de sentimientos entreverados que riegan su gélida mirada y no pasan desapercibidos para mí.

Porque nunca me pasan desapercibidas las personas interesantes.

—Era yo, ¿no? —dice Clara.

—Era usted, sí. Ya le dije que la recordaba. Pero, por favor, no me interrumpan —les pido con suave frialdad. Cuando me meto en un relato, me gusta terminarlo sin perder el hilo.

Una vez dentro, me dejo «rescatar» por la belleza de la arquitectura interior del edificio. Porque solo la belleza es capaz de calmar mis tormentas.

Murmuro unas frases en un idioma antiguo y nuevo a la vez.

—*Eiezu ene arima elhürra bezain xuri…* —«Imploro que mi alma siga blanca como la nieve y no se contagie nunca por la mundanidad que me rodea».

Ricardo Silvestre, el director del hotel, nos indica afablemente que crucemos el vestíbulo principal, lleno de cámaras de seguridad y hombres armados, hacia el patio de la Reina. El patio recibe ese nombre en recuerdo de la visita que el 1 de agosto de 1858 la reina Isabel II realizó al Real Hospicio Provincial del Principado de Asturias. Antes de llegar a Oviedo he leído todo (y cuando digo todo, es todo…) sobre este antiguo edificio. Así que me resulta sencillo imaginar, por los relatos de aquel día de Juan de Dios de la Rada y Delgado, cómo se engalanó el lugar en el que se recibió a los reyes. Y mi mente se retrotrae unos ciento treinta años…

> … e imagino a mi alrededor un espacio más antiguo, pero más nuevo. Cuatro mástiles en los que ondearían unos coloridos gallardetes y, en el centro, un pedestal que sostendría el busto en bronce de la reina Isabel II. Un busto que aún hoy ocupa un lugar de honor en uno de los pasillos del edificio cercanos al patio.
>
> Habría dos filas enormes de niños, una recua de los huérfanos del hospicio, a uno y otro lado del toldo. Sus Majestades habían ido allí para visitar el hospicio, apoyar la institución y ver los talleres y dependencias.
>
> Imagino que la reina Isabel II miraría a su alrededor con satisfacción y ternura. No por todo el boato dispuesto para ella ni por los lustrosos uniformes de los niños. No por las banderas y elementos decorativos.

Sino por las sonrisas agridulces de los huérfanos.

Dos niñas se le acercarían, vestidas con trajes largos y livianos y le regalarían un precioso ramo de flores.

De improviso, uno de los niños que no existen sino en mi imaginación me mira directamente a los ojos, con especial interés.

—¡Señorita Wallace! —me grita. En mi desconcierto agito la cabeza. Y, de pronto, vuelvo al mundo real.

—¡Señorita Wallace! Por aquí, por favor —me llama Ricardo, el director del hotel, instándome a que no me quede rezagada.

—Perdone que la interrumpa, ya sé que no le gusta que lo haga. ¿Nos está diciendo que tuvo una visión? ¿Esto le ocurre a menudo?

—Bueno, no muy a menudo —respondo yo—. Pero si se da la tesitura de que algo no me encaja o que estoy dándole vueltas a un dilema, en ocasiones mi subconsciente me lanza señales para ayudarme a entender. Es habitual que me ocurra cuando duermo, por ejemplo, como a todo el mundo, y que ahí encuentre la respuesta a algo a lo que he venido dando vueltas. Es común en gente de alta sensibilidad. Yo tengo un trastorno de espectro autista, como todo el mundo sabe, pero hay distintas tipologías. En mi caso, se combina con una alta sensibilidad hacia lo que ocurre alrededor, pero con una escasa empatía personal, salvo para con quien considero que merece la pena.

—Comprendo… —dice el policía.

Pero intuyo que no me comprende en absoluto.

Miro a mi alrededor algo desorientada y veo con ojos nuevos el patio descubierto de grandes dimensiones, a donde asomaban los corredores y las plateas estrechas del segundo piso, con una balaustrada de madera oscura que rodea toda la cuadratura de la planta. Sus majestades don Juan Carlos y doña Sofía llegarán inminentemente y después se abrirán las puertas y los salones contiguos para toda la turbamulta de invitados. Una masa ingente de seres humanos que me inquietarán con sus voceríos, roces, sonrisas incómodas y ruidosa algarabía.

Muy poco apetecible.

Nos pasan a la Capilla, la sala más insigne del hotel, donde otrora estuvo el oratorio. Aquí han preparado un cordón de seguridad para nosotros. Estamos solos, por ahora, los ocho (los siete premiados y el príncipe…, sin perjuicio del millón de hombres armados que nos circundan a distancia) y vivimos un momento de cierta intimidad y descompresión, antes de la horrible y multitudinaria celebración que nos acecha.

Unas personas entran de pronto con mi piano.

Me acerco al instrumento con parsimonia. Consciente de los vuelos que se producen en mi elegante vestido blanco, al caminar con esa cadencia. Musito una oración ancestral por lo bajo, como siempre que voy a comenzar un concierto.

Acaparo miradas, pero no me jacto de ello porque sé que muchas de estas son de incomprensión, de extrañeza. Como las de quienes admiran un animal salvaje al otro lado de la valla de seguridad.

Al otro lado de la cordura.

Pero no me importa, porque si mi piano existe, la gente deja de hacerlo.

Comienzo a tocar mi melodía. La que compuse para mi padre. La que se hizo famosa en el mundo entero. Sobre la base de tres notas: sol, fa sostenido y mi. Hay una simplicidad en ella que condensa la mayor parte de todo mi futuro musical: jerarquías tonales, simetría, y protagonismo en la variación de las armonías que acompañan al cuerpo melódico central. La tonalidad del mi suena más sostenida para hacer de fondo a dichas armonías al quedarse flotando.

Pero algo no va bien.

Las yemas de mis dedos intentan reclamar mi atención. Hay algo distinto. No suelo sentir nada de lo que ocurre a mi alrededor cuando toco, pero noto cosas ajenas a la música en ese momento, como un mal augurio.

Termino la ejecución. No es la más sublime para mí, pero los simples oídos humanos que me rodean no habrán percibido la diferencia.

Me aplauden. Aplausos de loa y, quizá, de compasión por mi enfermedad, según leo en sus almas. Se acercan a saludarme los galardonados tal y como estaba previsto que hicieran. El doctor Kulakov encabeza la fila para tenderme la mano. Percibo su contacto algo sudoroso por la tensión. ¿O quizá sea yo? ¿Acaso soy capaz de ponerme nerviosa? Los demás galardonados se van acercando y estrechan mi mano mientras posan para la respectiva fotografía conmigo.

Quién sabe si será un recuerdo para la posteridad, cuando yo ya no esté.

Por fin, salen las bebidas y se llevan mi instrumento. Ya en un ámbito más distendido, deambulo sin rumbo por la sala. Sujeto una copa de vino tinto porque es lo que se supone que debo hacer… Lo

que mi madre me enseñó. Mimetizarme, observar a mi alrededor e imitar a los demás. Por muy absurdo que me parezca, he de adaptarme a respetar los usos extraños de aquellos a quienes no comprendo.

—*Privet*, señorita Wallace —me saluda el doctor Kulakov, con un fuerte acento ruso, mientras se me acerca—. ¿Qué tal está?

—Aburrida —respondo aciaga.

No dudo de su bonhomía ni de su eminencia, pero en ese momento no tengo fuerzas para hacerme la sociable. No me encuentro muy bien, aunque a él tampoco se le ve muy entero.

Creo que seguimos hablando un poco más, pero no lo sé. Porque a partir de entonces no recuerdo bien los sucesos. Tengo las imágenes borrosas. Recuerdos confusos.

Entonces llega hasta nosotros el príncipe de Asturias. Me saluda. Alaba mi música, si no falla mi remembranza. Yo me acerco a la escultura del maestro Chillida, que preside la sala. Creo que el príncipe me sigue.

La pieza descansa sobre una repisa alta que ha dispuesto el hotel, sobre una tela de terciopelo granate con el blasón de Asturias grabado en el centro.

Me atrae la luz inerte e invisible que emana de la escultura. Y comienzo a marearme un poco. Recuerdo murmurar un encantamiento antes de que sea tarde.

De pronto, una explosión.

Lejana, pero próxima. Devastadora, pero envuelta en un silencio artificial. Todo son gritos sordos y caos a mi alrededor.

Fogonazo de luz, objetos por los aires, rojo de sangre.

Y todo se apaga.

Día 1

07.30 h

Una reunión de «amigos»

> Aquí, en Asturias, vi por primera vez todas las maravillas del universo que están a nuestro alcance.
>
> Ángel González,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Letras 1985

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 38 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

En uno de los comedores del hotel han dispuesto una gran mesa para siete comensales. Todos han madrugado. O no han dormido. Varios han debido ser curados de heridas leves o rozaduras sufridas al intentar ponerse a cubierto. Nada serio. Pero todos sin excepción se han sentido indispuestos, mareados o agitados durante las horas siguientes al atentado y han requerido atención médica en algún momento de la noche.

Saben que el hotel ha sido cerrado en cuarentena.

Para que no entre nadie y, sobre todo, para que no salga ninguna de las personas de servicio y apoyo técnico que estuvieron en la sala

en el momento del hipotético intento de magnicidio.

En la mesa del desayuno, al que han sido citados a las siete y media, se sientan los siete premiados del Príncipe de Asturias.

Testigos del atentado más intrincado de las últimas décadas contra la Corona de España.

El ambiente del almuerzo vespertino dista mucho de la francachela amigable de los pasados días. Lo único que se oye es el tintineo de la vajilla. Cucharillas al revolver el café con leche. Cuchillos que rebanan la mantequilla. Cuchillos que podrían rebanar la tensión.

Hay miradas torvas entre unos y otros. Es curioso, todos parecen castigados por haber recibido un premio…

Harry Crane se sienta al lado de Patricia Rodero y ambos se intercambian gestos de confianza. Es el propio escritor inglés quien mira en derredor y decide romper el hielo.

—Señor Kulakov, ¿se encuentra usted bien? —pregunta en perfecto castellano. Pasa largas temporadas en Barcelona y lo habla con pulcritud—. Todos hemos pasado una mala noche, pero los médicos han comentado que usted acusó más el shock. ¿Está mejor?

Las miradas se levantan de los platos. Primero buscan al emisor del mensaje. Después, al receptor, de quien esperan contestación.

El doctor ruso no domina tan bien el idioma y contesta lacónico.

—Aún no muy bien. Pero mejor. *Spasiva* —agradece el médico.

El insigne doctor muestra una pose lánguida y derrengada. Harry se atusa el bigote y lanza una sonrisa de circunstancias. No se da por vencido a pesar de su primer intento baldío de entablar conversación.

—Y usted, ¿señorita Wallace? Fue la que más magulladuras se llevó, ¿no? —dice señalando sus heridas.

Anne eleva la mirada. La fija en él. Ladea la cabeza. Después se mira las gasas que cubren su hombro y su codo.

—Es evidente. Sí.

Y sigue comiendo. Con fruición, además. No parece acusar el ánimo sombrío de los demás, que tan solo pican algo frugalmente. El inglés ha fallado en su intentona de entablar conversación, pero alguien sale en su ayuda.

—Señor Crane —interviene el empresario Javier Treviño—, he de decirle que me encantan sus novelas y sus películas. No he estado en estos días pasados en el hotel y ahora, a pesar de toda esta situación, no quería dejar de decírselo.

—¡Gracias! —contesta el inglés reanimado—. Celebro que las conozca.

—Todo el mundo ha visto tus películas, Harry —puntualiza la periodista Rodero. A nadie le pasa desapercibido el tuteo entre ellos.

—He de decir que en Rusia no se ven demasiado —dice Dimitri Pavlovich, que sí domina bien el castellano, por el carácter internacional de su profesión. Lo suficiente para que no sea excusable el tono cortante que ha usado con el inglés—. Y sus libros no se han traducido al ruso, por lo que sé, ¿no es así?

—Por allí no me tienen mucho cariño, señor Pavlovich.

—Por lo que he visto, por aquí a nosotros tampoco —dice aludiendo a las manifestaciones en contra del bando comunista y los rusos, y mira su plato.

—Hay gente que no busca manifestarse por causas, sino cualquier causa para poder manifestarse.

—Solo sé que nos han llamado de todo algunos de esos energúmenos con las pancartas —replica Pavlovich—. Quién sabe. Quizá son ellos quienes están detrás de todo esto…

De pronto, un silencio de segundos. Y una voz que lo rompe.

—Sus historias no están mal escritas, pero son predecibles —suelta de pronto Anne Wallace, sin levantar la mirada del plato.

Que le digan eso al «Rey del Misterio», precisamente cuando lo caracterizan sus finales de giros inverosímiles, parece soliviantar más a Patricia Rodero que al propio escritor, que se muestra por encima del bien y del mal.

—Ja, ja, ja, es usted maravillosamente sincera, me encanta.

—¿Predecibles? —interfiere Patricia—. No es eso lo que opinan los millones de lectores y espectadores de todo el mundo, señorita Wallace.

—No suelo opinar lo mismo que todo el mundo —responde Anne sin inmutarse—. A mí lo que me gusta es la obra del maestro Chillida —dice de nuevo sin levantar la mirada, llevándose el tenedor a la boca. Como si el propio escultor no estuviera presente.

—¡Oh! Gracias, señorita Wallace. Viniendo de alguien con su sensibilidad, me lo tomo como un gran elogio —responde Eduardo, que ahora vuelve su mirada al escritor inglés—. En cualquier caso, señor Crane, yo también lo felicito por su obra.

—Estos vascos, siempre tan corporativos entre ellos, ¿verdad? —espeta Patricia Rodero.

Chillida no dice nada, pero tuerce el gesto. Y Anne ni siquiera se da por aludida.

—Supongo que presumirá un igual corporativismo en los rusos, ¿me equivoco? —le lanza, taimado y frío, Dimitri Pavlovich.

—Igual los rusos, efectivamente. Camaradas endogámicos hasta el extremo. Por eso no habrán leído allí al señor Crane, porque solo beben de su propia propaganda.

—Locos hay en todas partes —interviene Javier Treviño—. De hecho, ¿no intentó raptarlo a usted, señor Crane, un grupo de fans despechadas hace uno o dos años?

—Así que no todos le tienen tanto cariño… —incide Pavlovich.

—Estamos todos muy fatigados, vamos a dejarlo estar —irrumpe Eduardo Chillida en mitad del careo, con autoridad—. Creo que es mejor que tengamos la fiesta en paz. Desayunemos tranquilos, ayudemos a la policía en lo que podamos y dejemos esto atrás. ¿No están ya cansados de toda esta inquina?

De pronto, alguien irrumpe en la sala. Una mole en tirantes y gabardina.

—¡Buenos días a todos!

Bieda es un elefante, y aquel salón, una cacharrería. Deja su gabardina en la cabecera de la mesa y coge una taza de café, varias tostadas, un cruasán y pide al camarero unos huevos fritos mientras se sienta.

El silencio reina en la mesa. Todos, expectantes.

—Estoy en ayunas, no me miren así… Es la comida más importante del día.

Detrás de él entra Clara Expósito. Mucho más discreta, mucho más taciturna. Examina a cada premiado con mirada patibularia.

Lucas mastica con fuerza su desayuno y echa una ojeada a los comensales. Tiene delante a siete celebridades de talla mundial. Pero eso no lo amedrenta. «En peores plazas hemos toreado»,

intenta consolarse. Después, se topa con la dura realidad, mientras enumera mentalmente:

✓ Un atentado en el lugar que debería ser el más seguro de España.

✓ Posible intento de asesinato del príncipe don Felipe de Borbón.

✓ Tener retenidos a siete celebridades mundiales: foco de prensa internacional.

✓ Y solo le quedan… (mira el reloj), poco más de treinta y ocho horas y media para resolverlo todo.

Y se lo piensa peor: «No he toreado en una plaza así en mi puñetera vida». Maldice su suerte.

—En fin, espero que estén bien. Les hemos reunido aquí por lo que ocurrió la noche de ayer.

—Todos intuimos lo que ocurrió, agente. Fueron los de siempre, infiltraron a alguien aquí dentro para meter su maldito juguete —dice Patricia, la periodista, con voz atiplada y tono de renuencia.

El grupo se azora ante el comentario y despierta alguna interjección en el ambiente.

—Vale, vale… —interrumpe el policía los murmullos con las palmas en alto. No piensa dar pábulo a soflamas de nadie—. No me importa que todos sepan lo que ocurrió. Hasta que lo sepa yo con pruebas fehacientes y pueda asegurarme de que están todos sanos y salvos de cualquier amenaza, se quedarán todos ustedes a vivir aquí. Juntitos, sin comunicaciones con el exterior, ni siquiera por teléfono y sin salir del hotel, verán qué bien…

Se hace un segundo de silencio mientras los oyentes interiorizan lo que acaban de escuchar.

«¿Igual no lo he dicho con demasiado tacto?», piensa Bieda.

Y lo cierto es que mucho tacto no ha tenido.

Clara Expósito chasquea la lengua y se acerca al oído de Bieda.

—Podrías ser menos impertinente, aquí nos la jugamos todos… —le interpela en un susurro demasiado audible.

Tan audible que lo oyen todos.

Lucas Bieda suspira y niega con la cabeza. Se vuelve hacia Clara y se levanta hasta quedar a escasos centímetros de ella. Su mirada es agresiva y ella recula un poco, pero tampoco es de las que se amilana.

—Acompáñame un segundo, anda.

Él se aleja unos metros en un aparte, con ademán de esperarla. Ella le sigue, solícita pero renqueante. Se colocan a pocos metros de la mesa donde todos desayunan, para que no puedan oírlos. Lucas se gira hacia su colega.

—Sabes que es deliberado por mi parte no mostrarme demasiado amigable. Si no, no podré apretarles tanto las tuercas. Y solo tengo dos días para exprimirlos. Puede que me gane unas reseñables enemistades de por vida, pero mi trabajo no es hacer amigos. Mi trabajo es aclarar quién atentó contra la Corona.

Ella comienza a protestar.

—Pero, Bieda, no puedes…

—Y sabes también que nunca me he caracterizado por quedar bien —la interrumpe—. Me he caracterizado por ser efectivo…

—Estas no son el tipo de personas que tratamos habitualmente, Bieda. Son eminencias, y además han sido víctimas de un atentado.

—Me da igual lo que ponga en la tarjeta de visita de cualquiera. Pero, por favor, ni se te ocurra volver a desautorizarme delante de

ellos… Ni de nadie, a poder ser. Yo jamás lo habría hecho contigo, lo sabes.

Lucas Bieda no espera réplica y se acerca de nuevo a los galardonados. Y vuelve a sentarse para acabar el desayuno. Los mira como si estuvieran celebrando algo. El agreste policía intenta dulcificar el tono.

—Entonces, queridos amigos… Comprendan que lo primero es su salud y su propia seguridad, señores. Hasta que tengamos un poco más de luz sobre lo que ha ocurrido nos gustaría protegerlos con garantías. El hotel se ha desalojado y quienes estuvieron en aquella sala serán los únicos huéspedes. Lo tendrán todo entero para ustedes, ¿no les parece fantástico?

—A mí sí… Me apetece quedarme y saber qué ha pasado —dice Anne Wallace ante la estupefacción del resto. Mira unos veinte centímetros por encima de las cabezas de los demás. Se toca la sien con las yemas de los dedos. Su boca parece dibujar incluso una leve sonrisa.

—Por qué no me sorprende —espeta Bieda.

—Porque ya se lo he dicho antes. No presuma de haber deducido nada. No creo que sea usted de los que deducen demasiadas cosas.

Bieda la mira estupefacto. Y lanza una carcajada sincera. «Tiene cojones la chica…».

—Pero ¿no podremos salir ni a hablar con nuestra familia? —pregunta Eduardo Chillida con tiento.

—Salvo caso de máxima urgencia, no. La Casa Real no quiere que se filtre ninguna información a la prensa que pueda malinterpretarse. Y mi intención es hablar con todos y cada uno de ustedes. Tengan en cuenta que afuera nos acosará la prensa y, si

salen, no los dejarán en paz. Serán menos de cuarenta y ocho horas. Hasta mañana por la noche. Nada más.

Se manifiestan procelosos y sardónicos comentarios por parte de los más condescendientes y quedos lamentos de los más sumisos.

—¿Y qué demonios se supone que vamos a hacer aquí todos encerrados? —se atreve por fin a preguntar Patricia, la periodista.

Lucas sonríe. Mastica una tostada.

—Conocernos mejor…

Día 1

08.00 h

La playa de los Cristales

Los días de la Guerra Fría ya han pasado a la historia y el espacio se ha convertido en un ejemplo de cooperación internacional.

JOHN GLENN,
premio Príncipe de Asturias
de Cooperación Internacional 1999
(primer estadounidense que
orbitó la Tierra, en 1962)

EXTERIOR. GIJÓN. PLAYA.

(QUEDAN 38 HORAS DE PLAZO)

Aún no ha amanecido. Pero una motocicleta atraviesa la carretera a una velocidad endiablada. Ha dejado atrás pueblos como Cayés, Lugo de Llanera o Piñera para llegar por fin a la costa.

A la playa de los Cristales.

Donde ha aparecido un cadáver. Con evidencias de haber sido asesinado.

Justo después de haber estado con los siete galardonados, les ha llegado el aviso del hallazgo. Y Lucas había querido ir a verlo *in situ.*

«Jefe, puede que no tenga nada que ver con todo esto, ¿vamos a perder el tiempo que no tenemos yendo allí?», le ha dicho Juan Lopategui, en cuanto la guardia costera los ha informado.

«El poli al mando del caso me ha dicho que tengo que ir a verlo, por algo será. Además, Lopategui, no me jodas, no creo en las casualidades. ¿Dos crímenes en veinticuatro horas aquí? Esto es Asturias, no *Corrupción en Miami*…».

Y en su moto, ha llegado en tiempo récord haciendo *slaloms* nivel circuito profesional por las carreteras regionales de la tierra astur. Después de aparcar, echa una ojeada al paraje natural. Desde lo alto, se domina una pequeña playa recóndita y pedregosa entre pequeños acantilados.

Comienza a descender por las abruptas paredes rocosas hasta la arena.

Allí, cerca de la orilla, encuentra a un grupo de compañeros en torno al finado. Se ve que lo estaban esperando.

El Cantábrico ha escupido el cuerpo de sus dominios. Sus mareas han querido devolverlo a la superficie como si buscaran revelar un secreto escondido y que se hiciera justicia.

Es el cadáver de un hombre robusto, de tez pálida, aún más blanca por la muerte y la fría temperatura. Tiene alguna cicatriz que habla de una vida complicada, cuando menos… Reposa bocarriba desnudo por completo, en la orilla, donde hay un pequeño halo rojo sanguinolento. No hay demasiada sangre porque…

—… porque su cuerpo ya se había desangrado por la herida que muestra en el cuello. Si se fijan, tiene ahí una puñalada —indica un forense, rodeado de polis.

«Mmm», gruñe Bieda, en mitad del círculo. Todos le han informado metódicamente de la situación. El cuerpo ha sido descubierto esta mañana por unos montañeros que caminaban por el desfiladero del litoral.

Las mansas olas van relamiendo sus pies y sus tobillos a cada golpe de agua.

—Podríamos adentrar un poco más el cuerpo en la arena, ahora que ya ha sido examinado —indica un agente—. El agua está fría de narices.

—No creo que a este le importe mucho ya coger un resfriado —apunta Bieda mientras se enciende un puro—. ¿Han encontrado el arma blanca que le provocó la herida?

—Sí, aquí está, hemos dado con ella por casualidad. —Uno de los hombres levanta una bolsa de plástico con un cuchillo dentro.

—¡Pero si es un puñetero cuchillo de cubertería…!

—Sí, parece uno de sierra normal, para carne, por ejemplo.

—Sin embargo, se introdujo en el lugar perfecto para rebanar las arterias y provocar una muerte segura —apuntala el forense.

—Pues la puñalada sería certera, pero no parece el arma de un asesino profesional.

—No… Pero precisamente esta es la razón por la que le hemos llamado, Bieda, mire el mango del cuchillo.

Y Lucas se acerca amusgando los ojos para distinguir lo que casi le hace caer de bruces…

—¡Tiene el símbolo del hotel La Reconquista!

—Eso es. Es un cuchillo de la cubertería del hotel.

—Joder… Y este tío, ¿cuándo vamos a saber quién es? Hallado en pelotas, supongo que no llevaría la cartera encima…

—Hemos tomado muestras. Miraremos en las bases de datos. De todos modos, no parece nacional.

—No. Pero con lo inflado que está, podría proceder del puto Marte. Infórmenme en cuanto sepan algo, por favor.

—De acuerdo. ¿Tendrá que ver con el atentado contra el príncipe?

—Hombre, muy raro dos crímenes en tan poco tiempo y encima con el puñetero cuchillo del hotel. —Hace una pausa y señala, sorprendido, hacia un lado de la playa—. ¿Y quién coño es ese?

A varios metros hay un pescador barbudo, de pelo enmarañado y nariz redonda, que está siendo interrogado por unos agentes. Fuma con nerviosismo.

—Un testigo que parece que vio algo desde su barca hace un par de días.

—¿Vio cómo se cargaban a este tío?

—Eso dice…

Bieda hace ondear su gabardina al darse la vuelta y cubrir a grandes zancadas la distancia que los separa del viejo y barbudo pescador. Interrumpe su declaración con poco tacto.

—Oiga, perdone que los interrumpa. ¿Usted vio lo que pasó?

El pescador se lleva el cigarrillo tembloroso a la boca, oculta por la espesa barba. Expulsa el humo con labios trémulos.

—Creo que sí. Estaba hace un par de días en la barca pescando de madrugada —dice señalando al horizonte—. Estaría a unos cien metros de costa. Vi a dos hombres, como discutiendo. Uno vestido. El otro… no.

—Vaya. ¿Y no le pareció oportuno reportar que vio a dos tíos peleándose y que al final uno acabó matando al otro?

—No fue eso lo que vi. Solo los vi discutir. Y que uno estaba desnudo. Yo me escandalicé un poco y aceleré unos nudos hasta llegar a aquellos riscos. Tan solo navegaba por delante de la playa. Siempre salgo con mi lancha a motor desde Luanco y voy hacia el este, allí detrás. Me pareció raro, pero tan solo los vi muy acalorados… y pasé de largo.

—Tan acalorados que uno iba en bolas, claro. Joder. ¿Podría reconocer al otro tipo que estaba con él?

—Me encontraba lejos. Pero algo podría aportar, supongo.

—Bueno, inténtelo, por favor. —Lucas se gira hacia el agente que le estaba tomando declaración—. Llévenlo a donde un dibujante. A ver si conseguimos un retrato robot medio decente. Quién sabe.

—De acuerdo.

Bieda se larga de allí para ir hacia la persona al mando de todo el tinglado y darle unas últimas instrucciones para que lo informen de cualquier hallazgo.

Pero al girarse ve algo que le llama la atención. Una figura se recorta en el promontorio de uno de los riscos elevados, encima de la playa.

Una figura que observa todo con un cariz amenazante.

Se trata de un hombre de pelo cano y recortado en cepillo a lo militar, con mandíbula cuadrada y grandes hombros cuadrados.

«Seguro que también tiene las pelotas cuadradas», sospecha Bieda.

Da la sensación de que, si está allí, es porque sabe algo o puede estar implicado. Quizá está vigilando qué sacan en claro los policías…

—¡Eh! ¡Oiga! —le grita Bieda desde lo lejos—. ¿Ha visto usted algo? ¿Podría hacerle unas preguntas?

Pero el hombre «cuadrado» da una última calada al ya exiguo cigarro y lo lanza hacia el acantilado en un gesto de desprecio hacia Bieda.

Se da la vuelta y desaparece.

II
Los premiados

Testimonio de los galardonados con el Príncipe de Asturias de 1987

?

El niño y la cámara secreta

INTERIOR. CELDA DE PIEDRA.

Adrián es un niño de unos siete años.

Es pelirrojo y tiene los ojos verdes. Parece más vikingo que hispano, y quizá sea así: quién sabe qué genes navegan por esa sangre suya. Viste ropa harapienta. Antigua. Vieja. No sabe por qué está allí encerrado. Ha despertado de pronto, en aquella cámara sin salida. Sencillamente antes no estaba ahí, y ahora sí.

Unos candiles de gas iluminan la estancia lamiendo las sombras. El niño aventura que afuera es de día, pero no tiene manera de saberlo. No oye ningún sonido del exterior que pueda darle una pista: ni los gritos de las verduleras en los puestos de la plaza, ni el trasiego de la feria, ni las llamadas a misa de las campanas.

Hay una puerta de madera y hierro forjado que le impide abandonar la habitación. Adrián lleva poco tiempo recluido. Durante los primeros instantes allí sintió incomprensión e ignorancia. Después, enfado, indignación y gritó mientras aporreaba una puerta demasiado robusta para sus manitas infantiles, que han quedado algo lastimadas.

Después ha llegado el llanto.

Un llanto quedo y fútil, de los que no buscan consuelo, porque no hay consuelo posible. Está solo, encerrado y nadie le va a ayudar. Es el llanto del vencido.

De pronto, la hoja de madera se abre dibujando a un hombre en el umbral, envuelto en un hábito de tela deshilachada e híspida, con la capucha cubriéndole la cabeza. Entra y deja una escudilla de hojalata con comida dentro. Al principio el crío pretende negarse a comer y mostrarse altivo. Pero, ante la supina indiferencia del visitante, se amilana y recuerda su absoluta inferioridad. Así que, con un gesto humilde, se abaja a preguntar:

—¿Qué hago aquí? ¿Cuándo voy a poder salir? —inquiere con voz trémula que intenta aunar la incomprensión infantil, el orgullo de niño y la intrínseca necesidad de afecto de un chico de su edad.

El hombre, que parece un monje de clausura por su atuendo, está ya de espaldas. Se detiene antes de abandonar la estancia.

—Quizá mañana. Quizá nunca. No depende de mí. —Se gira para mirarlo desde la cavernosidad de su capucha—. Pero tampoco depende de ti.

Y cierra la puerta tras de sí.

Adrián come porque siente hambre. Porque, aunque los niños no hayan nacido aprendiendo a comulgar con la frustración, saben hacerle frente mejor de lo que hacen creer a los adultos. No hay más que someterlos a ella.

Así pues, da buena cuenta de esa especie de arroz o de gachas que hay en el cuenco de hojalata. No sabe qué será de él, pero lo bueno de ser un niño es que no tiene demasiados planes de futuro. Sin embargo, las palabras de ese encapuchado resuenan en su cabeza.

De pronto vuelve a abrirse la puerta y el hombre entra para apagar las lámparas de aceite.

Adrián entiende que ya ha oscurecido y tiene que pasar allí su primera noche. Desconoce que, en realidad, le han apagado las luces para someterlo al aturdimiento que supone no saber qué hora es.

Pero, aunque afuera reina la luz, adentro el niño solo respira oscuridad. Y en esa oscuridad sus pensamientos transcurren debatiéndose entre las sombras de la indefinición. En esa misma oscuridad resuenan continuamente unas palabras, como si, en lugar de en una habitación, estuviera en una cueva profunda o en un cañón natural, en el que se produjese un eco eterno… «Quizá nunca, nunca, nunca…».

Quizá nunca salga de allí.

Día 1

09.20 h

Premisas iniciales

> No creo demasiado en la experiencia. Pienso que es conservadora. Todo mi trabajo es hijo de la pregunta. Soy un especialista en preguntas. Algunas, sin respuesta.
>
> EDUARDO CHILLIDA,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Artes 1987

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 36 HORAS Y 40 MINUTOS DE PLAZO)

El equipo policial ya está instalado en el salón de Consejos, una estancia de unos setenta metros cuadrados, con paredes revestidas de madera, donde la Policía tiene ahora su cuartel general.

Aunque ellos no lo sepan, esa era antiguamente la sala de las mujeres y las niñas pobres. Había tres separaciones en el Hospicio Real: mujeres (ya fueran niñas o adultas), niños varones y hombres. Si bien a las mujeres y a las niñas no las separaban porque se entendía que unas iban a cuidar de otras, no las tenían todas consigo respecto a los residentes masculinos maduros: con su

ejemplo igual malograban a los chicos. La de las mujeres y las niñas era una sala más recogida, más señorial y seguramente más cálida.

Hoy, esa misma sala, pero cientos de años después, se ve atenazada por una atmósfera ominosa y el humo se enmascara entre la urgencia y la pesadumbre. Intrincadas vías de investigación que no han hecho más que empezar. Varias personas sentadas a la mesa y una pizarra portátil en la que se anota una miscelánea de ideas, tareas y datos.

En ese instante irrumpe Bieda en la sala con su estrépito habitual.

Viene de ver el cadáver de la playa de los Cristales.

El policía que se sienta a la mesa, enciende el puro y se estira los tirantes. Antes de hablar a su equipo crispa los puños y suspira con teatralidad.

—Buenos días, hagamos un repaso rapidito, tenemos que comenzar a tomar las declaraciones a nuestros insignes huéspedes. ¿Cómo estamos avanzando?

El primero en hablar es Juan Lopategui, con su sempiterno gesto de calarse las gafas de pasta, adopta un tono suave pero firme.

—Tendríamos que dedicar recursos al seguimiento de la investigación del crimen perpetrado en la playa. Todavía no sabemos cómo podrían estar relacionados el cadáver y el atentado.

—Pero lo están —apunta Bieda.

—Estoy de acuerdo —asiente Lopategui—. Sin embargo, no creo que resulte fácil conocer la identidad de ese hombre y solo sabemos que el asesinato se cometió con un cuchillo de este hotel.

Todos asienten o callan en señal de aquiescencia.

—Vale… —Toma ahora la palabra el joven Ureña, revolviéndose el pelo grueso y rizado. Está en la pizarra y comienza a apuntar

mientras habla—. Tenemos tres vías de investigación. Primero, cómo se introdujo la bomba en el *sancta sanctorum.* Segundo, quién la activó para que explotara. Y, tercero, el análisis del artefacto en sí, para ver si podemos llegar a saber quién es el cerebro que está detrás del atentado.

—Sobre lo primero: cómo y quién introdujo la maldita bomba. ¿Tenemos el listado de todos los que estuvieron ayer en el hotel? ¿Empleados del La Reconquista, técnicos, personal de catering… y seguridad?

—Sí, tal como usted pidió. Y se ha contactado con cada uno de ellos, para monitorizar que no abandonen Oviedo. Se han cursado avisos a todos los cuerpos de seguridad para que tengan controlados todos esos nombres de la lista.

—Bien. Que no muevan un dedo sin que nos enteremos.

—Hecho.

—De alguna manera debieron meter la bomba… ¿Se ha examinado el piano de la señorita Wallace? Entró en mitad del evento, ¿no?

—Lo hemos analizado ya: ella pidió que sacaran el instrumento al patio y antes de hacerlo hemos mandado a gente del laboratorio para coger muestras mientras lo limpiaban. Si estuvo dentro la bomba, habría quedado algún resto. Pero no hay nada.

—De acuerdo —sanciona Bieda, impaciente—. Segunda cuestión…

Manuel Ureña subraya la segunda idea que ha apuntado en la pizarra y toma la palabra.

—«Quién activó la bomba». Aquí estamos en una situación parecida. ¿Se hizo desde dentro o desde fuera, en remoto? Si el

atentado quería lastimar al príncipe, alguien del interior tenía que estar vigilando e indicar cuándo activarla.

—Si estamos aquí durante cuarenta y ocho horas —le corta Bieda — es para trabajar sobre la premisa de que esto ha sido un atentado contra el príncipe don Felipe de Borbón.

—Con lo que necesitaban visual.

—Con lo que la activó alguien desde dentro de la sala.

—Y volvemos a lo mismo, jefe. El listado de personas que estuvieron en este hotel durante el acto.

Lucas asiente mirando la pizarra. Algo revolotea en su cabeza y murmura:

—En un atentado de bomba contra una persona… ¿necesitas visual… o necesitas asegurarte de que la víctima sea dirigida?

—¿A qué se refiere, jefe?

—Cosas mías… No soy tanto de experiencias como de preguntas. A veces tengo que dudar para estar seguro —susurra Lucas—. En las cámaras que enfocaban la sala y las inmediaciones no se distingue nada, ¿verdad?

—Ningún movimiento extraño por parte de ninguna de las personas que estaban cerca con potencial visibilidad hacia el lugar del artefacto.

—Magnífico… Nos queda el tercer punto. El artefacto en sí. La bomba. Y saber si su montaje apunta hacia algún grupo terrorista o no.

Manu Ureña, desde la pizarra, se da de nuevo por aludido y acude a subrayar el tercer punto.

—«La bomba», sí. Eso puede indicarnos el «quién». Quién está detrás. Y, si ese quién es ETA, ya no hace falta preguntarse el

«porqué». La motivación sería clara, como hemos dicho esta mañana.

Bieda se levanta y estira la espalda. Camina unos pasos y se detiene ante la pizarra en la que ha estado dibujando Manuel. Da al puro unas caladas cargadas de ansiedad. Caladas muy fuertes. Su cara se contrae por la tensión y la cicatriz que recorre su rostro parece ancharse.

Clara intuye por qué se está poniendo nervioso.

Siempre lo hace cuando rememora heridas del pasado. De su pasado en Bilbao. Lo conoce bien a pesar de lo que pasara entre ellos.

—Ureña, Lopategui y Clara, venid conmigo —dice Bieda mientras abandona la sala.

Los tres policías siguen la gabardina ondeante y húmeda que su jefe aún no se ha quitado desde que ha vuelto de la playa en moto. Pronto comprueban que se dirigen hacia la Capilla.

Lucas atraviesa el octógono de la sala central y se aproxima al lugar oscuro, negro y fatídico de la explosión. Se queda de pie ante los restos de un mueble destrozado, la pared descascarillada y la maltrecha escultura de Chillida.

—Por las imágenes de las cámaras y por el testimonio de la señorita Wallace, creo que el soporte de madera que se dispuso para que reposara la escultura era de aproximadamente metro y medio de alto, estaba hecho de madera y cubierto por el terciopelo con el escudo de Asturias. Ahí debajo cabría una bomba, seguro. Y se mantendría oculta por el mantón que le pusieron de adorno. ¿Qué opináis?

—Tiene sentido —admite Lopategui—. Sería el lugar más probable, sí.

—Con lo que si averiguamos cómo se montó el mueble, quiénes lo hicieron y cómo se trajo hasta aquí, quizá podamos saber cómo se introdujo el artefacto…

Todos asienten mirando hacia el lugar donde estuvo el pedestal y el telón, y ahora solo hay astillas negras y retazos quemados.

—Están analizándose las piezas remanentes del explosivo —añade Ureña—. En el laboratorio confirman que tiene pinta de ser el *modus operandi* de ETA.

Lucas se rasca la cabeza y asiente.

—He hecho llamadas a informantes antiguos. Pasa algo raro. Nadie confirma nada.

—Tú tienes más experiencia con ellos, Bieda —le dice Clara con tacto—. Alguien ha debido de parir el atentado. ¿Tú qué piensas?

Bieda se gira hacia su equipo. Apaga el puro con acrimonia en su propia mano. Chasquea la lengua y los mira a los ojos.

—Pienso que han sido los mismos hijos de puta de siempre.

Día 1

09.30 h

Paz

> Os animo a que persigáis vuestros sueños con confianza, a que luchéis por ellos, a que la ilusión os guíe en vuestras decisiones y que el esfuerzo, el sacrificio y la valentía sean vuestra bandera.
>
> CARLOS SAINZ,
> premio Princesa de Asturias
> de los Deportes 2020

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 36 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

Bieda camina cansado y con una cadencia aletargada, como si fuera un péndulo que cimbreara su peso de un pie a otro mecánicamente.

Como a cada uno de los policías, le han facilitado una habitación para poder descansar de vez en cuando. Aunque el «de vez en cuando» será un «de vez en nunca» para casi todo el equipo. Pero él necesita llamar a su familia, allí en su intimidad. Como si no quisiera desprenderse del único hilo que lo ata a la cordura. Lo único que lo devuelve al lugar que le corresponde.

Descuelga el teléfono para llamar a casa y contiene la respiración hasta que oye la voz de su mujer. Ejerce de psicóloga en el centro de Gijón, pero sabe que hoy no ha ido a trabajar.

—Hola, Lucas.

—Nos quedamos aquí dentro un par de días.

—En el hotel, recluidos con ellos…

—Sí. Lo siento, te va a tocar pringar en casa.

—Tú tranquilo. Mi equipo del gabinete me cubrirá hoy y mañana. Ya volveré a la consulta cuando se calme todo. Tú sé paciente con tu equipo y, sobre todo, con los premiados. Ponte en su posición: están viviendo un shock postraumático y, si quieres que colaboren, tienen que sentirse cómodos. Te conozco y ahora mismo verás a todos como potenciales amenazas. Quizá alguno lo sea. Son personas y necesitan sentirse protegidas para que te den lo que necesitas saber.

—No me psicoanalices. Ahora mismo su comodidad no es una de mis prioridades.

—Tu prioridad ha de ser protegerlos.

—Les he dicho que estos días servirían también para conocernos mejor. He de mostrarme frío y suspicaz con todos, Paz. Si no, no podré presionarlos. Me va a tocar ser un poco cabrón.

—Ese papel lo bordas.

—Gracias, cariño —dice él antes de dar un largo suspiro—. De todos modos, hay algo que no me gusta. Algo de ellos me chirría.

—¿De los premiados? ¿Qué es?

—¿De verdad planearías un atentado contra el príncipe, pero te la jugarías a que se acercara a la bomba por casualidad?

—¿Qué quieres decir, Lucas?

Bieda hace una pausa, ella siempre le achacan que se deje llevar por su olfato, aunque no responda a ningún hecho objetivo. «Pero si algo huele raro, es que hay algo raro. Eso no te lo dicen las pruebas, hasta que la prueba es una bala metida en tu pecho», piensa para sí.

—Nada, cosas mías.

—Sigue tu instinto.

—Vaya —se sorprende él—. ¿Ahora quieres que lo siga?

—Cuando no tienes nada, es lo mejor. No va a ser fácil, Lucas, pero… ¿te quedarías tranquilo si no lo siguieras?

—No…

—Pues eso. Necesitas estar en paz contigo mismo para afrontar esto.

—Y tú me la das.

—Lo llevo en el nombre.

Bieda aprieta el teléfono y juega con el cable enroscándolo en su dedo. El hecho de que las siglas de ETA sobrevuelen sobre el atentado le afecta especialmente. Lo pone en alerta y teme por su familia. Querría estar en su casa. Protegerlos a ellos, en lugar de a los galardonados.

—Paz…, puede que hayan sido ellos.

—Ya me lo imagino.

—Tened cuidado estos días, ¿de acuerdo?

—Estate tranquilo. Lo tendremos. Pero no te dejes abrumar por tus fantasmas. Nosotros no somos ningún objetivo. Eso quedó atrás.

Bieda suspira. Ahí dentro, en esa habitación, en esa conversación puede desprenderse de la coraza, de su seguridad, de esa frialdad tan necesaria en la mayoría de los momentos de su vida.

Se encoge de hombros y empequeñece al soltar la presión.

—¿Cómo están los chicos?

—Echándote de menos.

—No me engañes…

—Pues no preguntes. Ya sabes que los chicos van a lo suyo. Pero a lo largo del día de hoy, cuando vean que no llegas, lo notarán. Eso es lo que siempre ha importado en esta casa: papá siempre acaba volviendo. Magullado, con sangre propia o ajena, habiendo ganado o perdido, pero siempre vuelves. Y lo mejor es que intentas sonreír. Tú también intentas engañarlos con esa sonrisa, a veces postiza.

—A quien no engaño es a ti.

—No. No puedes.

—Y… ¿ella? ¿Cómo está?

—¿Begoña? —Suelta una leve risa para rebajar la tensión—. Ah, mi querida niña. Tu querida niña. Tranquilo, yo me encargo de ella hasta tu vuelta, vaquero. Ahora céntrate en las siete víctimas que tienes ahí recluidas.

—Uf. Vaya con qué personajes me ha tocado lidiar. No lo sé… ¿Qué opinas de ellos? Son personas demasiado importantes.

—Son personas. Punto.

—Oye, ¿y qué te parece Anne Wallace? Te acuerdas de que en Bilbao se hablaba mucho de ella: se presumía de nuestra pianista, medio «bruja», de renombre mundial. No sé qué pensar de ella y estuvo muy cerca de todo. Es difícil de leer.

—Es de fiar.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Soy psicóloga. Y yo también puedo tener instintos, ¿no?

—Pero es que esa mujer está como una cabra…

—Tú también, y me casé contigo.

Bieda sonríe.

—Pero eso lo hiciste como si yo fuera tu proyecto de doctorado o así, ¿no?

—De haber sido tú mi proyecto profesional, habría fracasado. Por eso te coloqué en la bandeja de «proyecto personal».

—Qué haría yo sin ti.

—Lo mismo, pero peor, supongo. ¿Cómo llevas lo de trabajar con Clara?

—La han puesto a mi mando. Es una situación tensa.

—¿Más para ella o para ti?

—Para ella, creo. Yo dejé atrás todo resentimiento. Pero he de tener cuidado porque está a la que salta en todo momento. Complica las cosas. Más, quiero decir.

—Olvida, respeta y sé paciente.

—Lo primero, bien; lo segundo, regular, y lo tercero, va en contra de mi ADN.

—Piensa que estará siendo muy duro para Clara también. Cuídala.

—Joder, siempre me dices que cuide a los demás, pero ¿qué pasa conmigo?

—Que te cuidas tú solito. Ahora debo dejarte. Hoy no van al cole y tengo que estar pendiente. Te quiero, luego hablamos. Ánimo.

Bieda no dice un «Te quiero» porque le cuesta más. Pero espeta un lacónico «Gracias por todo» que Paz sabe que significa lo mismo. Y cuelga.

En la casa se oye la algarabía de fondo natural de los niños. Paz está más preocupada por su marido de lo que le hace creer. Lo

contrario no haría sino empeorar sus cosas, y ahora lo que ha de transmitirle es confianza.

Sale de la habitación para volver al salón, hoy no pasará consulta, pero tiene muchas cosas de qué ocuparse. Para tener la mente ocupada.

En el umbral de la puerta se topa con su hija mayor, Begoña.

Su madre comprende que ha estado escuchando la conversación. Está encerrada en sí misma desde que vinieron a Oviedo, pero, al contrario que el impaciente de su marido, ella sabe que a la niña solo hay que darle tres cosas: cariño, paciencia y espacio.

Por eso le da un beso, no le pide explicaciones de por qué ha estado apostada allí.

—Tranquila. Está bien —le dice tan solo.

Y se marcha por el pasillo dejándola sola.

Día 1

09.30 h

El patio de los Gatos

> El desarrollo es del interés de toda la raza humana. La inmensa desigualdad de nuestro planeta es peligrosa, injusta y desestabilizadora.
>
> NELSON MANDELA,
> premio Príncipe de Asturias
> de Cooperación Internacional 1992

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 36 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

Han informado a los premiados de que se serviría un pequeño refrigerio en el patio de los Gatos del hotel, donde hay varias mesitas redondas y sillas metálicas.

Ese patio es una bella concreción de sillería, con el atrio porticado. Está delimitado por columnas toscanas de piedra y fuste liso con zapatas de madera que sostienen una galería abierta, abalaustrada, también de madera oscura. Los corredores del primer piso están abiertos al patio, a modo de balcón que da a él. En la plazoleta se encuentran, dispersos, algunos de los galardonados.

De fondo, suena *El clave bien temperado*, preludio y fuga n.º 1 en do mayor, de Johann Sebastian Bach.

Es Anne Wallace, que, desde un patio contiguo, se ha empeñado en insertar la música allí donde el silencio es atronador. Ha insistido en poner la banda sonora a un relato de suspense.

En una de las mesillas está Javier Treviño a solas, y en otra, Eduardo Chillida junto con Dimitri Pavlovich, ambos hablan en voz queda.

—¿Qué cree que pasará? —le pregunta el escultor.

—Nos tendrán aquí con entrevistas, seguirán trabajando en la recolección de pruebas y hablarán con ETA para verificar su autoría, seguramente. Pero no lo sé.

—Para no saber, sabe bastante más que yo.

—Ya se imagina, querido señor Chillida, que me paso la vida entre fuegos políticos… Pero sobrelleve su incertidumbre, esto acabará pronto.

—No llevo mal la incertidumbre. Me gusta lo desconocido. Siempre he dicho que yo soy hijo de la pregunta.

—A mí me han obligado a ser padre de la respuesta…

Su afirmación queda suspendida, porque ya entra en el terreno de lo político y personal. El terreno de lo secreto.

Tras unos segundos de caballeroso silencio, el diplomático ruso observa a Chillida, que tamborilea los dedos al son de la música del piano que escuchan de fondo.

—¿Conoce usted la obra que interpreta la señorita Wallace?

—Oh, sí. Es Bach. Uno de mis favoritos. Ella lo sabe. Por eso está interpretando algunas de sus obras.

—Creo que los artistas tienen una comunicación especial entre ustedes. Y aquí tenemos a dos de talla mundial: lo celebro.

De pronto, Harry Crane entra en el patio con elegancia y seguridad.

—En realidad somos tres los premiados dedicados al arte —matiza el escultor sonriente—: y ahí entra el tercero.

Pavlovich mira al escritor con desdén.

—No es arte todo lo circense…

El escritor inglés, ajeno o no a lo que se dice de él, mira a su alrededor y cruza una mirada absolutamente neutral y gélida con Pavlovich. Crane le regala media sonrisa pedante y se vuelve, escogiendo la compañía del empresario asturiano.

—Señor Treviño —le dice el inglés—, ¿le importa que lo acompañe?

—Por favor.

Pide al camarero un té rojo y observa que un miembro de seguridad no quita ojo de lo que allí ocurre. No bajan la guardia para protegerlos.

—Y bien, ¿cómo se encuentra, don Javier?

—Bueno. Sobrepasado por esta locura, como todos, supongo.

—No se preocupe, ha sido algo inoportuno y mezquino, pero ya ha pasado. Este atentado buscaba hacer ruido, nada más.

—Y vaya si lo ha conseguido. Ha sido demasiado…

Lo dice cabizbajo. Como si tuviera cierto sentimiento de responsabilidad. Crane no pierde detalle de ese mohín. Porque nunca pierde detalle de nada. Pero calla.

—Y ahora estamos aquí, como en una cárcel. —Treviño suspira y mira al cielo. Es como si atisbara la libertad en el firmamento, pero

no pudiera alcanzarla—. Quizá sea lo que merecemos.

En su interior aún duele el resentimiento de dudar si su mano derecha ha podido tener algo que ver en todo aquello…

—Son otros los que se lo merecen —replica Crane.

—Quizá también. Ahora mismo me llena el resentimiento.

—Nelson Mandela, al salir de la cárcel después de veintisiete años preso, dijo algo así como que, si no dejaba el resentimiento atrás, seguiría prisionero toda su vida. Es mejor no pensar.

Treviño baja la mirada del cielo ovetense y la dirige a su interlocutor. No hace gesto alguno, pero deja salir el aire por su nariz con mayor fuerza. Harry Crane, en un alarde de gran conversador, intenta cambiar el tema.

—Mire a su alrededor y deléitese en la belleza que nos rodea. También se puede disfrutar en estas circunstancias. Fíjese en este patio. ¿Sabe que ahí arriba, en los balcones, dormían en jergones juntos y arracimados los residentes infantiles? Los hombres mayores y todas las mujeres, niñas o adultas, dormían en otro sitio, pero los críos lo hacían ahí arriba. A la intemperie.

—¿Con el frío que puede llegar a hacer aquí?

—En las galerías corrían cortinones gruesos, pero eso no los guarecía totalmente ni del frío ni, sobre todo, de la humedad.

—Ya veo…

—La verdad es que la historia de este edificio es impresionante.

—Igual le da para una novela, ¿no?

—La trama que ha transcurrido entre estas paredes jamás será escrita. Y es una pena —dice con un tono cargado de suspense.

De pronto, un taconeo que golpea el pavimento atrae miradas y atención.

—Ah, por aquí llega nuestra querida periodista.

—Será querida por usted. Pero, desde luego, no por mí —se queja Treviño. Se levanta sin ningún tapujo por ocultar su desplante a Patricia Rodero y abandona el patio.

—¿Está libre esta silla, entonces? —pregunta ella, irónica, al acercarse, mientras el empresario le da la espalda sin responderle.

Lanza una sonrisa al escritor inglés y se sienta a su lado.

—Parece que no te tiene mucho cariño —la tutea él en confianza.

—No entiendo por qué.

—Seguro que sí lo entiendes.

—La gente, que no sabe aguantar una guasa…

—¿Qué le has hecho? Te vi discutir con él ayer, y también en Zabalaga.

—No pierdes nada de vista, ¿eh?

—No te pierdo *a ti* de vista, querida —replica zalamero.

—Soy periodista. Aquí hay historias.

Harry Crane pasea la mirada a su alrededor. El edificio, el sonido del piano de Anne Wallace aún de fondo, la mesa contigua con el diplomático y el señor Chillida…

—Seguramente más historias de las que te imaginas.

—Pues eso. Yo estoy aquí para contarlas. Aunque para ello antes haya de destaparlas.

—¿Destaparlas… o inventarlas? —le espeta él divertido.

FLASHBACK

Las noticias y la verdad

INTERIOR. REDACCIÓN PERIODÍSTICA. MADRID.

SEMANAS ANTES DEL PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Patricia había recibido, días atrás, la noticia de su premio por parte de la Fundación Príncipe de Asturias. Ella lo celebra porque le gusta ser reconocida.

¿Es menos pura la verdad por querer usarla para la fama?

Quizá. Pero ella no pierde un minuto con esas reflexiones. Lo primero que hace es estar al quite para averiguar quiénes serán sus compañeros de viaje en la recepción del galardón. Es una gran ocasión para estar cerca de otras figuras más o menos públicas que seguro que tienen jugo que extraer. Puede encontrar la noticia dentro de la noticia.

En la redacción del periódico *Nación*, de noche ya entrada, con más cafés, cigarros y piezas por escribir de las deseables, conversa con Roberto Sanz, su mentor y confidente. Con él no tiene que impostar corrección social alguna.

—Son carne de cañón… —dice después de dar una calada al cigarrillo mirando hacia el techo. Tiene los pies encima de la mesa y la máquina de escribir a un lado, con una hoja en blanco preparada en el rodillo.

Se refiere a sus compañeros, también galardonados para la ceremonia de Oviedo.

—Patricia, ten cuidado.

—No ha sido la prudencia lo que me ha traído hasta aquí.

—Puedes meterte en líos. Y más, si sacas trapos sucios de gente relevante que luego no tengan un soporte veraz.

—Creo que Anne Wallace puede tener alguna relación con el nacionalismo… Estoy investigándolo, pero se me resiste.

—¿Solo porque vive en el País Vasco y es famosa? ¿No es eso un prejuicio como un templo?

—¿Y qué buscan los lectores, sino argumentos para poder seguir teniendo sus prejuicios? Despierta ya, Roberto. Y al empresario, al señor Treviño, también lo está observando mi equipo: vamos a estudiar todos los proyectos que tiene.

—A un hombre al que premian por su filantropía…

—Esos son los peores, Rober.

—*Tú* eres la peor.

—También. Pero no presumo de lo contrario. ¿Cuántas veces voy a tener que mentirte para que me creas?

Roberto Sanz se levanta de la silla que ocupa frente al escritorio de su colega. Estira las lumbares y se acerca a la puerta de vidrio esmerilado.

—Patricia, ¿te das cuenta de que no todo lo que vives, o toda oportunidad que tienes, o toda persona que se te acerca, tiene por qué ser noticia? A veces, no hay noticia, la busques por donde la busques. ¿Qué haces en esos casos?

—A veces, cuando no hay noticia, sencillamente hay que… —Se para en seco. Él no comprendería. Es lo que pasa con muchos

periodistas clásicos. Que todavía no han querido ser desvirgados con la implacable verdad del grisáceo relativismo—. Es igual, déjalo. Aquí hay noticia seguro, fíjate la banda de galardonados que somos. Cada uno de su padre y de su madre. Igual encuentro algo: y si ya me gusta montarla cuando no tengo razón…, imagínate cuando la tenga.

Sanz suspira y pone los ojos en blanco. Antes de irse, se apoya en la jamba para lanzar una última pregunta. La más incómoda.

—Y a los rusos, ¿qué? Los comunistas, en cambio, no te preocupan, ¿no? La gente tiene el prejuicio de que eres republicana… A ver si va a ser cierto.

Ella da una última calada al cigarrillo y lo aplasta en el cenicero. Esboza media sonrisa. Lleva un mechón de su pelo rubio ondulado detrás de la oreja y por toda respuesta, sin mirar a su amigo, saca el dedo medio de su mano izquierda, dibujando un elegante y silencioso corte de manga.

Roberto esboza un ininteligible «Me lo imaginaba», mientras abandona el despacho y cierra la puerta. Patricia, ya sola, levanta el auricular del teléfono y hace girar su dedo en el dial. Y espera a que alguien lo coja al otro lado.

Se trata de Kepa Maeztu, de Orio, que estuvo metido en la banda, y luego metido en la cárcel. La prisión le hizo perder fervor patriótico y le hizo ganar anhelos lucrativos.

—¿Sabes si van a hacer algo? Los rumores están por todos lados… —pregunta Patricia cuando su interlocutor responde—. Tu hijo está en el ajo, él lo sabrá. Lo digo porque pocas oportunidades se tienen como esta de estar tan en el meollo… No, claro, yo sería discreta. — Hace una pausa. Escucha. Apunta.

Y cuelga. Ahora recuerda la pregunta ingenua, trasnochada, fútil, de su mentor Roberto Sanz.

¿Qué hace ella cuando no hay noticia?

Y sonríe, siseando por lo bajo mientras se enciende otro cigarrillo.

—En ocasiones, cuando no hay noticia, sencillamente… hay que crearla.

Día 1

10.00 h

Conversación con el doctor Kulakov

> Escribir con el miedo a no tener lectores y con el miedo a perderlos, sobreponiéndose lo mismo a los elogios que a las heridas. Escribir porque sí.
>
> ANTONIO MUÑOZ MOLINA,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Letras 2013

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 36 HORAS DE PLAZO)

Clara Expósito y Lucas Bieda se sientan frente al médico en el salón Covadonga. Habían pensado en habilitar otro espacio más recogido para los interrogatorios, pero finalmente Bieda ha preferido utilizar la misma ubicación que el atentado. Para revivir recuerdos y que los testigos se metan más en contexto.

El doctor Kulakov aguarda frente a ellos, con la espalda recta y cargado de tensión.

—Doctor, gracias por su ayuda. ¿Le parece bien que le hagamos unas preguntas? —dice Clara.

—No creo que tenga alternativa —responde él, apesadumbrado en su pobre pronunciación en castellano.

—Era una pregunta de cortesía —matiza Bieda.

—¿Está bien que hablemos en español? —pregunta Clara—. Tenemos un traductor a nuestra disposición si prefiere hablar en ruso o en inglés.

—Español está bien. Hablo lento, pero he leído mucho y comprendo bien.

—De acuerdo. Cuéntenos, ¿qué es lo que vio en la recepción? Usted fue el último que estuvo con Anne Wallace antes de que ella y el príncipe estuvieran juntos, antes del atentado, ¿lo recuerda?

—*Nyet*, no recuerdo.

—Lo han afirmado todos los testigos, los miembros del cuerpo de seguridad y las cámaras de vigilancia.

—No sé —contesta él, cansado. Se le nota superado. Hastiado. Según el personal sanitario, ha sido a quien peor han visto durante la noche. Parece importarle muy poco lo que ocurre a su alrededor.

—¿De qué hablaron?

—Del tiempo, seguramente.

De pronto, Bieda pega un estruendoso puñetazo en la mesa, que no se parte por el canto de un duro.

—¿De… qué… hablaron? —lo pregunta separando las palabras para remarcar el mensaje.

—Le di la enhorabuena por el concierto. Nada más. Apareció el príncipe y los dejé solos…

Bieda mira a Expósito. Expósito mira a Bieda. Aversión, pero comprensión recíproca.

El ruso suspira y se apoya en el respaldo. Una fina lámina de sudor perla los surcos de su frente. Clara Expósito, más delicada que su compañero, decide hacer un alto en el camino.

—¿Cómo se encuentra, señor Kulakov? Nos han dicho que ha tenido usted una mala noche.

—Todos la hemos tenido. Pero mi salud es delicada.

—Le molestaremos solo un poco más con alguna pregunta y, si quiere, puede ir a su habitación a descansar. Podemos volver a mandarle al doctor Mendoza. Usted no necesitará opiniones médicas, pero seguro que le puede proporcionar algún medicamento que lo alivie.

—*Da…*

Lucas se revuelve algo incómodo. Es evidente que su compañera ha manejado mejor al testigo.

Él intenta rebajar también un poco el tono inquisitivo. No le sale.

—Sabemos que ayer estaba usted revuelto buscando a alguien entre el público. ¿Alguien está controlándolo, señor Kulakov? Díganos la puñetera verdad.

—No, no… —El doctor se muestra afectado. Han tocado algo sensible—. Mi familia… mi familia ha tenido que establecerse en Ucrania por motivos personales. Albergaba alguna esperanza de que mi mujer hubiera podido conseguir venir a la entrega del premio. Por eso la busqué en el público. Sin éxito. No sé por qué me empeño en alimentar esperanzas…

Bieda lo mira. Lo analiza. No le cree. Sencillamente, no le cree.

—Vale. Y por otro lado, para que yo lo entienda… Estuvo cerca del príncipe y de la pianista. ¿Y de verdad no vio nada raro antes de que explotara la bomba? ¿A nadie que actuase de un modo extraño? ¿No

cree que alguien pudo detonar el artefacto desde dentro de la Capilla?

—No fui yo.

—¿Pero alguien sí?

El interpelado se encoge de hombros.

Bieda asiente y aprieta la mandíbula.

—En fin, hablemos un poco de su vida, señor Kulakov.

—¿Mi vida? ¿Por qué importan nuestras vidas si esto parece un atentado político?

—Porque desconfío cuando todas las circunstancias me obligan a mirar en una sola dirección…

—No comprendo.

—No tengo claro que yo mismo me comprenda.

El doctor perfila una sombra de consternación entre sus facciones aguileñas. Asiente quedamente.

—¿Qué quieren saber de mí que no sepa todo el mundo ya?

—Lo primero es que nos cuente por qué tuvo que salir de Rusia.

—Lo sabe todo el mundo. A mí no me gusta criticar a nadie. Y menos a mi patria —dice con su fuerte acento.

—La KGB estaba interesada en sus investigaciones, según dicen. Se habla de que le presionaron para que no liberalizase la patente de algo en lo que usted y su equipo trabajaban. ¿Es verdad? ¿Por eso se fue?

El médico lanza una mirada clara y sincera al policía. No lo asevera.

Tampoco lo desmiente.

Con lo que, básicamente, lo confirma.

—Suponemos que en Inglaterra se le ofrecía la posibilidad de acceder a distintos fondos de mecenas y a unas instalaciones óptimas para proseguir su trabajo. ¿Y quizá también a una protección privada por parte de esas empresas que le hacen de mecenas?

—*Nyet.* No he dicho eso.

—Ya sé que no lo ha dicho. Pero creo que mucha de la información que obtendré será precisamente a través de lo que no digan.

El médico pone cara de desconcierto. Kulakov se encoge de hombros, rendido.

—Miren, a mí solo me interesa la medicina. Investigo a contracorriente. Investigo porque lo necesito. Investigo porque sí. No tengo banderas. Eso no gusta a todos… Pero yo siempre me he mantenido ¿autónomo? O independiente, no sé cómo lo dicen ustedes.

Lucas Bieda se levanta y camina errático, con la mano en la nuca. Piensa. Masculla algo ininteligible.

—En el cóctel en Guipúzcoa, donde se juntaron todos por primera vez. Díganos, ¿qué puede contarnos de lo que ocurrió allí?

El doctor aprieta los párpados y se retrepa en su asiento. Como si el mero hecho de recordar se le antojara fatigoso.

—En el cóctel todo fue muy bien. Hasta que oí al señor Chillida pedir a gritos un médico. Fui rápido. La señorita Wallace sufría un ataque. Los síntomas apuntaban a un inicio de enfermedad degenerativa neuronal.

—Hablan de un párkinson, ¿verdad?

—*Da*. No es normal a su edad, pero es posible. Y ese ataque supuso un agravamiento sensible de sus síntomas.

Lucas sigue caminando en círculos. Se detiene y lo mira.

—¿Y qué me dice de la celebración aquí en Oviedo? ¿Algo que resaltar? ¿Alguno de sus compañeros ha tenido un comportamiento extraño?

—Creo que todos somos un poco extraños aquí…

—No podría estar más de acuerdo.

—Por fin coincidimos.

—¿Y más allá de eso?

—*Nyet*.

El doctor Kulakov niega con la cabeza. Lo hace con el ceño fruncido y sin dejar de mirar al policía a los ojos. Se lo ve incómodo por hablar en castellano y agotado por el shock sufrido. Es una conversación baldía. Y Clara, más paciente que su compañero, lo intuye.

—Bueno, pues no le molestamos más —dice la policía. Se la nota preocupada por el testigo. Cree que Bieda está estirando el chicle y se lo hace notar.

El policía mira a Expósito, taciturno. Ella se encoge de hombros y niega con la cabeza. Kulakov los escudriña, silente y con las marcas de un cansancio infinito impresas en el contorno de los ojos. Entiende que el interrogatorio ha terminado.

—Si eso es todo… —dice el médico mientras se levanta.

—Por ahora, doctor. Por ahora. Muchas gracias.

Kulakov les lanza una sonrisa de circunstancias y se marcha de la sala algo renqueante.

Pasan unos segundos de silencio. Tensos.

El policía mira a su compañera. Se levanta y vuelve a encenderse el puro. No quiere soltarle una perorata, pero tampoco se le da muy bien adoptar un tono conciliador.

—Sé que tener que compartir esta investigación conmigo no es cómodo, Clara.

—No solo es *contigo*. Por si fuera poco, es a tus órdenes.

Bieda clava su mirada en ella. Expósito decide recular.

—Perdona. Sí. Es incómodo.

—Sé que eres una gran policía. Y que seguramente piensas que, aunque yo también lo soy, mis métodos no tienen un pase. Y tampoco mis formas, o que fume puros o que…

—Tus puros no son el problema. O no el mayor de ellos.

—En fin, que tú siempre eres de respetar las reglas. Y seguro que, actuando así, haces lo correcto. Pero, en Bilbao, si me hubiera guiado siempre por las reglas, no habría sido tan efectivo.

—Eso no lo sabes. De todos modos, lo que ocurrió entre nosotros no tuvo que ver con ser *efectivo*.

—Soy consciente. No me salté las reglas para resolver algo, sino… en mi propio beneficio. Pero ¿de verdad no me comprendiste?

Ella zozobra. Algo la rompe por dentro. Quizá sea toda esa situación.

—Déjalo, Bieda, joder. —Le tiembla la voz—. Olvídalo. Tú y yo estamos aquí para resolver un atentado.

—Así es… Solo te pido que no me pongas palos en las ruedas.

Bieda niega con la cabeza y suspira. Pasea por la estancia y de pronto se detiene, como si hubiera detectado algo.

Se lleva el dedo índice a la boca para pedir silencio a Clara. Se acerca de puntillas a otra de las puertas de la sala de la Capilla. La

estancia tiene múltiples entradas. Unas desde el piso superior, que dan al atrio y a los balcones que se asoman al antiguo altar, y otras, en la planta baja donde se encuentran, por los laterales y por el centro. Bieda se acerca a la puerta de la izquierda del frontal, donde cree haber oído un ruido. Con tiento se acerca al pomo… y la abre con fuerza.

Pero al otro lado no hay nadie.

—¿Qué pasa? —le pregunta su compañera.

—Nada…, pensé que había alguien.

Eso es lo que dice. Pero en realidad piensa: «*Sé* que había alguien. Y sé perfectamente quién era».

A pocos metros de allí, Anne Wallace pasea con total tranquilidad alejándose de la Capilla. Los intentos de cogerla *in fraganti* por parte del policía le han parecido un tanto torpes. Ella ha intuido su acercamiento con tiempo de sobra para escabullirse sin tener siquiera que acelerar el paso. Lo importante es que ha podido oír todo el testimonio.

Lo importante es que su investigación particular ha comenzado.

FLASHBACK

La gata, el mensaje y el sombrero

EXTERIOR E INTERIOR. PISO EN LONDRES, REGENT STREET.

MESES ANTES DEL PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Andrei Kulakov camina entre henchido y apesadumbrado por las calles londinenses. No le gusta tener que vivir lejos de su país, pero ha debido venir a Europa para cumplir su sueño. Allí, en Londres, tiene los medios suficientes, allí no tiene cortapisas y sobre todo… allí tiene protección. Lleva media vida estudiando, investigando y preparándose para lo que está a punto de lograr.

Esto pondrá su nombre aún más alto en el candelero. A él no solo le vale la medicina. A él le valen los resultados. El trabajo sin denuedo y sin limitaciones mojigatas que acoten los poderes de sanación.

Él quiere curar. Él quiere trascender.

Llega a su casa, en Regent Street, como siempre acompañado a cierta distancia por dos guardaespaldas que le han asignado sus mecenas británicos para tenerlo controlado. En cuanto cruza el portal, uno de ellos se queda en la calle y el otro sube con él. Antes de atravesar el umbral de su apartamento, el doctor lanza un saludo al agente con un escéptico elevamiento del mentón.

Al entrar lo recibe su gata Courie, que lleva pocas semanas viviendo con él. Como si el doctor creyese que, con esa compañía animal, suplirá la de la familia que ha dejado atrás…

Una familia que ha abandonado y que convierte sus noches en vigilias azotadas por la culpa.

La minina Courie lo observa con recelo. Con urgencia. Como si quisiera advertirle de que algo es hoy distinto. Después, se da la vuelta altiva para adentrarse en la vivienda.

Andrei mira a sus pies y ve una nota. Alguien la habrá deslizado por debajo de la puerta cuando él estaba fuera.

Se agacha y toma el sobre. No hay nada escrito salvo su nombre «Dr. Andrei Kulakov». Lo abre con tiento. Le aterra intuir quién es el remitente.

Este premio no lo protegerá. Piense bien qué va a hacer.
Lo sabemos todo.
Piense en su fama y su familia.

Kulakov frunce el ceño. No comprende el mensaje. «¿Este premio?». No sabe a qué se refieren.

No pierde el control, se muestra caviloso y frío, como casi siempre. Sabe que es una amenaza, pero la amenaza es la manera habitual de comunicarse de aquella gente…

¿Por qué no se la han dejado en el buzón?

«Porque querían asegurarse de que ninguno de los británicos que me protegen la interceptara».

Levanta la cabeza entrecerrando los ojos. Eso, probablemente, significa que alguien estará aún al quite para cerciorarse de que el mensaje ha llegado a buen destino. Se acerca a la ventana y mira a

la calle. Todos los viandantes caminan en uno u otro sentido de la vía en una miscelánea de colores, razas y ocupaciones. Todos menos uno. Un hombre envuelto en su chaqueta, de pelo gris recortado en cepillo, de mandíbula cuadrada y con un sombrero de ala corta, lo mira desde abajo. No es la primera vez que el doctor lo ve. No es la primera vez que ese hombre lo acecha.

Kulakov sujeta el mensaje entre sus manos y lo relee.

El teléfono rompe la atmósfera detectivesca y él da un respingo. Alarga la mano hasta el auricular que tiene al lado y lo descuelga.

—¿Sí, dígame?

—¿Doctor Andrei Kulakov?

—Soy yo…

—Le llamamos de la Fundación Príncipe de Asturias. Enhorabuena, ha sido usted galardonado con el Premio Príncipe de Asturias de Investigación. Se pondrán en contacto con usted, pero el acto de entrega tendrá lugar el 29 de octubre, en España, en la ciudad de Oviedo…

El doctor separa unos centímetros el teléfono de su oído, porque una tormenta de pensamientos demasiado ensordecedora se ha desatado en su cabeza. Sus ojos se abren con desmesura y comprende. Mira por la ventana. El hombre que lo espiaba da una última calada al cigarro, se toca el ala del sombrero y se gira para desaparecer entre el gentío.

—¿Doctor…? ¿Sigue ahí? —oye que dice la voz al otro lado.

Pero él solo puede musitar una sola idea. Una idea que rebota en su cabeza.

«Este premio no lo protegerá…».

INTERIOR DE UN DESPACHO. EL MISMO HOMBRE DE PELO CANO Y MANDÍBULA CUADRADA Y SOMBRERO DE ALA CORTA QUE ANTES VIGILABA AL DOCTOR, UNA HORA DESPUÉS, HABLA POR EL AURICULAR.

Una llamada en conferencia a Moscú. Pero en una línea segura. Nikita Mikhailovich quiere hablar con uno de sus responsables. Pasea su mano por el pelo grisáceo y recortado al estilo militar, como cada vez que se tensa. Aunque pocas cosas lo alteran. Pero sí se pone en alerta cuando habla con quien va a hablar.

—Mensaje lanzado. He logrado eludir la protección que le han puesto.

—Bien, que sienta la presión —contesta la voz al otro lado. Inquieta y a la vez amenazante. Se trata de Vladímir Kriuchkov, líder del Primer Directorio de la KGB.

—Lo seguiré a España. Nos aseguraremos de que nos ayude. Sabe que lo que le pueda ocurrir a su familia está en juego.

—Mucha discreción. Gorbachov estará encima de cualquier cosa que ponga en peligro su relación con Occidente. Tiene que parecer voluntario…

—¿Pero cree que desaprobaría esta operación? —Nikita se refiere al secretario general del Partido Comunista.

Gorbachov tomó el mando del Partido Comunista hace dos años, en 1985. Y ha instaurado los planes de la glásnost y de la perestroika. Precisamente para abrirse al mundo y para recomponer una economía maltrecha que pierde fuelle frente a su competidor. Pero, buscando tender puentes y abriendo sus puertas, Gorbachov,

según algunos en el KGB, no hace sino poner al descubierto las vergüenzas de Rusia.

—No se preocupe por eso. La agencia está sometida al Consejo de Ministros, y el Politburó ejerce también su control, estamos cubiertos. Si el propio Savinkin quiere venir a revisar la operación, por mí sin problema. Se supone que nuestro Directorio T lleva buscando una oportunidad como esta desde hace demasiado tiempo, así que no podemos engañarnos. Ya no podemos competir con Estados Unidos de igual a igual. Y con nuestro nuevo secretario general… —Kriuchkov se muerde la lengua. La línea es segura, pero él no quiere comprometerse ante nadie—. En fin, necesitamos un golpe de mando internacional como este. Pero con discreción.

El Directorio T del que habla vino a suplir al Departamento 10. Y está formado por cientos de personas destinadas en distintas embajadas soviéticas en el mundo, para la recolección de información científica y técnica coordinada con la KGB y el GNTK. El Comité del Estado para Asuntos Técnicos y Científicos.

Kriuchkov se calma y sigue respondiendo al agente sobre el terreno que ha mandado a Londres.

—En cualquier caso, lo mejor será no airearlo mucho y que salga bien. No quiero tener encima al partido por algún error…

—De acuerdo. Seguiré atento. Haré que un compañero se le aproxime en algún lugar discreto, durante su estancia en Oviedo, para apretarle un poco. Continuaré informando.

Ambos hombres cuelgan el teléfono. Uno en Londres. Otro en Moscú. Pero ambos conectados por el mismo presentimiento que nubla sus ánimos. Ambos conscientes de la delicada situación de Rusia.

Al agente ruso, aún con la mano posada sobre el teléfono, le sorprende una puerta que se abre con total impunidad, lo que provoca un sobresalto en el espía.

Un hombre de facciones angulosas, cráneo afeitado con pulcritud, tez blanca y senectud señorial se dibuja en el marco de la puerta.

Nikita Mikhailovich se cuadra, inconscientemente. Con temor.

Dimitri Pavlovich, diplomático ruso al que no hace mucho le acaban de comunicar la concesión del Premio Príncipe de Asturias de Cooperación Internacional, se enciende un pitillo y sonríe antes de sentarse en una de las butacas de la sala.

—¿Y bien, hijo? Cuénteme. ¿Cómo le ha ido?

Día 1

10.30 h

El doctor, la bruja y el niño

> El único camino para evitar nuevos avances sería un estado mundial totalitario, que suprimiese cualquier innovación. Pero la iniciativa y el ingenio humanos son tales que no tendrían éxito.
>
> STEPHEN HAWKING,
> premio Príncipe de Asturias
> de la Concordia 1989

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 35 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

Tras el diálogo con los policías, Andrei Kulakov renguea por los pasillos del lujoso hotel que se ha convertido en su cárcel temporal. Arrastra los pies y bisbisea algo en ruso.

Después de recorrer la galería del patio de la Reina, toma una entrada a su izquierda que da a un amplio recibidor que lleva a uno de los restaurantes del hotel, y donde también están los ascensores y las escaleras que conducen a los pisos superiores. Comienza a subir los peldaños enmoquetados en el sempiterno granate que engalana todo el interior. Y cada peldaño es un mundo.

Ha decidido recluirse en su habitación. Ha decidido darse por vencido.

Sigue sin saber nada de los suyos. Cuanto menos se deje ver, mejor. Él ya ha hecho todo lo que podía.

De pronto, tras el primer rellano, encuentra una figura enjuta, sentada en uno de los escalones sujetándose las rodillas con los brazos.

Es Anne Wallace.

—Hola, doctor —dice ella en inglés sin despegar la vista del infinito. Como si viera más allá. Como si la traspasara con una suerte de mirada ancestral.

—Señorita Wallace —saluda Andrei Kulakov, también en inglés, idioma en el que se desenvuelve mejor.

—Percibo algo roto en usted. ¿Quiere hablar conmigo?

El doctor no da crédito a lo que oye.

—Mire, no me encuentro bien. No sé qué quiere usted en realidad. Pero no creo que sea buena idea que hablemos.

Anne Wallace inclina la cabeza como un animal confuso cuando percibe un cambio de viento y huele el peligro.

—Yo tampoco me encuentro bien. Estoy enferma.

—En fin… Sé que está enferma y lo siento.

—¿Por qué lo siente? Usted es médico. Sabe que la vida es de suyo una enfermedad terminal.

—Podría decirse que sí.

—¿Qué quiere la URSS de usted?

—Nada que no quieran todos de mí. Fama por mi trabajo —masculla maldiciéndose por haberse excedido.

—Usted quiere hacer avances. Y los estados totalitarios son capaces de coartar la innovación coartando libertades.

—¿Acaso cree usted que Occidente no es un totalitarismo encubierto en principios que han vaciado de contenido?

Ella ladea la cabeza. Esa animadversión la inquieta.

—¿Acaso cree usted que tengo algo que ver con todo esto? —Le devuelve la pregunta de sopetón mirando al infinito.

—Eso dígamelo usted. ¿Sabía algo al acercarse a la explosión?

Ella lo mira, en esta ocasión sí, a los ojos. Se toca la sien con los dedos.

—Creo que no sabía nada, no.

Kulakov se descoloca con sus contestaciones esquivas. Ella sigue analizándolo. El doctor se siente escaneado. Tenerla delante le exaspera y le aterra a la vez. Se siente desabrigado ante ella. Y no tiene fuerzas para seguir el careo.

De pronto, aparece el médico oficial que les ha asignado la policía, el doctor Francisco Mendoza.

—Señor Kulakov, venía por usted. Lucas Bieda y Clara Expósito me han pedido que me pasara a visitarlo y ver cómo se encuentra. Por si necesita alguna medicación que pueda mejorar su estado.

—No creo que haya medicina en el mundo que pueda salvarme… —murmura el ruso, ante los oídos confusos de Mendoza y de Wallace.

Derrotado, se encoge de hombros y vuelve a mirar a la pianista.

—Si me disculpa, señorita… —dice antes de esfumarse escaleras arriba.

Me quedo sentada, compuesta y sin médico.

Con una sensación amarga y punzante. Decido recluirme en mi habitación para reflexionar.

Un minuto y cuarenta y cuatro segundos más tarde, ya en mi aposento, me tumbo en la cama. Estoy muy cansada. Necesito reposar. Y pensar.

No sé qué le pasa al doctor, pero no lo veo bien. He percibido algo en el fondo de sus ojos que no responde a estímulos. Movimientos de sus retinas que solo suelo detectar en las personas que sufren.

Creo que lo que ha pasado aquí lo ha sobrepasado. Lo ha herido de muerte.

¿Puede haber tenido él algo que ver con el atentado? Mis recuerdos de aquel instante están desdibujados. Teníamos al doctor al lado. ¿Fue él quien nos instó al príncipe y a mí a acercarnos sibilinamente a la bomba?

No lo sé. Habría que encontrar una motivación, pero es complicado cuando se trata de una víctima como el príncipe.

Tengo que cavilar. Cierro los ojos…

Me voy sumergiendo en un letargo inquieto. Las caras de todos los galardonados pasan por delante de mí. Mi mente, ya entumecida, pasea libre y veloz por todos los planos del edificio. El hotel, con su alma de antiguo hospicio, me habla. Los sonidos que ha sido captado de todos los que estamos allí confinados reverberan en sus paredes y están ahí para que yo los escuche.

Para que solo yo los descifre.

—Señora… Señorita Wallace…

Alguien me llama en sueños.

Y me imagino a mí misma en otro lugar. O, mejor dicho, en el mismo lugar pero en otra época.

Un niño, frente a mí. El mismo que me trajo mi imaginación en la ofrenda floral a la reina Isabel II. Otra vez él. Pero ahora puedo distinguir mejor sus rasgos: pelirrojo y de ojos verdes, con mirada huidiza.

Miro a mi alrededor y la decoración es otra. Sé que no estoy allí, que mi ensueño me transporta, pero es la manera que tiene mi mente de hacer palpable lo que mi subconsciente ha detectado en detalles nimios, en pormenores imperceptibles.

—Señorita Wallace.

—¿Quién eres, chico?

—Soy Adrián, un niño del hospicio. Seré yo quien le acompañe en este viaje, si le parece bien.

—Es mi propio subconsciente quien te ha elegido, así que quién soy yo para oponerme a mí misma.

El niño pelirrojo no dice nada. En mi quimera, de pronto nos evoco caminando hacia el interior del edificio. Ahora me invita a subir las escaleras. Y llegamos a las habitaciones. Unas monjas con hábitos negros y enormes cofias blancas que sobrevuelan sus hombros organizan a los niños y los controlan. Nadie me mira. Nadie me ve.

Solo Adrián.

—Son buenas. Nos tratan bien. Pero somos demasiados. No conocemos otra cosa, si la conociéramos, sabríamos que esto no es vida. No conocemos otra cosa, pero sabemos que la alternativa, si no nos hubieran dejado aquí como niños olvidados, habría sido la muerte.

No sé si lo dice refiriéndose a que la muerte, quizá, habría sido mejor. No por la vida que allí llevan, sino por la que les espera al salir cuando todos los vean como los desharrapados de la sociedad, los que fueron niños olvidados.

Los niños perdidos.

Para muchos, ese hospicio será el único y último lugar donde las cosas tengan un orden, un sentido. Cuando sean lo suficientemente mayores para no poder vivir de la beneficencia, ¿les quedará algo más que una vida depauperada y abocada a la pillería?

—Por eso ellas intentan inculcarnos unos valores. Una educación. Para cuando salgamos —me dice Adrián.

Seguimos caminando y entramos en la sala de la Capilla. Y vemos el oratorio tal y como estaría hace un siglo. Con un bonito retablo y cuidados detalles religiosos. Pero el lugar donde explotó la bomba ayer aparece destrozado, negro y muerto en mi visión.

Adrián me señala el lugar del crimen.

—Es esta mi primera lección, *Sorgina.* ¿Puedo llamarte así? *¿Sorgina?*

—Es como me llaman.

—No fue la bomba, sino tú quien perpetraste el crimen.

Yo lo miro sin comprender. No entiendo qué me quiero decir a mí misma en mi propio sueño. Adrián se revuelve los cabellos pelirrojos, rascándoselos con gesto infantil.

—Fuiste tú quien casi mata al príncipe, *Sorgina.*

Día 1

10.45 h

El empresario Javier Treviño

> Las personas sin voz y sin rostro necesitan a personas que las cuiden. Esas personas no quieren nuestra limosna, quieren nuestro respeto y su dignidad. Y ese es el poder que tiene un plato de comida.
>
> JAVIER ANDRÉS,
> premio Príncipe de Asturias
> de la Concordia 2021

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 35 HORAS Y CUARTO DE PLAZO)

Javier sube las escaleras apesadumbrado. Un hombre de talla generosa. Más grueso que orondo. Asturiano. Seguro de sus gestos y de buena altura, tiene una gran presencia que suele lucir a las mil maravillas cuando se engalana con sus trajes a medida. Pero esa presencia ganada a base de carácter, trabajo incansable y reconocimiento hoy no se advierte. El rey Midas asturiano, que todo lo que toca lo convierte en oro, hoy no refulge. Hoy ha perdido su iridiscencia y repele los brillos como haría un envejecido estaño.

Es curioso pensar cómo hace unas semanas toda su preocupación fuera el lunes negro acaecido en la Bolsa de Nueva York, el pasado día 19 de octubre. Ahora, la caída más grande desde el crac del Dow Jones del veintinueve y los números de su empresa han pasado a un segundo plano.

Se encuentra leyendo en el vestíbulo principal, entre la recepción y el patio de la Reina. Hasta que un policía le ha recordado que es su turno para dar testimonio.

Una pena, porque le tranquiliza pasar el tiempo en ese salón. Un lugar típico para reuniones informales de negocios en la capital asturiana. Él mismo ha estado muchas veces aquí por asuntos de trabajo. Quizá por eso le gusta ese lugar. Porque si aspira con la suficiente fuerza puede oler a empresa, a actividad, a negocios. Le reconcome no poder estar en la pomada. Es un hombre de acción y en el hotel se siente como un león enjaulado. Una jaula elegante y acogedora, pero jaula al fin y al cabo.

Ahora acompaña al policía que le ha citado al salón de Consejos.

Su mano se pasea por toda la barandilla dorada como si le costase desprenderse de la seguridad de su tacto. Posa las puntillas de los pies en la mullida moqueta púrpura e intenta distraer su pensamiento admirando el gran farol ornamentado que cuelga del techo tallado en madera e ilumina los rellanos.

Minutos después llegan al salón de la Capilla. Mira a su alrededor. Aún se ve la mancha negra informe que delata la explosión del artefacto en la columna derecha del altar principal. Con la escultura dañada de Chillida. A Javier se le revuelve un poco el estómago al rememorarlo todo.

—Siéntese —le dice Bieda acercándole una silla.

Bieda enciende un puro, como siempre. Y Clara Expósito lo mira a disgusto, también como siempre.

—Lo primero, señor Treviño, gracias por prestarse a ayudarnos. Comprenda que el testimonio de todos ustedes es vital al haber estado en primera línea del atentado. Nos ayudará cualquier cosa que pudiera resultarle reseñable en los eventos de Zabalaga y el de ayer, cualquier suspicacia que le despertase algo de lo que vio, lo que sea.

—Fue una locura —responde el empresario con palabras quedas.

—¿Vio algo raro ayer que pudiera llamarle la atención sobre el atentado?

—No.

Bieda entorna los ojos. El empresario no se doblega.

—Le juro que no —repite con firmeza.

Javier lidera a miles de personas y ha levantado un imperio empresarial. Es capaz de sostener la mirada al policía. Y Bieda lo sabe. Quizá por eso duda de si lo que escucha es cierto.

—¿Y qué puede decirnos de lo que recuerda de los días previos a la ceremonia? Tanto en Hernani, en la inauguración de la escultura, como aquí en Oviedo.

—Todo fue dentro de lo normal. Más allá de que a la señorita Anne Wallace le dio un vahído hacia el final de la velada. Creo que yo estaba con el doctor, cuando el señor Chillida pidió la ayuda de un médico, precisamente. Él acudió corriendo.

Bieda y Expósito permanecen en silencio. Dan a entender a Javier que debe ser más profuso en sus respuestas.

—Y no vi nada más anormal. Bueno, si me apuran… —parece dudar antes de proseguir.

—Le apuramos, sí.

—Si me apuran, lo único fuera de lo normal sería quizá el comportamiento del señor Dimitri Pavlovich.

—Explíquese.

—Me pareció que estaba en todo momento atento a todo. No lo digo por nada, más allá de su… de su rictus al observarnos a cada uno.

—¿Es solo eso? ¿Una impresión?

—No lo sé. Daba la sensación de que intuyera que algo raro estaba ocurriendo.

Los polis guardan silencio y se miran entre sí. Clara Expósito toma nota de lo que escucha para indagar más adelante.

—¿Y aquí, en esta misma sala, cuando ocurrió todo? —continúa Bieda—: ¿También apreció lo mismo?

—Quizá sí.

—¿Quizá? —espeta Bieda—. Estamos hablando de un atentado contra la Casa Real. No se pueden lanzar acusaciones sobre «quizás», señor Treviño.

—No sé qué decirle…

Bieda se revuelve. Se levanta, se estira los tirantes y da caladas fuertes al puro que descansa en sus labios. Pasea la yema de sus dedos por la cicatriz de la cara, como cada vez que comienza a exasperarse. Decide atacar.

—¿Por qué ha discutido con la señorita Rodero? Sabemos que han tenido sus más y sus menos…

Javier titubea. Le pilla por sorpresa que lo sepan.

—Es usted muy perspicaz —dice por fin Treviño.

—Muy perspicaz y con poca paciencia a estas horas de la mañana. Sé que tuvieron una conversación tensa. ¿Por qué?

El empresario mantiene la cara de póquer.

—¿Eso se lo ha dicho ella?

—No responda con preguntas. Responda con respuestas.

Hay un algo en el modo de apretar la mandíbula de Lucas Bieda que arredra al empresario. A él y a cualquiera.

Es Clara quien reconduce el interrogatorio.

—Los testimonios de distintos equipos y el material recogido por las cámaras de seguridad parecen apuntar a que mantuvo usted una airada conversación con la señorita Rodero.

—No sé qué han oído, pero me da igual. La periodista es una de esas personas a las que les molesta el éxito de otros. Vivimos en una sociedad en la que el éxito ha pasado a denostarse. Si una persona monta un ultramarinos y contrata a dos empleados, es el héroe del pueblo. ¡Ah, pero ojo! Como le vaya muy bien y abra un supermercado y luego otro y luego otro… y contrate a quinientas personas, pasará a ser un empresario capitalista opresor. Yo he utilizado mi posición, que me he ganado a pulso, también para ayudar a las personas. Dedico mucho mucho tiempo a eso. Y lamento tener que dedicar también tiempo (o, mejor dicho, perderlo) a defenderme de quien me ataca por el mero hecho de tener yo un emporio. Entre esos ataques está el de la señorita Rodero, que busca en mí historias que no encontrará. Pero esa mujer no es de fiar, ¿saben?

Treviño se muerde la lengua después de haber soltado la frase. Precisamente ese gesto consigue que Bieda y Clara den cierta veracidad a la acusación. Javier se recompone.

—Quizá ella sepa algo sobre quienes todos sospechamos que pueden estar tras la bomba…

—¿Se refiere a ETA? Está acusándola justo a ella, que ha sido una marcada enemiga de la banda terrorista.

—Yo eso lo miraría más en profundidad.

—¿El qué?

—Lo de su relación ETA… Creo que por mucho que les atice con sus escritos, en ocasiones tiene con ellos una relación más pragmática, para obtener información.

Bieda se resigna encogiéndose de hombros. Mira a Clara Expósito, que suspira, o más bien resopla, pero apunta en la libreta lo que escucha.

—¿Por eso estuvieron ustedes dos discutiendo?

—No discutimos.

—No puede soltarme una bomba como la que acaba de soltar y luego hacerse el remilgado, joder.

—De lo que les he dicho me he enterado por terceros. Pueden investigarlo. Pero las conversaciones que hemos tenido ella y yo distan mucho de eso. La señorita Rodero ha intentado conseguir una entrevista conmigo, entrando a nivel personal y yo he declinado su oferta. Ha insistido estos últimos días en que hemos coincidido, y se sentirá rechazada. A saber qué irá contando, pero no me importa. Es todo un despecho por no haber accedido yo a su petición para esa maldita entrevista.

Clara mira al suelo y niega con la cabeza. Bieda observa al empresario durante unos segundos. No le dice nada.

Pero sabe que miente.

FLASHBACK

El cóctel
(según Javier Treviño)

EXTERIOR. ZABALAGA. GUIPÚZCOA.

DOS SEMANAS ANTES DEL PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Javier Treviño pasea departiendo de nuevo con Viktor Sven por una de las playas de la ciudad, la de Ondarreta. Enfrente, la isla de Santa Clara. Detrás, el monte Igueldo. En el interior, todo un entramado de casas con aires franceses palaciegos, en cuyas fachadas reverberan los rayos de un sol blanquecino de otoño.

Y en sus ánimos… una pesadumbre sobrecogedora.

El empresario ha citado a su CEO al aire libre porque desconfía de cualquier sitio cerrado donde pudiera haber micrófonos u oídos ajenos. Allí están tan solo al albur de la arena, las montañas y el mar, como testigos mudos de una consternación conspiradora.

—Léemelo otra vez, Viktor, porque me va a dar un puñetero pasmo —susurra Javier.

Las noticias con las que se ha levantado le han quitado las ganas y el ánimo que tenía para el cóctel de esta noche en la finca de los Chillida.

Su mano derecha y CEO, Viktor Sven, tiene en la mano un sobre arrugado. Antes de echar una última mirada a su jefe suspira y relee

la nota.

Una serpiente enroscada en un hacha es el membrete a la funesta misiva.

—Allá va. «Como desconocemos su nivel de euskera y en previsión de su poca discreción al intentar traducir esta carta, adjuntamos aquí un resumen en castellano: ya son varios meses en los que su empresa sita en nuestro país arroja unos beneficios muy altos, a costa del trabajo de nuestros compatriotas a los que explota en su beneficio. Por eso, y en aras a la contribución que debe hacerse por todos los establecidos en Euskal Herria, le exigimos el pago de cien millones de pesetas…».

—No acabo de entenderlo.

—Puedo leértelo otra vez, pero eso no va a cambiar el contenido del mensaje.

—Ni la puñetera cantidad tampoco, ¿no?

—Tampoco.

—Si piden esa burrada, es que conocen nuestros números. ¿Pero cómo saben cuál ha sido el beneficio de nuestra empresa de Vizcaya? Presentamos cuentas blanqueadas y todo va por registro confidencial.

—Vete a saber. Ahora que te han concedido el Príncipe de Asturias es lógico que se hayan fijado más en nosotros.

—Hay que hablar con el *lehendakari* Ardanza y con Interior, en Madrid. Es importante que sepan lo que nos ocurre y que nos ayuden.

—Voy a intentarlo, pero creo que no van a querer enmarronarse, ni siquiera por ti. Creo que esto no tiene más que una salida…

—No lo veo claro —musita Javier.

—A nivel reputacional, si alguien se enterase de que nos están exigiendo este impuesto revolucionario y de nuestro eventual doblegamiento, sería un mazazo increíble —espeta Viktor.

Está tan preocupado como su jefe, pero además sabe que será él quien tenga que ocuparse de arreglar todo el desaguisado. El que tendrá que ensuciarse las manos. Pero para eso está.

—Justo ahora… Acabamos de invertir cientos de millones en los inmuebles de Bilbao y de aquí, en Guipúzcoa. No podemos plantearnos tener a ETA en la chepa. ¿Cómo vamos a desbloquear esto? —pregunta Javier.

—Como siempre. Con dinero.

—Estamos apalancados hasta arriba. Hemos metido mucho en las infraestructuras.

Viktor se detiene. Mira la orilla del mar que mansamente lame las arenas blancas. Su movimiento suave contrasta con la tormenta que se desata en ambas mentes. Sven no mira a su jefe cuando dice:

—Siempre podríamos coger dinero de las fundaciones.

—No me fastidies, Viktor. Eso es intocable.

—Hombre, pues para estas cosas no puedes pedir préstamos a los bancos.

—Gracias, no soy imbécil.

—Por supuesto, ese dinero después lo devolveríamos. Lo cogeríamos del *cash pooling* que hacemos en Suiza, tan solo redireccionaríamos su destino por un tiempo. Después volvería a financiar las obras sociales correspondientes, con los primeros beneficios que obtengamos aquí.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando?

—¿Hasta que lo reintegremos? No lo sé. Meses. Pero ¿qué son unos meses frente a la marcha de la empresa? ¿Qué destino correrán todos los fines sociales que estamos sacando adelante con el grupo si la empresa se va al garete? Piénsalo, es por un bien mayor.

Javier Treviño suspira. Niega tímidamente con la cabeza. Pero Viktor ya no necesita saber más. Si ha superado la barrera inicial del rechazo en plano, comprende que su idea prosperará.

—De acuerdo, exploremos esa vía. Pero intenta pensar en otra alternativa… —accede su jefe al fin—. Y si vamos a pagar algo, usa el dinero que estuviera dedicado a fines cuyo periodo de inversión esté más alejado en el tiempo. Así no se notará tanto el perjuicio de la ausencia temporal de los fondos, más allá de los rendimientos financieros.

Javier Treviño, uno de los mayores empresarios de España y del mundo, da la espalda a su CEO y se adentra en la arena alejándose de la orilla.

Alejándose de su conciencia.

Viktor le espeta a su espalda.

—¿No quieres que hablemos de cómo usar ese dinero? ¿Para… negociar y despejar todo esto?

Treviño se para un instante. Gira solo el cuello, pero continúa de espaldas a Viktor.

—¿Qué dinero? No sé de qué me hablas —dice.

Y sigue caminando.

Horas después, ya en la oscuridad de la noche, Javier Treviño entra en los terrenos de Zabalaga. Todo está dispuesto al detalle. Pequeñas antorchas decoran los jardines que circundan un caserío ancestral. La noche respeta y acoge esa tierra en medio de la nada, que se convierte en un todo.

La tierra de Chillida.

Lo reciben con los honores propios de su condición de galardonado, y observa cómo una pareja adorable se alza impensadamente como epicentro de la fiesta. Son Eduardo y Pilar, los anfitriones de la velada en la que se descubrirá la escultura que Chillida ha preparado para la efeméride.

Javier mira a su alrededor y toma una copa de champán que le ofrece un camarero. De pronto, alguien se le acerca por detrás. Es Patricia Rodero, la pomposa periodista madrileña.

—Querido señor Treviño, un gusto saludarlo. Enhorabuena por su premio.

—Gracias, señorita Rodero, lo mismo digo.

—También quería darle la enhorabuena por su trabajo. Lo que hace es maravilloso.

—Gracias, ojalá pudiera hacer más.

Ella esboza de pronto una sonrisa peligrosa. Lo toma del brazo y lo arrumba hacia un lateral, como si quisiera compartir una confidencia.

—Bueno, en realidad, sí podría hacer más, ¿no es así?

—Perdone, no la sigo…

—Poca gente lo hace —dice ella, irónica—. Me refiero a que, según he podido averiguar, usted recibe muchas donaciones particulares para las empresas de beneficencia que tiene en países

subdesarrollados, pero no todas las ayudas llegan a esos países. Según parece, hay una empresa central en Suiza que canaliza todas las inversiones y actúa como centro receptor del capital e intermediaria para que el dinero llegue a los países del tercer mundo. Pero el grupo empresarial aprovecha esa compañía suiza para rentar el patrimonio financiero, y no siempre acaba todo en los destinos a los que los donantes preveían hacer llegar sus contribuciones. Ese remanso de dinero también lo han utilizado para necesidades de caja de otros negocios lucrativos en otros países.

Javier Treviño se indigna. Y mucho.

Primero, porque no es cierto que el dinero no acabe siempre donde debe.

Y, segundo y peor, porque es casualmente de algo relacionado con el dinero de las fundaciones de lo que ha hablado esa mañana, en el más estricto secreto, con Viktor en aquella playa de San Sebastián, para arreglar lo del impuesto revolucionario… Hablaron de que necesitarían dinero. Y el dinero más accesible era ese.

No pueden mover ficha con esos fondos si justo tienen a la prensa observándolos de cerca. Y si no pueden pagar… ¿Qué harán para tener a la banda terrorista al margen y satisfecha?

—Eso… Eso es un dislate —acierta a defenderse tras una pausa demasiado larga para parecer inocente.

—Y si yo tuviera pruebas, ¿lo seguiría siendo?

—No, seguiría siendo un dislate, pero con pruebas falsas. No puede tenerlas. Además, los fondos que centralizamos en esa entidad son ingentes, es imposible determinar cómo se gestiona cada cantidad. Pero sí se comprueba que cada peseta o cada dólar llegue adonde debe.

—O sea que reconoce que existe una entidad suiza que recibe todo y hace de intermediaria…

—¡Es que es la mejor manera de hacerlo!

De pronto aparece Dimitri Pavlovich con dos copas.

—Su champán, señorita Rodero.

Javier aprovecha la ocasión para cortar el interrogatorio. Ve un grupo formado por otros dos galardonados, el doctor Kulakov y el inglés Harry Crane, y aprovecha para acercarse a ellos y unirse a la conversación. Treviño logra su objetivo y diluye su presencia en el diálogo.

No es capaz de interactuar en la charla. En su cabeza reverberan en bucle infinito los ecos de las acusaciones de aquella mujer.

Quiere aprovecharse de que los llaman al escenario para el acto principal del evento: la inauguración de la escultura, y los discursos oficiales de Chillida y de la directora de la fundación. Si se escabulle, quizá lo echen de menos en el estrado, pero él no es el protagonista, así que será algo de lo que pocos se percatarán.

Tiene que hablar con Viktor Sven, su mano derecha.

Un rato después, gracias a alguien de su equipo, consigue un teléfono y habla con él.

—No puede ser, estate tranquilo. Esto no lo va a saber nadie —dice la condescendiente voz de Sven desde la distancia.

—No me fastidies, Viktor. Yo no voy a dejar ningún cabo suelto.

Sven piensa que cuando su jefe dice que no dejará ningún cabo suelto se refiere a que es él mismo quien los tiene que dejar atados.

Pero decide seguir dando cuerda a Javier, a quien es mejor tener al margen. Él tan solo debe saber que su problema se resolverá.

—De acuerdo. No podemos permitir que se sepa lo que vamos a hacer. Déjamelo a mí. Nada de esto nos salpicará —dice con voz segura.

«Nada de esto te salpicará a ti, quiero decir», piensa Sven con ánimo trémulo.

Sabe que hay cosas que ni el dinero puede comprar. Y que si tiene que hacer algún pacto con el diablo… lo hará.

FLASHBACK

El encargo

EXTERIOR. ACANTILADOS DE SOPELANA Y PUNTA GALEA. VIZCAYA.

CINCO SEMANAS ANTES DE LA ENTREGA DEL PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Llueve. El sonido de las gotas repiquetea sobre las hojas de los árboles. Componen una percusión natural que llena el paisaje de un tamborileo hechizante.

Un hombre con chubasquero se oculta en los bosques que dan al acantilado y al mar. Lleva la capucha bien calada, hasta la altura de sus ojos, que quedan en penumbra. Fuma un pitillo que oculta en la oquedad de su mano para que el agua no lo empape.

Observa cómo, a lo lejos, una mujer extravagante desafía el temporal y bordea el acantilado corriendo como si la persiguiera el mismo demonio.

Pero ni siquiera los demonios se atreverían a perseguir a la Bruja.

El hombre se queda embelesado mirándola. Fumando. Y no repara en que otros tres individuos con ropa oscura y pasamontañas que cubren sus testas se acercan hacia él sigilosamente empuñando sus pistolas. El que va en cabeza cuida muy bien dónde pisa y dónde se apoya, con la pericia que solo tiene quien ha recorrido esos bosques muchas veces. Cuando están a tan solo a diez metros de la espalda

del hombre con chubasquero, el líder eleva su arma y apunta hacia él.

—*Nor zara zu?* Quién eres y para qué nos contactaste —dice haciéndose oír por encima de la lluvia.

El interpelado no se da la vuelta. No quiere que los etarras le vean la cara y él no quiere verlos a ellos. Cuanto menos interactúen, mejor.

Sabe, no obstante, que corre peligro si lo que les va a ofrecer no les convence.

—Quiero proponeros algo que puede interesaros —responde en un perfecto castellano con un leve acento extranjero al arrastrar las eses, pero imposible determinar de qué procedencia.

Silencio. Lluvia. Percusión de las gotas en las hojas y las ramas.

El etarra sigue apuntándolo y él continúa dando caladas al cigarrillo. Tranquilo. Como si el mero hecho de degustar y espirar el humo que se desliza entre sus labios confundiéndose con la humedad del ambiente fuera su único fin en la vida.

Al fondo, la diminuta figura de la mujer sigue corriendo, de un modo tan atlético como enfermizo.

—Tú no serás un puto *txakurra…*

—No sé qué significa eso. Supongo que preguntas por si soy un poli. No, no soy un… eso —responde él, de espaldas, mientras se encoge de hombros. Nueva calada al pitillo.

—*Esan.* Dos minutos te doy.

—El Premio Príncipe de Asturias. Este año el príncipe, después de su primer discurso del año pasado, será más accesible.

El etarra que lo apunta chasquea la lengua, pero no dice nada.

—Podemos conseguir que les arruinéis la fiesta.

—Sigue…

—Una bomba. En la recepción que tendrá lugar entre el príncipe y los premiados.

—Allí estará la hija de puta de la periodista Patricia Rodero.

—A ella ni la toquéis. No aprovechéis la oportunidad que os damos.

—Qué pasa, ¿juega en vuestro equipo? De todos modos, ¿por qué querríais vosotros ese atentado?

—¿Os interesa o no?

—Puede ser —dice el etarra desconfiado—. Dime por qué.

—La vuestra no es la única guerra que hay en el mundo.

El etarra se revuelve. No sabe si debería entender que le hablan de la guerra entre Oriente y Occidente. Entre el comunismo y el capitalismo. O si, por el contrario, ese hombre tiene otras banderas.

En puridad, no debería importarle. Sin embargo, el terrorista sí tiene clara una cosa.

—Sea lo que fuere, no quieres que os imputen a vosotros el atentado. Queréis echarnos a nosotros el marrón.

—Así es, evidentemente. Necesito que el mundo piense que ha sido ETA. Y que vosotros nunca os habéis acercado a nosotros pidiéndonos nada, la reputación ha de quedar intacta. ¿De verdad vais a desdeñar la autoría de un atentado contra el premio más afín a la Casa Real? Sé que os interesa. Nosotros solo queremos un poco de desorden, la nuestra es una partida distinta.

—¿Y la pasta?

—La que se os hizo llegar en el mensaje. Mitad ahora y mitad el día después.

El etarra baja su arma por primera vez. El interlocutor intuye el movimiento, el ademán de relajación.

—Un atentado en el Príncipe de Asturias…, imposible me parece.

—Os lo pondremos en bandeja. Os facilitamos la entrada del artefacto y su gestión, un poco de ruido y destrozo, y la gloria es vuestra. Además de muchos millones de pesetas en billetes limpios. ¿Qué más queréis?

Nuevo silencio. Y la lluvia haciendo que las hojas aplaudan a la tormenta sobre sus cabezas.

—¿Por qué nos has citado aquí, en este bosque?

El hombre del pitillo da una última calada y estruja la colilla contra el tronco. Mientras expulsa el humo señala a lo lejos.

—Por ella.

—¿La pianista? Esa está loca. Estamos tras ella y su dinero. Pero ella no quiere tener nada que ver con nuestra causa.

—Quizá sí con la mía. Ella será la persona clave para que podáis conseguir lo que queréis y lo que queremos.

—Es extravagante. Medio *sorgina*, dicen.

—Eso la hace actuar por convencimiento. Sin temer a nada ni a nadie. ¿Cuento entonces con vuestra aprobación para el atentado?

—Estaremos en contacto por el cauce de la última vez.

El hombre sonríe y sigue de espaldas. Espera sin moverse, y hace tiempo mientras se enciende otro cigarrillo. Mira a Anne Wallace correr.

Por un momento la mujer parece detenerse y lanzar una mirada hacia donde él se encuentra. Como si hubiera visto la lumbre de su pitillo. Él lo cubre rápidamente para volver a resultar invisible. Pero Anne Wallace lo ha detectado. La mujer ladea la cabeza, como si

fuera un depredador que hubiera olido una posible presa. Y después, de pronto, sigue corriendo.

Ahora parece un animal huyendo. Pero el hombre que la observa sabe que esa es solo la apariencia. En realidad, es un animal atacando. Tratando de cazar sus fantasmas. Lleva haciéndolo desde niña.

Cuando decide que ha dado un margen razonable, se gira sobre sí mismo con sus facciones aún ocultas por la capucha del chubasquero y la opacidad grisácea del temporal.

Está solo. Ya no hay etarras.

Han desaparecido entre la complicidad de los bosques.

FLASHBACK

La ceremonia
(según Javier Treviño)

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

DÍA DE LA ENTREGA DE LOS PREMIOS PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Anne Wallace camina con la majestuosidad que solo confiere la magia. Dicen que es medio bruja, y puede que así sea. Su elegante vestido blanco y el tatuaje extraño que asoma en su hombro realzan esa figura de hada madrina. Musita algo por lo bajo, ¿una oración?, ¿un sortilegio? Se sienta al piano y comienza el encantamiento musical.

La famosa melodía compuesta por ella, sobre la base de sol, fa sostenido y mi, acompañados por distintos graves de sol, inunda la hechizada sala de la Capilla del hotel La Reconquista.

Tras la ceremonia del premio, habiendo evitado hasta ese momento a la prensa en general y a la señorita Rodero en particular, Javier Treviño intenta serenarse con la música. Por alguna extraña razón, lo consigue. Quizá esa pianista sea la única capaz de amansar su ánimo arisco.

Pronto termina la pieza. Transcurren unos segundos desde el final de esta en los que todo el mundo guarda completo silencio. Como si fuera un lapsus necesario para despertar del encanto y poder asumir

la belleza de lo escuchado. Y luego comienzan los sentidos aplausos de la escasa pero insigne audiencia. Los laureados se acercan, tal y como está previsto en el protocolo, para saludar a su compañera de galardón. El príncipe avanza también para saludar a la pianista.

Tras las fotos y las sonrisas, se distiende un poco el ambiente.

Javier mira su reloj y piensa que ya debe de quedar poco. Pide permiso para salir escoltado del espacio que han acotado y protegido para ellos, a fin de usar un teléfono. Al otro lado, descuelga Viktor.

—No tienes por qué llamar. Todo está bajo control. En cuanto haya cumplido mi parte, todo irá como la seda. Contacté con ellos y está todo en orden.

—Bien. Es que durante estas semanas que he estado en América he permanecido un poco alejado del tema.

—Eso es lo querías, ¿no?

El empresario no se rebaja a contestar.

—Haz lo que debas.

Cuelga. Resopla. Pero mantiene el rictus serio, altivo.

Cuando vuelve al espacio del cordón de seguridad se topa con Harry Crane, el inglés, que se acerca a él con dos copas. Le ofrece una. Siempre tan atento con todos.

—Querido señor Treviño, ¿cómo está usted esta noche?

—¿Bien y usted?

—Yo siempre estoy bien. Un evento maravilloso, ¿no cree?

—Así es —contesta Treviño con sonrisa de circunstancias.

«Así es, hasta ahora», piensa Javier cuando ve acercarse a la periodista Rodero. El escritor inglés no parece compartir ese desabrido ánimo al divisarla.

—Querida, ¿me permite que le traiga una copa de vino? Es de una de las bodegas del señor Treviño, ¿verdad?

Y mientras el inglés se dirige a la mesa donde están las copas servidas, Javier adopta una mirada felina y la clava en la periodista.

—Señorita Rodero, sé que su equipo ha estado indagando y haciendo llamadas incómodas a varias de mis empresas.

—No habrían sido incómodas si no hubiera nada que destapar.

—Y no hay nada que destapar.

—Entonces no querrá que le ofrezca un acuerdo para que lo que encuentre mi equipo nunca salga a la luz, ¿verdad? Si no tiene nada que ocultar…

—Sabe perfectamente que, aunque se publique algo falso, el daño reputacional para mi organización sería muy significativo. Si es así como hace usted las cosas, tendré que plegarme al cuarto poder, claro. Dígame qué demonios quiere.

—Una entrevista a todo trapo con usted. Sé que no se prodiga con la prensa.

Javier Treviño asiente. Pero sabe que es poco el precio para alguien tan ambicioso como la periodista.

—No es eso lo único que quiere, ¿me equivoco?

—Me faltan ojos, señor Treviño.

—Ojos y escrúpulos. ¿A qué se refiere con exactitud?

—Quiero que me ayude a averiguar cosas de nuestros colegas premiados.

—¿O sea que no soy el único al que ha investigado?

—No, pero usted es el más vulnerable.

—Es usted encantadora, ¿de verdad sigue soltera?

—Quiero que me ayude a vigilarlos. Cualquier cosa o actuación que se salga de lo normal. Si averiguo algún secretillo más de nuestros compañeros, sería estupendo.

—Pero si toda esta ceremonia se termina ya…

—Por si acaso.

De improviso aparece Harry Crane con otras dos copas de vino.

—Vino español excelente, por obra y gracia del aquí presente señor Treviño. Está delicioso, ya lo verá… —dice Crane divertido, intuyendo que acaba de interrumpir un careo entre ambos.

El empresario lanza una última y sugerente mirada a la periodista. Suficiente para saber que el pacto está sellado. Y espera que sus labios también.

Cuando está pensando todo esto, oye un estruendo ensordecedor.

Una explosión. Gritos, cristales rotos, impactos lacerantes y dolor.

Javier Treviño se arroja al suelo instigado por el impacto, como los demás. Desde allí, viéndolo todo como a cámara lenta, entrecierra los ojos, se lleva las manos a la cabeza y solo acierta a musitar:

—Viktor, ¿qué hemos hecho…?

El niño y la cámara secreta

INTERIOR. CELDA DE PIEDRA.

—¿Es usted un monje?

—¿Por qué lo preguntas?

—Lleva capucha.

—No todos los que llevan capucha son monjes.

—Entonces ¿no es un monje?

—Calla y come.

El hombre deja de nuevo la escudilla de metal con la vianda en el suelo para que el niño almuerce, y desaparece de allí. Le suele seguir la conversación durante los escasos segundos en que coinciden, pero nada más. Son tres las veces al día que entra su captor, y tres veces las que el niño intenta comunicarse con él.

Adrián tiene siete años y hay cosas que necesita saber. Quizá pueda renunciar a comprender por qué está allí. Pero sí tiene que saciar su curiosidad por lo más inmediato. Aunque no haya superado su miedo inicial. Aunque cada vez que su imaginación no lo distrae y repara en su situación tiembla de miedo.

No comprende. Un niño de esa edad no puede comprender.

Él, sencillamente, lidia con las circunstancias según se presentan. Ayer (cree que fue ayer) por primera vez tuvo ganas de orinar y

llamó a la puerta maciza de madera. Pero su pequeña manita no fue capaz de generar un impacto suficiente para conseguir la atención de su captor.

Adrián decidió orinar en un rincón. Sus padres le habrían reprimido por ello, casi seguro. Pero no podía hacerse pis encima. Solo tenía un jubón blanco y unos pantalones cortos, y no quería mojarlos. Se había sentido sucio. Por suerte, hasta ese momento ha controlado las ganas de hacer de vientre. No piensa en qué ocurrirá, porque un niño sabe centrarse en el presente, sin pensar demasiado en el después.

Ahora come de nuevo en silencio. En la soledad. En la celda lúgubre. Y con olor a humedad y orín. Cuando come, su imaginación no puede reclamar tanto protagonismo y la realidad lo aplasta. Sentado en su jergón duro, sostiene el plato entre sus piernitas y se lleva la cuchara a los labios con tiento. El cubierto es casi más grande que su boca, ha de andarse con cuidado si no quiere derramar nada.

Es su segundo día ahí. Hoy ha llorado cuatro veces. Una más que ayer. Quiere estar con su familia y no puede. No comprende, no quiere, no soporta.

¿Es eso un castigo? ¿Ha hecho algo malo?

De pronto la puerta vuelve a abrirse. Adrián gime, no le ha dado tiempo a terminarse el plato. Quizá ha llorado de más y ha descuidado comer rápido…

—¡No te lleves el plato, por favor! —Sujeta el utensilio de metal con sus diminutas manos cubiertas de mugre y acerca la boca al plato para comer lo que pueda antes de que se lo arrebaten.

Quién lo iba a decir, cuando hacía solo unas horas rechazaba esa comida asquerosa.

—Haber comido cuando debías —dice su captor, huraño, apartando sus manos del plato.

—¡Nooo!

—Sé que sabes escribir, ¿verdad? Eres un niño de buena familia. Si escribes aquí unas letras, te dejo terminar de comer.

Adrián se encoge de hombros. ¿Escribir a cambio de comer? Se rasca los pelirrojos cabellos, que han perdido el brillo de antaño. Sorbe los mocos y se pasa la manga por la nariz. Asiente con la cabeza. «Escribo lo que sea, pero quiero comer».

El hombre encapuchado le pone delante una hoja y un lápiz de carboncillo.

—Pero… no tengo donde apoyarme.

—El suelo te valdrá.

Adrián se encoge y se lanza al enlosado de piedras. No tiene problema. Es un niño. El suelo es su terreno natural de juego.

—¿Y qué tengo que…?

—«Estoy bien. Haced lo que os digan». Y tu nombre. Escríbelo. Rápido.

Adrián no pregunta. Porque los niños a veces no preguntan los últimos porqués, sino los más próximos. Por ejemplo:

—¿Bien es con be o con uve?

—Escribe rápido o no hay comida.

Adrián escribe. Con uve. Aunque cree que se ha colado. Lo que mejor escribe es su nombre. Eso es lo que todos los niños aprenden a escribir primero con más soltura. Letras grandes y llenas de pena.

Porque Adrián es un niño, pero no es tonto.

Sabe que esas letras son para su familia.

Día 1

12.00 h

El escritor

> Se gasta más dinero en publicidad en una película que todo el dinero que Buñuel se gastó en toda su vida haciendo películas. La situación se ha desmadrado por completo.
>
> WOODY ALLEN,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Artes 2002

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 34 HORAS DE PLAZO)

Harry Crane apoya la espalda en el cabecero de la cama. Fuma. A pesar de estar acostado, sus cabellos castaños están ordenados a la perfección. Su bigote bien perfilado, ligeramente macerado en las puntas, y la mandíbula simétrica adornan un rostro apolíneo que rezuma un aire anglosajón y elegante.

El humo del cigarro invade la habitación. Fuma él y fuma ella. La señorita Rodero, que se pasea por la sala en un camisón corto, de encaje. De los buenos. Como si lo hubiera metido en la maleta sabiendo que quizá tendría que enseñarlo.

Después de la amarga noche que han pasado y la tensión de la madrugada con la citación de los policías y su reclusión allí, Patricia y el inglés habían decidido endulzar la mañana. Se habían ido a la habitación de la periodista para retomar los asuntos donde los habían dejado días atrás.

«Toda esta calamidad no puede privarnos de disfrutar del momento», había dicho Harry. Y había obtenido la celebrada aquiescencia de la periodista, que lo acogió en su habitación.

Ahora Patricia Rodero mira por la ventana sujetando el cigarrillo entre los dedos.

Afuera, la música del piano de la señorita Anne Wallace inunda todo el edificio del antiguo Hospicio Real de Asturias. Hoy suena la *Sonata n.º 8, op. 13 Pathétique*, el *adagio cantabile* de Beethoven. Una música suave y melódica, con tempos relajados.

Aunque quizá no para todos los oídos.

—¿Vamos a tener siempre la musiquita de fondo de esta bruja?

—Es preciosa, no seas así.

—¿La música o ella?

—Las dos. Ya lo sabes. Lo que no sé es por qué le tienes tanta inquina.

—Está loca. Tiene la cabeza llena de…, no sé, fantasmas.

Harry asiente con condescendencia.

—Precisamente creo que tocar el piano es lo único que aleja sus fantasmas y atempera su ánimo. Intuyo que solo la música es capaz de ahogar sus ruidos en el silencio. Si no tocase, no podría sortear a sus fantasmas. Pero si no tuviera fantasmas, quizá no tocaría como lo hace…

Patricia se sorprende ante esa revelación.

—Vaya. Pareces muy interesado en ella.

Harry Crane da una calada al cigarrillo, satisfecho. Le gusta advertir los celos de su compañera. Por eso no hace sino alimentarlos.

—Es muy bella. Y muy enigmática —replica—. Siempre me ha interesado la belleza de los enigmas.

Patricia sonríe de vuelta. Tiene la suficiente confianza en sí misma para no sentirse desmerecida. Se acerca a él, aproxima sus labios a los suyos durante breves segundos. Crane intenta besarlos, pero ella se retira.

Le deja con el regusto amargo que provoca lo inalcanzable.

Ella, satisfecha y altiva, da una calada al cigarrillo. Y mira a su amante con mohín de seriedad.

—Me parece que seguir viéndonos no es una buena idea.

—Las malas ideas suelen ser las más divertidas, querida. De suyo, diría *casi* con toda certeza que las malas ideas están en el origen de los mayores avances en la historia de la humanidad, ¿no estás de acuerdo?

La periodista sonríe.

—No seas tonto, Harry, estando la investigación de por medio es absurdo que nos vean juntos.

—De acuerdo. Dejemos de vernos… ¿hasta esta noche?

Ella da una última calada al cigarro y pronuncia sus labios todo lo que puede al espirar el humo. Lo mira con consternación.

—¿Qué demonios crees que ha ocurrido? —pregunta mientras se sienta al borde de la cama.

Él suspira y se frota los ojos, un suave masajeo para desperezarse.

—Es obvio, ¿no? Un cerebro pensante idea el atentado contra el premio. Infiltran la bomba y la detonan por control remoto.

Patricia se encoge de hombros y da por buena la posibilidad.

—¿Y quién sería el cerebro pensante?

—¿Qué opina usted, señorita Rodero, insigne periodista de investigación?

—Los de siempre.

—Ya veo. Fiel a tus prejuicios.

—Tú también tienes los tuyos.

Él esboza media sonrisa en un gesto atractivo. Pero no contesta. Se levanta de pronto, con energía, y se dispone a prepararse.

—Ahora, he de irme. Por mucho que me complazca deleitarme en esta «mala idea» que comparto con usted, señorita, el deber me llama y yo… nunca fallo a mi deber. Es mi turno para hablar con la policía.

Minutos después, Harry llega a la Capilla. Ahí está Bieda, con sus tirantes, su puro y su cicatriz. Y Expósito, resignada acólita de su superior.

El policía lo ve entrar y abre los brazos en señal de bienvenida.

—Señor Crane, qué alegría. ¿Cómo se encuentra la señorita Rodero?

Harry sonríe y da una elegante calada al pitillo.

—Cómo son ustedes, norteños españoles, demuestran una pulsión enfermiza hacia todo lo que se les antoje reprobable desde el punto de vista moral. Mi amancebamiento de circunstancias con la señorita Rodero no tiene nada de particular, ¿no? Pero no se preocupe, la

señorita Rodero está perfectamente. De hecho, después de haber estado conmigo, siempre están bien.

—Ah, es usted todo un dandi, ya lo decía yo —afirma mientras levanta una silla de madera maciza con una sola mano, como si no pesara, y la pone frente a la butaca donde invita a sentarse al señor Crane. Expósito permanece en un lateral tomando notas.

—¿Cómo va la investigación, señor Bieda? —dice Crane al tomar asiento y apagar la colilla en el cenicero que tiene a su lado.

—Viento en popa. Pero necesitamos su ayuda, si le parece bien. Nos gustaría que nos contara todo lo que ha vivido durante estas horas. Queremos reconstruir la historia desde todos los puntos de vista.

—Me parece bien que investiguen, por supuesto. Aunque supongo que esto ha sido una injerencia externa, nada más. Una bomba por control remoto.

Bieda suspira.

—Señor Crane —dice con voz rota y cansada—, se ha hecho usted famoso por sus historias retorcidas y llenas de giros. ¿De verdad cree que todo es tan sencillo? Ojalá sea así, pero no se nos puede escapar ningún fleco. Cuéntenos qué ve aquí, igual su ojo clínico puede sernos útil…

—Ya lo dije en el discurso, ¿recuerda? Bueno, no lo recuerda porque casi con seguridad no lo presenció y, de haberlo escuchado, no me habría entendido. Las historias de mis libros y de mis producciones cinematográficas son sencillamente eso: historias. Enigmas que planteo al mundo como meros rompecabezas. La realidad suele ser más sencilla. Más cruda. Más cruel.

—No le sigo, perdóneme. Lo más cercano al género policiaco que he leído habrá sido Mortadelo y Filemón.

—Me refiero a que las mejores historias son aquellas en las que el crimen se aleja todo lo posible del asesino y, por tanto, al asesino del espectador. Pero esto es la vida real. Y aquí es evidente a lo que apuntan las circunstancias.

—Yo también tengo una máxima: desconfío cuando todas las circunstancias me hacen mirar en una sola dirección.

—Miren, da igual —se impacienta Crane—. No sé si tengo ojo clínico o no. Pero sí he estudiado, como ya saben, mucha criminología y tramas reales con Scotland Yard para mis historias, y siempre he llegado a la conclusión de que la realidad es mucho más sencilla de lo que nosotros, los creadores, nos empeñamos en hacerles ver. En Hollywood recargamos las tintas e invertimos más en el artificio y la publicidad que en mostrar al mundo tal cual es. Ponerle un espejo delante sería demasiado doloroso. Por eso los divertimos con el espectáculo. Aquí… tan solo hay una bomba que se hizo estallar para cargarse un acto. Y punto. Lo único importante es hallar al cerebro pensante. Seguramente ETA, pero eso lo sabrán mejor ustedes…

Bieda cierra los ojos. «No, si al final este tío va a ser el más cabal de todos…», piensa. Enciende un puro y se levanta. Para caminar, estirarse los tirantes y pasear las yemas de los dedos por la cicatriz de su cara. Para cumplir con su ritual, en definitiva.

Expósito sabe que es su turno.

—Señor Crane, en cualquier caso, nos gustaría repasar lo que vivió mientras sucedieron los acontecimientos. En Zabalaga y aquí, en Oviedo. Cualquier detalle que recuerde nos será de ayuda —

impetra Clara—. Por nimio que le parezca, cualquier actitud extraña que detectase en alguien, cualquier impresión…

Harry Crane se pone cómodo en el asiento y cruza las piernas. Mira al techo. Da una calada a un nuevo cigarro recién encendido y lanza el humo hacia la cúpula de la sala. Parece disfrutar de la situación. Por algo es el «Rey del Misterio».

FLASHBACK

El cóctel
(según Harry Crane)

EXTERIOR. ZABALAGA. GUIPÚZCOA.

DOS SEMANAS ANTES DEL PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Harry Crane entra con seguridad y temple al lugar del evento. Lleva un conjunto de chaqueta y pantalones de lino de color claro. No todo el mundo se atrevería con un conjunto como ese.

Pero él no es «todo el mundo».

Es un hombre con mucha clase. En su vestir y en su pose, se percibe que es alguien con posibles. Con mucho dinero.

Hace una noche encantadora en Zabalaga, Hernani. La magnífica finca es un proyecto a medio construir de la familia Chillida Belzunce. Largas praderas, altos árboles, un caserío derruido con alma de templo y luces sugerentes en cada rincón.

El inglés se adentra en el ambiente festivo. Con una copa en la mano y un cigarro en la otra, se siente completo. Observa a su alrededor. Ahí está el famoso escultor Eduardo Chillida, recibiendo más agasajos que el resto de los futuros galardonados con el Príncipe de Asturias: esa es su noche y así lo merece.

Un poco más a lo lejos divisa a la periodista madrileña, Patricia Rodero, viste un conjunto amarillo que realza su moreno trabajado

en incesantes horas al sol con (sospecha) poquita protección solar.

La mujer parece acechar a una presa, Javier Treviño, el empresario premiado con el galardón de la Concordia. Da la sensación de que la mujer ejerce su profesión, sometiendo a un tercer grado al reconocido asturiano.

—Eso nos han dicho algunos testigos, miembros de seguridad: parece que su amiga la periodista la tiene tomada con el señor Treviño, ¿no? —interrumpe el relato Bieda.

—Bueno, puede ser muy tozuda. Persigue su objetivo con todas sus fuerzas. Pero no se lo tengan en cuenta.

—¿Sabe usted si puede tener algo contra él? ¿Alguna información que pudiera ser relevante para el caso?

—La verdad es que no. No hemos tenido mucho tiempo para hablar de ello, Patricia y yo.

—Ya, ustedes van directos al grano, ¿no?

—Lo contrario sería perder el tiempo. Pero permítame que continúe…

También a lo lejos distingue al diplomático, Dimitri Pavlovich, que dialoga con el diamante en bruto de toda aquella convención: Anne Wallace, la estrambótica y mágica pianista. No le importaría sumarse a la conversación para observarla más de cerca, pero por el camino se topa con el doctor Kulakov, que deambula en soledad. Crane repara en que parece preocupado. Quizá sea una impresión suya, quizá no. Mejor averiguarlo.

—Doctor Kulakov, es un honor, soy Harry Crane —se presenta el escritor en inglés.

—Encantado —responde el ruso, afable, y estrecha su mano. Pero con expresión cavilosa.

—Perdone que sea tan directo, ¿va todo bien?

El médico esboza una media sonrisa amarga.

—Británicos… Siempre tienen ustedes la necesidad de erigirse en héroes —dice con fuerte acento ruso—. En solucionadores de problemas ajenos. No se lo tome a mal, es algo que admiro.

—Me ha parecido que estaba algo taciturno, nada más.

—Se lo agradezco, estoy bien. Quizá el cansancio del viaje.

—Si necesita algo, cuente conmigo. Los británicos estamos siempre dispuestos a ser héroes —dice Harry guiñándole el ojo.

De improviso, dos figuras se les aproximan. Son Javier Treviño y Patricia Rodero, que buscan unirse a la conversación.

—Buenas noches, caballeros —saluda el empresario, ansioso por llegar a ellos.

Harry le estrecha la mano y observa, divertido, el alivio del hombre por haber huido del interrogatorio incómodo de la periodista. Mira a la señorita Rodero y se deleita en ella. Pelo platino con exquisito peinado de peluquería. Ojos color miel que resaltan en unos pómulos con colorete. Vestido de gala amarillo ajustado y tacones de vértigo.

«Me he enamorado», piensa Harry.

—Y esta belleza debe de ser la señora o, esperemos, *señorita* Rodero.

—Señorita y sin compromiso —responde ella elevando una ceja—. Pero no me tome por una mujer fácil, señor Crane.

—Oh, no. Ni pensarlo —miente, intuyendo la lubricidad que rezuma la periodista—. Creo que es usted una mujer difícil.

—No se imagina cuánto —dice Javier Treviño, de broma. Pero sin broma.

Tras unos minutos de conversación baladí, unos chasquidos de micrófono recién encendido rompen la batahola y el bullicio. Todas las caras se vuelven hacia el escenario. Allí está la directora de la fundación, junto con el joven príncipe.

A su lado, la figura nervuda y vigorosa de Eduardo Chillida.

—Queridos amigos, buenas noches —comienza a hablar la directora, Teresa Sanjuán—. Es un honor para nosotros tener a tanta gente ilustre en Zabalaga, uno de los proyectos más íntimos de la familia Chillida. Hoy celebramos un acto previo a nuestro evento anual del Premio Príncipe de Asturias, para solemnizar el descubrimiento de la escultura que el maestro don Eduardo Chillida ha creado para nuestra fundación…

Desde el estrado, piden a los futuros galardonados que suban a la tarima. Todos ellos han de posar para una fotografía junto a la escultura. Y así lo hacen.

Sonrisas, fotografías cada uno con la obra y con un orgulloso pero comedido Eduardo Chillida. El escultor pronuncia unas palabras.

—… lo he dicho muchas veces. Yo no hablo demasiado bien el euskera. Pero son mis obras las que lo hablan. Las que engarzan con unas raíces que van más allá de lo visual. Soy como un árbol que tiene sus raíces en esta tierra pero extiende las ramas de sus brazos a todo el mundo, para aprender de todos. Para acoger a todos. En este caso, he querido hacer un homenaje a esta fundación a la que tanto respeto y a mi amigo Miró. Permítanme que les recite unos versos sin rima, pero sinceros que escribí sobre él:

Con las manos orientadas hacia lo desconocido,
rebelde como conviene la línea toda tensión.
Convexa clarividencia.
Desde una forma que nace,
desde las manos que miran,
desde los ojos que aciertan,
Miró pinta, Miró acierta.

»Ni Miró ni la fundación a quienes esta obra va dirigida son de aquí, del País Vasco. Y, sin embargo, a través de esta escultura van a entender el idioma que mi obra habla. Eso es lo bello del arte, que está por encima de fronteras, de ideologías. El arte es una de las más bonitas vías de búsqueda de la Verdad con mayúsculas. Creo que esa búsqueda es la que también realiza cada año la Fundación Príncipe de Asturias al premiar a quienes se han intentado acercar a ella, así que, por mi parte y seguro que por parte de todos mis compañeros galardonados, les damos las gracias. *Mila esker bihotz bihotzetik*. Gracias de todo corazón.

Aplausos, sonrisas y saludos efusivos.

Los galardonados son invitados a bajar por las escalerillas del escenario. Harry se encuentra esta vez muy cerca de la señorita Wallace. Con su vestido rojo y largo, deja a la vista sus brazos adornados con unos tatuajes delicados, elegantes, no demasiado llamativos. El inglés la admira.

Rezuma magia y huele a hierbas del bosque.

A plantas salvajes después de una tormenta.

Hipnotizado, aprovecha la ayuda que le presta al descender los escalones para posar la mano en su hombro, sobre uno de sus

tatuajes. En cuanto la toca es como si notase una descarga eléctrica. Ella se vuelve con los ojos bien abiertos y los clava en los suyos. Crane se amilana.

—Eso fue poco antes de que ella se desplomara. ¿Vio algo fuera de lo común en ella?

—No hay nada dentro de lo común en la señorita Wallace.

—No me venga con giros literarios, señor Crane. ¿Estaba bien o no?

—Sí, cuando estuve con ella la noté perfecta. Algo seca y cortante, pero como es ella, ya sabe… Absolutamente adorable y peligrosa, como una rosa y sus espinas. ¿No es así?

—No me gusta que me toquen —espeta Anne Wallace. Lo dice con asertividad pero sin indignación.

—Señorita Wallace, lo siento, permítame presentarme.

—Sé quién es, señor Crane. No me gusta que me toquen.

—Perdóneme… —dice mientras bajan los peldaños. Y, una vez abajo, Anne no huye. No es tal su condición. Se queda porque sabe que es lo que debe hacer, como si respetase un guion preestablecido de carácter social que hubiera memorizado.

La mujer lo mira a hurtadillas.

—Perdone, señorita Wallace, solo quería decirle lo mucho que la admiro. Es usted una pianista colosal.

—Sí —dice ella con la mirada perdida y desinterés en la respuesta.

—¿Está usted disfrutando de la velada?

—No.

Y, de pronto, como si una ráfaga de celos la hubiera atraído, irrumpe en la conversación la ingobernable Patricia Rodero.

—¿No nos hemos aburrido ya lo suficiente? —dice mientras enciende un cigarrillo.

—Ese vestido es demasiado amarillo —enuncia Anne al verla ladeando la cabeza.

—Demasiado amarillo, será hija puta la bruja esta —musita Patricia, aunque solo la oye el escritor inglés—. No, jovencita. No lo es. Es perfecto —le responde, intentando mantener la compostura.

—¿Usted también se aburre?

—Bueno —dice ella con una media sonrisa, expulsando el humo con toda la sensualidad de la que es capaz—, creo que la velada está a punto de mejorar, ¿no cree, señor Crane?

Harry tan solo sonríe.

Anne tuerce la cabeza de nuevo. Hace un gesto de hastío, se da media vuelta y desaparece. No lo hace ni con premeditación, ni con despecho. Sencillamente parece que piensa que ya no tiene por qué estar ahí.

Patricia Rodero también se aleja hacia el vestidor para recoger sus cosas. Ella y el escritor tienen decidido abandonar la velada antes de lo previsto y seguir con su fiesta particular.

De pronto, un grito profundo, desesperado, rompe el ambiente.

—¡Ayuda! ¡Un médico, por favor! ¡Un médico!

Harry se gira, ávido de novedades. Al fondo ve a la flamante pianista desplomada, envuelta en su vestido rojo que se desparrama por el suelo a su alrededor, cual manto de sangre. A su lado, sujetándola a duras penas, el hombre que ha gritado: el escultor

guipuzcoano y anfitrión del evento. Sus brazos férreos agarran a la mujer.

Hay bastante revuelo entre los periodistas que acuden al pie de la noticia. Crane ve que el doctor Kulakov corre hacia allí.

Justo en ese instante, llega Patricia. Parece ajena a todo, pero echa miradas furtivas a la señorita Wallace.

—Madre mía. ¿Deberíamos quedarnos? —dice Patricia, quizá buscando una excusa para tranquilizar su conciencia.

—¿Tiene usted conocimientos médicos?

—No, pero…

—Yo tampoco. Así que creo que no podemos hacer mucho por ayudar, querida. En cualquier caso, la fiesta parece que ha terminado. ¿Nos vamos ya?

—Vaya, muy solidario por su parte —interrumpe Bieda.

—No sea mojigato. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Practicarle los primeros auxilios cuando no tengo ni idea de cómo hacerlo?

—Usted estaba más preocupado por hacerle el boca a boca a la señorita Rodero, claro.

—¡Bieda, joder! —le corta Clara.

Sin embargo, el señor Crane no parece en absoluto importunado, más bien al contrario. Y se instala un silencio que tarda demasiado poco en romperse.

Unas puertas se abren con virulencia. Es Juan Lopategui con la cara desencajada.

—¡Jefe, tenemos el retrato robot! Tenemos al asesino de la playa de los Cristales…

Día 1

13.00 h

A puerta cerrada

> ¿Cómo pudieron elevar el nivel de conciencia sobre la verdad a la que se enfrentaba nuestro mundo? ¿Cómo encontraron la valentía para actuar?
>
> AL GORE,
> premio Príncipe de Asturias
> de Cooperación Internacional 2007

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 33 HORAS DE PLAZO)

Juan Lopategui lleva un papel en la mano y una cara de susto que descompone su habitual temple y compostura. Da grandes zancadas hacia su jefe y le tiende la hoja.

—Este es el dibujo del perfil descrito por el pescador que vio lo de la playa… —le susurra al oído.

Bieda mira el rostro que se manifiesta ante él. «No me lo creo…», susurra. Se lleva los dedos índice y pulgar a los ojos para masajearlos negando con la cabeza.

De pronto oyen una voz tranquila, neutra pero asertiva. Como una ráfaga de brisa por encima de sus cabezas.

—Hay que interrogar cuanto antes al doctor Kulakov —dice una Anne Wallace, apoyada con distinción y desenfado en uno de los balcones superiores que dan al salón. Como si hubiera sido parte de la conversación desde el principio.

Todos elevan la mirada. Ella no parece reparar en la inoportunidad de su aparición.

—¿Pero qué demonios hace usted ahí arriba? —le increpa el policía.

Bieda está absolutamente descolocado con esa mujer.

En ese momento aparece un agente en el balcón, detrás de la pianista, como si esta se le hubiera escapado y él la estuviera persiguiendo. Pero ha llegado tarde. Lucas le lanza una mirada amenazante. Su subordinado adopta una pose de disculpa y, sobre todo, de desconcierto.

—Y usted, ¿cómo ha dejado que la señorita se colara?

El agente no contesta. No sabe ni él mismo cómo ha ocurrido.

—Los humanos son manipulables —dice Anne inexpresiva, quitando importancia al asunto—. Pero no se haga el sorprendido, señor Bieda. Usted sabe que intento escuchar cada interrogatorio. Por si se les escapa algo.

Harry Crane suelta una carcajada acompañada de un sonoro aplauso.

—¡Por si se les escapa algo! ¡Esa sí que es buena! —exclama, y se atusa el bigote, divertido.

—Y dígame, señorita Wallace —interviene resignado Lucas—. ¿Se nos ha escapado algo hasta ahora?

Ella no quiere un diálogo. Ella solo tiene un ruego.

—Hay que ir a ver al señor Kulakov ahora mismo…

Bieda está desconcertado. Le susurra algo a Clara. Le muestra el dibujo del retrato robot. Un rostro alargado. Puntiagudo. Y unas gafas redondas.

El rostro inequívoco de Andrei Kulakov.

—¡Es el doctor…! —acierta a mascullar su compañera—. ¿Un hombre con pinta de no haber matado una mosca en su vida está detrás del cadáver en la playa?

El policía mastica el puro tensando la mandíbula. Se estira los tirantes y la cicatriz de su cara parece irradiar calor. La cosa se está complicando y pesa sobre él toda la responsabilidad del caos. No puede permitirse que años más tarde se recuerden estos funestos días y lo acusen de ser mudo, sordo o ciego a lo que pasaba delante de sus narices. Tiene que llegar hasta el final…

—Señorita Wallace —dice elevando la mirada hacia ella y señala el retrato robot—. ¿Cómo demonios sabía usted que se trataba del doctor?

Ella se muestra impaciente. Da una rápida explicación como si fuera la única manera de conseguir lo que lleva pidiendo un rato.

—No lo sabía a ciencia cierta. Pero me lo acaba de confirmar usted ahora. Hace dos días, el señor Kulakov desayunó muy temprano, fuera de horario. Bajé la primera al comedor y reparé en que ya se había puesto un servicio que estaba usado, y no vino a las visitas que nos propuso la organización para ese día. Apareció a media mañana y estaba limpio, pero olía a mar, y detecté que tenía algo de salitre en el pelo. Había estado en la costa. Hoy, usted ha aparecido en el patio de los Gatos a las nueve treinta y dos y tenía

algo de arena en su zapato derecho. Ha ido a la playa (o a un lugar con arena) entre las siete treinta y cinco, que es cuando ha estado con nosotros, y las nueve treinta y dos. Ahora mismo acabo de oír en la radio local que esta madrugada se ha encontrado un cadáver en una playa asturiana. Si usted ha ido allí es porque cree que ese crimen está relacionado con lo que ocurre aquí. El doctor se escabulló a una playa hace dos días y hoy ha acudido usted a la escena de un crimen en una playa. Solo he atado cabos, tampoco es tan difícil. Yo no sabía que había habido un testigo, pero me lo acaba de confirmar usted revelándome que sostiene un retrato robot con la cara del señor Kulakov. Así que, por favor, ¿pueden ir de una vez a hablar con el doctor?

Segundos después, sin que hayan mediado ninguna palabra más debido a la consternación reinante, Bieda, Clara, Harry Crane y Anne Wallace recorren el atrio del patio de la Reina. En cuanto entran en un amplio vestíbulo, toman las escaleras de la izquierda y se dirigen a la habitación 129, la del doctor Kulakov.

Allí se encuentran a Manu Ureña, al que han avisado por radio, y a un hombre del equipo de seguridad, que estaba haciendo guardia en el pasillo. Lucas eleva el mentón hacia él y el otro le devuelve el gesto. Anne entiende que eso significa que no hay novedad relevante: el doctor no ha abandonado la estancia. Bieda aporrea la puerta.

—¿Doctor? Soy el policía Lucas Bieda, ¿le importa que hablemos?

Todos aguzan el oído para intentar interpretar cualquier sonido al otro lado de la puerta. Nuevo golpeo de nudillos en la madera. Voz aún más potente.

—¿Señor Kulakov? ¿Tiene un minuto?

Pero un minuto que transcurre sin respuesta. Un minuto de respiración contenida.

—Puede que esté duchándose —aporta Crane.

—No. No se oye el agua correr —contesta Anne cortante, sin mirarlo.

—Puede que esté haciendo de vientre —vuelve a acometer el inglés sardónico.

Anne hace un gesto de desdén, pero no se digna a responder. Mira al policía. Le habla como si diera una orden, pero con tono aséptico.

—Abran la puerta. Ya.

Bieda mira a su hombre y este le tiende la llave, solícito. El policía la hace girar en la cerradura con urgencia.

—¿Señor Kulakov? ¿Está usted dormido? ¿Doctor?

La habitación está completamente a oscuras. El policía camina a tientas hasta las puertas de cristal por las que se accede a la terraza que da al patio de la Reina. Descorre las cortinas con virulencia y entra la luz, insensible y desgarradora. E ilumina lo que mejor hubiera quedado a oscuras.

El cuerpo inerte en el suelo del doctor Andrei Kulakov.

FLASHBACK

Otra playa roja

EXTERIOR. COSTA DE GIJÓN.

LA MAÑANA ANTERIOR AL DÍA DEL PREMIO.

Aún no ha amanecido. Pero Andrei Kulakov ya termina la frugal colación de algo que no puede llamar desayuno, en el hotel La Reconquista. La noche anterior había tenido lugar uno de los actos previstos, pero él se había acostado pronto.

Y lo que encontró al llegar a su hotel no le gustó nada de nada.

Otra nota de ellos. Ahora la tiene sobre la mesa y le lanza miradas furtivas mientras unta la mantequilla en la rebanada integral.

A las 7.30 en la playa de los Cristales.
Venga solo. Que nadie lo vea.

—Qué despropósito…—espeta el doctor mientras mastica con virulencia la exigua tostada.

Niega con la cabeza y arroja la rebanada al plato. Se le han quitado las ganas de comer. Posa la servilleta sobre la mesa y tapa algo con ella. Mira a ambos lados y escurre un cuchillo de sierra hacia su bolsillo, sin que puedan verlo los camareros.

No es que sea el machete de Rambo, pero cada uno se engaña como quiere…

Minutos después, el doctor ruso se escabulle del hotel. Se aleja caminando varias manzanas y consigue un taxi que lo acerca a la costa. Le pide que lo deje a una distancia prudencial y después camina para que no haya indiscreciones posibles.

Recorre a pie varios kilómetros y bordea acantilados y riscos que se asoman al mar. Hasta que se topa con la playa de los Cristales. Allí, el terreno se vuelve cada vez más impracticable, más pedregoso, más salvaje.

Se detiene ante la playa, reflexivo, envuelto por el silencio que solo rompe el oleaje, siempre arreciante en esa costa. Comienza el descenso abrupto con mucho tiento. Está nervioso y se nota torpe.

Estas aventuras no le vienen bien a su débil corazón…

Por fin llega a la arena oscura de la recóndita cala y, al pasear su mirada por la orilla, distingue a una persona solitaria en el agua. Un hombre que sale del mar poco a poco. Kulakov tiene que frotarse los ojos para creer lo que ve.

El hombre está por completo desnudo.

—Pero qué demonios…

El doctor se levanta y mete la mano en el bolsillo. Nota el tacto del cuchillo que ha cogido en el desayuno. Un cuchillo de cubertería. No es el arma más letal del mundo, pero él sabe cómo usar un objeto medianamente punzante.

Camina hacia la orilla para encontrarse con ese energúmeno. El hombre que tiene delante lleva la cabeza rapada y no está demasiado delgado, pero se le ve curtido por distintas guerras.

Cicatrices y marcas hacen hablar a su piel por él. Lleva puesta una sonrisa peligrosa. De hecho, es lo único que lleva puesto.

—Doctor, un placer conocerlo —le dice en ruso cuando se aproximan.

—Si querían discreción, no sé si es lo más propio pasearse así.

—Me gusta bañarme desnudo, doctor, ¿tiene algún problema con eso?

—Bueno, es que luego nos llenan las consultas de resfriados, tómelo como deformación profesional.

—¿Sabe por qué le hemos contactado?

—Me lo imagino. Supongo que estando yo en Europa, no les habrá resultado sencillo.

—No se habrá cambiado usted de bando, ¿verdad, doctor? ¿Le permiten en Europa hacer lo que hacía con nosotros, señor Kulakov? ¿Le permiten los pecados que nosotros pasábamos por alto? Necesitamos que haga lo que le pedimos. Esta es su última oportunidad. Considere este encuentro una mera cortesía.

—Ni lo sueñen. Si lo hago, todo el mundo me demonizará.

—No se preocupe por eso.

—¿Y qué pasa si me niego esta vez?

El espía sonríe. Si llevase bolsillos habría metido la mano en ellos. Pero no tiene. Las olas acarician sus pies.

—Usted se ha venido a Europa. Su familia, no. Sabemos que están en Mariúpol.

—Ni se le ocurra mentarlos.

—¿Acaso esperaba otra cosa?

Andrei no puede sentir consternación porque el odio nubla su mente. Percibe el disparo de la adrenalina en su cuerpo y la ira

arrebata a la razón el mando de sus acciones. Él sí tiene bolsillos y busca en ellos el cubierto que ha robado en el desayuno. Lo saca apretándolo con todas sus fuerzas y, ante la mirada de sorpresa de su oponente, se abalanza sobre él. En un movimiento certero, lo inserta en su cuello, cerca de la clavícula.

El espía abre desorbitadamente los ojos y agarra el mango del cuchillo que emerge de su cuello. Un hombre que lo dobla en peso, entrenado en la estepa rusa, con decenas de años de experiencia… abatido por una pieza de cubertería. El exceso de confianza ha sido su gran error. Nadie podía intuir que el doctor atacase a quien tiene la posibilidad de matar a su familia. Nadie podía intuir que un hijo de la madre patria se rebelase de ese modo.

No considerar al doctor una amenaza lo ha convertido en un peligro mortal.

Kulakov sabe que, por cómo ha insertado el cuchillo y las arterias que ha rebanado, su estocada resultará definitiva. El espía, aún incrédulo, se desploma. Primero de rodillas y después bocabajo, en la arena, con las olas fundiéndose con su sangre, en cada batida.

Olas que tiñen de escarlata toda la orilla.

Una vez le baja la adrenalina, el doctor sopesa su actuación. Haciendo lo que ha hecho tan solo ha ganado tiempo. Pero ha perdido un trozo de su alma. Ese hombre no podrá informar a sus superiores de que Kulakov no quiere hacer lo que le han encargado. Tendrá que deshacerse del cadáver, pero cree que no será difícil: rocas atadas a su cuerpo con la ropa del finado, arremolinada metros más atrás en la arena. Y la marea hará el resto.

O no.

Y nadie más que el mar, las rocosas montañas y él mismo sabrán lo ocurrido.

Ellos y un pescador de barba hirsuta, grisácea y abultada, que se disponía a fondear más allá de esa zona en un barco a bastantes metros de la costa…

Día 1

13.30 h

Yo no he sido

> Miramos hacia adelante, hacia el futuro, con corazones llenos de esperanza y decididos a hacer de esta tierra, nuestra patria sagrada, un oasis de fe, paz, estabilidad, libertad y bienestar.
>
> YASSER ARAFAT,
> premio Príncipe de Asturias
> de Cooperación Internacional 1994

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 32 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

El médico forense examina al doctor Kulakov. Ya se han hecho los trámites administrativos y se le ha pedido que explore *in situ* el cuerpo para intentar obtener información cuanto antes. Palpa su tórax, analiza sus extremidades, ilumina sus pupilas.

A su alrededor están Bieda, Clara, Ureña y los dos policías que hacían guardia cerca de la habitación del doctor.

En segundo plano están también Anne Wallace y Harry Crane, que se han mostrado reacios a abandonar la fiesta.

—Está muerto —dice por fin el doctor.

—No me diga…, ¿de verdad? —apunta Bieda.

El médico no se da por aludido por la ironía y sigue su discurso.

—Acaba de fallecer. No llevará ni media hora muerto —concluye—. La temperatura corporal es casi normal.

Uno de los policías interviene.

—No puede ser, no he visto entrar a nadie. Yo estaba en el pasillo y Luis —dice señalando a su compañero— vigilaba desde el patio las terrazas. Esta mañana se han redoblado las guardias como nos han pedido, y es imposible que haya pasado nadie sin que lo hayamos advertido.

—¿Cuándo entró el doctor en su habitación? —pregunta Bieda estirándose los tirantes.

—Después del interrogatorio con ustedes. No ha vuelto a salir. Al llegar tenía mala cara, creo que justo había estado cruzando unas palabras con… la señorita Wallace. Los vi en aquella escalera hasta que llegó el doctor Mendoza para atender al señor Kulakov —apunta al fin echando una sugerente mirada hacia donde se encuentran Harry Crane y Anne Wallace.

La mujer no altera la expresión de su rostro. Debido a su enfermedad le tiemblan un poco las manos. Se las agarra con fuerza, como si no quisiera mostrar esa debilidad.

—Yo no he sido. A mí no me mire —dice seria.

—Pues yo menos —replica Crane—. Estaba con estos caballeros —dice señalando a Clara y a Bieda.

El médico forense continúa.

—No parece haber signos de violencia. Por supuesto, tendré que examinarlo mejor.

—¿Eso qué significa? —pregunta Clara.

—Un infarto, seguramente. Máxime sabiendo de la cardiopatía que padecía.

—Un infarto, no me jorobe… —masculla Bieda.

—Es más que probable, sí. Lo de ayer lo dejó muy tocado. El doctor Mendoza ya les habrá informado de que es uno de los que peor pasó la noche.

A nadie le había resultado inadvertido el luctuoso estado del doctor en aquellas horas de la mañana. Se lo veía machacado tras una noche en vela.

El policía muerde el puro. Maldice por lo bajo. Mira al doctor y a sus hombres. No dice nada, pero con la sola mirada ha transmitido las instrucciones necesarias para que el médico forense haga las gestiones pertinentes a fin de avisar a la autoridad judicial, llevarse después al finado al depósito, y que los policías acordonen la escena.

Sale de la habitación y Clara, Ureña y los dos galardonados lo siguen.

—Ustedes dos. Háblenme antes de que los despache. ¿Tienen alguna idea de por qué demonios puede haber pasado esto? —espeta Bieda.

—No lo sé —comienza a hablar Crane mientras se enciende un pitillo—. No soy médico, pero con toda sinceridad, en una habitación cerrada y vigilada… en un hotel cerrado y vigilado… Una persona con el corazón tan mal, y después de lo de ayer, creo que solo puede haber muerto de un infarto, como dice el doctor.

—No parecía encontrarse muy bien esta mañana —añade Anne—. Hablé con él. Olía a muerte.

—Pensaba que olía a salitre.

—Eso fue hace dos días. Hoy, a muerte.

Bieda asiente con la cabeza y se toca la cicatriz de la cara.

—Ya… Gracias. Ahora, déjennos solos un segundo, por favor —les pide.

Anne y Harry Crane cumplen serviciales y desaparecen cada uno en dirección opuesta.

Mientras los mira, Bieda piensa que no pueden ser más distintos. Uno grandilocuente, seguro de sí mismo y arrogante. La otra, reservada y sin doblez.

«Ambos más listos que el hambre. Aquí el único idiota soy yo…», piensa Bieda.

—¿Y bien, jefe? —irrumpe Ureña con tono algo desesperado—. ¿Qué hacemos? Esto se acaba de complicar mucho.

—Lo de siempre. Mirar adelante. Aquí hay algo que no me cuadra. El cadáver de la playa guarda relación con este atentado. Y resulta que el testigo nos señala a uno de los premiados. Que ahora se nos muere. Igual hay que dar un giro drástico. ¿Hemos mirado hacia ETA cuando deberíamos mirar hacia… Rusia?

Silencio. Nada que añadir a una pregunta sin respuesta.

Ureña sale con una idea.

—La directora de la fundación quería charlar con usted. Ya hemos hablado con su equipo, pero… quizá quiera darle alguna información relevante sobre los galardonados.

—O puede que solo quiera hacer un contacto de cortesía —matiza Clara.

—No tenemos nada más de dónde tirar. Intentaré verla ahora mismo. Llámales. Si puede ahora, voy al La Marchica, al restaurante, y quedamos allí.

—Hecho —dice él.

—Y localizadme al doctor Mendoza, al teléfono. Quiero quedar con él después.

—Ahora mismo.

—¿Y este? —Clara señala hacia atrás con el dedo refiriéndose al muerto.

—Quiero saberlo todo sobre este hombre. Sé que vivía en Londres. Pero quizá deberíamos lograr que alguien entre en su casa y la registren. Deberíamos valorarlo.

—¿Hablamos con la policía de Londres?

—No creo que muestren muchas ganas de ayudar. Mejor si lo hiciéramos a nuestra manera.

—¿Mal, entonces? —le provoca Clara, inquisitiva.

—Pues sí, Clara, creo que es la única manera de hacerlo.

—Conmigo no cuentes para saltarnos a la torera la circunscripción y todos los puñeteros cauces diplomáticos.

Al acabar de pronunciar su sentencia, Expósito se da la vuelta con ademán hierático y se adentra de nuevo en la escena del crimen. Un nuevo desplante a Bieda.

Día 1

14.30 h

El protocolo

> Los Premios Príncipe de Asturias deben ser ajenos a cuestiones políticas concretas, para referirse a esos otros principios universales que no reconocen tiempos ni fronteras.
>
> Príncipe FELIPE,
> discurso de la ceremonia de 1986
> (su primer discurso)

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA Y RESTAURANTE. OVIEDO.

(QUEDAN 31 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

Bieda baja al aparcamiento y coge su Honda. El restaurante está muy cerca, pero prefiere salir en moto para que la prensa apostada a las puertas del hotel, en medio de una barahúnda incesante, no le reviente la cabeza con preguntas. O para que a él no le entren tentaciones de reventarle la cabeza a nadie de la prensa.

Que todo puede ser.

En cuanto se abren las puertas del garaje, un periodista atento llama a sus compañeros, pero el rugido gutural de la motocicleta impide que alguien ose interponerse en el camino de salida. Bieda

acelera y sale de allí como una exhalación, con la gabardina ondeando al viento.

En pocos minutos, y tras un pequeño rodeo por si a algún reportero le hubiera dado por seguirlo, aparca cerca del lugar de la cita, en la calle del Doctor Casal. Deja el casco y se aproxima caminando al restaurante mientras reenciende su puro. Ha quedado ahí con la directora de la Fundación Príncipe de Asturias.

Por fin llega al mítico restaurante ovetense, La Marchica, con su fachada de madera roja y vidriera hacia la calle. El policía entra en el local, donde halla a Isolina, la dueña y regente del garito. Una institución en la ciudad. Cruzan una mirada. Lucas Bieda le guiña el ojo. Ella sonríe y señala con la cabeza un lugar apartado del local. Ya sabe que el encuentro que va a tener lugar en su «casa» es de carácter sensible y privado. Ella no hace preguntas. Ella solo hace lo que tiene que hacer. Cuidar a su gente. Y darles de comer. Muy bien, además.

El policía atraviesa el comedor y llega a una zona más discreta, donde lo espera Teresa Sanjuán, una mujer elegante, de pelo corto y mirada inteligente. Bieda la saluda y se sienta con tosquedad y poca distinción. La silla cruje debajo de la masa de huesos y músculos.

—Señora Sanjuán, le agradezco mucho este encuentro y todo lo que están haciendo para que podamos llevar adelante la investigación.

—Es lo menos que podemos hacer.

—Lo sé, pero nos ayuda mucho, de verdad. Los listados de asistentes, la información de los galardonados…, es todo muy importante para nosotros.

Doña Isolina irrumpe en la escena. Trae varios platos. Ellos no han pedido nada, pero eso a ella le da igual. Ella manda en su casa. Y ella, en su casa, cuida de los suyos.

—Aquí unos pinchos de langostinos con huevo cocido y mahonesa. Y unas andaricas, para que no me pasen hambre —dice mientras deposita el segundo plato con las pequeñas nécoras—. Les escancio una sidrina, ¿verdad? Nadie la espalma como nosotros.

—Yo no, gracias, pero daré buena cuenta de la comida, Isolina. El estrés me abre el apetito y estoy sin comer todavía…

Ella solo sonríe y los deja de nuevo. Es Teresa quien habla, mientras Bieda cumple su promesa y se dispone a partir las patas de las andaricas.

—Perdone que le haya propuesto citarnos a solas —dice la mujer —. Prefería hacerlo así, por si quiere preguntar cualquier cosa, sin perjuicio de que pueda venir usted cuando quiera por las oficinas de la fundación, como ya ha hecho su equipo.

—No se preocupe. En este sitio son de confianza.

—¿Cómo va la investigación?

—Sabe que no puedo revelarle mucho. Pero regular. Así, a bote pronto, regular.

Bieda calla sobre la muerte de uno de los galardonados. Que la prensa se haga eco del fallecimiento del doctor Kulakov es seguramente cuestión de horas.

—Sí, no se preocupe. Dígame qué necesita y desde la fundación nos volcaremos en ayudarle.

Bieda levanta la mirada con la pata de una nécora en la boca y sonríe.

—Creo que ya ha hablado con mi gente. Pero sospecho que si usted me ha querido citar aquí es porque quizá quiera darme alguna información adicional. Y, con sinceridad, nada me gustaría más, porque voy un poco a ciegas.

Teresa Sanjuán se inclina sobre la mesa y apoya los codos en ella. Lo hace de un modo refinado que enmarca la importancia de las palabras que va a pronunciar.

—Bueno, solo quería decirle que, por si puede usted tener alguna duda sobre el proceso y los candidatos, todo se hizo respetando con pulcritud el proceso, como cada año. Le cuento, señor Bieda, lo que dice nuestro reglamento. Cuando acaban las ceremonias de entrega de un año, el príncipe declarara abierto el proceso para los premios siguientes, en este caso los del ochenta y ocho. Pero, claro, este año eso…

—El príncipe no lo ha podido hacer, es obvio.

—No, pero bueno, ya se hará. En cualquier caso, eso es lo que se hizo el año pasado, que fue la primera ceremonia en la que el príncipe pronunció su discurso. Y a partir aquel momento se lanzaron miles de invitaciones para la presentación de candidaturas, como cada año. Según nuestra regulación, pueden presentarlas los premiados en ediciones anteriores, los componentes de cada uno de los jurados convocados en esa edición, siempre que las candidaturas que presenten no opten al premio en la categoría de cuyo jurado forman parte, y, luego, las embajadas y representaciones diplomáticas españolas, así como distintas personas e instituciones de prestigio o invitadas por la fundación.

—Bien. ¿Entonces?

—Eso se llevó a cabo con toda normalidad, con posterioridad a la edición del ochenta y seis. Después, está el hecho de si las candidaturas pueden ser admisibles o no. Por ejemplo, no se puede otorgar el premio a jefes de Estado o a altísimos cargos en gobiernos. Este premio es ajeno a cuestiones políticas, se centra en principios más universales. Tampoco se pueden dar a patronos de la fundación o a miembros del jurado de ediciones recientes, etcétera. La presentación de posibles candidatos ha de cumplir varias formalidades. Se rellenan los preceptivos formularios y, por supuesto, cada candidatura propuesta ha de acompañarse de toda la documentación, bibliografía y demás, que respalde la bondad del nombre que se presenta para optar al galardón. Y todos y cada uno de los siete premiados este año fueron sometidos a nuestro escrutinio, así que le puedo asegurar que no ha habido ningún galardonado que no mereciera estar en el teatro Campoamor el otro día. Es así de sencillo.

Teresa finaliza su discurso. Enciende un cigarro y le da una calada. Una calada nerviosa. Bieda no dice nada, pero entorna los ojos mientras la observa. Una señora de los pies a la cabeza. Elegante y recta. Con una vida dedicada a la fundación. Jamás permitiría que nada emborronara el buen nombre del Príncipe de Asturias.

Y, sin embargo, es ella la que le ha pedido la entrevista.

—Señora Sanjuán. Dígame lo que quiere decirme.

Ella da un ligero respingo. Y otra calada inquieta. Bieda insiste.

—Dígame por qué estoy aquí —le conmina, firme—. Si quería un encuentro privado es porque tiene una información que considera sensible, quizá no del todo veraz, y por eso ha pensado en

pasármela de un modo menos oficial y con discreción. ¿Me equivoco?

Pasan unos segundos en silencio. Bieda los aguanta estoico. Teresa Sanjuán los vive en medio de tormentas que azotan sus cimientos. Hasta que, en un momento dado, y casi imperceptiblemente, se encoge de hombros.

«Ya está», piensa Bieda.

Ella vuelve a acercarse a la mesa. Baja el tono de voz y se aproxima al policía.

—Lo cierto es que, una vez tenemos claras las candidaturas tras ese proceso, pueden enviarse apoyos y adhesiones a estas. En un plazo posterior al de los envíos de las candidaturas, evidentemente. Personalidades o instituciones que quieran respaldar una determinada candidatura tienen ocasión de hacerlo. Es una manifestación de aquiescencia hacia un candidato que puede apuntalar mucho su postulación, claro…

—¿Y? ¿Adónde quiere llegar?

—A que nos sorprendió un detalle. Un detalle pequeño que en absoluto violenta nada de lo previsto en nuestro reglamento. Todo fue por completo normal.

—¿Qué ocurrió? —pregunta Bieda con urgencia.

—Hubo una candidatura que en poco tiempo recibió muchos respaldos. De gente importante. Lo cierto es que la suya era una candidatura sólida y, según el jurado asignado, podía tener todas las papeletas para ser el ganador, con independencia de esos apoyos. Pero en poco tiempo hubo una inequívoca apuesta por una persona…

—Dígame quién es o máteme aquí mismo, pero acabe con el misterio, señora Sanjuán.

—Me refiero… a la candidatura del doctor Andrei Kulakov.

EXTERIOR DEL RESTAURANTE, UN CUARTO DE HORA DESPUÉS...

Lucas Bieda ha salido del restaurante y está en el umbral de la puerta, pensativo. Cansado. Teresa Sanjuán se ha quedado dentro unos instantes más para que no los vean juntos. Por si la prensa renguea por la zona.

«Así que el doctor Kulakov recibió de pronto muchos apoyos a su candidatura. Alguien se tomó a pecho que él estuviera entre los galardonados. ¿Por qué?».

—Una pena no poder preguntárselo, joder —musita Bieda mientras vuelve a encender un puro.

Lamenta la funesta casualidad de haber recibido una nueva pista justo después de la muerte del doctor. El policía camina cabizbajo, apurando las pocas caladas del habano que podrá dar antes de coger su moto, que está aparcada cerca.

Por andar embebido en sus lamentaciones, no ha reparado en que alguien lo observa.

Un joven de gran altura con el pelo recortado a lo mohicano y largo, recogido en una coleta y patillas también largas. Sujeta una pistola.

No hay demasiada luz, es un día gris. Y el momento es perfecto. El asesino mira a su alrededor: tiene una escapatoria clara por una perpendicular. Se oirá la deflagración y se esparcirá la sangre. Eso

reclamará la atención de la gente durante unos segundos. Cuando busquen el origen del disparo, él ya habrá salido corriendo. Será un atentado más en un país que ya se ha malacostumbrado a convivir con ellos.

Levanta el arma y apunta a la cabeza de Bieda.

Será otro quien prosiga la investigación, pero al menos no tendrán a un perro viejo como Lucas al mando y contra ellos.

Justo al ir a apretar el gatillo, un autobús se cruza entre el asesino y su posible víctima.

—¡Joder! —espeta elevando el arma para evitar el disparo.

Cuando vuelve a existir visual, el poli ya se ha puesto el casco y hace rugir su Honda. El joven de coleta lo apunta de nuevo, pero sabe que ahora se la juega a la suerte.

Y con Bieda es mejor no jugársela. Porque, si no ganas, pierdes seguro.

Como si tuviera un sexto sentido que le dijera que ha de largarse de allí, el policía da un acelerón y sale con diligencia, desapareciendo de la vista del de la coleta en cuestión de segundos.

—Si no es ahora, será en la próxima, *txakurra* hijo de puta… —masculla el chico.

Día 1

15.30 h

Ni tocar

> Era un joven de España. Y accedió a darme clases de guitarra. […] Esos seis acordes, esa pauta de sonido de la guitarra, han sido la base de todas mis canciones y de toda mi música. Y ahora entiendan las dimensiones de mi gratitud a este país.
>
> LEONARD COHEN,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Letras 2011

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 30 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

La reunión con Teresa Sanjuán lo ha dejado desconcertado. Pero no le aporta nada tangible. Como tampoco le han aportado demasiado las conversaciones con los cuatro galardonados con los que ya ha hablado.

Uno de los cuales ha muerto.

Esto último es lo que no le cuadra.

Es evidente que la cardiopatía del doctor, tras el atentado la noche anterior, ha podido ser fatal para él. Y que ha sufrido un infarto real,

según los médicos que lo han estudiado. Pero su instinto le dice que hay algo más.

Porque Bieda sospecha siempre cuando todas las circunstancias le obligan a mirar en una sola dirección.

¿No deberían partir de la base de que ha sido otro acto intencionado? ¿Que quizá el doctor sabía de más y lo han acallado para siempre? Máxime cuando un testigo ocular afirma que seguramente acabó con una persona en la playa de los Cristales.

Por eso se han citado ahora el médico Francisco Mendoza y él. Llevan trabajando juntos un tiempo y confían el uno en el otro. Bieda le había pedido, de modo confidencial, que intentase buscar algún posible indicio de muerte provocada, aunque todo apuntara a un infarto natural.

Llega en su moto a la plaza Juan XXIII y se dirige a otro local clásico de la ciudad: El Dólar.

Afuera, de pie y apoyado en la jamba de la puerta, lo espera Mendoza, un hombre de unos cuarenta y cinco años, con gafas redondas de color beis, tez blanca y un pelo rizado que comienza a mostrar vetas níveas en las sienes. Tiene la frente fruncida.

Bieda le insta con un gesto a que lo acompañe al interior. Allí dentro ven a Manuel Rodríguez, que dirige el restaurante. Con dos dedos de la mano, Lucas le pide dos cafés.

Ambos amigos caminan en un mutismo cargado de complicidad hasta una mesa apartada. El policía es quien habla primero.

—Creo que se han cargado al ruso, Mendoza.

—Ya, ya sé. Ya me lo has dicho por teléfono.

—¿Y?

—Mmm, pues que yo también tengo mis sospechas. Esta mañana he ido a verlo, como me pedisteis. Y cuando le he ofrecido medicación o algún paliativo, él tan solo ha acertado a decirme una frase lapidaria: «No creo que haya medicina en el mundo que pueda salvarme». ¿Qué te parece?

—Joder, algo debió de pasarle, cada vez estoy más convencido. ¿Se habrá suicidado? No me pega… Pero entonces ¿cómo lo habrían matado sin signos de violencia y en una habitación cerrada?

—Hombre, ya sabes cuáles son los asesinatos sin violencia más paradigmáticos, Lucas —dice Fran apretando los labios.

—Lo sé. ¿Lo habrán envenenado? —lanza como posible la hipótesis que hasta ahora no se atrevían a verbalizar.

—Quién sabe… Podría ser.

—¡Hombre, Fran! Para eso no te llamo. Ya me imagino que *podría* haber sido envenenado. El tema es si lo podemos saber.

—Y soy consciente de ello, Lucas. Pero es difícil detectar determinados componentes en la sangre, no tenemos la capacidad técnica suficiente. Ni nosotros ni nadie. O casi nadie, que yo sepa. No obstante, por la sintomatología que he observado esta mañana y por sus reacciones corporales, musculares y externas, sí creo que podríamos estar hablando de algún veneno. No sé cuál. Un agente nervioso, podría ser…

—Explícate.

—Los agentes nerviosos son compuestos químicos con ácido fosfórico. Se llaman «nerviosos» porque alteran el sistema nervioso a través del que enviamos mensajes a nuestro cuerpo. Bloquean la acetilcolinesterasa, la enzima que metaboliza el neurotransmisor acetilcolina. Si esta no se degrada, puede provocar efectos a nivel

sistémico que suelen acabar en un fallo orgánico fatal, como la parada cardiaca que él ha sufrido.

—Para que yo lo entienda. Explícamelo ahora como si yo fuera el idiota que soy, que no ha estudiado la puñetera carrera de medicina. ¿Qué es lo que provoca un agente nervioso y por qué no sabemos si es eso lo que intoxicó a Andrei Kulakov?

El doctor suspira. Niega con la cabeza.

—Quédate con la idea de que, al bloquear una enzima que hidroliza la acetilcolina liberada…

—Mendoza, querido… —interrumpe Bieda levantando el dedo.

—A ver, es un veneno que, en función de las cantidades a las que uno se exponga, resulta letal casi siempre. El problema aquí, Lucas, es que solo se puede encontrar aquello que ya sabes que buscas. Tenemos recursos para identificar compuestos mediante espectrometría de masas que pueden determinar la existencia de esos venenos, y voy a intentar ahondar en eso… He pedido ayuda a los de análisis clínicos y me dicen que han detectado niveles altos de acetilcolina en las muestras, pero la causa de esa alteración puede ser multifactorial. Incluso cabe que no sea veneno y que sencillamente haya tenido un colapso por una causa endógena. Es decir, el infarto que todos pensamos en primera instancia, dada su cardialgia previa.

—Hombre, si yo no lo descarto… Solo digo que tengo mis sospechas.

—Lo sé. Pero tengo que seguir mirándolo. Si estuviéramos ante un agente nervioso, en dosis dérmica bastaría con unos diez miligramos para ser letal. ¿Cómo se la harían llegar?

—¿No pudo ser inhalada o inyectada o…?

—No he visto ningún pinchazo en el cuerpo. Y hemos mirado muy bien. Hubo de ser a través del tacto. Es lo más probable.

—Nadie lo ha tocado, estaba encerrado en su habitación. Nadie ha entrado ni salido de ella. Porque lo de un posible veneno es inmediato, ¿no? ¿O cuánto tiempo tarda en hacer efecto?

—Mmm, puede ser cuestión de varios minutos… En una dosis dérmica, dependería de factores como la permeabilidad o el grosor de la propia piel o la temperatura. También entraría en juego qué parte del cuerpo habría sido expuesta.

—Estamos en las mismas. Llevaba en su habitación un buen rato.

—Pues no lo sé… O alguien lo ha tocado, o alguien ha impregnado con una cantidad considerable del agente nervioso un objeto o algo que el doctor ha tocado en su habitación.

—Eso podría ser. Hay que pedir que lo miren ya.

—Ya está hecho. He ordenado que comprueben si hay restos tóxicos, no ya en la sangre, donde, como te he dicho es más difícil de hallar, sino en la epidermis, en la ropa o en toda la habitación. Están con ello ahora mismo. Puede ser cuestión de minutos que me digan algo.

—Más listo él…

—Esa es la única posibilidad, que encontremos el veneno, no en su organismo, sino fuera de él.

—Bien, Mendoza.

—Pero si ha sido por contacto, volvemos a que alguien ha tenido que tocarlo.

—¿Pero quién? Clara y yo hemos estado tomándole testimonio esta mañana y luego se ha ido directo a su habitación

—Ya. Ahí ha sido cuando lo he interceptado. Y a partir de ese momento has tenido a gente vigilando los pasillos. —De pronto hace un alto y mira al policía—. Aunque…

—Aunque, ¿qué?

—Que justo cuando he ido a verlo, Kulakov estaba hablando en la escalera con Anne Wallace.

—Otra vez ella…

—Pero repito, si la señorita Wallace o quien sea hubiera tenido en sus manos la sustancia, y se debería suponer que en una concentración y una cantidad más altas para llegar a envenenar a su víctima, debería haberse resentido. Debería haberle resultado letal también a ella.

—O sea que no se puede portar sin medidas de protección, dices…

—¿Un veneno como ese? ¡Ni tocarlo!

—¿Puede que ella estuviera protegida? ¿Que se lo transmitiera a través de algo textil? En la ropa, me refiero, y que le hiciera tocarlo al doctor…

—No creo, cualquier portador textil podría haber absorbido o reducido mucho la sustancia. Hablamos de cantidades muy pequeñas, pocos miligramos, recuérdalo. Así que tuvo que ser otro tipo de superficie o, más probablemente, la piel humana.

—Uf… Pues nada. Haz pruebas a la señorita Wallace, y a sus pertenencias y objetos de su habitación, para ver si ha estado en algún momento cerca de alguna sustancia tóxica, veneno, agente nervioso o lo que demonios sea. Prioridad absoluta. Y a ver qué dice tu equipo acerca de si han encontrado algo en la piel o la ropa del doctor. Eso sería clave. Confío en ti…

Se levanta de la mesa con urgencia justo cuando llegan los dos cafés. Se bebe el suyo de un trago a pesar de que está ardiendo. Clava en Fran una mirada cargada de esperanza.

—Te espero en La Reconquista. Dame algo a lo que agarrarme, amigo.

Minutos después, Lucas llega en moto al hotel y la prensa que se agolpa a las salidas del edificio se le echa encima.

Todos están ávidos de hallar un resquicio de información, bulo o rumor que pueda ayudar a llenar las páginas de unos periódicos hambrientos. Se ha producido uno de los mayores atentados contra la Corona de la historia reciente de España y no tienen información ni para redactar una esquela.

Sin embargo, Lucas no dice ni esta boca es mía. Se bandea entre la gente en su motocicleta, hasta que pronto atraviesa la marabunta y se interna en el aparcamiento. Después de aparcar, Bieda sube al hotel y se dirige a la recepción, donde lo espera Clara.

Se apartan para charlar con más discreción. Caminan hacia uno de los salones pequeños de la primera planta y cierran la puerta.

A ella sí le ha contado su sospecha de que lo de Kulakov no ha sido un infarto. Y ahora la pone al corriente de lo que le ha contado el doctor Mendoza. También le dice que la única que estuvo con él después de su interrogatorio fue Anne Wallace.

—Pero ¿por qué iba ella a querer cargarse a Kulakov?

—¿Ahora eres tú la que está de su parte?

—No, simplemente creo que el doctor ha sufrido un infarto y punto.

—Puede. ¿Pero no es mejor investigarlo aunque resulte infructuoso que dar por hecho que no ha existido otro crimen?

Clara asiente, contrariada. Bieda nota en ella cada vez una mayor desazón, una mayor rotura.

—Expósito, ¿cómo lo llevas? —Se lo pregunta del modo menos hosco que puede.

—Yo bien, ¿cómo estás tú?

—Yo para entrar a vivir… No me jodas, Expósito, te pregunto cómo estás de verdad. Estoy intentando allanar las cosas entre nosotros.

Ella mira al suelo.

—Cómo quieres que esté. Yo era una de las personas dedicada a la seguridad ese día. Colaron el artefacto explosivo delante de mis narices, ¿te das cuenta? ¡Delante de mis narices!

Bieda aprieta los labios. A alguien tan garantista como Clara Expósito le tiene que machacar mucho haber tenido ese revés. Ella que siempre ha sido tan perfecta en sus ejecuciones.

—Delante de tus narices y de las de decenas de agentes que estabais allí.

—Sí, pero yo justo me encontraba apostada en el lugar por donde entró la escultura de Chillida. Y seguramente también la bomba, porque estaba a su lado.

—Déjalo, Clara. Déjalo. Has de descansar un poco. Anne Wallace, cuando te… analizó, dijo que no duermes bien.

—¿Ahora nos vamos a fiar de sus trucos?

—Es bruja, ¿no? Como tú también lo eres un poco, pensaba que os entenderíais bien.

—Que te jodan…

De pronto irrumpe Mendoza en la estancia. Sin llamar. Abre las hojas de las puertas del salón como si de un bar del Oeste se tratara.

No es su estilo. No lo es en absoluto.

Su mirada desorbitada busca los ojos de Bieda.

—Coño, Mendoza, si no han pasado ni veinte minutos…

El médico va a abrir la boca, pero se refrena, viendo que también está Clara Expósito.

—Puedes hablar —le apremia Bieda.

—¡Sí había veneno! En sangre era indetectable. Pero en… ¡en su mano, Lucas, en su mano! No mucho, casi nada. Pero sí. Un agente nervioso.

—¿Y es eso lo que lo ha matado? —pregunta Clara volviéndose hacia Bieda.

Mira a Lucas con un renovado respeto… Cuando lo lógico hubiera sido aceptar como muerte natural el fallecimiento por paro cardiaco del doctor, estando como estaba en una habitación cerrada, él no ha renunciado a seguir su instinto.

—Sí, es lo más probable, claro —responde el doctor—. El contacto epidérmico del veneno en alguien como él, con su cardiopatía…, habrá resultado letal. Ha sido un infarto. Pero provocado.

Bieda se levanta y se alisa la camisa, como si no hubiera escuchado nada sorprendente.

—Bueno, pues ya hemos confirmado que se lo han cargado. Alguien se lo ha querido quitar de en medio. ¿Veis qué fácil se está poniendo todo?

Día 1

16.00 h

El teatro de ayer

> A veces parecería como si solo nos uniera el subversivo común denominador de ser injustos los unos con los otros.
>
> BELISARIO BETANCOURT,
> premio Príncipe de Asturias
> de Cooperación 1983

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 30 HORAS DE PLAZO)

Tras una frugal colación que he tomado en el comedor, estoy de vuelta en mi habitación.

Los temblores de mi enfermedad me acosan de nuevo. Necesito tranquilizarme, tal y como me han enseñado a hacerlo. Respiración controlada, visualización interna, conexión con el ahora.

En el suelo a mi alrededor se esparcen distintas anotaciones de lo que hasta ese momento he visto u oído. Las miro y guardo silencio mientras intento comprender.

He asistido furtivamente a los testimonios de mis cogalardonados. Pero lo más interesante ha sido enterarme de que el doctor ocultaba

algo… Algo por lo que se peleó con una persona en una playa, por lo que parece. Hasta, quizá, matarlo.

¿Y ahora por qué ha muerto él también? El forense dice que la opinión técnica más probable es que se trate de una muerte natural. Un infarto, por su cardiopatía previa. Pero su implicación en el asesinato de la playa… ¿Qué tiene que ver con eso?

Miro mis notas, mis ideas. Piezas de un puzle que aún no sé cómo encajar. Porque, además, casi con seguridad, estará inacabado. Faltarán piezas.

¿Faltarán muertes?

Quizá sea la falta de justicia en el mundo lo que provoca esta ausencia de paz en este palacio… Cierro los ojos. Tengo que pensar. Tengo que sacudirme de encima todas las malas vibraciones. Musito unas palabras.

—*Aita guarda gitzala enselementu*…, guárdanos de los hechizos. *Enemiua an topatuko dut. Erori naiz bekatuetan*…

Palabras que resuenan como lo que son. Advocaciones. Plegarias que, en ocasiones, preceden a la magia. Las malas sensaciones se desvanecen y una figura se dibuja delante de mí.

La de un niño perdido. Adrián.

«Se ve que me he dormido otra vez…».

—Adrián. ¿Qué quieres de mí?

—Ya lo sabes, *Sorgina.*

—Quieres que comprenda.

Él no dice nada, pero echa a andar.

Yo lo persigo en sueños. Se le ve más andrajoso que la última vez. Parece que ha crecido y que su ropa ha menguado. Sus

piernitas caminan a una velocidad endiablada.

—*Lasai* —le digo pidiéndole calma.

Él se gira y clava su mirada en mí. Se lleva el dedo a los labios invocando silencio. Estamos en el umbral de la puerta principal. Pero no de la puerta del hotel. Sino de la del antiguo Hospicio Real de Asturias.

Salimos del edificio. Yo lo hago con tiento. Sé que estoy confinada en el complejo desde hace demasiadas horas y escabullirme de aquí, aunque sea solo en mis quimeras, me hace zozobrar.

Como aseguró el fundador del hospicio, Gil de Jaz, el edificio se encuentra efectivamente a «dos tiros de vara» de la antigua ciudad de Oviedo. Desde esta distancia veo las murallas ovetenses. Unas murallas que ya habrían perdido su función defensiva y que, en algunos tramos, han sido derribadas para que la ciudad se «desborde» y siga creciendo. Casas y nuevos edificios arracimados rebosan del casco urbano original. Al este, hacia donde caminamos, atisbo la torre gótica de la catedral.

Seguimos andando unos minutos hasta que llegamos a donde Adrián me ha estado guiando.

Al teatro Campoamor.

Se lo ve reluciente y nuevo. Se erige en los terrenos del convento de Santa Clara. Calculo que mi ensoñación me está ubicando a finales del siglo XIX o principios del XX, porque ese teatro no llevará muchos años construido. Un edificio neoclásico de tonos claros y muy simétrico. Eso me gusta. La simetría calma mi sempiterna tormenta interior.

Entramos. No hay nadie que nos impida el acceso. Atravesamos el vestíbulo y nos adentramos en el patio de butacas. El espacio es inmenso, forma un semicírculo que culmina en la puerta que cruzamos. Hay cuatro alturas de palcos, elegantes y clásicos.

Adrián, como niño que es, corre por el pasillo central y frena en seco en el proscenio, cerca del escenario. Sobre él descansa un piano.

Mi piano.

Negro azabache, con detalles dorados y teclas de ébano. Me acerco con cautela hasta que llego al final y subo las escaleras. Mi cuerpo siente una atracción inefable hacia el instrumento. Y cuando lo tengo delante, veo algo que me horroriza.

Las teclas y el piano están cubiertos de sangre. Sangre oscura que resbala por las patas de madera y forma un charco en el suelo.

Como para enmarcar el funesto momento, escucho un gong estrepitoso.

Atronador.

Un horrísono estruendo que no debería existir.

Miro al niño, pero él no parece haberlo oído. Él sigue mirando el piano.

—¿Qué es esto, Adrián?

—Sé que no la interpretaste aquí, pero este es un templo de la música. Y la música fue su veneno, querida bruja. Este piano.

—¿Mi piano?

—Casi los mató a los dos.

—¿A los dos…?

—Sí. No solo al príncipe. También al doctor. Lo mataste tú, *Sorgina.* Tu famosa y eterna canción lo hizo.

Día 1

16.20 h

Solo siete (o seis)

> Que una Fundación noble, con su plural mirada, distinga entre los mapas al hombre bueno y alto, a la mujer simbólica, y entronice lo eterno, la gramática parda y esa épica de nailon de algún hombre de Estado.
>
> FRANCISCO UMBRAL,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Letras 1996

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 29 HORAS Y 40 MINUTOS DE PLAZO)

—¿De verdad estamos diciendo que el responsable del atentado contra la Corona es uno de los premiados? —se inquieta Lopategui.

Bieda y Clara han vuelto a entrar al salón de Consejos y han explicado a los presentes el hallazgo: el doctor ha sido envenenado.

No ha fallecido por muerte natural.

Eso significa que alguien lo ha matado para quitárselo de en medio. Quizá porque el doctor Kulakov tenía una información

incómoda o porque había averiguado algo sobre el atentado contra el príncipe. El equipo se ha quedado helado.

—Desde luego —prosigue Bieda—, creo que al doctor se lo ha cargado alguno de los galardonados. ¿Quién, si no? Ahora mismo, en el hotel solo están los premiados. Salvo nosotros y un mínimo retén del servicio absolutamente controlado…, solo están ellos. Ha tenido que ser uno de ellos el autor de este segundo crimen. Y, si lo pensáis bien, es bastante plausible que uno de ellos tuviera algo que ver en el atentado de ayer, sobre todo teniendo en consideración la seguridad que había; todo el mundo estaba centrado en protegerlos y nadie contaría con que fuera uno de los protegidos quien cometiera el atentado… ayudando a introducir la bomba y activándola. Si yo hubiera diseñado un atentado contra el príncipe, no habría dejado al albur de la suerte que él se acercara a la bomba. Habría usado a alguien de dentro, a uno de los premiados. Con visual y capacidad de actuación dentro del espacio acordonado.

Silencios y aquiescencias por parte de los oyentes. La situación ha dado un vuelco. Los premiados con el Príncipe de Asturias antes eran las víctimas a proteger. Los testigos.

Ahora son los sospechosos del crimen.

La fundación que, con su mirada objetiva y escrutinio plural, busca entronizar personas ejemplares para el mundo entero entre hombres buenos y mujeres simbólicas, puede tener entre sus elegidos a un asesino. Y eso es algo muy delicado.

El policía continúa.

—Con lo que todo se reduce a esa maldita sala. A ese espacio acordonado y protegido dentro de la Capilla. Y a los premiados. En todo esto hay una parte buena y una mala. La parte buena es que

solo hay siete sospechosos. Luego habrá que ver si detrás de esa autoría hay una organización criminal como ETA, claro. O la URSS, teniendo en cuenta el cadáver de esta mañana. Pero el ejecutor es uno. Y los sospechosos solo son siete. O seis, si descartásemos al doctor fallecido.

—¿Y nos parecen pocos? —apunta Clara con preocupación.

—No me jorobes, Expósito.

—Vale, vale, siete sospechosos. Esa se supone que es la buena noticia. ¿Y la mala?

—Pues que son siete celebridades.

Juan Lopategui interviene.

—¿Nuestra máxima sospechosa no debería ser la señorita Wallace? Parece que fue ella quien pudiera haber acercado deliberadamente al príncipe a la zona de la deflagración, y también es ella quien ha estado con el doctor antes de que muriera en su habitación. Tampoco hay que volverse loco, ¿no?

—Loca ya está ella —matiza Expósito.

—No podemos precipitarnos —dice Bieda—. Tenemos que buscar sus motivaciones. Y recordad que es la que más herida salió de la deflagración.

—Quizá no tenga motivaciones más allá de que haya podido ser extorsionada por ETA. Quizá la obligaron a hacerlo. Quizá la tengan pillada con algo… —apunta otro policía.

Ahora es Ureña quien salta en la conversación.

—Tampoco descartemos al médico, aunque ahora esté muerto. Quizá le encargaron el marrón y luego quisieron evitar que pudiera hablar.

—Pero hasta ahora estábamos en la línea de investigación que sospechaba que el cerebro pensante era ETA —dice Lopategui, cauto como siempre—. Si hablásemos de que hubiera sido Kulakov el brazo ejecutor, y sabiendo que la KGB ha estado detrás de él presionándolo…, ¿debemos valorar que la URSS pueda ser responsable?

—¿Estamos dando por hecho una implicación de los rusos por el mero hecho de que el doctor Kulakov lo fuera? —replica Expósito.

—No. Más bien porque mató a un tío en pelotas en una playa —contesta Bieda—. Desde luego, el cuerpo que encontramos era de alguien que podría ser caucásico. Y sus cicatrices no tenían buena pinta.

—¿Implicas, jefe, que pudiera ser un espía ruso o algo parecido?

—De Albacete no era.

—¿Y por qué está ahora muerto el doctor? —interviene Clara.

—Lo que antes decía. Quizá fue cómplice de alguna manera y se lo querían quitar de en medio para que no hablara.

Se hacen unos segundos de silencio en los que todos se encuentran aturdidos por funestos pensamientos.

Juan Lopategui mira una de las pizarras dibujadas antes por Ureña.

—Si volvemos al segundo punto de nuestra reunión anterior, al «quién activó la bomba», es verdad que, si fue uno de los premiados, el atentado se vuelve más viable.

—Así es —responde Bieda—. Era uno de los puntos que me chirriaba. Porque para perpetrar un atentado así, contra el príncipe, no vale solo una activación remota, ni es suficiente solo tener visual. Es necesario asegurarse de que la víctima se acerque a la bomba.

Tenemos que averiguar quién de los siete lo hizo, y a partir de ahí hallar el cerebro pensante, tenga las siglas que tenga.

Hace una pausa y percibe que todos asienten.

—A ver, quiero lo siguiente —comienza a referir, sujetándose los dedos cada vez que enuncia algo—: que se asigne a un operativo por cada premiado para averiguar algo de sus circunstancias que nos hable de una eventual motivación. Y que cada uno de los asignados a cada sospechoso registre sus domicilios.

—¿Pedimos una orden al juzgado?

—Sí, hagamos las cosas bien, no como siempre.

—¿Y el registro de los extranjeros, jefe?

—Esos ya veremos. Por ahora, los de aquí. Lopategui, tú te ocupas de Anne Wallace, hay que darle prioridad. Tú, Manu, te pones con el muerto Kulakov. Ya sé que es ruso y vive en Londres. Lo tengo claro ya, búscate el primer avión que te lleve allí y haz lo que puedas… Él es la segunda prioridad. Al resto —dice Bieda señalando con el mentón a todos los presentes en la sala—, Clara os asignará vuestra «novia» particular para estos días.

Clara Expósito toma la palabra con parsimonia. No le gusta que su jefe mande que alguien se salte su circunscripción, pero ya no puede hacer nada. Se muestra profesional y se atiene a lo ordenado.

—Vale, establezcamos una persona por premiado. Lopategui y Manu, adjudicados. Y de aquellos que viven en España, nos hacemos con órdenes para entrar y registrar sus pisos.

—Además, ya sé que tenemos el listado de quienes estaban en el hotel en el momento del atentado. Pero vamos a ampliar la búsqueda. Quiero otra lista detallada de todos los asistentes al cóctel que se celebró en Zabalaga quince días antes del acto. Hay que

cotejarlas y comprobar si hay algún invitado discordante que nos chirríe.

—De acuerdo —accede Clara, eficiente.

—Bien —dice Bieda mientras se levanta y se estira los tirantes—. Ahora sigamos con nuestras conversaciones con los premiados. Ya no son testigos, son sospechosos.

Hace una pausa para dar una calada al puro y expulsa tanto humo que la sala entera se llena de una fantasmagórica aura grisácea.

—Con lo que ya no serán declaraciones…, ahora pasarán a ser interrogatorios.

Día 1

16.45 h

La periodista

> ¿Cómo preservar los principios de los derechos humanos y las tradiciones humanitarias, cómo respetar el principio de asilo, cómo tratar humanamente a aquellos que intentan emigrar, sin poner en peligro la seguridad y la estabilidad de sus sociedades?
>
> SADAKO OGATA,
> premio Príncipe de Asturias de Cooperación
> Internacional 1991
> (en representación de ACNUR)

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 29 HORAS Y CUARTO DE PLAZO)

Patricia Rodero hace repiquetear sus tacones por las escasas zonas en las que la moqueta granate no cubre el suelo del hotel. Su pelo ondulado luce un peinado perfecto y lleva un vestido azul con cinturón ancho que atrae la mirada de los policías varones con los que se va cruzando. Ella parece no reparar en ello, pero solo lo parece.

Vive para ello.

Atraviesa el patio de la Reina y llama a la puerta de madera de la sala de la Capilla. Clara Expósito la abre. Vaqueros, sudadera amplia y unas ojeras que delatan la presión que lleva encima. «Qué hortera es esta mujer, por Dios», piensa Patricia.

—Buenas tardes —le dice, no obstante, con doblez.

—Por aquí, señorita Rodero. —La policía la invita a pasar al centro de la estancia, donde se encuentra Bieda.

Se sientan todos frente a frente y comienza el interrogatorio. Lucas mira el reloj. Les quedan unas veintinueve horas para que el asunto se les escape de las manos. Veintinueve horas para su fracaso.

Así que no tiene tiempo para preámbulos. Ni para delicadezas, sobre todo ahora que sabe que los interrogados son realmente sospechosos.

—Señorita Rodero, nos dicen que anda usted rondando con preguntas incómodas a sus compañeros.

—¿Por qué lo dice?

—No me haga repetir la pregunta.

—No lo sé… ¿Quizá porque soy periodista? Casi se ha producido un magnicidio con un atentado explosivo en mitad del evento más vigilado, más admirado y más protegido de toda España. ¿Qué demonios haría yo cruzada de brazos? Por cierto, no sé cómo se encuentra don Felipe. ¿Está mejor? ¿Qué dice la Casa Real de todo esto?

—¿Es usted quien ahora nos intenta entrevistar a nosotros?

—*Off the record*, lo prometo.

—Sus promesas me las paso yo por el…

—¡Bieda! —lo corta Expósito.

—Perdón. En fin, usted deje a la gente en paz. No es ético ni legal que vaya husmeando entre los asuntos personales de sus colegas.

—A veces es difícil preservar los derechos humanos, como el derecho a la intimidad, sin poner en peligro la seguridad y la estabilidad de nuestra sociedad. Para eso estamos los periodistas.

—Olvídese de tonterías y déjenos hacer nuestro trabajo.

—Ha habido cierto revuelo a raíz de la muerte de Kulakov. Se dice que quizá no ha sido un infarto. Nos ha llegado la información de que ahora han puesto el foco en nosotros. ¿Nos hemos convertido… en los sospechosos del crimen?

—Sí.

—Vaya.

—Así están las cosas.

—¿Y no contemplan, ya que ha muerto uno de nosotros, que el resto de los premiados también seamos posibles objetivos?

—Puede ser. Desde anoche hemos incrementado la vigilancia sobre todos ustedes.

—No parece que esa vigilancia le haya servido mucho al doctor Kulakov —dice ella torciendo el gesto.

—No me jorobe, señorita. Volvamos al asunto. Ya que ha estado usted indagando en sus colegas, ¿quiere contarnos algunas sospechas sobre los cogalardonados?

—¿Qué quieren, que les dé su trabajo hecho?

Bieda mira a Expósito, pero no encuentra en ella demasiada complicidad. Clara no parece compartir sus careos. Ella se atiene al manual y comienza por el principio.

—Señorita Rodero —prosigue la agente—, recapitulemos: es usted periodista del *Nación*, en Madrid. Nació en 1941, con lo que tiene

usted…

—Sabemos sumar, querida, no es necesario airear la edad de una señorita.

—Cuarenta y seis años.

—Qué ordinariez.

—Su padre fue magistrado —continúa Clara—. Murió en la cárcel, juzgado por el régimen del bando nacional. ¿Es así?

—Fue asesinado, sí.

—¿Se definiría usted como republicana?

—Desde luego no como monárquica.

—Además, sus reportajes y artículos siempre han sido controvertidos o políticamente incorrectos. Ya sea al tratar del Gobierno, de la monarquía… y de ETA. De hecho, ha recibido usted varias amenazas de estos últimos.

—A la gente le molesta la verdad.

—La verdad y usted —puntualiza Bieda—. Con todo respeto, usted puede ser un tanto incisiva, señorita Rodero.

—¿Estamos aquí para que me falten al respeto o para investigar un asesinato?

—Si podemos matar dos pájaros de un tiro… —musita Bieda—. Pero su biografía es relevante. Queremos conocerlo todo de ustedes. Saber qué motivaciones puede tener cada uno de los sospechosos con respecto a lo ocurrido. Porque, recuérdelo, señorita Rodero, ahora es usted una de las sospechosas. Y como no parece que quiera contarnos mucho sobre su vida, tendrá que ser mi equipo quien haga las averiguaciones pertinentes sobre usted. Sobre lo que pudo llevarla, en su caso, a cometer un crimen… O dos, contando al médico.

—Yo estaba con el señor Crane.

—Poner de coartada a un amante no es del todo convincente. Además, el señor Crane estaba con nosotros cuando se produjo, en caso de que lo fuera, el asesinato. Con usted estuvo haciendo Dios sabe qué varios minutos antes.

Por primera vez consigue silenciar a Patricia Rodero. Ella no se arredra. Eleva el mentón. Pero no dice nada. Parece intuir que es mejor quedarse callada, nada más.

Bieda continúa.

—Así pues, cuéntenos cómo vivió la ceremonia. Guíeme a través de sus ojos por lo ocurrido, si no es mucho pedir…

FLASHBACK

La ceremonia
(según Patricia Rodero)

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

DÍA DE LA ENTREGA DE LOS PREMIOS PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Anne Wallace se levanta con la majestuosidad que solo la magia confiere. Dicen que es medio bruja, y puede que así sea. Su vestido blanco y el extraño tatuaje que asoma en su hombro realzan esa figura de hada madrina. Musita algo por lo bajo, ¿una oración?, ¿un sortilegio? Y se sienta al piano.

Patricia no le presta demasiada atención. Puede comprender, sí, la belleza de lo que escucha. Esa mujer al piano es una artista, y ella lo reconoce sin tacha. Pero Rodero tiene la cabeza en otro sitio.

El piano calla. Aplausos del príncipe y los otros seis galardonados (aplaude hasta ella, por deferencia). Paseíllo para saludar a la pianista, fotos y fin de protocolo.

«Que saquen de una vez el vino», suplica.

—Las cámaras nos muestran que justo después del concierto estuvo usted con el señor Pavlovich, ¿no es así? —la corta Bieda.

—Creo que sí.

—Pero antes tuvieron un fugaz encuentro con Chillida, que luego los dejó solos.

—Sí, no creo que hiciera del escultor un amigo esa noche. No estuve yo muy fina. Pero la gente no sabe tolerar un comentario siquiera.

—Cuando son comentarios salidos de tono, efectivamente, no suelen tolerarlos.

—Lo dice usted por experiencia, intuyo.

—¿Qué le dijo? ¿Por qué muestra esa animadversión hacia él y hacia la señorita Wallace?

—No fue lo que le dije sino cómo lo dije, supongo. Mire, si ETA está detrás de esto y ha implicado a uno de los premiados, ¿a quiénes iba a pringar si no a los vascos?

—Madre mía…

—¿Quiere que continúe o…?

—Por favor.

—¿Qué le ha parecido la ceremonia? —le espeta a la periodista por detrás el diplomático ruso Dimitri Pavlovich.

—Muy bonita, claro —responde ella sonriendo con esfuerzo.

De pronto se acerca Eduardo Chillida. Otra de sus presas. La periodista está de suerte. Dimitri lo acoge sonriendo.

—Señor Chillida, venga a disfrutar de un buen vino, nos lo merecemos. Por fin hemos terminado, ¿no?

—Eso parece.

—Ha sido una ceremonia muy hermosa —continúa diciendo el diplomático.

Patricia observa que el escultor ha debido de percibir el gesto de desprecio que le está dedicando desde hace unos segundos. No obstante, el guipuzcoano le sonríe afable.

—Señorita Rodero, no hemos tenido oportunidad de hablar mucho estos días, me alegro de saludarla. Admiro mucho su trabajo.

«Y una mierda», piensa ella.

—¿De verdad? Jamás lo habría pensado… —dice con ostensible ironía.

—Estoy seguro de que el señor Chillida valora la valentía de sus escritos —interviene el diplomático… con diplomacia.

—Si me disculpan, voy a… —dice Eduardo volviéndose, como si de pronto hubiera olvidado algo. Se sabe arrumbado en un coloquio baldío.

«Sí. Huye. Ya te cazaré más tarde…», piensa la mujer.

Distingue cómo el escultor se queda a cierta distancia de ellos, embelesado al mirar su propia escultura. Su propia obra. Con un mohín que baila entre la admiración y el desasosiego…

—¿Está diciendo que se acercó a su escultura? Creemos que el artefacto se escondió bajo la lona que cubría el pedestal de madera en el que la pusieron para que luciera… Pero no sabemos cómo alguien pudo introducirla allí debajo.

—No recuerdo si se aproximó mucho o poco. Solo que la miraba raro.

—Las cámaras no parecen recogerlo —interviene Clara.

—Puede que se detuviese a cierta distancia. Pero definitivamente se quedó embobado examinándola. Eso es así.

—De acuerdo, prosiga.

—Creo que ha incomodado usted al señor Chillida —le advierte el ruso sacándola de sus cavilaciones.

—¿Usted cree? No lo sé. Es todo esto supongo, tenemos los sentimientos a flor de piel. Desde luego, estamos viviendo unos días muy especiales. Pero percibo que no todos los galardonados están disfrutando tanto… —tira la periodista con una indiferencia impostada—. ¿No le parece que algunos de nuestros compañeros se muestran con una consternación impropia de esta celebración? Su compatriota el doctor Kulakov, por ejemplo.

El diplomático no es capaz de ocultar un mohín de desconcierto.

—No sé a qué se refiere. Supongo que es su carácter, señorita Rodero. Está lejos de casa.

—Usted también.

—Cada uno es como es.

—Tan solo pensaba que, como usted es ruso también, podría ser más cercano a sus inquietudes, quizá había hablado con él.

—No. No sé qué le pasa.

—O sea que conviene conmigo en que algo le pasa.

—No intente capturarme en sus juegos de palabras, señorita —advierte el diplomático.

Ella decide cambiar de tercio.

—¿Y qué me dice del señor Crane? —le lanza girándose hacia donde el inglés se encuentra.

—Lo veo muy desenvuelto. De todos modos, creo que usted mejor que nadie sabrá de él, ¿no es cierto, señorita Rodero?

«¿Cómo sabe este tío…?». Eso le demuestra a Patricia que el hombre sabe más de lo que cuenta. Eso le demuestra que la ha

estado controlando. A ella y a todos seguramente. «Es un político ruso, qué esperabas…».

—Que me haya enrollado con él no quiere decir que le haya hecho un interrogatorio de tercer grado.

—¿Como el que me está haciendo a mí ahora mismo? Prefiero la parte que ha escogido con él, la verdad…

—Ya, pero… él es apuesto y más cercano a mi edad, no se lo tome a mal. Venga, no lo niegue. Esto es un polvorín. Estos últimos meses ha habido más atentados de ETA que nunca. Las relaciones con la URSS no están bien, sobre todo después de lo de Able Archer, hace tres o cuatro años, que fue lo más cerca que hemos estado de una guerra nuclear desde la crisis de los misiles de Cuba del sesenta y dos. Además del fracaso del pacto con Reagan y Gorbachov el año pasado, claro. Y este es el primer galardón en que hay dos rusos premiados. Nos hemos juntado lo mejor de cada casa…

El gesto del diplomático indica que su paciencia ha entrado «en reserva». Y eso que la tiene entrenada…

Los Able Archer fueron unos ejercicios militares de la OTAN que se llevaron a cabo en noviembre de hacía justo cuatro años, en la ciudad belga de Casteau, demasiado cerca del Muro, con la correspondiente zozobra oriental… Eran simulaciones de un conflicto en escala, cuyo magnífico colofón fue el lanzamiento de misiles nucleares, eso sí, controlados y coordinados. Pero esto no gustó a muchos en la URSS, que ya llevaban un par de años con la mosca detrás de la oreja y habían montado la operación RYAN, que consistió en el espionaje intensivo de un posible ataque nuclear inglés. Lo peor de este tipo de sospechas o amenazas es que siempre se abren divisiones en el país que las tiene o las recibe,

entre los que contemporizan y quitan hierro al asunto y los que quieren atacar antes de contraatacar. Así, los primeros intentan templar gaitas con los segundos, cruzando los dedos para convencerlos y no abocarse a una Tercera Guerra Mundial.

Lo malo es cuando en el bando de los suspicaces tienes a gente de la talla de Vladímir Kriuchkov, el director del Primer Directorio de la KGB, que no es de los que se quedan quietecitos.

Pavlovich, consciente de todo esto, pero sin querer entrar en más detalle, decide cortar una conversación que puede convertirse en resbaladiza. Y de pronto le sonríe.

Con una sonrisa peligrosa.

Como si se hubiera quitado una careta.

Patricia no quiere reconocerlo, pero se amilana un poco. Inconscientemente, retrocede unos centímetros. Se tornan los papeles. El ratón se convierte en gato.

—Señorita, no juegue con fuego. No le merece la pena.

Y la deja plantada.

En cualquier caso, ella no tiene tiempo para relamerse las heridas. Está en un evento rodeada de protagonistas de potenciales historias. Su cuello se erige recto, como el de un felino, con giros rápidos, oteando objetivos.

Allí está el médico ruso: una eminencia, pero aburrido.

Está cerca de Anne, la pianista. Más rara que un perro verde. No sabe lo que los hombres ven en ella, piensa Patricia, celosa. Tampoco le apetece. Además, parece que se les acerca el príncipe. Allí no pinta nada.

Al otro lado ve a Harry Crane, guapo y elegante, cerca de Javier Treviño.

A este último sí cree tenerlo calado. Ya lo asaltó en el cóctel de Zabalaga y ha seguido investigándolo. Sería bueno retomar el contacto con él.

De nuevo, con una velada actitud rapaz, se acerca a otra presa con sonrisa de cordero.

«Va a ser una noche interesante», piensa.

Día 1

17.10 h

Difama que algo queda

> Los jugadores que han obtenido el Mundial han sido leales a dichos principios y a los de la deportividad y el honor. Defendiéndolos alcanzaron la victoria final. De otro modo no habría sido posible.
>
> VICENTE DEL BOSQUE,
> premio Príncipe de Asturias de los Deportes 2010
> (en representación de la Selección Española de Fútbol)

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 28 HORAS Y 50 MINUTOS DE PLAZO)

—Entonces, por hacer un resumen de lo que nos ha contado —dice Bieda levantándose para pasear por el salón Covadonga. Enciende un puro y se estira los tirantes mientras habla—. Usted se presenta en la inauguración de la escultura del señor Chillida. Allí hace migas con el señor Crane. Se hacen amigos íntimos.

—No me acosté con él aquella primera noche, si es lo que quiere dar a entender.

—No, claro que no, usted no es una mujer facilona.

—Que le jodan, señor Bieda.

—No le puedo decir lo mismo, porque ya viene servida —dice el policía sin mirarla dando una fuerte calada al puro—. En cualquier caso, nos comenta que se acercó al señor Treviño. Usted lo había estado investigando. ¿Puedo preguntarle por qué?

—Sí, claro. Porque soy periodista. Y yo hago mi trabajo, aunque otros no hagan el suyo.

—¿Y qué descubrió? —interviene Clara Expósito para desatascar la conversación—. Ha manifestado sus dudas sobre la honorabilidad del señor Treviño.

—No se lo voy a dar todo hecho, pero puedo decirles que no es oro todo lo que reluce en sus empresas. No sé si la totalidad de los fondos que dice que recibe para sus obras benéficas acaban en buen puerto.

—Tampoco sé qué puede tener que ver eso con el atentado contra el príncipe —dice Bieda.

—Repito. Yo he hecho mi trabajo. Haga usted el suyo.

Clara vuelve a intervenir.

—En la fiesta en Zabalaga, entonces ¿no ocurrió nada más que le llamara la atención? ¿Ningún comportamiento del resto de los asistentes le pareció extraño?

—Aparte del desmayo de la perro verde de Anne Wallace, se refiere, ¿no?

—Aparte.

—Pues si eso le parece poco…

—¿Algo más, sí o no?

—No, nada más. Durante el cóctel los rusos estaban cada uno por su lado, Chillida con su mujer, luego le dio el síncope a la señorita Wallace y el señor Crane y yo nos fuimos de allí.

—Ya… Y en general, ¿hay alguien de quien sospeche que pudo activar el artefacto?

—Anne Wallace o Eduardo Chillida.

—Por qué no me sorprende escucharle decir esos nombres…

—¿Está diciendo que tengo prejuicios contra ellos?

—Sí.

Patricia chasquea la lengua.

¿Cuántas veces va a tener que mentir para que la crean?

—Puede que tenga prejuicios. Pero ya les he dicho que al señor Chillida lo vi en varias ocasiones mirando hacia ahí. —Señala el lugar central de la Capilla donde siguen los jirones del telón granate, astillas de madera y los restos de la escultura—. No sé si porque sabía algo de la bomba o por mera casualidad…

Bieda asiente en silencio. Mira a Clara. Ella afirma a su vez y apunta en su bloc de notas. Sin explicitarlo, convienen de nuevo en que habrá que preguntar al escultor si advirtió cualquier cosa.

—Muy bien, señorita Rodero, y en cuanto a Anne Wallace y su interacción con el príncipe, ¿puede decirnos algo?

—Lo acompañó hasta donde estaba la bomba. Pero bueno, en ese momento yo estaba más preocupada por mi interacción con el señor Crane.

Patricia Rodero sonríe con la más falsa de sus sonrisas. Bieda suspira. Aquello no da mucho más de sí…

Dos minutos después, los polis la despachan.

«No tienen nada», piensa ella mientras hace repiquetear sus tacones por la piedra del atrio exterior. Cuando dobla la esquina se encuentra a unos metros de una figura de la que recela. El escultor vasco Chillida.

Él no rehúye el encontronazo. Se detiene con actitud señorial.

—Buenas tardes, señorita Rodero.

—Buenas tardes —responde ella, suspicaz.

Es un fugaz pero tenso instante el que pasan uno frente al otro. Patricia piensa con recelo que el escultor la aborda después del interrogatorio para tantearla y ver si lo ha inculpado. Es lo que pasa con quien suele atacar al resto: que tiene facilidad para sentirse atacado.

—No vendrá a reprocharme nada, ¿verdad? Vengo del interrogatorio con los polis y ya estoy un poco al límite…

El escultor da un respingo y enarca las cejas.

—No le vengo a decir nada. Cada uno es libre de pensar y defender lo que quiera. Si creyera lo contrario, estaría haciendo lo mismo que me duele que me hagan a mí.

—¿Y eso es…?

—Criticarme por mis ideas. Cuando son solo mías. Y no las impongo. No juzgar es para mí un valor de carácter imperecedero, necesario, y alimenta una imprescindible modestia que, de otro modo, me convertiría en algo que no querría ser. Además, como quizá ocurre en este caso, esas ideas que usted me presupone puede que sean erróneas, pero no importa.

—Ya. Yo tengo mi información, señor Chillida. Y sé que hay una organización detrás de este atentado. El asunto es si usted ha tenido un papel, que puede no ser el único, en la materialización del atentado.

—¿Puede no ser el único? Perdone, no la sigo.

—Poca gente lo hace. Déjelo. Sé de qué hablo.

—Yo no he tenido ningún papel.

—¿Y por qué estuvo mirando a hurtadillas el lugar donde explotaría el artefacto minutos después? ¿No sabía usted nada?

Eduardo interioriza lo que escucha. Aprieta los labios y niega con la cabeza, taciturno.

—El problema es que no sé lo que sabía. El problema es que a veces mi intuición sabe más que yo mismo… Pero no sospechaba que fuera a haber un atentado. Y, desde luego, jamás hubiera deseado algo así.

Eduardo la mira con fijeza. No con odio, porque ese se le agotó. Renunció a sentirlo hace ya muchos años. Pero sí hay inquietud y cansancio en su mirada.

Ambos detectan la incomprensión mutua. Y, al mismo tiempo y paradójicamente, una especie de entendimiento recíproco. Patricia intuye que alguien podría estar detrás del escultor presionándolo.

Y Eduardo comprende que ella sabe más de lo que parece. Que quizá también tenga su contacto con la banda. Y que quizá ETA no tenga un solo brazo ejecutor en esa empresa.

Sino varios.

Día 1

17.10 h

El fin y los medios

> Los términos Este y Oeste no reflejan ya una antinomia ideológica: recuperan su significado geográfico originario. Buena vecindad, cohesión y cooperación: he aquí las referencias de la nueva Europa.
>
> HANS-DIETRICH GENSCHER,
> premio Príncipe de Asturias
> de Cooperación Internacional 1990
> (ministro de Asuntos Exteriores de la República Federal
> Alemana 1974-1992)

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 28 HORAS Y 50 MINUTOS DE PLAZO)

Después del interrogatorio de la periodista, Clara Expósito abandona también la Capilla, con su cuaderno bajo el brazo, para salir a uno de los patios, fumar un cigarro y hacer tiempo antes de regresar a la sala de Consejos.

De lejos se escucha una suave melodía al piano. Es la reciente composición *Mariage d'Amour*, de Paul de Senneville.

Es como un néctar dulce que aplaca a los demonios que intentan inundar el histórico edificio. Es como si esa música fuera lo único que los mantuviera a todos cuerdos allí dentro.

Pero la melodía termina. Clara suspira y da una calada más nerviosa que las anteriores. Le gustaba tener la música de fondo.

Y, de pronto, surgida de la nada…

—¿Qué ocurrió entre usted y Bieda? —oye casi en su oído.

Es la etérea figura de Anne Wallace la que aparece a escasos centímetros de la policía mirándola fijamente.

—¡Pero qué…!

—¿Por qué tiene algo roto dentro, Clara?

La policía niega con la cabeza mientras recupera el ritmo cardiaco tras el susto. Expulsa el humo con virulencia hacia el cielo asturiano. Posa su atención de nuevo en Anne, que no ha dejado de mirarla a los ojos. Clara se alisa la chaqueta y se sacude algunos cabellos de las hombreras. No parecen suyos, siquiera. Se recompone un poco, como si hubiera detectado que la pianista se estaba fijando en su apariencia desaliñada.

—¿Por qué cree que nos pasa algo?

—Sé ese tipo de cosas. ¿Qué ocurrió?

—Es largo de contar.

—Estoy aquí recluida, tengo tiempo.

—Yo no.

—Cuéntemelo…

—¿Por?

—¿Favor?

Tras una calada intensa, Clara expulsa el humo en un suspiro prolongado. Hay un algo en esa mirada que baila entre la inocencia

y la rebeldía, y eso la desarma. Se deja vencer como una madre a la que un hijo le pide diecisiete veces lo mismo y acude al argumento de «por no oírte…».

—Fue hace un par de años. Bieda y yo trabajábamos bastante juntos desde que llegó de Bilbao. Él vino con la vitola de superpoli. Y lo es, qué demonios.

—Usted fue su jefa.

—Sí, bueno, ahora intentamos no trabajar juntos. Desde entonces.

—Desde cuándo.

—Desde nuestro desencuentro. Lucas lo pasó mal sus últimos años en Bilbao. Algo ocurrió en el ochenta y tres, cuando las inundaciones. Él ayudó a resolver una trama criminal muy complicada, una larga historia. Una historia alucinante. Entre eso y sus interacciones con ETA, Bieda se puso en el candelero. Y ningún poli quiere estar en el candelero en el País Vasco. Recibió amenazas, empezaron a acosar a sus hijos… La mayor, Begoña, fue la que peor lo pasó. Culpó en parte a Lucas por dedicarse a lo que se dedicaba. Ella tenía que oír de todo sobre su padre en la calle. Entró en depresión y…, bueno, comenzó a jugar con las drogas. Para integrarse, supongo. Lucas y Paz, su mujer, decidieron largarse. Sé que pensaron en otros posibles destinos. A su hija Begoña le encantaba Segovia por algunos amigos que hizo allí, pero ellos buscaban mar y cierta cercanía al País Vasco. Vinieron aquí y todo pareció mejorar, pero…

—Pero una adicción es una adicción.

—Sí. En un control la pillaron con una bolsita. Varios gramos de coca. Me llegó a mí la denuncia. Y Lucas… —Clara da una última calada al cigarrillo y niega con la cabeza. No mira a su interlocutora

—. Lucas vino a comisaría y me pidió, más bien me imploró, que no cursase la denuncia. Que eso acabaría con su hija. Que la señalaría. Él tiene un sentido de la justicia extraño que está por encima de la ley. Para él hay cosas que están bien o que están mal, no legales o ilegales. Él creía que había que darle una oportunidad a su hija, del mismo modo que él se la dio a muchos en la calle cuando lo consideró justo.

—¿Usted qué le dijo?

—Que hay que respetar las reglas. Nosotros estamos para proteger la ley, pero la ley también está para protegernos. Sin reglas, esto sería un caos, y no podemos tomarnos la justicia por nuestra mano.

—Y qué pasó con Begoña.

—Estuvo aquella noche en el calabozo y fue condenada. Tuvo que realizar trabajos sociales. Creo que sigue teniendo que hacerlos. Bieda respetó mi decisión, pero no volvimos a hablarnos. Él estaba humillado y yo muy resentida porque me hubiera puesto en aquella posición. Lo odié por haberme propuesto siquiera que hiciera la vista gorda. No era capaz de entenderlo, por entonces…

—¿Por entonces?

Clara levanta su mirada, que lleva un buen rato anclada en el suelo.

—Es todo muy complicado. Es difícil saber qué está bien y qué está mal.

—A mí me parece muy sencillo… No existen antinomias ideológicas si hablamos de ideas y no de ideologías —sentencia Anne ladeando un poco la cabeza. Los temblores de su cuerpo se agudizan, como cada vez que intenta procesar información.

La policía expele un suspiro amargo. No sabe por qué le ha contado eso a la pianista. No sabe qué embrujo es capaz de imponer ni qué hace para que parezca siempre inocuo revelarle información delicada.

Pero lo lamenta.

—Para usted, que se debate entre esa inocencia y esa brillante locura, es todo más fácil…, porque no le importan las consecuencias de nada. ¿Me equivoco?

El niño y la cámara secreta

INTERIOR. CELDA DE PIEDRA.

Adrián, al principio, tenía miedo del ratón.

Ahora es su mayor divertimento. Ya no lo teme. Ya juega con él y le lanza piedrecillas para que se mueva de un lado a otro. Los candiles de luz tintinean peleando contra las corrientes de aire que dejan pasar las piedras. Y provocan una sombra que persigue al roedor, que parece corretear escapando de ella.

Abren el portón y surge el hombre envuelto en tejido de esparto con capucha. Parece que las teas encendidas teman disipar la sombra del rostro del captor.

—Come, niño —escupe, como si solo hablara por respetar un guion impuesto.

El niño adopta pose de niño. Se sienta en el suelo con las piernitas sucias y cubiertas de mugre cruzadas y toma la escudilla entre ellas. No lo sabe, pero de un modo inconsciente quiere agradar a su secuestrador. Es intrínseco a los niños buscar ser queridos. Es intrínseco a todos, en realidad, pero solo los niños son lo suficientemente humildes para reconocerlo sin vergüenza.

De pronto, el ratón remolonea contra la bota de piel del hombre malo.

—Maldito bicho… —suelta, y le da un puntapié.

—¡No! —grita Adrián—. No te ha hecho nada. Es solo un ratoncito…

El hombre no dice nada. Se agacha y arranca un trozo del mendrugo de pan de las manitas de Adrián. El encapuchado cruza el umbral de la puerta y deja unas migas cerca para que el ratón se acerque. «¿Le está alimentando?, ¿quiere jugar con él?».

Pero pronto su alma de niño recuerda que no puede permitirse ser infantil. Que no puede permitirse ser un niño allí dentro. Y concluye que lo que quiere ese hombre es que el ratón lo persiga fuera de la celda y dejarlo sin su único compañero.

—No, no te lo lleves.

Adrián se levanta, deja la escudilla y el mendrugo de pan a un lado y se acerca a la puerta.

Pero recibe un empujón seco de un manotazo. Y cae de bruces cerca del jergón.

Desde el suelo observa cómo el ratón se acerca royendo las migajas de pan y va en busca de un tesoro mayor. Un trozo de pan más consistente, que su carcelero ha dejado justo al otro lado de la puerta.

Pero, aun pensando mal, Adrián no ha pensado lo suficientemente mal sobre las intenciones de su captor.

En cuanto el ratón cruza el umbral, el hombre cierra el portón con fuerza para pillar al animal en medio y aplastarlo entre la hoja de la puerta y la jamba.

El cuerpo queda triturado y una mancha de sangre salpica el suelo a su alrededor.

Al otro lado de la puerta, ya cerrada, el secuestrador ríe.

—Para que aprendas de qué va la vida, chico.

Y se escuchan los pasos alejándose. Adrián mira la pequeña parte del cuerpo inerte que sobresale del marco de la puerta. Ahora no hay reparo en que las lágrimas vuelvan a inundar primero sus ojos, después sus sonrojadas mejillas. Llora hasta que no puede más.

No puede comer. No quiere comer. Pero como el aprendizaje de los niños es muy rápido y flexible —salvo cuando se delega por entero a las instrucciones paternales y ahí se ciñe a un obedecer o no—, Adrián ya ha entendido que ha de comer sí o sí. Porque no sabe cuándo llegará la próxima vianda.

Y mientras lo hace repara en algo.

La cancela que lo separa de la libertad no está bien cerrada. Hay una rendija que normalmente no percibe en su aburrida observación a todas horas de los elementos que lo rodean.

Hay un centímetro de más.

El que habrá dejado el cuerpo del animal muerto entre la puerta y la jamba.

—¿Y si…?

Mira la cuchara de hojalata que sujeta con su mano de dedos cortos y uñas sucias. Se levanta y se acerca a la puerta. Lo bueno de ser un niño es que no te preocupas más que por el ahora. *Ahora* Adrián quiere abrir la puerta, que siempre ha visto cerrada. No se plantea qué hará si lo logra. No se plantea qué pasará si detrás está su enemigo y su atrevimiento le supone un mal mayor. Un castigo mayor.

Sencillamente quiere abrir la puerta y lo intenta conseguir con denuedo. Desliza el mango de su cuchara por ese centímetro de esperanza. La introduce con cuidado pero sin demasiado tino. Es un

crío, después de todo. Pero no desiste, puede intentar el mismo movimiento para lograr deslizar el pestillo las veces que haga falta. Es un crío, después de todo.

Y se oye un clac.

Y la puerta se abre.

Adrián aguza el oído, no oye nada. Solo siente el frío y la humedad al otro lado de la puerta. Desplaza la hoja por los goznes herrumbrosos, que se quejan al deslizarse. Poco a poco ve ante él un espacio angosto y alargado. Un pasillo de piedra de unos veinte metros. Lo recorre con tiento. Sus piececitos descalzos emiten un sonido casi plástico al chocar con las losas. Después, un arco y una pequeña bóveda.

Y, al atravesarla, una capilla.

Está en una iglesia. O en una ermita grande, él no sabe distinguir bien esas cosas. No hay nadie. Solo está el frío. Pero una luz tenue se cuela por unas vidrieras altísimas. Ya sabe algo que antes solo intuía: es de día.

Pero allí no hay ni un alma. No sabe de qué iglesia se trata. Observa que hay un atril con unas pocas velas encendidas a los pies de una estatua de la Virgen María. Ahí están chisporroteando los deseos de las almas que las han encendido. Según un concepto un tanto mercantilista de la oración, por el que los orantes entregan un donativo y encienden una llama, a cambio de que un parabién llegue a sus vidas.

Esas teas quieren decir que se halla en una iglesia normalmente abierta al culto. Pero que ahora está cerrada por cualquier razón. Si se queda suficiente tiempo ahí, agazapado en algún lugar, quizá

vuelvan a abrirse las puertas y él pueda pedir ayuda a algún feligrés o al capellán.

De pronto oye unos pasos urgentes.

—¿Pero dónde demonios…? —se desespera una voz atronadora. El sonido llega de lejos. De las entrañas del templo. De su antigua celda.

Adrián corre buscando la entrada de la iglesia. Pero las puertas enormes están cerradas a cal y canto, y esas no va a haber cuchara de hojalata que las abra. Mira en derredor en busca de alternativas. Un hueco en la pared deja entrever unas escaleras escarpadas de piedra y ascendentes. Adrián corre hacia allí y comienza a subir.

El problema es que el encapuchado ya está en la nave central y lo ha visto huir.

—¡Ven aquí ahora mismo!

Adrián corre y sube las escaleras. Pero los peldaños le quedan casi a la altura de la rodilla y es complicado ascender. Llega hasta la torre del templo. Una cuerda de gran grosor cuelga desde la campana. No puede alcanzar a ver por los ventanucos y no sabe si podría escabullirse por ellos. Tampoco encuentra dónde reposar los pies para encaramarse hasta los alféizares…

Y las zancadas del hombre malo están muy cerca.

—Aquí estás, maldito crío…

Le atiza un tortazo y el niño se tambalea; se agarra a la cuerda que cuelga de la campana haciéndola tañer sin control. No puede asirse a la soga y sus manos se deslizan cayendo irremisiblemente al suelo.

Allí vomita lo poco que ha comido. Cuando se le pasan el dolor y las arcadas, retorna el llanto.

Día 1

17.25 h

El diplomático y el puñetazo

> El ejercicio del humorismo […] permite contemplar las cosas de una manera distinta, lúdica, pero sobre todo lúcida. El sentido del humor se aprende y mejora con la práctica: nadie nace riendo.
>
> LES LUTHIERS,
> premio Princesa de Asturias
> de la Comunicación y Humanidades 2017

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 28 HORAS Y 35 MINUTOS DE PLAZO)

«En el salón de Consejos hay demasiada gente», piensa Lucas Bieda al entrar. Un nido de policías con unos siete u ocho teléfonos esparcidos por la mesa, casi la totalidad en uso. Todos los agentes están tirando de contactos y reclamando los resultados de las distintas pruebas que han realizado los laboratorios, o que han solicitado a distintos equipos de rastreo. Otros están dibujando en la pizarra, a la que van añadiendo información y fotografías. La mayoría fuma y tiene aspecto desaliñado. Botones desabrochados y nudos de corbata casi a la altura del ombligo.

«Hay demasiada gente aquí y no avanzamos». Necesita estar solo y pensar. Se toca la cicatriz de la cara recorriendo su longitud con las yemas de los dedos. Llevan unas horas de locos y los sospechosos con los que le ha tocado lidiar no son unos cualquiera. No sabe cuánto tiempo más aguantarán esta locura.

Bueno, sí lo sabe. Solo un día más.

A pesar de los cordones policiales, la prensa se va agolpando, cada vez más amenazante, en las inmediaciones. Ávidos por conseguir una noticia. Hasta ahora lo único de lo que se ha hablado es de un atentado sin víctimas. Del estado de salud del príncipe no se sabe nada y por supuesto, de la muerte del doctor no ha habido ningún escape de información. Pero Bieda teme que el ardor profesional de Patricia Rodero provoque un desmán para su mayor gloria periodística. Sin que ellos hayan dicho nada, ya va calando la idea de la posible colaboración con ETA de alguno de los premiados.

Eso había puesto nerviosos a sus jefes y al alto mando en Madrid.

—Nos toca hablar con el diplomático, Dimitri Pavlovich —le dice Clara Expósito acercándose a él.

Lucas vuelve a la realidad. No han pasado ni cinco minutos y tienen que regresar al ruedo.

—Otro ruso.

—A este por lo menos lo tenemos vivo aún.

—Muy fina, Expósito. ¿Qué tenemos?

—Va a ser de los más peliagudos. Es complicado tener a un cargo político como él recluido. Es un pez gordo. Y del otro lado del telón, no sé si me explico. No tiene un pelo de tonto.

—Ni de listo. No tiene pelo en general.

—Muy fino, Bieda.

—De todos modos, estas declaraciones no están valiendo para mucho. Son solo siete: alguno debería saber algo. Y la única que podría ser sincera, la señorita Wallace, no recuerda nada…

—O eso, o miente como nadie —responde Clara.

Bieda pone los ojos en blanco y suspira. Da una calada al puro y se levanta.

—Pues habrá que hablar con el ruso. Con el único con el que aún se puede hablar, claro.

Minutos después, hace acto de presencia en la sala de la Capilla Dimitri Pavlovich. Quizá el más distinguido de los premiados. No por renombre, aspecto en el que quizá le superen algunos, pero sí en relevancia política. Embajador ruso en Reino Unido. Un cargo de relumbrón que cuesta mantener allí encerrado sin que la política internacional se resienta. Eso mete mucha presión a Lucas Bieda, a Clara y a su equipo.

El señor Pavlovich entra en el elegante salón sin desmerecerlo un ápice. Como si perteneciera a un entorno palaciego y se integrase a la perfección con la imperial arquitectura de la Capilla. Tiene una calva brillante y simétrica, la perilla en punta bien recortada, la tez aún más blanca de lo que recordaba Bieda y una esbeltez angulosa.

Sin saludar siquiera, el galardonado con el premio de Cooperación Internacional toma asiento frente a ellos. Y Lucas se enciende un puro. Y Clara toma el cuaderno para apuntar. Lo de siempre, vamos.

—Buenas, señor Pavlovich, ¿qué tal se encuentra? —pregunta el policía.

—Maravillosamente —responde él quizá con sorna. Quizá no. Parece dirigir una mirada lúdica, pero, sobre todo, *lúcida* hacia todo lo que lo rodea. Habla en un castellano con ese acento ilocalizable que solo confiere el conocer demasiados idiomas y haber vivido en demasiadas ciudades.

—Si me permite, queremos hacerle unas preguntas sobre sus vivencias durante estos últimos días. Sobre todo, en el acto de inauguración de la escultura del señor Chillida, en el País Vasco, y en la jornada de la ceremonia de entrega, ayer aquí. En el teatro Campoamor y en este hotel…, en esta misma sala.

El diplomático eleva el mentón y recorre con su mirada toda la sala como si de pronto reparase en que se encuentra en el escenario del crimen.

—Hay poco que decir…

—No sé por qué, pero me lo imaginaba.

—Intuyo por sus palabras que los interrogatorios no están yendo demasiado bien.

—Tengo la sensación de que todos ustedes son menos listos de lo que el mundo piensa, y tienen una memoria a corto plazo más bien limitada.

Es Clara quien interviene en ese momento, para destensar la situación. Como siempre. Si no fuera por la animadversión entre ellos, su forma de trabajar parecería un baile ensayado entre ambos, donde cada uno sabe exactamente los pasos en los que ha de tomar la iniciativa.

—Dese cuenta de que tenemos que «ver y oír» dos eventos en los que no estuvimos presentes. Por tanto, necesitamos todas sus versiones sobre los hechos para hacernos una composición de lugar

lo más objetiva posible. Por supuesto, también nos gustaría saber cuál ha sido su interacción con el doctor Kulakov durante estos días. O cualquier cosa que haya visto u oído que pueda haberle llamado la atención sobre su muerte…

—Sobre su asesinato, más bien —puntualiza Lucas Bieda.

Dimitri asiente. Como muchos de los interrogados, al recordar eleva su mirada hacia la cúpula de la sala, como si intentara buscar allí sus recuerdos.

—En la fiesta del señor Chillida, todo fue muy normal, hasta que, evidentemente y como ya saben, la famosa pianista tuvo una especie de desmayo.

Bieda, que se ha levantado para dar vueltas con un puro encendido y los dedos acariciando la cicatriz de su cara, se detiene en seco y se gira hacia el diplomático. Lo examina.

—¿Usted conocía al doctor?

—¿Cómo iba a conocerlo?

—Como también es ruso…

—¿Acaso conoce usted a todos los españoles? Pues multiplique por cuatro su población… Y divida entre cuatro mis opciones de conocer a un compatriota. Por favor, no sea ridículo.

—Mire, señor Pavlovich, me pilla usted ya agotado, sin dormir y con la piel fina. ¿Conocía usted al doctor Kulakov con anterioridad, sí o no?

Pavlovich aprieta los labios. El policía detecta el titubeo. Ese momento en el que no sabes si decir algo o no, porque no eres capaz de sopesar las eventuales consecuencias de decir la verdad.

—No, no lo conocía.

—¿No sabe si había alguien, quizá de su propio país, que lo perseguía? ¿Que lo acechaba? Yo tengo en mente un tío cuadrado, pelo gris rapado en cepillo… ¿No le suena de nada esto?

—Lo desconozco por completo —miente el diplomático sin alterar su gesto.

Bieda pone un mohín de recelo.

—Pues alguien lo seguía. Y creo que era de su país.

—No sé nada al respecto, pero, dicho sea con el debido respeto, supongo que averiguar esas cosas es su trabajo.

—Así es. Y, dicho sea *sin* el debido respeto, el suyo contestar las puñeteras preguntas que le hagamos. Y la verdad es que ninguna de sus respuestas nos está ayudando mucho.

—Lo lamento.

—Y de la ceremonia de entrega de premios, ¿recuerda algo?

—Lo siento, pero de la ceremonia no recuerdo nada más reseñable. Sí es cierto, como ya saben, que vimos a la señorita Wallace al lado del príncipe y, a partir de ahí, se desencadenó todo. Ambos cayeron cuando se produjo la explosión.

Se hace una pausa.

Bieda camina en círculos por la Capilla. Fuma y se toca la cicatriz. De vez en cuando se estira los tirantes. Despliega el manido repertorio de cuando está intranquilo. Dimitri mira a Bieda y continúa respondiendo.

—Y volviendo a mis interacciones con el doctor Kulakov, lo siento, pero, más allá de la mera cortesía… o camaradería, si lo prefieren, creo que no puedo decirles nada. Estuve un rato en ambos eventos con él y lo noté apagado.

—¿Quizá preocupado por algo?

—No lo sé, puede ser. Pero es solo una percepción.

—¿Y sabe si alguien ha pasado más tiempo con él que los demás? —pregunta Bieda.

—¿Me están pidiendo que señale a su posible asesino?

—No. Le he preguntado lo que le he preguntado. No empecemos.

—Supongo que a quien más he visto con él ha sido a la señorita Anne Wallace.

Bieda asiente. Y calla.

Dimitri respeta durante unos segundos el silencio de la sala, pero, transcurrido un tiempo prudencial, se decide a lanzar una última cosa que sabe que importunará a los policías.

—Perdonen que saque a colación un tema delicado. Es algo importante… Lo siento, pero voy a tener que pedirles permiso para acudir a un evento en Madrid. Se celebra un acto en la embajada. Irá su presidente, Felipe González, así como varios altos cargos de la política internacional. Entiendan que yo deba acudir. Estamos en un momento muy sensible. Saben que soy de los pocos que puede tender puentes.

—Bromea usted, ¿no? —le espeta Clara—. Estamos investigando un atentado contra la Casa Real y contra un médico de reconocido prestigio internacional…

—Mucho me temo que no bromeo. Y mucho me temo también que no es esta la primera noticia que han de tener del asunto. Sus superiores les habrán dado las indicaciones ya… —dice el diplomático sin diplomacia mirando a Bieda.

Clara Expósito también se vuelve hacia él, inquisitiva. Lucas constriñe el gesto y la cicatriz que surca su cara dibuja nuevos meandros. Aprieta los labios y muerde tanto el puro que parece que

se va a partir en dos. Admite con expresión de derrota lo que sugiere el galardonado ruso.

—Es cierto. Hemos recibido una llamada de arriba. Nos dicen que es importante que acuda al puñetero acto ese.

—Genial —dice Pavlovich con una media sonrisa.

—Sin embargo, irá en nuestros términos. Le llevará un coche oficial, pero escoltado por otro nuestro.

—¿Y por qué no un coche de policía? —intenta reconducir Clara.

—Lo he intentado, pero no es posible —admite Bieda con tono ancilario.

—Piense cómo me haría quedar eso a mí, y al país que represento, señorita Expósito —intercede Dimitri—. Como si fuera un sospechoso.

—Lo es.

—Y lo sé. Pero comprenda que los mensajes al público son muy importantes en política, y más en una situación de tensión como esta. Después de que la firma del tratado para el desarme entre Reagan y Gorbachov no prosperase el año pasado, nos encontramos en un punto muy delicado. Por no mencionar las maniobras de hace un mes, con la detonación de la bomba atómica Lockney en Nevada que llevaron a cabo los americanos para tensarlo todo. Se han vuelto a reunir los dos líderes hace meses en Berlín, y créanme que tenemos muy cerca la firma del tratado… No podemos hacer nada que rompa el equilibrio. Además, nuestro paso de «protegidos» a «sospechosos» es algo muy delicado de lo que es mejor que la prensa no se haga eco. Mi ausencia en un acto así provocaría más preguntas incómodas.

Expósito calla. Y otorga. Lo que dice tiene sentido.

—Irá usted a Madrid, acudirá al acto en coche oficial, pero le escoltarán mis hombres —retoma Lucas Bieda—. Saldrá ya mismo, porque tiene casi cuatro horas de carretera por delante. Asistirá al acto, hará política de la buena de esa que usted hace y, a la puta carrera, se volverá al coche y vendrá aquí. Ni hacer noche allí ni nada.

—Todo comodidades.

—No me jorobe, encima de que le dejamos abandonar el hotel.

—No me dejan. Les obligan.

—Si al final usted va a acabar recibiendo, se lo digo yo. Se está rifando un puñetazo a prueba de inmunidad diplomática. ¿Quiere algún boleto más o ya ha comprado suficientes?

Dimitri recula porque sabe que el policía no bromea.

Es consciente de que él, como diplomático, tiene todo el poder político para hundirle.

Pero que el puñetazo se lo lleva, eso también lo sabe. Y no le apetece seguir tensando la cuerda.

—De acuerdo, me portaré bien. Volveré a «casa» en cuanto termine.

FLASHBACK

¡Corre!

EXTERIOR E INTERIOR. MOSCÚ (URSS).

MESES ANTES DEL PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Imagen exterior de unos inmuebles altos y sombríos.

Una estatua de bronce de Félix Dzerzhinski, el fundador de la Checa, la primera organización de inteligencia soviética, preside la plaza que lleva el mismo nombre. Plaza Dzerzhinski, en la que desembocan siete calles de la ciudad de Moscú y donde tiene su sede la KGB, en el portal número dos.

En el temible y temido edificio de la Lubianka.

En el tercer piso, en el despacho del presidente Chébrikov, se encuentra junto con él el dirigente del poderoso Primer Directorio de la KGB.

El temible y temido Vladímir Kriuchkov. Con su mirada peligrosa tras unas gafas negras y enormes que ocupan gran parte de su rostro achatado.

—Hemos recibido mensaje. Hemos de ir ya a por el médico —dice este último.

—Todo esto no me termina de gustar, Vladímir. No es buen momento.

No es buen momento porque la URSS está empezando a tener países que se quieren dar de baja del «club». Países que ya no quieren formar parte de la Unión Soviética. El propio Chébrikov ha tenido que hacer una visita incómoda a Fidel Castro…

—Cuba seguirá siendo un aliado, ya verás.

—Ahora me preocupa más lo que opinen de todo esto en el partido.

—Hay que actuar al margen. Le van a dar ese premio. No es que sea buen momento: es el único momento. Obligarle a provocar un desequilibrio a nuestro favor.

Chébrikov no contesta y se queda pensativo. Mira por la ventana hacia la plaza Dzerzhinski.

Kriuchkov se levanta. El silencio del presidente le hace ser consciente de tres cosas. Primero, que la reunión ha terminado. Segundo, que él habrá de tomar las decisiones, ya que, aunque la operación de utilizar al doctor sea arriesgada, resulta clave para la URSS. Y, tercero, que, por ser el único capaz de asumir un riesgo como ese, será él quien dentro de poco ocupe el despacho de presidente de la KGB, en lugar del pusilánime que ahora lo hace.

PLAZA ROJA. DOS HORAS DESPUÉS.

Es noche cerrada. El doctor Andrei Kulakov pasea cogido de la mano de una joven que trabaja en el laboratorio con él. Oksana Kouberskaya. Es una relación que ocultan al resto de los compañeros. No estaría bien dejarse ver. Jefe y subordinada. Mal asunto.

Están cerca de la plaza Roja, iluminada de un modo sugerente y romántico.

—¿Qué vas a hacer ahora que casi lo tienes? —le pregunta ella mientras se agarra a su brazo, como si quisiera refugiarse en él.

—No lo sé, Oksana. Hemos conseguido unos resultados increíbles. Podrían ayudar a muchas personas.

—Siempre que estén en las manos adecuadas.

—Ya… Pero esto conllevaría consecuencias. Tengo que pensarlo.

—Lo comprendo.

Caminan sin oír el sigilo que los rodea. Porque en sus cabezas no hay silencio, sino una ruidosa excitación. Sienten la opresión de la responsabilidad, el miedo que siempre se presenta cuando se acaricia una oportunidad única.

Es la soledad de la cima cuando se la conquista.

El golpe de sus tacones contra el asfalto, húmedo y brillante, reverbera en las penumbras al pasar por delante de la colorida catedral de San Basilio, de camino hacia el río Moscova.

De improviso, los faros de un coche se encienden en su dirección.

El deslumbramiento los hace zozobrar. El doctor y la joven química abandonan sus silentes cavilaciones y vuelven a la realidad. Sienten la velada amenaza de esas luces.

—Andrei… —musita Oksana.

—No te preocupes, es solo un coche —dice él deseando tener razón.

Siguen caminando hacia la ribera del río. Pero alguien se baja del vehículo. Alguien de pelo grisáceo, rapado en cepillo a lo militar y mandíbula cuadrada. Con sombrero y envuelto en una gabardina. El

punto de luz de un cigarro consumiéndose lo ilumina y remarca las facciones angulosas de Nikita Mikhailovich.

El hombre que en una mano sujeta el pitillo. Y en la otra, una pistola.

La pareja se queda paralizada. El pavor ha dejado ateridos sus miembros. Kulakov no lo comprende. ¿Han enviado a alguien para asesinarlos? ¿Se trata de un robo? ¿Tiene algo que ver con lo que están investigando?

Su vanagloria de hace un rato empequeñece humillada ante lo inevitable, como una voluta de humo que se disipa en la niebla. Están a punto de matarlos y nada importa a la luz de eso.

Nikita avanza con paso decidido. Separa de su cuerpo la mano que sostiene la pistola, pero aún no los apunta.

—Vayamos al laboratorio —logra susurrar el doctor—. Allí hay seguridad. Quizá estén aún algunos de nuestros compañeros. ¡Corre!

La joven Oksana no es capaz de responder, pero asiente con la cabeza sin dejar de mirar la pistola. De pronto percibe el tirón del brazo del doctor, de su amante.

Corren de nuevo hacia el centro, hacia los jardines de Alexander.

De pronto, un disparo.

A Kulakov parece detenérsele el corazón durante toda una eternidad, hasta que detecta un estallido en un arbusto, que se queja escupiendo sus hojas al aire.

¿Cómo es posible que el trayecto del proyectil desde el cañón de la pistola se le haya hecho tan largo? Calcula que, a esa distancia, la duración del vuelo habría sido la cuarta parte de un segundo más o menos.

Sin abandonar la carrera, otra detonación restaña el aire. En esta ocasión, no oye ningún impacto cerca, lo cual le inquieta aún más.

—¿Estás bien? ¿Te han dado? —pregunta entre jadeos.

—¡No! ¿Por qué nos disparan? —grita Oksana—. ¿Por qué no viene ningún policía o las autoridades o…?

Andrei Kulakov lo tiene claro. Si alguien puede hacer eso con tanta impunidad en el corazón de Moscú, es que solo hay una respuesta. Una aterradora respuesta.

—Porque seguramente son las autoridades las que nos disparan… —musita resollando.

Se adentran por fin en las calles anejas para dirigirse hacia los edificios del conservatorio Tchaikovsky, que están frente a su laboratorio. Llegan al portal y de un rápido vistazo deducen que no hay nadie dentro, porque no ven luz alguna.

Cuando entran, el ánimo se les cae a los pies. Todo es desorden, caos y estropicio, donde antes imperaba el orden y la pulcritud.

—Está todo destrozado… —dice la mujer, como si necesitara una confirmación auditiva de lo que quería negar a sus ojos.

Kulakov recorre las estancias del laboratorio. Lo hace con urgencia. Sabiendo que el tiempo que podrán estar ahí es reducido. Es justo el siguiente lugar donde podrían ir a por ellos.

—¿Qué buscaban?

—¿Tú qué crees? Algo que no estaba aquí, Oksana… —le dice el doctor. Es muy celoso con los resultados de sus avances y no comparte con nadie dónde guarda sus conclusiones. No es tan ingenuo—. Vámonos. Tenemos que largarnos ya.

El doctor la coge de la mano y sale corriendo hacia el ascensor de carga. Echa las verjas y presiona el botón. Agarra a su compañera

por los hombros con una extraña mezcla de pasión y urgencia.

—Mírame a los ojos y escúchame. Ve a casa y haz la maleta: haré que nos saquen de aquí. Antes de llegar, vigila que no hayan entrado. Aunque no lo creo, irían primero a mi casa que a la tuya.

Ella lo mira con toda la intensidad del mundo. Y se besan con efusión. Con un furor impropio del miedo, ajeno a la muerte o, quizá, muy consciente de ella. El golpe del ascensor al detenerse los devuelve a la realidad. Se dan de bruces con la congoja y los fantasmas.

Abren la verja y corren hacia el portal.

—Te recogeré en tu casa en una hora. Nos iremos de aquí.

Última mirada, último beso. Se separan. Kulakov corre hacia el norte de la ciudad. Ella hacia el oeste.

Y de pronto se oye el frenazo de un coche y unos gritos.

El doctor empieza a correr como alma que lleva el diablo, pero se gira para ver el origen de la nueva amenaza. Un vehículo con dos agentes ha acorralado a su amante, Oksana Kouberskaya. Un hombre sale y forcejea con ella obligándola a meterse en el coche.

—¡¡¡Andrei!!! —grita ella rompiéndole el corazón.

Pero él sigue corriendo. No puede hacer nada contra sus pistolas. No puede hacer nada contra su miedo.

Llora mientras corre. Corre mientras llora.

—Volveré a por ti, Oksana, volveré a por ti…

Pero en el fondo sabe que no lo hará. Intuye que, en pocas horas, Oksana estará recluida en una celda de la sexta planta de la sede de la KGB, en la Lubianka. Esa prisión es conocida por sus celdas frías y calientes. Cuentan que a veces a los presos los tienen en celdas a dos grados bajo cero durante días, para después pasarlos a otros

habitáculos con un calor extremo. Cuentan que el sufrimiento al que se somete así al cuerpo es indecible. Pero no se sabe quién lo cuenta, porque quien entra allí no vive para contarlo.

El doctor parece envejecer a cada zancada que lo aleja de ella.

Minutos después, Andrei Kulakov ha de reconvertirse en otra persona. Entra en un portal y sube las escaleras de dos en dos. Sus dedos tiemblan al escoger la llave que ha de hacer girar el bombín, pero por fin lo consigue y entra en su casa.

—¡Papá! —le grita una niña pequeña de tres años. Es Irina, su hija.

De pronto, lo sacude una inmensa oleada de realidad. Su realidad más real. La de su mujer y su hija.

—Andrei, habías dicho que hoy estarías trabajando hasta tarde —le dice su esposa.

Y es verdad. Es verdad que lo había dicho. No es verdad que fuera hacerlo. Se trataba de la excusa para poder pasar tiempo con su amante. Qué ruin se siente. Hasta ahora, su quicio era su aspiración profesional. Conseguir descubrir lo que había descubierto. Pero cuando tienes la muerte a los talones, todo se pone en perspectiva.

—Duscha, tenéis que iros. Irina y tú. A casa de tu madre.

—¿A Ucrania? ¿Por qué?

—Si salís en media hora podéis estar en Mariúpol pasado mañana. Dormid en el coche. Yo tengo que salir del país. Vienen a por mí y tenéis que poneros a salvo.

Duscha sujeta a su hija, que no entiende pero intuye. Sabe que algo grave ocurre. Algo lo suficientemente importante para

acurrucarse a las piernas de su madre y estrechar su conejito de peluche como si le fuera la vida en ello.

La esposa de Andrei hace un repaso inteligente a su marido, lo contempla. Sabe poco, pero sabe mucho. Sabe lo suficiente. Intuye que su marido está con otra mujer. Que el proyecto de investigación en el que está enfrascado se ha alargado demasiadas veces. Que el logro que atisbaban con su trabajo habrá unido demasiado a Andrei con otra persona. Habrá compartido lo más importante de su vida con alguien que no es ella. Porque ella ya no es lo más importante en su vida.

Todo eso pasa por su mirada y por su pensamiento, pero, de pronto, el sentido del tacto le recuerda que sostiene entre sus manos los hombros de su pequeña, y eso la devuelve a su realidad. A su entereza.

Sin dejar de clavar la mirada, entre inquisitiva, temerosa y amante a pesar de todo, en su marido, dice con voz trémula a su hija:

—Irina, cariño, vamos a hacer una maleta. Ve a escoger dos muñecas que quieras llevarte para ir ver a la abuela.

Y cuando se quedan a solas, el médico no tiene valor para mirar a su mujer a los ojos.

—¿Toda esta investigación la comenzaste por mí… o por ti? —le susurra ella.

—Por ti, Duscha, ya lo sabes. Estoy muy cerca de llegar a una cura. O de retrasar muchos de los síntomas. De cronificarla, de… El alzhéimer es una enfermedad cruel. No quiero que siga apartándote de mí. Me mataría de sufrimiento.

—Si no quieres sufrir por perderme…, si no quieres sufrir por tener que cargar conmigo cuando no sea yo…, no investigas por mí.

Investigas por ti. Porque tienes miedo. Tanto que quizá ya me hayas buscado un reemplazo.

Andrei Kulakov calla. Se le humedecen los ojos y pide un perdón mudo con una mirada cargada de infinita tristeza y de culpa. Es Duscha, más valiente, quien sigue hablando:

—Puede que sea una enfermedad cruel, pero jamás lo será tanto como tener que escapar con mi hija de mi casa. Y malvivir sin ti los años de cordura que me queden. Porque intuyo que esto es un adiós, ¿me equivoco?

Y se da la vuelta para dirigirse a la habitación de su hija.

Andrei Kulakov ve, por segunda vez esa noche, cómo una mujer a la que ama se aparta de su vida. En este caso, con menos violencia, con más silencio, pero con igual remordimiento. En el caso de Oksana, por no haber ido a socorrerla. En el de Duscha, por haberla condenado a la oscuridad que su sombra proyectaba.

Por haberla dado por perdida antes de que se perdiera.

«Ahora no puedo hacer nada. Si vuelvo a ser dueño de mi vida, intentaré solucionarlo», piensa el científico, que lleva demasiado tiempo arrinconando su conciencia. Engañándose con «mañanas» que se convierten en «nuncas».

Corre hacia el salón y coge el teléfono con ansiedad. Marca un número, pronuncia un nombre y espera. Al cabo de unos segundos, ante un interlocutor distinto, ha de volver a pronunciar el mismo nombre, entre ruegos y exigencias, y vuelve a esperar.

La persona con la que quiere contactar es demasiado importante.

—Señor Kulakov, qué sorpresa —se oye una voz grave, con temple, al otro lado de la línea—. He oído hablar de usted.

—Encantado de saludarlo, camarada Pavlovich. Sé que está aquí, en Moscú. Quería darle la enhorabuena por todo su trabajo…

—Vaya al grano, por favor.

—Necesito pedirle algo.

—No debería estar hablando con usted.

—Si dice eso, es que ya sabe que están detrás de mí.

—Repito. No debería estar hablando con usted.

—Lo que he descubierto puede cambiar la medicina.

Silencio al otro lado del teléfono. Leves chasquidos que hacen sospechar a Kulakov que la línea podría estar intervenida. Con esa llamada se lo juega todo. Todo el mundo intuye que Dimitri Pavlovich, aunque pertenece al régimen, tiene ideas propias. Tiene su propia agenda política. Y hay poca gente que se atreva con él. Así que, si la línea está pinchada y la conversación llega a mal puerto, ya se encargará el diplomático de que ese mal puerto sea al único sitio al que llegue.

—Algo he oído… Pero ¿ha terminado ya los ensayos?

—Hoy hemos hecho un avance increíble.

—Y hoy mismo hemos ido a por usted, ¿es eso?

Kulakov no pasa por alto el empleo de la primera persona del plural en ese «Hemos ido a por usted» que lo incluye.

—La URSS quiere los resultados de mis estudios. Pero es una investigación privada que tiene financiadores a ambos lados del muro, señor Pavlovich. Y ya sabe lo que significaría que la Unión Soviética se arrogase el resultado final. Los mecenas de Reino Unido que han apoyado esta investigación pedirían represalias a unos gobiernos en los que tienen grandes influencias.

—Eso sería… inoportuno —oye que musita el diplomático por lo bajo.

—De todos modos, aún me quedan ensayos por cubrir. Pero está claro que ya no los podré hacer en libertad.

—¿Y tendrá allí la libertad para determinados ensayos que está llevando a cabo? No sé si la moral europea le pasará todo lo que aquí le permiten hacer…

El doctor se queda estupefacto. ¿Cómo sabe él…?

—Mire, saque ya a su familia de allí. Un coche irá a recogerlo a usted en una hora. Haga la maleta para largo plazo. No hable de esto con nadie. Usted y yo no nos conocemos, ¿lo ha entendido? Que piensen que le han sacado de Rusia esos ricachones europeos que lo financian.

—De acuerdo. Pero hay algo más…

—No hay nada más. No puede haberlo.

—Han cogido a mi colaboradora más estrecha, Oksana Kouberskaya. Sabían dónde estaríamos, y sabían que tenían que venir hoy a por nosotros dos. Sin ella no puedo seguir… Sin ella no quiero seguir.

—No sea idiota, señor Kulakov. Mantenga su bragueta cerrada. Y despierte de una vez. Esto no es un juego. Nunca lo ha sido.

FLASHBACK

La ceremonia
(según Dimitri Pavlovich)

INTERIOR. TEATRO CAMPOAMOR Y HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

DÍA DE LA ENTREGA DE LOS PREMIOS PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Pavlovich toma nota de todo lo que ocurre desde su asiento en el escenario del teatro Campoamor. Parece arrebolado por la beldad de la ceremonia, pero en realidad no quita ojo a nada de lo que tiene lugar allí.

Por eso percibe con claridad que su colega cogalardonado, Andrei Kulakov, se revuelve muy nervioso. Parece haber visto algo entre el público. Esto solo quiere decir que la URSS ha mandado a alguien al teatro para meterle presión.

Para alivio de Dimitri, el evento toca a su fin y su compatriota Kulakov recupera la compostura.

Después todos van saliendo del teatro Campoamor.

Ellos y la familia real son los primeros en hacerlo, para acudir al hotel La Reconquista. So pena de que alguien los relacione, cuando están cerca de las puertas que conducen al exterior, donde los cogerán los coches oficiales que los llevarán al hotel, Pavlovich decide acercarse a Kulakov.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Están aquí. Lo he visto entre el público: el mismo que me persiguió en Moscú y en Londres. Un hombre de pelo gris y…

—Nikita Mikhailovich —lo interrumpe Pavlovich—. No me creo que lo hayan colado aquí dentro. ¿Qué se piensan?

—Fueron los de la KGB los que propusieron que me concedieran el premio.

—No sea idiota, eso es imposible —niega Pavlovich, que mira al frente mientras caminan y lanza sonrisas al personal con el que se cruzan. Como si no estuvieran manteniendo una de las conversaciones más importantes de sus vidas.

—Me hicieron llegar una nota a Londres: sabían que me concederían el premio. Quieren utilizarme, ya que estoy aquí. Y ayer me mandaron a un matón aquí, en Asturias. Me amenazó… y tuve que deshacerme de él.

Pavlovich y Kulakov no se miran. Pero el diplomático aprieta los puños y contiene la respiración.

—Se cargó a alguien de la KGB. ¿Eso es lo que me está diciendo?

—No se preocupe, su cuerpo está en el fondo del mar, nunca lo encontrarán.

—Ah, perfecto, eso me deja tranquilo. Seguro que nadie echa de menos a un espía.

—Y en el patio de butacas he visto al hombre que me persiguió en Moscú. Me ha lanzado una amenaza desde su sitio.

—Claro, será amigo del que se cargó usted.

—No bromeo.

—Yo sí, ¿no ve como me parto de risa? —le espeta irritado—. De todos modos, intente serenarse. El hecho de que le hayan concedido este premio por su investigación debería contribuir a que sus

resultados se abran al mundo y que para la Unión Soviética sea más difícil reclamarlos exclusivamente para sí.

—Pero ya le he dicho que creo que ellos están detrás de esto. Ellos han logrado que yo gane este premio, no sé cómo.

—No fueron ellos.

—¿Qué le hace estar tan seguro?

—Lo indagué y sé que a la KGB no le interesaba que usted estuviera aquí hoy. Usted recibió un apoyo relevante en la última fase de las deliberaciones. Parece que alguien quiso oponerse a la KGB para protegerlo.

El doctor se detiene, estupefacto.

Pero Pavlovich lo agarra con disimulo para que siga caminando. Para que ambos sigan mirando al frente y no llamen la atención. Continúa hablando:

—Así que no se manipuló nada en absoluto, no es posible. El Premio Príncipe de Asturias es incorruptible. Ya era usted el candidato principal. Pero quizá algunos de esos mecenas suyos europeos respaldaron su candidatura, porque resultaría la mejor manera de protegerlo. Y así proteger su investigación —propone el diplomático.

Kulakov está impertérrito. Por fin cruzan el umbral de la puerta del teatro. Ya en la calle, van a recogerlos los coches que la organización ha dispuesto. Alguien indica al doctor que se meta en un vehículo. Antes de hacerlo, Kulakov se gira hacia el diplomático, consternado.

—Pues ya no es suficiente. Creo que tienen a mi familia. No he dado con ellos y saben que solo yo puedo llamarles. La única manera de dar la vuelta a esto es que ocurra algo grande. Algo que

los exceda. Algo que provoque que Rusia tenga que quedarse quieta…

Y se mete en el coche, que abandona la plaza. Pavlovich se queda con esas palabras flotando en sus oídos. Entrecierra los ojos y mira el vehículo que se lleva al doctor.

—¿Qué demonios se te ha ocurrido, maldito genio extravagante?

Minutos después, él mismo llega en coche a La Reconquista. Baja y ve a Harry Crane al borde de la escalinata.

—Querido señor Pavlovich —le saluda el escritor y productor inglés —, dígame, ¿qué opina su Gobierno de que esté aquí hoy con nosotros?

El ruso frunce el ceño, pero no pierde la media sonrisa de suficiencia.

—Es usted muy directo.

—Eso dicen de los ingleses. Quizá sea un prejuicio infundado.

—O quizá sea la verdad.

El inglés encaja el golpe. Sonríe. Enciende un pitillo. El ruso prosigue:

—No obstante, hace una semana el poeta Iósif Brodski recibió el Premio Nobel de Literatura. Un disidente soviético… Y no ha ocurrido nada, ¿verdad?

—No que sepamos. Seguro que algo sí se ha tambaleado en la madre patria. Por cierto, dígame, ¿cree que su amigo el doctor está bien?

—No por ser ruso es amigo mío. Rusia no es tan pequeña.

—Ni tan grande. Y menos con gente de su nivel.

Dimitri Pavlovich se queda en silencio. Su cara no refleja expresión alguna. Pero ¿sabrá algo el inglés de su relación con Kulakov?

Bordean el primer vestíbulo de recepción, cada palmo de pared está decorado con obras pictóricas. Cuadros, muchos de ellos religiosos, otros campestres, y buenos ejemplos del romanticismo. La zona de sofás y sillones está ocupada por algunos periodistas y ellos prefieren bordear la sala por los pasillos laterales para evitar indiscreciones.

—¿Sabe lo que creo? Creo que quizá la URSS esté algo inquieta por que Occidente lisonjee a dos de sus miembros. Y solo espero que no les estén molestando.

—No se preocupe, señor Crane. Rusia, como le decía, es muy grande. No se importuna por menudencias. Y ahora, si me disculpa, comprenderá que estoy saturado de hablar de política. Disfrutemos de esta velada maravillosa.

El inglés se muestra asertivo y da una calada mientras salen al patio de la Reina, al aire libre.

En cuanto entran en el salón Covadonga, ambos se separan con una sonrisa cómplice y retadora. Son muchas las cosas que se dicen sin decirse nada. El inglés se lleva los dedos a la sien. Como si dijera «Te estoy observando» o algo similar. Muy occidental, vamos.

«¿Y si alguien le ha advertido que esté alerta?», piensa el ruso con recelo.

Día 1

17.40 h

Quijote

> Para que en una sociedad imperen la libertad y la justicia, como ya se decía en la antigua Grecia, la política debe estar subordinada a la moral.
>
> Príncipe Felipe,
> discurso de la ceremonia de 1992

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 28 HORAS Y 20 MINUTOS DE PLAZO)

Anne Wallace acaba de presenciar, agazapada tras una puerta, el testimonio del diplomático.

«Muy interesante. No su testimonio, cargado de medias verdades. Sino su persona», piensa.

Ahora, sube a la azotea del hotel. Quiere sentir el aire en las alturas y admirar desde allí el contorno de la ciudad de Oviedo, recortado en el cielo. Y, si aspira lo suficientemente fuerte, intuir el mar no muy lejos. No tanto como para llorarlo.

Pero al llegar arriba no es el silencio lo que encuentra.

Es la voz de Julio Iglesias que desde un transistor canta que «ser bohemio poeta y ser golfo me va, / soy cantor de silencios que no vive en paz».

Y a Harry Crane acodado en la barandilla con una copa de vino en la mano, ataviado con chaqueta, camisa abierta y gafas de sol, mirando hacia el infinito. Disfrutando de la música, del licor y de la vida.

El elegante escritor se vuelve hacia ella, como sorprendido por su presencia.

—Señorita Wallace, qué placer tan inesperado.

Ella tuerce la cabeza y entorna los ojos. No dice nada.

—Perdone, siendo usted la mejor música del mundo, quizá esta melodía se le antoje un tanto burda.

—No me disgusta —dice ella sin mirarlo—. Y puedo entender que a usted le guste. Pero si no le importa, apáguela.

Él esboza media sonrisa. Con un gesto elegante se quita las gafas, dejando al descubierto sus ojos azules. Apaga el aparato. Julio Iglesias se desvanece.

—Era una canción muy española: «Quijote».

—Yo soy medio inglesa.

—Y yo inglés entero, pero me encanta.

—Le pega: ser poeta, bohemio, golfo…, como dice la letra.

—No sé si ofenderme o sentirme halagado.

—Haga lo que quiera.

—También dice «Soy Quijote de un tiempo que no tiene edad. / Me gustan las gentes que son de verdad». Quizá por eso me gusta usted. Porque es de verdad…

Ella no responde. Apoyada también en la baranda y con rostro inmutable, solo mira la ciudad asturiana.

—Si no le disgustaba la canción, ¿por qué me ha pedido que la apague? —espeta el escritor mientras enciende un cigarro, cuyo humo exhala hacia el cielo azul—. Lo digo porque, si no va a hablar conmigo, resultaría más cómodo tener de fondo algo de música, ¿no cree?

—El silencio solo es afable con las amistades profundas. Y es pesado con las relaciones superficiales. Por eso adoro el silencio, salvo cuando lo rompe mi música.

—¿Por eso toca usted como lo hace? ¿Para no tener que soportar que alguien rompa su silencio? ¿O es… por ahuyentar sus fantasmas?

Ella lo mira. Esta vez sí. Casi con admiración.

—Toco por mi tormenta interior. No reniego de ella. Todo creador tiene una dentro. La música es la única manera que tengo de navegar a través de ella.

—Si no tocase, no navegaría su tormenta. Si no tuviese esa tormenta, quizá no tocaría como lo hace.

Anne asiente y vuelve a mirar hacia la ciudad. El viento le agita los cabellos. Parece sentirse menos a disgusto con alguien que es capaz de llegar a esos razonamientos.

—Mi diagnóstico no está tan mal para un mero escritor de noveluchas, ¿no?

—Supongo que no.

—¿Qué opina de todo esto, señorita Wallace?

—¿De Oviedo, de Julio Iglesias, de sus noveluchas o del atentado?

—No voy a insultarla respondiendo lo que ya sabe.

—El atentado… Me intriga.

—Está usted intentando investigar por su cuenta. Se coló en mi testimonio. Y supongo que lo ha hecho en otros. ¿Ha sacado algo en claro?

—Que todos parecen ocultar algo.

—¿Usted también?

—Sí.

—Comprendo —dice el escritor deleitándose en una calada al cigarrillo—. Personalmente, yo creo que es un atentado político. Alguien ha saboteado un homenaje presidido por la Casa Real para atacar lo más sagrado de este país.

—No me gusta la expresión «atentado político». Me parece una antinomia. Porque la política ha de estar supeditada a la moral. Y lo ocurrido no lo está.

—Estamos en un mundo loco, señorita Wallace. En este país hay mucha gente que ha vivido la Guerra Civil. El planeta sigue en una guerra fría, el Muro de Berlín continúa separando dos bandos irreconciliables que siguen matando, ya no a gran escala, pero con el mismo odio. La banda terrorista ETA es tan solo un agente más y juega su juego. Es la tónica habitual en este mundo. Y los que no se pelean se escudan en la complicidad del silencio. Sueltan proclamas de «Hagamos el amor y no la guerra», pero cuando hay que actuar, nadie lo hace. No somos una sociedad de principios: somos una sociedad de eslóganes. Hemos de convivir con eso, porque es nuestra nueva «normalidad».

—Que algo anormal sea habitual no lo convierte en normal.

—Estoy de acuerdo. Solo llena el mundo de más anormales.

Ella suspira. Habla para sí. Como si estuviera sola.

—El mundo… está roto —dice con tristeza.

Crane sujeta el pitillo cerca de sus labios y mira a la mujer. Hace una interrupción, antes de sonreír.

—¿Es usted capaz de amar, señorita Wallace?

Ella lo mira, pero no contesta. Al contrario, pregunta en silencio, con su mirada.

—Me refiero a si alguien con su condición, con una inteligencia que dicen tan sublime, pero a veces tan fría, es capaz de sentirlo… Perdone mi curiosidad, le aseguro que es sincera. Quiero comprenderla. Quiero atisbar un mínimo de lo que ocurre ahí dentro, en su brillante cabeza.

—No puede.

—Ayúdeme, entonces. ¿Es usted capaz de amar?

—¿Y qué es amar?

—Bueno, amar es algo muy…

—¿Se supone que ama usted a la señorita Rodero? —lo corta ella.

—Bueno… *Of course, in a way…* Sí, claro, hay distintas formas de amar.

—No se equivoque. Mis padres me enseñaron a amar, a pesar de ser como soy. Y, viendo lo que los demás conocen por «amor», he llegado a la conclusión de que es la palabra más corrompida de la historia. El amor es tan grande que no puede ceñirse solo a un sentimiento. El amor no puede ser una mera emoción que utilizar como excusa. Si todo lo importante en esta vida cuesta sacrificio, y el amor es lo más importante…, el amor ha de resultar sacrificado. Es un silogismo incontestable. De la misma manera que a una hija no siempre te sale quererla, pero siempre la querrás porque es tu hija. Por elección libre. Como a mí me quisieron. Así, el amor no es

tan solo un sentimiento. No es un instinto, sino más bien algo que se sobrepone a este. Es una elección en el mejor ejercicio de la libertad que existe. Así que, aunque yo no sea muy capaz de expresar o empatizar con los sentimientos, sí soy capaz de decidir y de sacrificarme. Así que sí, señor Crane: soy capaz de amar.

Harry Crane asiente, sacudido por esas palabras. Da una última calada y lanza grácilmente el pitillo, ya consumido, a uno de los tejados.

—La comprendo. Y lamento si la he importunado.

Ella cambia el rictus, que de pronto se torna afable, casi infantil.

—No lo ha hecho. No puede hacerlo. Nadie puede.

—En cualquier caso, ha sido un placer departir con usted. Tengo ganas de conocerla mejor, señorita Wallace. Celebro la feliz coincidencia de habernos topado aquí en la azotea.

—Oh, pero no ha sido una coincidencia, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—¿Es usted un hombre de costumbres, señor Crane?

—No lo sé, supongo.

—Cada día a las seis de la mañana, pide en su habitación un té y *The Daily Telegraph.* Eduardo Chillida suele pasear en círculos por el patio central antes de la comida, a veces durante horas. El señor Treviño está siempre leyendo novelas en un sofá del salón central de recepción después de una cena temprana. Cada uno de nosotros, tenemos nuestras costumbres.

—Vaya, es usted muy observadora. Pero ¿qué tiene que ver eso con…?

—Yo también tengo las mías. Cada tarde he venido a esta azotea después del té de las cinco. Usted lo sabía porque es también muy…

observador. Usted sabía que yo estaría aquí. Quería estar conmigo y preguntarme si he averiguado algo sobre la investigación. Porque quiere saber. Necesita saber.

Ahora Anne se gira hacia el inglés y clava en él su mirada eléctrica.

—¿Me equivoco?

Día 1

17.40 h

El Cenicienta

> Es de vital importancia mantener el arte en un lugar de honor y estima en nuestra cultura. Y puede que eso lleve a la creación de Arte con mayúsculas.
>
> MARTIN SCORSESE,
> premio Princesa de Asturias
> de las Artes 2018

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 28 HORAS Y 20 MINUTOS DE PLAZO)

En el salón de Consejos, Bieda «absorbe» un puro. Porque a lo que hace no se le puede llamar fumar. Está con dos de sus hombres, frente a un plano del edificio donde tendrá lugar la recepción a la que, lamentablemente, han de dejar acudir al diplomático ruso Dimitri Pavlovich.

—Y lo más importante es que no lo pierdan de vista. Pegados a su culo desde este hotel como si es hasta el mismísimo infierno, ¿entienden? —les exige con su voz ronca.

—¿Y si vemos que se alarga la recepción? —pregunta Marcos Botella, un agente quizá demasiado joven.

—Entran y lo sacan cogiéndolo por las pelotas.

—Pero ¿si no nos dejan entrar? —replica Arturo Montero, más experimentado—. Aquello estará lleno de seguridad…

—Entran y lo sacan por las pelotas. He quedado con él en que abandonará el acto a las doce. Como la puñetera Cenicienta.

Los dos agentes ponen un mohín de disgusto. Esa misión, como mucho, les vale para empatar. Todo lo que no sea que el señor Pavlovich vaya escoltado de Asturias a Madrid sin percances y que a las doce de la noche esté de nuevo en el coche para volver a Oviedo sería un fracaso. Bieda detecta su desazón. Y Bieda afloja. Sabe que, a los jóvenes, a veces hay que darles la confianza y la capacidad de trazar su propio camino en la vida, para no verse esclavos de las consignas que constriñen a casi todo en el mundo.

—A ver, no se preocupen, irá todo bien, será muy sencillo incluso para ustedes, es pan comido —les dice medio bromeando. Pero solo medio bromea. O quizá no bromea en absoluto—. Hemos estudiado el edificio, no hay más salidas posibles. Uno de ustedes espera en la puerta y el otro se aposta ahí —dice señalando el plano con el dedo.

Marcos Botella y Montero no dicen nada.

—Por último, es crítico que nadie sepa que el señor Pavlovich abandona el hotel. El resto de los sospechosos entrarían en cólera y, sobre todo, la prensa se lanzaría sin pensarlo a nuestra yugular.

—Para ser tan sencillo, parece que puede haber muchas complicaciones… —suelta Marcos, atrevido.

Bieda lo mira con crudeza. Al agente Botella se le suben las pelotas al cerebelo. Pero de pronto su jefe sonríe y aprieta el puro

tensando su protuberante mandíbula. Le da una palmada en el hombro que a punto está de hundirle el omoplato y mandarlo a la reserva.

—Así me gusta, joder. Que se lo tome con humor.

Y, tras aplastar el puro en el cenicero, se larga del salón de Consejos y los deja allí. Acongojados.

INTERIOR. EN UNA HABITACIÓN DE CORTESÍA DEL HOTEL.

Mientras, en una habitación, Dimitri Pavlovich se acicala frente al espejo. Lo van a recoger en escasos minutos y va justo de tiempo. Tiene que salir con discreción del cuarto que le han prestado en la planta baja, cerca de la recepción. A esas horas, la mayoría de sus compañeros premiados estará en sus habitaciones o tomando el aire en el patio de la Reina. Bieda no ha querido que se cambie en su propia habitación para que nadie lo vea salir.

Aprovechando la situación, ha pedido realizar una llamada en conferencia, alegando que tenía que confirmar a Moscú su asistencia al evento.

Pero no es eso lo que quiere confirmar.

Suena el teléfono de la habitación y una amable operadora le conecta con quien quiere hablar.

—Señor Pavlovich —se oye una voz distorsionada que habla en ruso al otro lado.

—No tengo mucho tiempo. Su hombre tiene que salir del país ya —dice refiriéndose a Nikita Mikhailovich.

—No sé de quién…

—No se haga el imbécil. Saben que estuvo en el teatro. Puede acabar enfermo y en el hospital muy pronto de lo contrario.

Al otro lado se hace un silencio. Solo se oye el zumbido anodino de la conexión en conferencia. En el lenguaje en clave de la KGB, «enfermo» significa detenido por las fuerzas occidentales, y «hospital», acabar en prisión.

—Adiós —dice Pavlovich al colgar con fuerza.

Chasquea la lengua. «Principiantes…», musita molesto.

Pronto abandona la sala y recorre la galería del hotel, llena de tiendas y locales comerciales a los que se puede acceder por él, pero también desde la calle.

Una mujer lo vigila de cerca.

Él lo sabe y se deja.

INTERIOR. RECEPCIÓN.

Patricia Rodero se aproxima a la recepción del hotel, en la que aún hay personal de retén, aunque no haya más huéspedes que los ilustres sospechosos. La atiende una señora de mirada afable y cara redonda.

—Buenas. Me han llamado para decirme que tienen una nota para mí, ¿verdad? —dice la periodista.

La empleada la mira como las vacas al tren.

«Solo que en este caso la vaca es ella y la que está como un tren soy yo», piensa Patricia.

—Perdone, señorita Rodero, pero no ha recibido nada.

—¿Entonces me han llamado por error?

—Eso parece, lo siento.

—¿Tan difícil es gestionar a siete clientes en exclusiva?

—Bueno, no solo están ustedes. Está el equipo de policía y demás… —dice ella con el mejor tono de disculpa posible.

—Es igual, perdone, es toda esta tensión. Gracias de todos modos —recula con algo parecido a la comprensión.

Se da media vuelta y desaparece de allí. Sus pasos la llevan cerca de los pasillos que conducen a las plantas soterradas. Y oye cierto revuelo. «Revuelo» en una situación como esa, en la que reina el tedio, es sinónimo de Disneyland para la periodista.

Se acerca con sigilo a las galerías y atisba, oculta desde un rincón, al diplomático ruso con un traje impecable y, por lo que parece, recién arreglado. «¿Para qué iba alguien a arreglarse en este océano de enquistamiento y ostracismo?», se pregunta. Se lo pregunta ella que va perfectamente maquillada, peinada y acicalada. Segrega jugos gástricos al intuir que ahí puede haber una historia: el diplomático o bien va a recibir a alguien del exterior o peor…

«… Igual es él quien sale al exterior para visitar a alguien. Pero ¿adónde demonios va, señor Pavlovich?».

INTERIOR. APARCAMIENTO DEL HOTEL.

Ajeno a la mirada indiscreta de la periodista, acompaña a Dimitri la máxima autoridad del hotel, Ricardo Silvestre, el director, se dirigen al aparcamiento subterráneo del edificio. Él es la única persona ajena al equipo de seguridad que sabe que uno de los insignes huéspedes abandonará el hotel. Pero Bieda confía en ese hombre.

Es una persona afable, lo intuye todo, pero no pregunta nada. Pone facilidades y no cuestiona las consecuencias. Y eso tiene mucho valor.

—Señor Pavlovich, aquí le dejo. Que tenga usted un buen viaje —le dice Silvestre, solícito, a su huésped.

Porque por muy sospechosos que sean, ellos siguen siendo sus huéspedes. Y él sigue cuidándolos como tales.

—Es usted muy amable, Ricardo, gracias. Hasta mañana.

El ruso observa a los dos agentes, Marcos Botella y Arturo Montero, que aguardan en el aparcamiento. Son quienes escoltarán su vehículo hasta Madrid.

—Buenas tardes, caballeros —los saluda al verlos.

Pero ni son tardes buenas ni ellos son unos caballeros, así que lo máximo que hacen es torcerle el gesto y darle instrucciones claras. Tan claras como se las ha dado su jefe a ellos.

—Señor Pavlovich, ahí fuera suele estar la prensa, como bien sabe. Por muy diplomático que sea, le vamos a pedir que se tumbe en el suelo del coche y se eche esa lona encima. Nadie tiene que verlo.

—Ya me habían informado, sí. Lo comprendo.

—Cualquier movimiento, como el que vamos a hacer ahora, llamará mucho la atención.

—Como ustedes digan. ¿Y mi coche oficial? Ya intuyen que no iré a Madrid en eso… —señala con cierto desaire el Ford Sierra de los agentes.

—Sí, tal y como se pidió, su coche oficial lo espera dos calles más abajo. Ahí haremos el cambio de vehículo, fuera de miradas

entrometidas. Espero que su gente no le haya cogido un coche indiscreto —apunta Botella.

—No nos encontraremos con un sedán negro blindado de cristales tintados y con banderitas rusas ondeando en el capó, ¿verdad, señor Pavlovich? —continúa Montero.

—Tenía pensado decirle a mi chófer que pusiera a todo volumen el himno ruso y bajara las ventanillas. ¿Les parece inoportuno?

—No nos toque las narices…

—Les recuerdo que llevo más de treinta años en política en un país lleno de espías. Más de media vida jugando a las medias verdades. No soy imbécil.

Se hace el silencio. Los agentes tampoco saben muy bien cómo seguir un careo con alguien así.

Se meten en el coche y el diplomático hace lo que le han pedido. Se esconde en la parte de atrás, separada por una pantalla de seguridad de los asientos delanteros. Se echa al suelo del vehículo.

En ese momento la puerta del garaje se abre con violencia y los agentes se vuelven expectantes. Es Clara Expósito, que grita categórica:

—¡Salgan ahora! Rápido, hemos salido por la puerta principal para atender a la prensa y estarán despistados. ¡Corran!

Es la señal convenida para escapar de la atención externa.

El coche arranca haciendo casi derrapar las ruedas traseras. Una vez abandonan el edificio, son muy pocos los periodistas que se les aproximan. En otras circunstancias, cámaras de vídeo y fotográficas y micrófonos se habrían pegado a los cristales de las ventanas. Pero, entre que hay otro foco de atención en la entrada principal y que

rápidamente comprueban que el vehículo no lo ocupa nadie importante, sino dos meros policías, pierden interés.

Salen del atolladero y se adentran en las calles de Oviedo.

—Ya estamos fuera de peligro. Ahora tenemos que hacer el cambio de vehículo rápido.

Silencio en el coche, cargado de expectación. Se aproximan al automóvil que llevará al ruso a Madrid. Se paran a su vera y Botella, sin mirar hacia atrás, da una última indicación al pasajero a través de la mampara.

—Despacito y con buena letra. Iremos pegados a su culo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —responde lacónico el ruso desde debajo de la lona.

El chófer del ruso lo espera fuera del vehículo y su puerta trasera está ya abierta. El tipo es un armario empotrado de la estepa balcánica. Según se acercan, él les echa un saludo insonoro, y Marcos y Montero elevan el mentón en señal de aquiescencia con lo que va a ocurrir. El ruso abre con rapidez la puerta de atrás, coge en volandas a su protegido, aún arrebujado en la lona y, como un rayo, lo introduce en su propio coche.

Los agentes vislumbran, a través de los cristales tintados del otro automóvil, cómo la silueta de Pavlovich se desprende de la lona y se sienta detrás, estirándose la chaqueta y recolocándose la corbata. Les lanza una mirada que parece recelosa y se pone a examinar unos documentos que le habrán dejado en el asiento trasero.

El chófer se mete en el asiento del conductor y baja la ventanilla para dirigirse a los agentes españoles.

—¿Salir ustedes antes o seguirnos a nosotros? —dice con un mal castellano y un acento más ruso que el vodka.

—Las damas primero —le dice Marcos Botella, irónico—. Nosotros les seguimos de cerca y, una vez lleguemos allí, que vaya directo al edificio acompañado por usted. Nosotros les estaremos observando desde el coche y después, junto con algunos compañeros de Madrid, haremos guardia alrededor del edificio. Y, lo más importante, a las doce de la noche en punto…

—Sí, yo saber. A las doce en casa. Como Blancanieves.

—No es ese el cuento, pero si sale a las doce como si quiere ser Dumbo.

—No entender…

—No importar… A las doce, ¿de acuerdo?

Por toda respuesta, el ruso se pone unas gafas de sol (aunque no hay sol) y cierra la ventanilla sin dejar de mirarlos con una media sonrisa.

—Parece que este hijo de puta sepa algo que nosotros no sabemos.

—Sí. Sabe ruso… Tú pégate a su puñetero culo y todo saldrá bien.

Día 1

18.30 h

El escultor de la luz negra

> Lo hice mejor porque no lo conocía e iba cargado de dudas y de asombro.
>
> EDUARDO CHILLIDA,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Artes 1987

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 27 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

Eduardo Chillida dibuja.

Está sentado en un banco pequeño de madera ajada y corte casi oriental que él mismo ha cogido de un pasillo anexo al patio de la Reina. A no mucha distancia, en el centro de la plazoleta, se encuentra el piano de Anne. A petición del escultor, ella interpreta la *Suite inglesa n.º 1* en la mayor de Johann Sebastian Bach, el compositor favorito de Chillida.

Él busca en Bach la inspiración que ya encontró en su mar. «Moderno como las olas, antiguo como la mar, siempre nunca

diferente, pero nunca siempre igual». Eso es lo que para el escultor supone Bach, como dejó escrito una vez.

La música resuena en un patio que trae reminiscencias de otras épocas, de otros siglos. Los colores del atrio, las columnas y gran parte de la piedra de los muros son ocres y recuerdan al estilo colonial de Sudamérica. La esfinge de la gran torre de la capilla se recorta en el cielo. Desde fuera se ve tan grandiosa como desde dentro, con su forma octogonal y vidrieras en arco redondo, que terminó Manuel Reguera en 1777, cuando el fundador del hospicio llevaba doce años bajo tierra, de modo que no pudo contemplar en vida el fin de su obra.

Hay algo en la arquitectura que a Chillida nunca terminó de convencerlo, quizá fuera la forma de enseñarla en las escuelas. A sus diecinueve años, comenzó a estudiar Arquitectura en la Politécnica de Madrid, después de preparar el ingreso en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Tras varios años, interrumpió su formación porque quiso centrarse en el dibujo y la escultura e ingresó en el Círculo de Bellas Artes.

Eduardo siempre ha creído que vale más el deseo de saber, de explorar y de innovar que el de escuchar conocimiento transmitido. No obstante, como en los días pasados, se deleita con el edificio.

Chillida imagina que aquellas campanas tocarían para convocar a los niños huérfanos de hacía dos siglos a la capilla, para celebrar las ocasiones especiales. Aquellas campanas habrían sido el eco de dolor, hastío y venganza con el que muchos futuros adultos rememorarían su pasado de abandono en aquel antiguo orfanato.

Y mientras tanto… la música.

Una pianista ajena a contextos temporales y geográficos toca para esos niños perdidos que un día poblaron aquellos aposentos. Toca para los fantasmas y toca para las musas. Toca para él, el escultor.

Eduardo la mira y da una serie de caladas cortas a su pipa. Advierte en ella una tormenta interior parecida a la suya. Parecida a la de todos los artistas.

Se siente abrumado por su talento. Por el modo en que toca, por cómo se sumerge en la absoluta perdición del crear. Está seguro de que no ha habido dos veces en su vida en las que haya interpretado igual una pieza. Cada vez es única. Eso es también lo que él busca. Chillida sabe que el arte no se aprende. Las obras conocidas *a priori* nacen muertas. Y solo lanzándose al abismo de lo desconocido, de la prueba, se puede producir realmente arte. «Su arte y el mío no mejoran con la experiencia. Su arte y el mío mejoran con la percepción», piensa.

Ahora suena *Variaciones de Goldberg*, *BWV 988: I.* Aria, también, de Bach. Chillida cierra los ojos para disfrutar su final.

La música cesa. Y ella vuelve entre los vivos. Anne Wallace está de espaldas al escultor.

—¿Por qué le gusta tanto Johann Sebastian Bach? —dice con las manos aún posadas en el teclado.

—Soy un discípulo de la mar en cierto modo y, como consecuencia, también de Bach. No sé si él se inspiró en el mar, pero encuentro en su obra mucha relación con él.

Anne asiente. Y cambia de tercio.

—¿Y por qué dibuja con la mano izquierda? Usted no es zurdo —pregunta sin volverse hacia él.

Chillida arquea las cejas. Inclina la cabeza y mira el dibujo y su propia mano sujetando el lápiz.

—¿Cómo sabe que estoy usando la mano izquierda si no me está mirando?

Ella se vuelve. Obvia la pregunta porque no le interesa responderla. Solo le interesa conocer lo que ha preguntado.

—¿Por qué usa la mano izquierda?

Eduardo sonríe y da otra calada a la pipa.

—Desde joven observé que tenía mucha facilidad para dibujar. Cuando asistía a clases en el Círculo de Bellas Artes, llegué a percibir que quizá esa facilidad hacía que me centrara demasiado en la ejecución, más que en la profundidad. Que la destreza de mi mano se adelantaba a la de mi cabeza… Pero el arte no podía ser tan sencillo. Una noche tomé la determinación de usar mi mano mala. Eso me devolvió al principio. Me hizo crear sobre la base de lo inesperado —dice, y da otra calada a la pipa—. Lo abandoné porque ya aprendí a no dejarme llevar por mi muñeca, a improvisar. Pero a veces que vuelvo a usar la mano izquierda. Hoy, escuchándola, he querido volver a hacerlo. Usted lo comprenderá.

—¿Por qué cree que yo puedo comprenderlo? —dice ella acariciándose la sien con los dedos medio e índice.

—He apreciado que nunca toca igual ninguna pieza. En cada ocasión quiere hacerla suya.

La mujer se encoge de hombros como admitiendo la apreciación.

—Le contaré algo, jovencita. Hace varios años, mi galerista me dijo que tenía que hacer réplicas de mis obras. Si había más obras mías, podíamos llenar más museos. Expandir mi obra y también obtener más rendimiento de ella.

—Pero usted no quería admitir la autoría de unas obras que no forjaran sus manos.

—Exacto. Lo detestaba. Pero lo llegué a comprender. Como siempre, fue mi esposa, Pili, quien me tranquilizó diciendo que hiciéramos el experimento y que, si no nos gustaba, abandonásemos la idea. El caso es que elegimos unas pocas de mis obras para la probatura. Hicieron cuatro réplicas de cada una. Recuerdo como si fuera ayer cuando entré en el almacén junto con mi esposa para que nos mostraran el resultado…

—¿Y?

—Vi todas aquellas réplicas igualitas, unas al lado de otras, bien ordenadas y me pareció muy raro. Le dije a mi mujer «Pili, esto parece una zapatería». Y nos fuimos.

Anne no dice nada. Anne, quizá, medio sonríe.

—Hablé con los galeristas y les dije que comprendía que ellos quisieran multiplicar mi obra para llegar a más sitios. Pero yo no quería multiplicar mi obra: quiero multiplicar sus propietarios. Y así llegar a más gente. Esa idea fue la que provocó mi pasión por el arte público. De ahí el *Peine del viento*, por ejemplo. O una idea que ya barrunto para aquí cerca, en Gijón, en la costa. En su horizonte…

De pronto, una de las puertas de cristal que dan al patio se abre con estrépito y rompe el aura trascendente de la escena. Aparece Lucas Bieda tocándose la cicatriz que surca su cara de arriba abajo. Anne ya ha percibido que lo hace cuando está incómodo. Cuando revive los fantasmas de su pasado.

—Perdonen que les moleste, seguro que están manteniendo una conversación supercreativa y artística de la que probablemente no entenderé un carajo, pero necesito resolver un crimen. Señor

Chillida, ¿le importaría acompañarme al salón Covadonga? Es su turno…

Anne se levanta del piano.

—Señor Bieda, quería decirle algo…

—Usted dirá, señorita.

—No he podido evitar escuchar el interrogatorio del señor Pavlovich, y…

—¿Cómo que no lo ha podido evitar? ¿Otra vez se ha colado? ¡He puesto gente en los balcones de arriba!

—No, bueno, esta vez he llegado por otro lugar —dice ella agitando la mano para quitarle importancia—. Solo quería decirle que mire en la zona del patio de butacas del teatro, fila siete, asiento número cuatro.

—Perdone, pero… ¿qué se supone que tengo que mirar ahí?

—Lo que usted y el doctor buscaban.

Y se sienta de nuevo al piano, en silencio, para interpretar *Liebestraum n.º 3* de Franz Liszt.

La música vuelve a inundar el patio y las preguntas e injerencias de Lucas Bieda quedan subsumidas en la música.

—Pero me puede explicar qué demonios… ¡Bah! —Lucas se da la vuelta y mira a Eduardo Chillida, que se encoge de hombros, incapaz de explicar lo que pasa por la cabeza de la mujer.

Y se van ambos de allí. Dejándola al piano.

Tocando para sus niños perdidos…

Minutos después, al entrar en la Capilla, el escultor vuelve a deleitarse con el *sancta sanctorum* del edificio. Repasa mentalmente

los ángulos de la sala. Es un octógono, con arcos redondos en forma de balcones que dan al antiguo oratorio. Le gusta esa estancia porque no es cuadrada como los otros patios. El escultor siempre ha confesado que los ángulos rectos no le gustan.

«Los ángulos rectos no hablan bien entre sí».

Clara Expósito se sienta en una de las sillas, al lado de Bieda. Cuaderno en mano ambos y prestos a escuchar la declaración del escultor.

—Señor Chillida, este evento es de singular importancia para usted. Incluso ha hecho una escultura para la ocasión. Su homenaje particular a Miró. ¿Tenían ustedes mucho en común? Cuéntenos —le pide Bieda.

Intenta buscar la circunstancialidad en las biografías de los premiados para hallar lo que necesita para relacionar a uno de ellos con el atentado: la motivación.

—No coincidíamos en lo artístico, pero sí, desde luego, en lo personal. A finales de los cuarenta nos fuimos a París y allí nos hicimos amigos. Él ya era reconocido y mayor que yo: nos hizo un poco de guía. Él tenía un tipo de arte de luz blanca o mediterránea, y yo supe pronto que aquel no era mi estilo. Yo tengo una luz más vasca o cantábrica…, del norte. Por eso evité a toda costa ver ninguna pieza de arte griego durante muchos años, cuando iba a museos, para que no contagiasen mi luz negra.

—¿Su luz negra? Pero qué…

—No preguntes —lo corta Clara.

—Sí, mejor. En fin, que parece que este no es su primer premio… —dice Bieda consultando unos papeles que había sobre la mesa—. En 1981 le dieron la Medalla de Oro al Mérito de las Bellas Artes en

Madrid. Después, el Premio Europäischer der Künste en el ochenta y tres. Luego lo nombran Miembro Honorario de la Royal Academy of Arts de Londres. En 1984 le otorgan el Grand Prix des Arts et Lettres de París. Y ahora esto.

—Estoy agradecido. Este galardón es un orgullo para cualquiera.

Bieda asiente.

—Usted fue quien asistió a la señorita Wallace la primera vez que tuvo un… achaque, por llamarlo de alguna manera.

—Sí, durante la fiesta en Zabalaga.

—¿Podría contarnos algo, de ese evento o del de Oviedo, que nos pueda ayudar? ¿Algo que resaltar?

—Cualquier cosa —insiste Clara—, por pequeña que sea. También del momento del atentado. Dicen que lanzó un sortilegio. Quizá en vascuence antiguo, ¿usted lo entendió?

—No, no la oí bien. En cualquier caso, no sé hablar demasiado bien euskera.

—¿No?

—No. En las ciudades se fue perdiendo el idioma, aunque ahora estemos recuperándolo. En mi juventud estaba prohibido hablarlo, prácticamente. Aunque mis abuelos y mis padres lo hablaban, porque mis dos abuelas eran del Goyerri y ahí no se perdió, yo nunca pude usarlo, y estudiarlo ya de adulto no fue lo mismo para mí. Pero mis obras sí lo hablan.

—¿Perdón?

—Mis obras sí hablan euskera.

—Ya. Y mis puros hablan cubano —resuelve Bieda—. ¿Nos puede, por favor, decir si recuerda algo relevante? Cualquier cosa, haga memoria.

Chillida echa la cabeza hacia atrás y entrecierra los ojos. Enciende la pipa de nuevo.

Lucas Bieda aprovecha para sacar a su vez un puro a medio fumar y lo prende con una cerilla que después se mete en el bolsillo. Durante todo el ritual respeta el silencio del sospechoso. No quiere sino enmarcar un preámbulo para la cuestión más dura que tiene que plantearle al hombre…

—Por si pudiera servirle de ayuda, señor Chillida —se lanza—, sabe que han existido voces anónimas reclamando la autoría del atentado para la banda terrorista ETA.

El escultor guipuzcoano clava su mirada en el policía. Sus pobladas cejas se fruncen adoptando una línea horizontal de advertencia.

—¿Por qué iba eso a servirme de ayuda?

—Bueno, creo que de algún modo usted fue una voz relevante en el conflicto vasco.

—Qué sabe usted del conflicto vasco…

—Más de lo que piensa, créame —dice el policía palpando con la mano alguna zona de su cuerpo donde diversas cicatrices confirman lo que acaba de decir—. Recuerdo, por ejemplo, que usted formó parte de la primera comisión gestora proamnistía en favor de los presos vascos.

—¡Eso fue al principio! Cuando se pretendía dar una cobertura jurídica y asistencial a determinadas familias, y para evitar casos de tortura… ¡Después vi el cariz reivindicativo que tomaba aquello y lo dejé!

—Usted mismo les diseñó el símbolo —insiste—. El de la amnistía. Símbolo que siguen usando.

—¡El símbolo es suyo! Ya no puedo quitárselo. Se quedaron con él, pero me perdieron a mí.

—De acuerdo, de acuerdo…

Bieda sabe que es así. Pero tenía que presionar. Sabe de su aversión a que lo identifiquen con esa lucha que el escultor no comprende. Lucas Bieda ha pasado toda su vida profesional en el País Vasco. En primera línea. Tiene autógrafos en su cuerpo de muchos de los cabrones que han llenado las portadas de los periódicos locales y después, a veces gracias a él, las cárceles españolas. Por eso sabe tanto.

De hecho, aunque es una información no pública, Bieda sabe, a través de sus contactos, algo muy particular y personal del escultor: Eduardo Chillida, por convencimiento y por principios, acudió ante notario para dejar fe pública escrita de una de sus más férreas voluntades. Que, si algún día ETA llegaba a secuestrarlo, prohibía que nadie pagase el rescate por él. No quería que se lucrasen a costa de su nombre. No quería doblegarse.

Bieda sabe todo esto, pero una parte de su trabajo es estresar hasta los límites a cada interrogado. Apretar una vueltita de más a cada uno.

—Señor Chillida, me está diciendo entonces que no sabe nada…, que no tiene usted ningún indicio de que todo esto haya podido venir del entorno de ETA, ¿es así?

—No lo sé. Pero ocurrió algo extraño semanas atrás en mi estudio. Lo denuncié a la policía. Y ahora me machaca pensar que pueda estar relacionado… ¿Quieren que se lo cuente?

FLASHBACK

La inmortalidad

INTERIOR ESTUDIO DE CHILLIDA. SAN SEBASTIÁN.

SEMANAS ANTES DEL PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Chillida da chupadas enérgicas a su pipa mientras trabaja en *Ilargia*. Afuera la patena del firmamento anuncia el véspero y la penumbra, pero en ese estudio aún no atardece. La luz del maestro sigue peleando contra los espacios y los estereotipos. Prevalece aún sobre la aridez creativa que a veces trae la oscuridad.

Pilar se le acerca. Lo observa durante un buen rato. Y él se siente observado. Se siente comprendido a distancia. Ella sabe que lleva días trabajando duro, más quizá que de costumbre. Pero Pilar siempre es paciente, siempre acompaña.

—Esto es muy importante para ti… —musita ella. No lo pregunta. Lo afirma.

—Es un reconocimiento precioso. Y darme la oportunidad de hacer esta escultura me acerca de nuevo a mi amigo. Él era convexo, y yo, cóncavo. Eso lo vuelve aún más bonito. Aprendo sobre la marcha a intentar pensar como él, pero desde mi impronta.

Pilar suspira. Admira y compadece a su marido a partes iguales. Su arte es su felicidad y su condena. Siempre ha pensado que el nombre que le pusieron a ella cuando nació ha cobrado sentido y

plenitud para el hombre con el que comparte su vida. Porque ella es su «pilar». No es tanto su musa, ni su inspiración, que también. Es sobre todo su ancla.

Como cuando estuvieron en París para que él intentara hacerse un nombre como artista, al cabo de varias decepciones, Eduardo estuvo a punto de abandonarlo todo… Un joven Chillida que quiso renunciar y volver. Y solo su mirada de mujer fuerte lo sostuvo allí; en lugar de aceptar la vuelta que proponía su marido y adoptar una vida que habría sido más fácil para ella, logró decirle: «¿Marcharnos? Pero si aún no has empezado, Eduardo…». Esta frase se quedó grabada para siempre en Chillida. Esta frase lo hizo recular y redoblar esfuerzos.

Esta frase marcó un legado, una obra artística y una familia.

Pilar lo recuerda ahora con media sonrisa. Con esta frase cavó la tumba de una vida cómoda, pero también construyó su proyecto, el de ambos.

—*Gabon…* —le susurra para despedirse. Pero él no lo puede oír. Porque solo oye espacios, sonidos, mar y tiempo. Ahora está solo.

La mujer, estoica y elegante, abandona el estudio. Se arrebuja en su rebeca. La noche refresca y, cuando todos duermen salvo su marido, ella siente aún más frío. Vuelve a suspirar y se dirige a la casa donde la esperan varios de sus hijos.

Pero en ese pueblo guipuzcoano con olor a mar y a piedra vieja que hacen de socaire del viento, no todos duermen. Un joven con pelo recortado a lo mohicano, coleta y patillas gruesas, al que el rencor

enseñó a ser paciente, ha aguardado hasta ese momento, cuando se vacía el estudio, para allanarlo.

Se coloca una capucha de lana en la cabeza, fuerza las puertas y acaba accediendo al local. Ve las espaldas recias del maestro.

—¡Mierda! —masculla por lo bajo. No esperaba encontrar a nadie ahí y eso complica su «golpe».

De pronto, Chillida, como alertado por las musas, se gira sobresaltado. Ve a un hombre embozado y se queda petrificado. Deja caer la pipa de sus labios. Eduardo mira al ladrón y repara en que lleva una pistola en su mano. Un asesino entre sus obras, sus dibujos, sus esculturas.

No dice nada. Solo lo mira. El asaltante, al que ve descolocado también, le apunta con la pistola y le habla.

—Ni te muevas. Dime dónde tenéis la pasta.

—Aquí no hay dinero.

—Tiene que haber cosas de valor…

—Evidentemente hay cosas de mucho valor. Pero no creo que puedas apreciarlo, hijo…

—Veo que en efecto puso usted la denuncia del robo —interviene Clara, que ha pedido información a su equipo—. La Ertzaintza fue a visitar su estudio, ¿verdad?

—Sí, se supone que siguen investigando. Es cierto que el ladrón no se llevó casi nada. Algunas baratijas y algún boceto, esos sí tienen valor, pero será difícil que les saquen rendimiento, según me dijeron los agentes, porque su venta los delataría.

—Lo que no me cuadra es qué pinta un ladrón amenazándolo con una pistola —dice Bieda—. Si fuera un hurto normal, al ver que

estaba usted allí, casi seguro que el tío se habría marchado, ¿no?

—Eso pensé yo… Naturalmente, por lo que me dijo después el chico, pensé que podía ser alguien de Jarrai o de ETA que buscaban dar un golpe con el que llevarse un dinero para la causa, pero no lo sé. Todo fue muy raro. Esperen a oír el resto.

—Calla y dame lo que tengáis aquí de más valor. Ahora.

—No quiero… —dice el escultor con más impetración que negativa.

—Esto es para la causa del país. Aquí te conocemos todos. Y a Pilar y a tus ocho hijos los tenemos muy calados.

Al oír esa sentencia, algo visceral se acciona dentro de Chillida. Agarra uno de los metales con los que compone su obra. De peso y contundencia, como todo el material con el que suele trabajar. Y se abalanza sobre el etarra.

Eduardo tiene sesenta y tres años, pero aún guarda su complexión atlética de siempre. De joven fue deportista profesional, portero en la Liga española, y conserva los buenos reflejos. La indignación y la adrenalina también ayudan. Esquiva en dos pasos la mesa que los separa y con la palanca alargada de metal asesta un golpe al etarra en la clavícula.

Se oye un grito. Y dos disparos. Uno acierta en la única luz que había encendida. Otro, en el escultor.

Todo queda fundido en negro.

Largos minutos después, Chillida vuelve a la vida. Completamente a oscuras, en el suelo de su estudio. Nota un dolor en el pecho y en la

cabeza. No sabe si sangra, porque no se ve nada, pero no lo cree. Aún sujeta la pieza de metal. Nota la mano entumecida por haberla mantenido en tensión.

Ahora recuerda. Le han disparado. ¿Está muerto? No es así lo que esperaba encontrarse al otro lado. Tantea a su alrededor, arrastrándose por el dolor. Reconoce las patas de una mesa. El rodapié. La pared. Un interruptor.

Y se hace la luz, por fin.

Está en su segunda casa, en su estudio. Da gracias a Dios por seguir allí. «No es que no tenga ganas de verte, pero aún me quedan cosas que hacer por aquí…». Recobra la memoria y un sabor ácido le llega a la boca al rememorar lo vivido. Le invade el mareo y vomita en el suelo apoyándose en una de las estanterías. Duele. Duele todo. De pronto, unas letras pintadas con tiza en la mesa donde estaba trabajando en la escultura para la Fundación Príncipe de Asturias.

No hables con los *txakurrak.* Tu familia, en la diana.

—Le dispararon, joder. Eso ya es muy fuerte —concluye Lucas—. No estamos ante un radical que se pase por su estudio para recolectar por su cuenta pasta para la causa. Hay algo más.

—Al principio no lo pensé. Tan solo creí que el chico se precipitó y disparó. Luego lo vi todo revuelto y comprobé que se había llevado algunas cosas de valor.

—¿Cuánto tiempo estuvo inconsciente?

—Creo que solo unos minutos, no lo sé.

—Y le pidieron que no fuera a la poli.

—Siempre lo piden, ¿no?

—Y aunque amenazaban con hacer daño a su familia, usted sí que fue a la Ertzaintza.

—También andan siempre amenazando. Yo no voy a dejar de hacer lo que es de justicia. Fui a la policía, pero tampoco le di más importancia.

—Hasta ahora, claro.

—Hasta ahora.

Chillida cierra los ojos y suspira. Está cansado de la cultura del miedo. Cuando los abre, su mirada se posa en la pieza de metal que quería integrar en la escultura. La misma pieza que antes había blandido para atacar al intruso. Observa que está abombada, tiene una pequeña hondonada por el impacto del proyectil.

Esa pieza le ha salvado la vida al recibir la bala que, de otro modo, se habría alojado en su pecho.

Chillida enarca las cejas con sorpresa y vuelve su atención hacia donde estaba cuando recibió el disparo. Comprende la secuencia de lo que casi con toda probabilidad ha ocurrido. El segundo disparo del etarra habría sido detenido por la plancha de metal que, a su vez, debió de impactar en su propio pecho. Y al caer se había golpeado la cabeza.

Toma la pieza de metal y la pone frente a sus ojos.

En cierta manera, es cruelmente hermosa.

Es la demostración más palpable de que su arte no dejará que el escultor muera jamás.

FLASHBACK

El cóctel
(según Eduardo Chillida)

EXTERIOR. ZABALAGA. GUIPÚZCOA.

DOS SEMANAS ANTES DEL PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

Chillida pasea por su finca de Zabalaga.

En el estrado del escenario, brilla la escultura en honor a Joan Miró y al Premio Príncipe de Asturias. Un entramado de metal y formas imposibles en el que destaca una placa con una horadada violenta. La provocada por la bala que se dirigía al corazón del escultor.

Había decidido integrarla finalmente en la escultura con el impacto del proyectil, que no hacía sino embellecerla, una vez le dio unos debidos retoques.

Pilar camina junto a él. Acaban de dar el discurso inaugural, con todos los premiados en el estrado y él ha dicho unas pocas palabras. Ahora todo vuelve a la normalidad del jolgorio y la celebración. Al champán y los canapés.

Pero Eduardo tiene la cabeza más allá que acá.

Sus ojos se posan en su propia escultura, que se encuentra presidiendo el cóctel, *Ilargia*. Hay algo en ella que no lo deja

tranquilo. Algo que quizá sea un digno homenaje a su amigo Miró, o quizá lo desmerezca. Lo que tiene claro…

—Lo que tengo claro es que eres distinta a todas las demás… —le dice a su obra por lo bajo.

Su mujer le aprieta el brazo haciéndolo «volver».

—*Lasai*, Eduardo —musita Pilar. No dice nada más. Porque sabe que el silencio es demasiado sagrado para su marido.

—Estoy bien, Pili.

—Desde que entraron en el estudio, estás intranquilo.

—Bueno, la Ertzaintza está con ello. Espero que cojan al chico. Pero bueno, no era más que un fanfarrón en busca de un botín.

—Un fanfarrón que te disparó.

—Se le escaparía el dedo en el gatillo.

De nuevo dejan que el silencio se apodere de la conversación. Están cómodos en él. El silencio es el mejor condimento para la reflexión, para la conciencia. Pasean por la finca, iluminada con encanto, y se cogen del brazo. Sortean, con saludos y levantando la copa cada cierto tiempo, a los invitados que se aproximan a adularlos.

De pronto, Eduardo observa que uno de los camareros que sirven el cóctel, alto, con pelo recogido en una coleta, patillas largas y dos pendientes de aro, clava la mirada en él. No es una mirada cualquiera, es de advertencia.

Se da la vuelta enérgicamente y Pilar detecta su intranquilidad.

—¿Qué has visto?

—El camarero ese. ¿No es el hijo de la Mentxu, de Orio?

Ella mira con discreción, como hace todo en su vida.

—Puede ser. ¿Por?

—Ya sabes de su pasado.

—Hizo la *kale borroka*. Era de Jarrai. Su padre sí que estuvo metido. ¿Crees que el chaval sigue?

—No lo sé, pero me ha mirado raro. Veo fantasmas por todos lados.

Pili no le dice nada. No quiere quitarle importancia.

—Quizá sea tan solo que el chico está sacándose unos duros trabajando y ha caído en esta fiesta: nos conoce y seguro que no le caemos en gracia. Podemos convivir con el odio, ya sabemos de qué va esto —matiza Pilar intentando tranquilizarlo.

—No sé, no sé.

—¿Sabe su nombre? —interrumpe Lucas—. También hemos pedido las listas de todos los que acudieron al evento de Zabalaga. Podemos intentar identificarlo.

—No, pero creo que podríamos averiguarlo. Recuerdo el nombre de la madre, era buena gente, de Orio. No recuerdo ni el del chaval, ni el de su aita*.*

—¿Cree que fue el mismo tipo que lo asaltó en su estudio?

—No lo sé…

—Vamos, demos otra vuelta, no lo pienses más —le pide Pilar, antes de girarse y adentrarse de nuevo en los jardines.

De pronto, un vestido rojo y flamante pasa cerca del matrimonio. Es Anne Wallace.

—Mira, Pili, es ella… —musita él.

Pilar percibe también la magnificencia de la artista.

—Dicen que es medio *sorgina…*

—Ella también es de luz negra, como yo. O casi, la luz negra en sí misma…

Anne deambula por la fiesta como si estuviera fuera de lugar. De súbito, la joven percibe que la observan y se gira volteando la espalda. Clava los ojos en el matrimonio.

En ese momento, un invitado se acerca a Eduardo y él tiene que atenderle. Pilar advierte la inoportunidad y pone la mano en el hombro de su marido para darle a entender que ella se encarga de retener a la pianista, con la que quieren hablar.

Pilar se acerca a ella con afabilidad y Chillida las observa a ambas hablando cerca de él. Pasa unos minutos conversando con el invitado, hasta que puede zafarse de él.

Se acerca a ellas y oye que están hablando de Zabalaga y del caserío. La mujer ha preguntado qué harán con él. El escultor aprovecha para acercarse y participar en la conversación.

—¡Hola, señorita Wallace! Encantado. Hablaba usted del caserío, ¿verdad? —irrumpe sonriente señalando el edificio—. Puede que acabemos guardando aquí algunas obras, pero este maravilloso lugar no será un museo, sino la señal de que soy de aquí…

Ella parece acoger con buen ánimo lo que le dice, y entablan una conversación breve. Demasiado breve para lo que a Eduardo le hubiera gustado.

Porque de pronto algo va mal. Algo va mal en la pianista. Ella mira sus manos. Eduardo la mira a ella. Y ve cómo se desploma.

—¿Qué me pasa? —le susurra desde el suelo. Pero él, preocupado, no sabe que contestarle.

—¿Está usted bien, señorita?

—Resulta evidente que no.

El escultor se azora y se gira hacia los demás.

—¡Ayuda! ¡Un médico, por favor! ¡Un médico!

El doctor Kulakov se acerca y atiende a la mujer. Eduardo se retira consternado. Mira a Pili, que también está desencajada.

El escultor se aproxima a su esposa, pero en los breves metros que los separan, tiene un encontronazo con alguien.

Es el joven de Orio que antes han reconocido y que ya no disimula su fijación por él. Se lleva el dedo índice a los labios y se da la vuelta no sin antes echar una mirada de odio y advertencia a Pilar.

—*Isilik*, Eduardo —le conmina con severidad.

Eduardo se queda unos segundos inmóvil. Y mira a Pilar. Ella, cerca de él, también ha oído la advertencia. Silencio es lo que han buscado siempre en su vida, y es ahora lo que les piden. «Silencio, Eduardo».

—Te piden que no hables… —musita Pilar—. Pero ¿de qué?

Día 1

19.30 h

Patio de butacas

> ¿Puede el arte también servir como entretenimiento? Nosotros sentíamos que sí, sin duda. Esto siempre ha sido el objetivo.
>
> FRANCIS FORD COPPOLA,
> premio Princesa de Asturias
> de las Artes 2015

INTERIOR. NOCHE. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 26 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

Entra la noche en Oviedo.

El doctor Fran Mendoza, un hombre afable y educado, me ha solicitado muchas pruebas médicas.

Demasiadas.

Me han sacado sangre. Me han hecho placas y pruebas motoras. El doctor ha pedido ayuda a unos especialistas que también han hecho sus análisis, una punción, biopsia muscular, electromiogramas… Además, han entrado en mi habitación y han revisado mi ropa.

Y por fin… me han dejado en paz.

Entro en la cafetería, que está a la derecha del primer patio tras la recepción, buscando a alguien. Ahí está él, solo a una mesita que le queda pequeña, revolviendo con una cucharilla, que le queda pequeña también, un café que tampoco será suficiente para despejarlo.

—Acompáñeme, señor Bieda —le digo al llegar a su lado.

Él me mira taciturno.

—Cómo que la acompañe si soy yo quien la ha citado aquí.

—¿Para qué?

—Para que me explique qué tengo que buscar en no sé qué butaca del teatro. Lo que me ha dicho antes.

—Pues entonces, acompáñeme.

Y me giro saliendo de la pequeña cafetería.

Al oír a mi espalda la silla arrastrándose como si fuera a partirse, intuyo que el policía me sigue. Poco después, mientras atravesamos uno de los largos pasillos, se pone a mi vera.

—¿Por qué me ha hecho tantas pruebas el señor Mendoza? —le pregunto sin mirarlo.

—Por su seguridad.

Lo observo unos instantes.

—No me está usted diciendo la verdad. Pero no importa, no se preocupe.

Y seguimos caminando. Al policía debe de resultarle incómodo, porque saca conversación «de pasillo».

—Se ve que este antiguo hospicio era funcional y enorme, pero nada confortable… Supongo que no querrían que sus «huéspedes» se quedaran más tiempo del debido y tenerlos aquí de gratis.

—Algunos sí pagaban —le corrijo yo.

—¿Ah, sí?

—Sí —digo, y me pongo a citar de memoria uno de los cientos de papeles que he leído sobre el hospicio—. «Si se tuviese conocimiento por la Audiencia o Justicias del Principado de que, por incontinencia, se hallase alguna mujer preñada y resultare conocido lo que llaman como "el cómplice de la fragilidad" se condena al autor del preñamiento a pagar la crianza y gastos». También pagaban las damas de alcurnia que venían aquí a esconder secretos: embarazos no deseados suyos o de sus hijas. O damas de compañía que habían sido desvirgadas por el señor de la casa.

—Vaya, veo que todo sigue igual.

—Bueno, mejor nacer a escondidas dentro que de mala manera fuera y entrar aquí por el torno…

Me detengo para mirarlo.

—Por cierto, señor Bieda, ¿usted sabe dónde queda el antiguo torno?

—¿Qué torno? ¿Se refiere a donde se dejaba a los bebés no deseados? Ni idea… ¿Me va a decir de una vez ya adónde vamos? Tengo cierta prisa, ando con un poco liado, ¿sabe?

—La prisa es el camino más largo hacia cualquier meta. A veces lo único que nos separa de un objetivo es desearlo con demasiada avidez.

Bieda suspira.

—Joder, esto no está pagado…

—Le preguntaba lo del torno porque sé que Isidoro Gil de Jaz dispuso que se colocara una campana en él, para que el administrador o el capellán fueran corriendo a recoger al bebé que

posiblemente estaría en mal estado. ¿Sabe usted si sigue habiendo una campana?

—Qué demonios voy a saber yo… ¿Por qué quiere saber si hay una campana?

—Hace unas horas oí un fuerte aldabonazo a destiempo, en uno de mis sueños. Y era por buscar si hay alguna campana cerca.

—En uno de sus sueños, dice…

—Así es.

—También hay campanas en la torre de la antigua capilla del hotel.

—No, pero esas no fueron… —afirmo yo, pensativa. Y ambos permanecemos en silencio mientras seguimos caminando.

Atravesamos la parte de atrás del patio de la Reina y llegamos al salón Reconquista. Es un espacio enorme y diáfano, de cuatrocientos metros cuadrados. Al fondo de la estancia están los equipos informáticos y de televisión que ha montado la policía.

—No sé por qué me ha traído aquí, pero usted no debería estar en este lugar.

—Verá como sí. Lléveme a los monitores y pida que nos pongan el momento de los discursos de la ceremonia, por favor.

—¿Para qué?

—Será divertido, hágame caso. Como ir al cine. No en plan artístico, sino más en la línea del entretenimiento…

—Repito. ¿Para qué?

—Patio de butacas del teatro, fila siete, asiento número cuatro. Para eso.

Bieda suspira pero hace lo que le pido. Se dirige a su gente. Uno de ellos acerca un equipo audiovisual montado en una estructura

metálica con ruedas. Introducen la cinta VHS y la televisión, gruesa y de pantalla redondeada, comienza a emitir chasquidos grisáceos hasta que se perfila una imagen granulada de baja calidad.

—Gracias. Ahí estamos los siete… —digo mientras Bieda y su compañero miran la televisión—. ¡Espere! ¡Ahí, vuelva ahí! Rebobine.

El joven le da al desgastado botón de *rewind* y congela la imagen cuando se lo pido.

—El doctor… está mirando a alguien del público. Fila siete, asiento número cuatro.

—¡¡¡Es ese hijoputa!!!

—¿Quién, jefe? —pregunta su acólito.

—Kulakov está mirando al tío de pelo gris y de corte cuadrado. El mismo que vi en la playa ayer, cuando encontramos el cadáver. Ese tío es ruso, seguro… Y fue a la ceremonia para presionarlo. ¿Quizá a ver si Kulakov cumplía su cometido?

Bieda me mira descolocado.

—¿Pero cómo sabía exactamente dónde se sentaba ese hombre? Usted me dijo que creía que el doctor buscaba algo entre el público y ahora, ¿cómo sabe su ubicación y de quién se trataba?

—No lo sabía. Pero en el interrogatorio de antes al señor Pavlovich usted dijo: «¿No sabe si había alguien, quizá de su propio país, que lo perseguía? ¿Que lo acechaba? Yo tengo en mente un tío cuadrado, pelo gris rapado en cepillo…». Eso dijo usted.

—Voy a pasar de nuevo por alto lo de colarse en nuestros interrogatorios… ¿De verdad recuerda cada palabra que decimos aquí dentro?

—Sí, ya se lo dije. Y no solo eso. Recuerdo el aspecto de cada persona de las que nos estaban viendo en el teatro. Al menos los

más cercanos; lógicamente, no llegaba a ver a la gente de los palcos. Usted mencionó el aspecto físico de este hombre. Tan solo tuve que repasar la imagen de mi mente. Y ahí lo tiene. Fila siete, asiento cuarto. Ahora, si no le importa, le toca a usted averiguar de quién se trata… Ya me dirá. Gracias.

Y me voy.

El niño y la cámara secreta

INTERIOR. CELDA DE PIEDRA.

Adrián intenta matar el tiempo.

Hasta que lo maten a él.

Está seguro de que acabará muriendo. Pensaba que a los niños no se los mataba, pero, con esa seguridad infantil ante lo increíble o incluso lo irreal, acepta que ese es su destino. A veces llora. Y a veces, pide a su imaginación que se lo lleve de allí. Toma una piedrecita más pequeña que una canica y la golpea intentando acertar entre dos muescas de la pared.

Pero la imaginación también se fatiga. Y si ella descansa, él vuelve a llorar. Antes lo hacía sonoramente, con gritos, para que lo oyesen. Ese suele ser el lloro infantil: el que no busca lamentarse, sino el reconocimiento. Como el niño que, cuando se lastima, no llora hasta que ve a su madre. Él antes lloraba de ese modo, al principio, cuando tenía la esperanza de que sus captores le dieran lo que quería a cambio de no oírlo llorar.

Ahora llora quedamente. Con gemidos ahogados. Con lástima por sí mismo. Sin ningún otro fin que el de llorar.

Sus ojos se han vuelto más verdes a causa de las lágrimas, y su pelo, menos pelirrojo por la decreciente vivacidad de ánimo. Esos

cabellos que antes parecían llamaradas, ahora no son ni pequeñas flamas trémulas un momento antes de extinguirse por un soplo de viento frío. De viento húmedo, lóbrego y oscuro, como el que allí se siente.

La puerta se abre. ¿Ya es hora de comer de nuevo? Lo único previsible en ese lugar son los horarios de las pitanzas diarias. Su consciencia del tiempo se guía por las veces en las que esa especie de monje encapuchado va a traerle la comida.

—Come, chico.

Esta vez se atreve a preguntar. Como sigan sin decirle nada, no necesitarán matarlo para que se muera.

—¿Habéis mandado la nota a mis padres?

—No pienses en eso.

Adrián percibe o quiere percibir un tono de compasión en su captor, ¿le está cogiendo cariño? Lo necesita. Adrián necesita que le cojan cariño. La necesidad de cariño en los niños es más alta que la de la alimentación. Por eso nacen así, tan pequeños, para que sea más fácil quererlos. Y para olvidar rápidamente los malos momentos que dan cuando crecen. Adrián necesita un poco de compasión, de roce, una sonrisa. Necesita compartir sus cuitas, incluso con quien se las provoca.

—Ayúdame, por favor. Ayúdame a salir. Soy pequeño…

El captor lo mira. Parece entender lo que ocurre dentro de esa cabecita. Pero toma impulso con el brazo y le asesta un empellón. No tan fuerte como podría habérselo dado, pero sí más de lo que habría debido.

El cuerpecito del niño cae hacia delante. Adrián sangra por la nariz. O por la boca. O por los dos sitios.

—¡No seas infantil y calla! Estarás aquí hasta que te digamos.

El encapuchado saca un cuchillo de su vestimenta y se acerca al crío. Adrián aprieta los ojos y espera su final. Pero el hombre tan solo lo sujeta de la cabeza y le tira de los pelos. Le está cortando un buen mechón de ese cabello, ayer pelirrojo y ahora cobrizo, triste y sin brillo.

Una vez acaba la faena, el captor guarda el cuchillo y sostiene satisfecho un buen puñado de pelo infantil. Se acerca después a la escudilla donde había la comida y se la lleva sin que Adrián haya tenido oportunidad de probarla.

—Sigue así y te dejaré calvo. Y si eres un cobarde, no hay comida.

Y se va cerrando el portón con acrimonia.

Adrián vuelve a llorar. Y sus lágrimas saladas se juntan con su sangre en la comisura de sus labios. Se lleva la mano al pelo. Duele. Se lleva la mano a la boca. Duele también.

Sabe que ese mechón se lo enviarán a su familia. Porque es un niño, pero no es tonto.

Le da igual que se hayan llevado la comida, porque su alimento más importante no va a volver a recibirlo de nadie. Nadie volverá a abrazarlo ni a consolarlo.

Está seguro de que lo van a matar.

Día 1

20.30 h

Repaso en la pizarra

> Nosotros, el presidente Arafat y yo, estamos intentando cambiar esta realidad en Oriente Medio. Tenemos que trabajar, en ocasiones, en contra de la naturaleza humana, que busca venganza.
>
> ISAAC RABIN,
> premio Príncipe de Asturias
> de Cooperación Internacional 1994
> (… un año antes de ser asesinado)

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 25 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

Bieda entra en el salón de Consejos. Allí ve una multitud abigarrada de personas con una misma fúnebre armonía. Fuman, hacen llamadas, escriben y hay una miríada de fotos y de notas en los paneles que rodean la mesa.

—Vale, ya hemos acabado de interrogarlos —dice mientras se sienta.

Se ponen todos en sus puestos y recogen papeles para hacer repaso. Manuel Ureña retoma la última pizarra que habían pintado. Allí se detallan los tres puntos examinados en su reunión anterior:

1. Cómo se introdujo la bomba. Debajo de la mesa que soportaba la escultura. ¿¿¿CÓMO la introdujo alguien allí???

2. Quién activó la bomba. Uno de los premiados. Necesitaba visual y capacidad de actuación.

3. Análisis del artefacto en sí. Para determinar procedencia o autoría.

Manu Ureña apunta una cuarta vía de investigación, antes de hablar:

4. Muerte del doctor Kulakov. Por qué. Cómo. Le presionaron en la ceremonia.

—Siguen analizando las pruebas realizadas a la señorita Wallace y sus pertenencias para ver si fue ella quien pasó por contacto epidérmico el veneno. Fue la única que estuvo con él entre nuestro interrogatorio y el momento en que se encerró en su habitación. Pero, si tenía alguna sustancia y se la pasó al tocarlo, es raro que ella misma no sufriera consecuencias.

Silencio de nuevo. Torvas miradas a la pizarra, que no mejora, sino todo lo contrario. Un par de rasgados de cerillas para encender nuevos cigarros. Más humo, nuevas pesquisas. Nuevos callejones sin salida.

—El primer punto sigue siendo una incógnita: ¿cómo pudo alguien meter una bomba allí? Es que me parece imposible…

—No conseguimos saber cómo pudo alguien introducirla y colocarla debajo del mueble. Tuvo que ser horas antes del cóctel, para ocultarla bajo el mantel.

—Delante de mis narices… —dice Clara, visiblemente afectada.

—Bueno, jefa, nos pasó desapercibido a todos.

—Flaco consuelo.

—Tenemos que averiguar cómo entró ahí… En fin. ¿Y el tercer punto? ¿El análisis del artefacto?

—Ya lo tenemos. Artefacto sencillo, hecho para joder. Para destrozar en un radio de impacto corto, más que para ser letal —dice Ureña mientras coge una hoja entre varios montones, con el reporte de los artificieros y lee—: «Tarta de aluminio, oculta tras escultura, con TNT más polvo de aluminio y nitrato amónico».

—Amonal… —asiente Bieda.

—Sí, pero muy poca carga. Y sin metralla. En otros artefactos suelen meter tornillos, cabezas de martillo, monedas. Aquí buscaban atención y destrucción de lo más inmediatamente cercano.

—La escultura de Chillida y, por supuesto, el príncipe, en este caso.

—Así es. Suponemos que fue activada por control remoto de radio corto (por eso entendemos también que la detonó uno de los siete), pero no se ha hallado el mando. Nada más reseñable.

Manu se queda mirando la pizarra. Hace un par de anotaciones. Bieda interviene por fin.

—Si hablamos de un culpable entre los premiados, que no hace sino ejecutar lo que alguien de fuera le pide (ETA o quien sea), la clave es el motivo. Os hemos puesto a investigar a un premiado cada uno. ¿Habéis averiguado algo?

Todos miran otro apartado de la pared, una pizarra distinta, en la que aparece la foto de cada uno de los siete premiados y, debajo, información sobre cada uno de ellos. Noticias relevantes, sucesos a tener en cuenta. Todo un panel lleno de la vida de los premiados. Los admirados por el mundo bajo la lupa de la sospecha. Un poli que ha estado haciendo, en las últimas horas, de abogado del diablo de cada galardonado.

Buscando las causas por las que podría ser culpable.

—De ahí no hemos sacado mucho, jefe. Cada uno tiene una gran biografía, pero no hay ningún tipo de trapo sucio visible. También hemos mandado que fueran a ver los domicilios y lugares de trabajo de cada cual en España, previa orden de registro. No hemos hallado nada. Por supuesto, quedarían por examinar los domicilios de fuera. El empresario, Javier Treviño, tiene otra casa en Boston. Anne Wallace, una habitación en el *college* de Oxford, y los dos rusos, en Londres. Y el escritor Harry Crane… tiene casas por todas partes.

—Sobre lo que pudo llevar a cada uno de ellos a cometer el atentado —continúa Lopategui, de pensamiento más analítico—, cualquiera sabe. Ya habéis interrogado a todos. No parece haber ninguna información clara. Solo una parece estar más implicada: Anne Wallace, pero es insondable. Puede que lo hiciera, porque, sencillamente, tuvo la oportunidad, y la vemos capaz. Pero ¿por qué? ¿Por qué habría querido atentar contra la Corona? Ni idea.

Uno. Ureña apunta en esa otra pizarra el nombre de Anne Wallace, bajo su foto.

—Cualquiera sabe por qué hace Anne Wallace lo que hace, sea lo que fuere…

—El equipo que mandamos a su casa en Vizcaya, que por cierto está en mitad del monte, estuvo con el señor Sheldon, psiquiatra y amigo de la familia. Y él confesó que habían recibido una carta amenazante de ETA pidiendo dinero. Un impuesto revolucionario. Ahí podría haber una extorsión para obligarla a cometer algo como esto…

—Eso es importante —dice Ureña.

—Sí, lo es —admite Bieda—. Aunque es verdad que en el País Vasco cualquier persona medianamente reconocida y con dinero es contactada por ETA. Pero, desde luego, tenemos una posible motivación ahí: la extorsión.

Se hace un pequeño silencio. Algunas apuntan, otros cavilan.

Dos. Ureña escribe ahora debajo de la imagen y nombre de Eduardo Chillida…

Y sigue hablando otro de los agentes, el asignado al escultor.

—Continuando con el señor Chillida, no podemos adivinarle una motivación clara. Sí es verdad que (según los vídeos) llevaba un buen rato mirando hacia donde iba a explotar la bomba. Y nos habéis dicho que alguien allanó su estudio. ¿Puede esto tener algo que ver con el atentado? No lo sabemos. Pero desde luego, él tampoco parece saberlo. Hizo la denuncia y hoy os lo ha contado abiertamente.

—Es una línea de investigación de la que deberíamos seguir tirando. Por qué alguien, si no fue para robar, se metió en su estudio

y le dijo que no fuera a la policía.

—Eso de no ir a la policía suponemos que es algo que siempre piden…

—Ya…

Tres. Manu cambia de tercio tras escribir unas notas y pasa al escritor, premio de las Letras, Crane.

—Y sobre Harry Crane, el inglés —quiere saber Bieda—, ¿qué hay nuevo? Dicen que está pendiente de todo y de todos. Ya os hemos dicho que más de uno de los premiados lo ha señalado como quien que parece saber más que el resto.

—Hemos intentado averiguar cualquier cosa sobre su vida, pero no hay mucho. A pesar de salir muy a menudo en revistas del corazón con sus parejas, a veces del mundo del cine, no tiene una vida social excesivamente visible. Sin familia propia, más allá de una hermana que murió hace poco, no hay nada más reseñable. Sin aficiones ni vicios.

—Esos son los más peligrosos —dice Bieda.

—Puede ser… —conviene por fin el agente encargado del seguimiento al señor Crane.

Bieda suspira.

—Puede que estuviera atento a todo, pero según las cámaras de seguridad ni se acercó al lugar de la bomba, ni estaba mirándola para una posible activación… Y cuando murió el doctor, estaba con nosotros en el interrogatorio.

Cuatro. Ureña asiente, apunta algo y decide tomar la palabra saltando al apartado y fotografía de Kulakov, el doctor fallecido.

—Eso nos lleva al médico. Ese sí que estaba cerca del príncipe cuando ocurrió la explosión. Y ha adoptado comportamientos más extraños estos días.

—Pero… —añade Clara—, ¿cambia algo el hecho de que ahora el doctor esté muerto? —pregunta.

—Para el doctor, un poco —ironiza Bieda.

—No debería —dice Juan Lopategui—. Seguimos sin tener ni idea siquiera de por qué está muerto. Ahora sabemos, por los vídeos de la ceremonia, que mandaron a alguien al teatro para vigilarlo.

—Al mismo tío que vi a lo lejos en la playa de los Cristales, donde encontraron el cadáver de quien se supone que se cargó el doctor. Pero no sabemos lo que eso entraña ni si lo descarta como autor del atentado contra la Corona, que es lo principal que estamos investigando —interviene Bieda mientras se acerca a su subordinado para preguntarle en voz baja—: Hablando del doctor, ¿has podido organizar el viaje, Ureña?

—He reservado el primer vuelo que había: salgo esta misma noche y llego de madrugada a Inglaterra. Luego cogeré un coche hasta el centro de Londres.

—Perfecto, intenta colarte en su piso, a ver si averiguas algo. Ve con cuidado y, sobre todo, sé discreto. No dejes ningún rastro de tu estancia allí.

Clara Expósito, que intuye lo que se han dicho, suelta un bufido. Da a entender de nuevo lo reacia que es a que alguien vaya a un país extranjero sin recurrir al cauce diplomático.

Bieda la ignora y prosigue.

—Este Kulakov ha muerto por algo. Todos dicen que estaba raro. Ya os he contado lo que me confesó la directora de la Fundación del Premio: a última hora hubo un respaldo masivo a su candidatura. Alguien quería asegurarse de que estaría aquí. Y luego un testigo nos dice que puede que se cargara a alguien en la playa de los Cristales. Y no olvidemos algo, aunque nos dé miedo siquiera mentarlo: ETA pudo estar implicada, pero ¿y si la KGB a través del doctor quiso cargarse al príncipe? ¿Y si quiso desestabilizar la política mundial? Sabemos que parte de la KGB está en contra de los posibles acuerdos de Gorbachov y Occidente. Si quieres cargarte una fiesta no veo mejor manera.

Todos murmuran. O callan y se frotan los ojos. Traer a colación a la KGB ya es otro nivel. Y Bieda es consciente de ello.

—Por cierto, ¿se ha podido conocer la identidad del hombre que se ve en el vídeo sentado en la fila siete de butacas?

—Nada. Quien ocupó esa plaza se hacía pasar por un tal Pedro García. Identidad falsa, evidentemente, e ilocalizable. Hemos dado avisos a otros cuerpos difundiendo su imagen, pero será difícil que alguien dé con él.

Bieda sabe que la entrada en liza de un crimen con tintes internacionales y con un acrónimo como el de la KGB es algo que amedrentaría a cualquiera. Pero él tiene que seguir tirando de su equipo.

Vuelve a fijar la mirada en el panel de los siete. Los famosos siete.

—No os preocupéis, ya iremos viendo. Quizá Ureña averigüe algo más. Sigamos con otro.

Cinco. Manuel pasa a la fotografía de Javier Treviño el empresario.

—¿De Treviño me estáis mirando cositas? —inquiere Bieda—. Lo de las fundaciones que nos chismorreaba la señorita Rodero…

—Aquí sí hay algo. Es de todo punto cierto que las donaciones que hace a organizaciones sin ánimo de lucro son enormes. He puesto a un tío con perfil financiero a mirar las cuentas de Treviño y sus empresas. Y todo lo que dona es un dinero que podría hacer engordar su bolsillo, pero renuncia sencillamente a él.

—Pero…

—Pero hemos interrogado a algunos hombres de su confianza. El CEO, Viktor Sven, es un tiburón y no soltó prenda. Pero alguien cercano nos ha confirmado que ha habido una salida de caja relevante sin razón alguna. En metálico. Hemos hablado con la Ertzaintza. Podemos estar ante un impuesto revolucionario. Iban a hablar con la gente que tienen comprada dentro de la banda. Y hay un asunto curioso: los importes no atan.

—Explícate.

—Parece que les pidieron cien millones y solo hubo un primer pago de ochenta.

—Joder… ¿Igual les rebajaron la cantidad a cambio de que los ayudaran aquí dentro con el atentado?

—A eso voy…

—Seguidme eso e informádmelo. Es muy importante. Yo hablaré también con mi contacto de la Ertzaintza. Continuemos.

Seis. Ureña asiente y se coloca bajo la foto de una mujer muy bella. La periodista…

—Siguiendo con Rodero, también continuamos investigando su perfil, sus posibles interacciones con la banda cuando ha buscado exclusivas con informantes de dentro.

—¿Han sacado algo del registro de su domicilio?

—Nada. Y todo. Hay mucha información sobre ETA. Y contactos. Contactos directos de la banda. Cierto que como periodista puede ser lógico que haya de tenerlos pero…

—¿Qué motivo podría tener ella para avenirse a cometer un atentado así? —pregunta Manu Ureña desde la pizarra—. ¿Sus tendencias republicanas?

—Eso es muy endeble —repone Lopategui con frialdad—. Es más que lógico pensar que una profesional como ella intente tener chivatos o tomar atajos para hacer periodismo de investigación.

Bieda suspira mostrando una reticente aquiescencia. Suficiente para que todos sepan que hay que saltar de tema.

Siete. Manuel acude al último perfil. Uno de los más inaccesibles. Dimitri Pavlovich.

—Y solo nos queda el diplomático… —termina Lucas Bieda—. Es de quien más difícil será obtener información. Es un rey en un reino de espías…

—Si hemos insinuado que la KGB puede estar detrás, y habiendo muerto Kulakov, no es por nada, pero tiene boletos suficientes para que tengamos precaución respecto a su implicación.

—Con un tío como este siempre hay que tener precauciones. Además, ahora lo tenemos de viaje relámpago a un evento en Madrid, que tan solo espero que no se airee…

Se vuelve a instaurar el silencio. Ureña termina de apuntar frases crípticas bajo cada sospechoso que replican lo hablado.

Todos atisban que hay más dudas que respuestas en la pizarra.

De pronto, entra otro agente con unos papeles en la mano. Los agita para que todos los vean.

—Aquí traigo los nombres que quedaban de los asistentes a Zabalaga. Ya están todos. En los que hemos podido confirmar su información personal o procedencia, lo hemos hecho.

Bieda intercepta los documentos.

—Trae aquí para que les eche un ojo…

Se hacen unos instantes de silencio. Manu sigue pintando en la pizarra. Bieda hace bailar sus ojos de lado a lado por las hojas que sostiene, contienen nombres y más nombres.

Hasta que uno reclama su atención.

Ya sabe quién es el camarero a quien Chillida reconoció en el cóctel.

Da un golpe con la mano en la lista que despierta la curiosidad de todos.

—Joder…

—¿Qué ocurre, Lucas? —pregunta Clara Expósito.

Bieda se pone de pie sin dejar de mirar la lista. Sin dejar de mirar uno de los nombres que aparecen en ella. Y sabe que ha de regresar a sus orígenes. Allá donde dejó años empapados de sangre.

—Ocurre que esta noche me voy a Bilbao. Tengo que visitar a un viejo enemigo…

FLASHBACK

Pactar con el diablo

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

FLASHBACK A PRIMERA HORA DE ESE MISMO DÍA.

Amanece después de la funesta noche del atentado.

Javier Treviño acaba de pedir a la recepción del hotel que le permitan hacer otro intento de llamada telefónica. Todos han podido llamar a sus familias y a los más próximos para informarles de que estaban bien. A salvo. Pero él quiere dar otro tipo de aviso.

Ha intentado contactar con Viktor Sven, tanto en la empresa como en su casa particular, en un par de ocasiones. No son ni las siete de la mañana, y la policía los ha citado a todos a las siete y media. O mucho se equivoca Javier, o intuye que les dirán que, debido al atentado y a la prensa que se agolpa desde ayer noche en las inmediaciones del hotel, se restringirán las comunicaciones con el exterior.

Por eso tiene que dar con su mano derecha cuanto antes. Está dentro de la cabina de la primera planta y aprieta el auricular como si fuera a estrujarlo entre sus dedos.

—¿Sí, dígame? —contesta la vaga voz de Sven desde su domicilio.

—Joder, por fin. Viktor, soy yo. Dime que no hemos sido nosotros.

—¡Javier! ¿De qué me estás hablando? ¿Cómo estás? ¿Ha habido algún fallecido?

—No, creo que no, acabamos de amanecer de una pesadilla. No lo sé. ¿Hemos hecho algo? ¿Negociaste con la banda?

—Javier, no… —Viktor hace una pausa y se oye su respiración—. Dijiste que lo arreglara. He hablado con ellos. Pero esta línea no es segura, no quiero que… Tú olvídate de todo. Ya tenemos vía libre. Todo está solucionado.

—¿Vía libre para nuestros negocios en el País Vasco? Pero quiero saber si…

—No hablemos por aquí, Javier. En cuanto salgas de ahí, nos vemos y te lo cuento todo.

—¡Pero puede que nos recluyan aquí día y medio para protegernos y aclarar todo! Y además…

Además, nada.

Porque Viktor, ante la eventualidad de que la línea no fuera segura, ha cortado. Y Javier sabe que quizá sea lo mejor. No es prudente hablar de esas cosas por teléfono. Pero no saber nada hasta que los dejen salir va a ser su peor pesadilla.

O no.

Porque su peor pesadilla es la que se materializa como por arte de magia a escasos centímetros de él, cuando Treviño abandona la cabina telefónica: Patricia Rodero.

—Buenos días, es usted todo un madrugador. Parece que sí tiene cosas que contarme, ¿no? Entonces ¿puede que sus negocios en el País Vasco vuelvan a reactivarse?

Javier Treviño da un respingo y se muerde los labios negando con la cabeza.

—Aquí no —espeta lacónico mientras se dirige a su habitación. Consciente de que la periodista le seguirá a una distancia prudente.

Un par de minutos después, Javier Treviño está en sus aposentos, frente a Patricia. Ambos se sostienen la mirada con pose desafiante.

—Solo le expongo los hechos, Javier. Sé que su empresa estaba comenzando a trabajar en el País Vasco. Y sé que estas últimas semanas han parado una operación de compra de otro negocio allí. ¿Quizá porque les habían pedido algo desde ETA? Y sé que ayer un colega mío averiguó que volvían a relanzarse ciertas negociaciones de su compañía…

Hace una pausa en su atropellada perorata. Se toma un tiempo para respirar y para ver si hay respuesta por parte de su interlocutor. Pero Javier sigue mirándola con una mezcla de suspicacia y reproche. Patricia decide dar la estocada final.

—Ahora ha ocurrido esto con el príncipe y el premio. Y justo le oigo hablar por teléfono…

—No me ha oído, me ha espiado.

—De acuerdo. Y justo al *espiarlo*, oigo que habla seguramente con su CEO, el señor Sven, y le pregunta algo sobre si ha negociado con la banda… ¿Casualidad? ¿O debería informar a la poli?

—¡Ni se le ocurra amenazarme! —le grita Javier Treviño a Patricia.

El empresario ha elevado tanto la voz que Anne Wallace, que justo pasaba por el pasillo del ala derecha del hotel, ha detectado la discusión. Y está apostada en la puerta intentando obtener información…

—Javier, cálmese. Y no me niegue que es una casualidad extraña —dice ella con parsimonia y condescendencia.

El empresario no está acostumbrado a que le hablen así.

—Si va a la policía, aténgase a las consecuencias. Pensaba que teníamos un acuerdo.

—¿Un acuerdo? —le espeta ella con risa nerviosa.

—Me pidió una entrevista personal y que, además, vigilase a mis compañeros premiados, supongo que para sus investigaciones. Recapacite lo que insinúa sobre acudir a la policía con una acusación infundada. Las consecuencias de esa rumorología barata serían funestas para mí, para la empresa y para los miles de empleados que la forman. Lo que usted busca es difamar.

—Cuando mandé que lo investigaran, mi equipo me reveló que el señor Sven podría haber hecho algún movimiento extraño de tesorería con la pasta de las fundaciones.

—Eso jamás ha ocurrido hasta ahora.

—¿Hasta ahora?

Silencio. Ella persiste.

—Señor Treviño, ¿han ayudado a ETA, por algún tipo de extorsión, a perpetrar lo de ayer?

—No —asegura categórico él. «No que yo sepa… y espero no equivocarme», piensa—. Como ha oído mi conversación, no tiene sentido que se lo niegue: ETA nos contactó, pero para pedirnos el impuesto revolucionario. Nada más. Y estábamos dilucidando sobre si deberíamos pagar. Sé que no es muy ético, pero la situación es delicada.

—Eso es pactar con el diablo.

—Igual que haber pactado con usted.

—No sé qué han tenido que ver, pero lo averiguaré. ¿Han utilizado a la pianista también?

—¡Pero qué dice! Está usted haciendo acusaciones infundadas. ¿Está loca?

—Intentaré que no sean infundadas, no se preocupe. Seguiré indagando. Sé hacer mi trabajo.

—Mi equipo también sabe hacer el suyo, señorita Rodero. Por muy sucio que sea.

Patricia da un respingo.

—¿Me está amenazando?

—Mi equipo también la ha investigado a usted. Creo que toda esa imagen que se ha montado de periodista arriesgada y valiente no es del todo cierta. Estoy casi segura de que usted toma atajos…

—Suelte lo que quiera decirme de una maldita vez, señor Treviño.

—Las primeras cartas bomba de ETA que recibió y, en su momento, la pusieron en el candelero. Sé que provocó que se las enviaran, pero no sé si en verdad estuvo amenazada. No digo que ahora no lo esté. Solo sé que hizo que el gran público pensara que sus primeros artículos contra el terrorismo tuvieron más eco del real. Y creo que esa reputación que se ha labrado se vería muy en entredicho si esto sale a la luz.

Instantes de silencio. Observación mutua. Amenaza en ambas miradas.

—Por fin revela usted su verdadera naturaleza asesina, señor Treviño —dice ella consternada y desafiante.

—No. Yo no soy como quiere usted pintarme. Este galardón me lo han dado por una razón real. Todas las actividades benéficas que

desarrollamos son para mí lo más importante. A la gente como usted parece sentarle mal que yo gane dinero. Precisamente porque hago buenos negocios puedo dedicarme a mis actividades benéficas. Podría tener una fortuna si no diéramos cantidades tan ingentes a los que más lo necesitan.

—Ya, bueno, ya veremos… —dice ella volviéndose hacia la puerta de la habitación.

Javier se queda en silencio. Exhausto. Se debate entre explotar o callar. No puede moverse mientras la observa alejarse y cerrar la puerta. Tan solo acierta a decir una frase lacónica.

—No es usted de fiar.

Afuera, Patricia parece tan satisfecha de sí misma que no repara en la figura etérea y totalmente antagónica a ella que se ha deslizado detrás de la esquina. Anne Wallace, con pose tranquila y fría, la acecha desde la distancia en absoluto silencio.

La periodista tiene los sentidos embotados ante la perspectiva de una jugosa historia que puede granjearle más fama. Más aún. Porque nunca es suficiente.

Porque en ocasiones, cuando no hay noticia, hay que crearla. Dentro de su habitación, Javier Treviño sigue mirando la puerta fijamente.

No puede permitirse esas actitudes. No puede dejar que intromisiones como esta tiren por el suelo sus proyectos.

Y un fin así puede llegar a justificar los medios para conseguirlo.

Aunque haya víctimas colaterales.

DÍA SEGUNDO

Unas veinte horas para el final…

III
El policía

Este no tiene premio…, pero merece un capítulo.

Día 2

00.05 h

Los cinco

> Los niños necesitan cuentos porque necesitan probar sus imaginaciones, probar por sí mismos las ideas de otras personas, ocupar otras vidas, enviar sus mentes a donde sus cuerpos aún no tienen la madurez para ir.
>
> J. K. ROWLING,
> premio Príncipe de Asturias
> de la Concordia 2003

INTERIOR. NOCHE. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 21 HORAS Y 55 MINUTOS DE PLAZO)

Lucas Bieda entra en su casa, con tiento. No quiere despertar a los más menudos de la casa… Hasta que oye un trote de potros que hace retumbar el pasillo. Los dos pequeños, Anita y Alfonso, van corriendo hacia él y se le enganchan como monos a un árbol.

—Pero bueno, pájaros, ¿vosotros no deberíais estar dormidos?

Lucas recuerda que la intensidad de los niños pequeños antes lo agotaba. Ahora la echa de menos en la parte de su prole que no ha ido a saludarlo.

Alfonso está disfrazado de Batman, como casi siempre. Va alternando disfraces de héroes, pero dice que el hombre murciélago es el que más le recuerda a su padre. Bieda le quita importancia por fuera…, pero se hincha de orgullo por dentro.

—Mañana no hay cole y mamá ha dicho que ibas a venir. Ha dejado que no nos metamos en la cama todavía.

—¡Eso no es cierto, señoritos! —Aparece Paz desde el salón—. Os he dicho que os metierais en la cama, pero que podíais esperar despiertos leyendo un cuento hasta que viniera papá.

Se adentran en la vivienda y allí, frente a la tele, están Nico y María, y Begoña está algo más apartada, con un libro en su regazo. Los tres se levantan para saludar a su padre, incluida Begoña, porque saben por su madre que ahora toca apoyarlo. Que está viviendo algo muy duro y que hay que darle cariño. Que, aunque parezca un tío duro, también él necesita algún sitio donde no hacerse el héroe. Su madre les ha enseñado que la familia va de eso: de tener un lugar donde sentirse incondicionalmente apoyado.

Bieda los abraza con más fuerza de lo normal. Sabe que algunos están en plena y efervescente adolescencia, y que debe darles más espacio. Pero hoy no. Hoy necesita achucharlos como cuando eran niños.

Hoy más que nunca, antes de volver al lugar de donde escapó.

—Te he hecho un dibujo, papá —le dice «Batman».

—Mejor se lo enseñas cuando vuelva —le dice su madre.

—No, tranquila, me encantará verlo. Así me lo llevo en el viaje.

—No creo que puedas… —matiza Anita, algo mayor que Alfonso.

—¡Sí, ve a verlo, está en tu despacho!

—No vayas. Ya lo verás el lunes —le dice Paz.

—Tranquilos, tengo unos minutos, voy a cogerlo y luego, antes de irme, hablo con mami.

Paz suspira negando con la cabeza.

Cuando abre la puerta de su despacho se encoge de hombros, derrengado al ver la pared pintarrajeada con trazos verdes inconexos que pretenden representar el «batmóvil». Un espacio que tenía inmaculado ahora está lleno de pintura de cera cuyas virutas ensucian también la alfombra.

—Joder…

—Te dije que no vinieras a verlo —oye decir a su mujer detrás de él.

—Eso… no se quita, ¿verdad?

—Complicado.

—¿Te gusta, papi? —dice Alfonso, que ha aparecido en la puerta como una exhalación.

—Me encanta, cariño, pero…

—Ya me ha dicho mamá que te gustan más en papel.

—Muchas gracias, cariño. No me puedo llevar la pared al trabajo, pero si pudiera lo haría.

—Quítate ese disfraz ahora mismo, que ya es tarde —dice Paz, antes de asomar la cabeza al pasillo—. ¡Nico, María! ¡Quitadle el disfraz a vuestro hermano, por favor! —Y se vuelve a Alfonso—. Y ahora, chiquitín, déjame hablar con tu padre, porfa.

Cuando se quedan a solas, él se derrumba en la silla, y Paz se cruza de brazos y se apoya en la pared.

—Entonces ¿vuelves?

—Tengo que ir.

—A reunirte con alguien de la banda, además.

—No tengo elección. Necesito datos.

—¿Y si te tienden una emboscada? Te tienen ganas.

—No, mujer, además iré con refuerzos —miente él.

Ella lo sabe. Pero no le desdice. Lo deja tranquilo dándole a entender que eso la deja tranquila a ella.

Paz se acerca a él y le da un abrazo.

—Gracias por pasar por casa.

—Quería veros antes de irme. Pero tranquila, será ir y volver.

—Irás en moto, además, con la que está cayendo.

—Necesito ganar tiempo.

—Mejor llegar tarde que no llegar.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque tú siempre haces lo mismo.

Bieda le da un beso, coge del armario una gabardina más gorda y pasa al salón para despedirse de los niños. Allí encuentra a todos salvo a Begoña, que seguramente se ha recluido en su habitación.

Están sentados viendo *Los Goonies*. Y Alfonsete está desnudo…

Paz suspira y mira a Nico y a María con reproche. Esta última le dice:

—Has dicho que le quitáramos el disfraz, ¿no? Pues se lo hemos quitado.

—Bueno, chicos, me voy —dice Bieda, y se acerca a darles un beso a cada uno—. Echad un rezo en vuestras oraciones de la noche por mí, si no os importa. Lo voy a necesitar.

Los niños asienten. Si su padre pide plegarias, es que tiene miedo. Y si tiene miedo, es que la situación está realmente complicada. Y es la verdad. Bieda siente una extraña contradicción por la que esos niños le dan paz y también se la quitan. Sin ellos, no sentiría

vulnerabilidades que son ajenas a su persona. Su preocupación por ellos y no por él mismo es lo que le hace sentir más temor. Es vulnerable *en ellos.* Pero también es por ellos por los que se siente capaz de seguir adelante.

Última mirada de Lucas a Paz, último beso.

Se dirige a la puerta del rellano y allí aparece, como un fantasma, su hija Begoña. A Lucas casi le da un vuelco el corazón. Es curioso, Bieda es capaz de lidiar con las situaciones más complicadas, con maleantes, con asesinos…, pero se arredra hasta el punto de sentir aprensión cuando ha de afrontar los problemas de sus hijos. O cuando alguno de ellos lo está pasando mal y él no sabe cómo ayudarle. Es «hombre de acción» y no entiende lo que a veces le dice Paz, que, en ocasiones, debería ser «hombre de comprensión».

—Hija mía, qué susto me has dado.

—Sé que vas a Bilbao… Prométeme que tendrás cuidado, papá.

Bieda se derrite.

—Lo tendré, hija —le dice mientras le da un abrazo (suavecito, por miedo a incomodarla).

Al separarse, ella lo mira fijamente. No suele mirar más que al suelo, con lo que a Lucas eso lo impresiona. Ella le dice con voz queda:

—Y no guardes ningún rencor a tu compañera Clara. Ella no tuvo la culpa de nada. Y ahora mismo necesitas su apoyo…

Día 2

00.25 h

El pasadizo

> Nuestros premios han alentado la generosidad sobre el egoísmo, la concordia sobre la división, la convivencia sobre el fanatismo y el compromiso sobre la indiferencia.
>
> Príncipe Felipe,
> discurso de la ceremonia de 2006

INTERIOR. NOCHE. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 21 HORAS Y 35 MINUTOS DE PLAZO)

Es de noche. Tras un día de locos, todo el mundo ha cenado pronto para retirarse a dormir y descansar.

Yo no he cenado. Los viernes siempre ceno *begihandi* con la propia tinta del calamar y coliflor hervida. Eso es lo que toca los viernes. Creo que Sheldon ya se lo advirtió a la organización, pero es lógico que estén un poco desbordados. Me han ofrecido carne, pero carne solo tomo los lunes. Y hoy no es lunes.

Estoy tumbada mirando al techo y repasando todo lo vivido. Me encuentro exhausta. Pero no quiero dormir… Por la noche es cuando mejor conecto con lo trascendente. Con la verdad.

—Venga, salgamos —me digo a mí misma.

¿Debería ponerme algo? Llevo un camisón. De satén, largo y blanco. Lo veo hasta elegante. Sé que no es lo mejor para estar afuera, pero no me va a ver nadie…

Salgo de la habitación descalza y me sumerjo en el alma del edificio, a estas horas más palpable, con su aire palaciego y su atmósfera distinguida.

El sonido de mis pies descalzos contra el pavimento es lo único que rompe un silencio precioso. Mi alma se sumerge en la paz, al verlo todo vacío, ordenado, quieto y sin ruido.

Será por poco tiempo.

Me paro en una de las salas que dan al pasillo y oigo un chasquido tras una puerta. Es la habitación de Lucas Bieda. ¿Estará despierto?

Toco en la hoja con los nudillos.

Y, de pronto, un mayor silencio. Creía haber escuchado algo adentro, pero ahora ese sonido se ha visto ahogado. Presiono la manilla y observo con deleite que el aposento está abierto. Y dentro, todo oscuro, salvo la luz grisácea de la noche que se cuela por las ventanas, también abiertas.

Veo una habitación-despacho, con un globo terráqueo enorme y un ábaco en la mesa. La cama está sin deshacer, de modo que el policía habrá salido para algo o estará pasando la noche con su familia. Pero me sorprende entonces que no haya cerrado la puerta con llave…

Me quedo muy quieta. Escuchando, sintiendo, oliendo.

Hay alguien más aquí dentro.

Escondido. Tengo un sentido de la percepción muy fino y oigo una respiración rápida y unas palpitaciones desacompasadas.

Pienso en lo que está ocurriendo: (1) alguien ha entrado en la habitación del policía. (2) Al oír que yo tocaba la puerta se ha escondido. (3) Eso significa que no quiere que lo descubra. (4) Tampoco tiene sentido que abra el armario donde intuyo que se oculta porque de hacerlo me enfrentaría a una agresión segura o quizá a la muerte.

Como esa persona no parece querer salir de su escondite, decido no apurarme. Aprovecho para mirar en derredor. Están abiertas unas gavetas del escritorio. Contienen una plétora de papeles y documentos. Son notas y listados de la investigación.

Alguien ha estado intentando ver qué ha averiguado Bieda hasta ahora.

Paso los papeles lo más rápido que puedo. Listados de asistentes al evento, notas de las entrevistas, planos de la sala, análisis del veneno que mató al médico. Todo registrado en mi memoria de un rápido vistazo. Pero nada reseñable.

Sin hacer ruido, como sin querer violentar a quien me acecha, mis pies descalzos y mudos se dirigen a la puerta y la cierro con tiento.

No tengo miedo, pero suelto un suspiro al dejar de contener la respiración. Lo que está claro es que hay alguien merodeando en busca de información…

—Como yo, realmente —musito por lo bajo mientras me alejo de allí.

En el pasillo, noto el relente de la intemperie. La noche es húmeda, se nota entre esas vetustas paredes. Doy vueltas sin rumbo.

Paseo para pensar. Pienso para evadirme. Me evado para no sentir.

Y de pronto, al fondo, atisbo una figura. Una figura que no debería estar ahí, porque la intuyo moviéndose a la sordina oculta entre las sombras.

Ese alguien está intentando forzar la cerradura de la puerta de la Capilla.

Ese alguien es Eduardo Chillida.

La imagen de un escultor tratando de violentar la repujada superficie, obra maestra de la orfebrería, se me hace antagónica. «¿Qué haces ahí, maestro escultor?», pienso.

El furtivo mira a ambos lados antes de entrar y desaparece en el interior de la sala más sagrada del edificio. No me ha visto.

Pocos segundos después, aparece otra persona.

Ella sí que me ve.

Es Patricia Rodero, que se queda pasmada al divisarme a lo lejos. Parece dudar. La noto entre desafiante y temblorosa a pesar de los más de sesenta y cuatro metros (aproximadamente, aunque suelo ser bastante precisa) que nos separan y desdibujan, supongo, la visión de la una a la otra.

Patricia se va con precipitación. Con urgencia y ¿miedo?

—¿Por qué? ¿Por qué me tiene miedo? —pronuncian mis labios.

Supongo que verme «flotando» en camisón y con los pies descalzos, con esta aura de bruja madrina que se me presupone, le habrá parecido inquietante. Casi sonrío.

Decido ir a ver qué hace el escultor en la Capilla. Acudo con determinación al salón Reconquista. Tengo el plano en mi cabeza y sé que hay una puerta lateral que da a una estancia aneja al Covadonga, justo detrás del telón que cubre lo que en tiempos pasados era el retablo.

Una vez dentro, observo que Eduardo Chillida, que por donde estoy no me puede ver, manipula los restos de su maltrecha escultura. Permanece ahí unos minutos.

Minutos en los que él analiza y lanza mudas quejas o lamentaciones.

Minutos en los que yo lo observo pensando.

Después, se va, con expresión demudada y corazón encogido.

Y justo entonces, oigo unos sonidos raros al final de las escaleras. Unas escaleras que se sumergen en los sótanos y las entrañas del edificio.

—Vaya. Qué noche tan movidita…

Decido bajar para ver qué ocurre. Noto que, aunque no tenga miedo, mi cuerpo está en alerta. Los temblores de la enfermedad comienzan a aterir mis miembros y realzan la sensación de un frío que se me cuela en los huesos.

Oigo pisadas que se alejan, así que me doy prisa y, aun en plena oscuridad, me atrevo a seguir adelante. Intuyo que quienquiera que se haya colado antes en la habitación de Bieda es quien ahora merodea entre las profundidades del edificio.

Atisbo de pronto la espalda de una silueta que dobla una esquina.

Todo está negro. Pero decido continuar. Qué fácil es ser valiente cuando no se sabe lo que es el miedo.

Gracias a las reminiscencias lumínicas de las farolas, que se cuelan entre algunos ventanucos de los sótanos, puedo vislumbrar muchas estatuas de motivación religiosa. Estatuas que se tornan amenazantes, con sombras que bailan en ellas de un modo que parece que tengan vida.

Doblo una última esquina y llego a una sala cerrada.

El furtivo se me ha escapado.

Pero veo frente a mí una pequeña escotilla abierta de la que surge un pasadizo. Un pasadizo que, originariamente, era una entrada secreta del hospicio. Sé que ahora está cegada y que ese túnel no lleva más que a una pared cerrada, al cabo de unos veinte o treinta metros.

—¿Pero entonces por qué está abierta la escotilla…?

Parpadeo varias veces para que mis pupilas se acostumbren más a la oscuridad, al dilatarse. Me dirijo hacia la portezuela de metal. No medirá más de un metro de alto. Miro hacia dentro. El pasadizo, estrecho y oscuro, se pierde en la negrura. De pronto veo unos reflejos en el suelo cerca de la entrada. Miro al suelo, hay algo que me descoloca.

Un pequeño mechón de pelo cobrizo.

Día 2

00.30 h

El arte oscuro

> En un mundo donde se huye cada vez más de la soledad, el escritor desconcierta como un nadador contracorriente.
>
> CARMEN MARTÍN GAITE,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Letras 1988

INTERIOR. NOCHE. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 21 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

Eduardo Chillida tiene pesadillas. No duerme bien sin Pilar a su lado.

Lucas Bieda y su equipo tendrán que seguir investigando el incidente del encapuchado que irrumpió en su estudio.

¿Quizá era el mismo chaval que acudió al cóctel de Zabalaga y le dijo que ni se le ocurriera hablar? ¿Pero no hablar de qué?

Se levanta del camastro y sale a la terraza. Aprieta la pipa entre las manos y lanza las informes volutas de su fumarada hacia las estrellas que jalonan la noche ovetense. Dibuja efigies mentales con las virutas del humo que expulsa la pipa. Como cuando piensa en sus creaciones en el piso de arriba de su estudio, en esa aventura

solitaria que conlleva todos los titubeos, incertidumbres y sorpresas propios de la creación. Pero en lugar de hacerlo entre imágenes que quiere encajar para darles un sentido, ahora lo hace con palabras, con hechos. Con lo que ha vivido hasta ahora.

El «*Isilik*, Eduardo».

El atentado contra el príncipe.

La luz negra de Anne Wallace.

La explosión. ETA.

«¿Y si…?».

Se agita de pronto, activado como un resorte. No quiere que lo detecten en la incursión que está a punto de intentar. Sabe que hay hombres de Bieda patrullando por los pasillos, pero él se ha hecho bien la composición de lugar de ese antiguo hospicio. Como todo edificio colosal de otrora, siempre hay más de un camino para llegar a cualquier estancia. Tiene su urdimbre clara para alcanzar el salón Covadonga.

Se acerca a la puerta de la habitación y no oye ningún ruido. Abre la hoja de madera con tiento. Por suerte, los goznes se alían con el artista y no revelan ningún ruido intempestivo. Se mueve a la sordina por las mullidas alfombras rojas del pasillo y se frena en la esquina. Se siente como un vulgar ladrón. Se siente inseguro.

Oye unos pasos del guardia. Camino incorrecto. Otea el horizonte y espera a que el policía que vigila el rellano del primer piso le dé la espalda. En cuanto lo hace, en lugar de bajar al patio de la Reina para dirigirse a la Capilla, opta por salir al exterior desde el atrio y acceder por allí a alguna de las puertas de la sala magna del edificio. Es el aposento que más accesos tiene, precisamente.

Seguro que estará cerrada, pero él sabe cómo manipular el metal. Sabe lo que puede hacer el acero contra el hierro.

Llega a la entrada e introduce por la puerta una pequeña barra metálica que ha desgajado de una de las armaduras decorativas del hotel. Allí no hay nadie vigilando porque la sala está vacía y no hay nada que vigilar.

Salvo por la maltrecha escultura *Ilargia*. La luz de los muertos. Su obra.

La cerradura cede. Y deja paso al maestro. Eduardo se encuentra en el primer piso, zona de balcones que dan a la capilla central. Bordea la estancia para bajar. Dentro hace frío. La temperatura exterior no es baja, pero allí se condensa la frialdad que genera la muerte, el miedo y la noche. Y esa atmósfera no abandonará la estancia hasta que todo acabe.

Chillida ve su escultura. Allí está. Todo se encuentra rodeado de cintas policiales: la zona del atentado, el área donde explotó el artefacto y su escultura. El silencio que ahí reina se le antoja como un globo que comienza a comprimir las paredes de la estancia buscando un lugar por donde escapar. Es un silencio que «pesa». El escultor siente como si tuviera que apartar el aire con una gravedad multiplicada, al caminar hasta su objetivo.

Sortea la cinta y posa sus manos expertas en la escultura. La palpa. La mueve. La sopesa. Permanece así varios segundos. Quizá sean minutos. Son espacios temporales que no existen para él cuando trabaja.

Debido a su ensimismamiento, Chillida no repara en que alguien lo está observando a hurtadillas desde que salió al atrio.

HABITACIÓN DE PATRICIA RODERO. UNOS MINUTOS ANTES.

Llaman a la puerta.

Patricia, que aún seguía leyendo y escribiendo notas, se acerca a ella. Tiene pensado ir a la habitación de Harry después, según lo convenido.

¿Será el propio escritor inglés que se ha impacientado por esperarla?

Abre la puerta con media sonrisa que se le desdibuja al descubrir allí a Javier Treviño.

—¿Viene a amenazarme de nuevo, como esta mañana?

—No. Vengo a intentar aplacar su ira contra mí. Quería avisarla de que el señor Chillida ha abandonado su habitación. He estado atento desde la oscuridad de mi terraza a los movimientos del hotel. Más que nada porque tampoco puedo dormir. Y he visto la furtiva figura del escultor. Claramente estaba eludiendo a los guardias y se dirigía a la Capilla. No sé más. Esto me asquea, pero se lo digo para ver si eso ayuda a que me deje en paz.

Patricia asiente satisfecha.

—No, si usted y yo vamos a acabar llevándonos bien, ya verá…

Poco después, Rodero ha abandonado su aposento y ha avistado al escultor, para seguirlo a distancia.

La mujer se encuentra atravesando los pasillos del patio de la Reina cuando, de pronto, ve a mucha distancia, una figura gutural, un fantasma.

Una bruja.

Parece la silueta de Anne Wallace, envuelta en un camisón blanco de satén, como flotando por los pasillos del hotel. No quiere reconocerlo, pero siente miedo. Un pavor atávico e irracional. No quiere reconocerlo, pero todos sus sentidos la instan a huir.

¿Qué hace la pianista ahí? ¿Qué tiene su aura que desprende tanto misticismo y terror?

Patricia recupera la compostura y decide centrarse en su víctima inicial. El escultor. Se escabulle dando un rodeo y sube al primer piso. Ahora vigila a Chillida desde otra puerta, desde uno de los balcones en las alturas del salón de la Capilla. La periodista frunce el ceño.

«Qué demonios estás haciendo, escultor…», masculla.

Poco después, Eduardo Chillida abandona la estancia, visiblemente consternado. Patricia permanece en la penumbra.

Ella busca una mesilla auxiliar y se pone a redactar una nota. En ella cuenta lo que ha visto. Y lo que interpreta de lo que ha visto.

Pliega el papel y acude a una sala aneja cuyas ventanas dan a la calle Ventura Rodríguez. Echa un vistazo fuera y no ve a nadie. Anuda la nota a un guijarro que ha cogido de uno de los jarrones del hotel. Golpea el pedrusco con el metal de la ventana dando tres golpes secos. Clonc, clonc, clonc. Y la lanza fuera, lo más cerca posible de la cabina que hay en la acera de enfrente, varios metros más abajo.

Durante unos segundos no ocurre nada. Hasta que un coche de los que estaban dormidos en la carretera, un Seat, desaparca sin encender los faros. Avanza por la calzada y cuando llega a la altura de la cabina alguien se baja del vehículo y coge la piedra lanzada por Patricia. Se vuelve a meter en el coche y desaparece.

La periodista enciende un cigarro y chasquea la lengua.

El escultor ha incumplido su palabra y eso ha de tener consecuencias.

Día 2

02.30 h

La catedral y la tormenta

En Euskal Herria no hay ideas perversas, sino medios perversos.
MARÍA GUIJARRO,
premio Príncipe de Asturias
de la Concordia 1993
(en nombre de Gesto por la Paz)

EXTERIOR. CASCO VIEJO Y CATEDRAL. BILBAO.
(QUEDAN 19 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

Una Honda CBR vuela por la carretera.

La noche ha conquistado el cielo de tal modo que hace languidecer la luna y las estrellas, como si quisiera hacer primar la oscuridad sobre la luz. Como si quisiera hacer llorar a un cielo que no deja de escupir lluvia, lluvia y más lluvia…

Una figura tosca conduce vertiginosamente una motocicleta, como si hubiera nacido acoplado a ella. La gabardina ondea al viento y da coletazos al aire, como una capa de superhéroe desbocada y sin control.

Bieda está tumbado sobre su Honda intentando pensar con clarividencia. Lleva casi cuarenta horas sin dormir, dejando de lado

alguna pequeña cabezada de veinte minutos aquí y allá. Pero va a tal velocidad que no puede sino centrar sus cinco sentidos en la carretera que une Asturias con Vizcaya, y eso airea su cabeza. Una carretera que conoce muy bien. Una carretera que tomó años atrás en sentido contrario, sin pensar que iba a tener que deshacer el camino en tantas ocasiones.

Queda aún un buen rato para que amanezca otro día.

El segundo. El último.

«Hoy acabará todo. O esta pesadilla, o mi vida profesional», bufa Bieda dentro del casco.

El día anterior, después de interrogar a los siete, vio la lista de los asistentes en Zabalaga y reconoció un nombre.

Por eso se ha largado del hotel. Y en su destino espera encontrar respuestas.

Allí, en Vizcaya, se forjó como policía y luchó contra ETA y contra todos los que estaban al otro lado de la ley. Siempre había sido un hombre de la calle y allí se hizo un nombre. Todos los hijos de puta de cualquier palo y calaña lo conocían, y él presumía de conocerlos a todos a su vez.

La gente afirmaba en Bilbao que la única razón por la que Bieda no era una leyenda era porque aún no había muerto.

El problema es que acabó por cansarse de aquella vida. Tenía mujer y cinco hijos, no podía permitirse vivir cada día al filo de lo que decidiera la fortuna. No podía vivir cada día jugándose el convertirse definitivamente en leyenda.

Y se fue a Asturias.

Pero por su experiencia en la lucha contra el terrorismo y, sobre todo, por sus fuentes en todos sitios, lo habían llamado en varias

ocasiones. Para volver y echar un cable en algunas investigaciones.

Ahora estaba cruzando Cantabria para volver a su tierra y remover alguno de esos contactos. En el listado de todos los convidados al evento de Zabalaga, había detectado un nombre, no entre los invitados, sino entre el personal de servicio que atendió el acto: Ibon Maeztu. Le sonaba que el chaval había liado alguna buena con Jarrai y la *kale borroka*, pero a quien conocía de verdad era a su padre, Kepa Maeztu.

A ese lo había trincado más de una vez. Había acabado por hacerle de chivato. Kepa se había desencantado un poco del romanticismo de la lucha armada. Había terminado encerrado cuatro o cinco años en chirona y eso enfría la llama de la pasión, supone Bieda.

Al fulano en cuestión no le hizo mucha gracia recibir la llamada del policía para verse aquella misma noche, pero él supo tocar las teclas adecuadas: «Pasta a cambio de información y encima quizá puedas sacar de un lío a tu chaval», le prometió. «A mi chaval que le den, Bieda, ya no respondo por él», le contestó.

Pero el poli sabía que eso era falso. Porque además de poli también es padre. Y sabe que por un hijo siempre respondes.

La moto entra en la ciudad como una exhalación. Llueve, es de madrugada, y no hay casi tráfico. El motor ruge como si quisiera hacer saber a Bilbao de su llegada. Como si fuera un caballo de guerra presto para volver a la batalla.

Atraviesa Zabá lburu y la larga calle de Hurtado de Amézaga, para después virar a la altura de la calle Navarra y cruzar la ría por el puente del Arenal. Al poco llega a su destino en el casco viejo.

Como el tiempo no está para muchas lindezas y todavía no alboreará en largo rato, en la calle no hay gente y el policía detecta con facilidad a Kepa Maeztu, fumando un pitillo y acurrucado en una esquina en busca del cobijo de la lluvia, en El Arenal. Se le ve aún fuerte y amenazante; fue alguien duro, recuerda Bieda. «Un hijo puta de los buenos».

Aparca la moto y se quita el casco. Lleva la gabardina empapada. Aun así, decide que es un buen momento para intentar encenderse un puro.

—*Kaixo, txakurra* —le lanza el hombre.

—*Egunon.*

El individuo mira al cielo tormentoso y chasquea la lengua.

—No tienen nada de buenos. ¿Qué es eso tan importante que tenías que decirme?

Bieda sonríe, expulsa el humo y se toca la cicatriz con los dedos que sostienen el habano.

—No lo sé, se me ha olvidado. Supongo que con el viaje, la lluvia, las prisas… y el puto atentado en mi puñetera cara en Oviedo… A uno se le va la cabeza. A ver si me lo puedes recordar tú.

—No sé qué te tengo que recordar yo…

—¿Hace cuánto tiempo que nos conocemos, pichín?

—Hace demasiado. Te haces viejo, Bieda.

—Viejo y cada vez con menos paciencia. Refréscame por qué cojones puedo estar aquí. Habiéndome metido kilómetros de agua y viento para venir a verte la maldita cara. Intenta atinar, te lo recomiendo.

—Yo qué coño sé, hijoputa…

Bieda niega con la cabeza. Lanza un suspiro cargado de enojo.

—Tú sabes, seguro. Sabes, por tres razones. La primera, porque te pagamos por la información, y como no has dado un palo al agua en tu vida, este dinerito te viene de perlas. La segunda, es que tu hijo está involucrado, no sé cómo, pero lo está. Se coló como camarero en el acto de Zabalaga tras apuntarse en la empresa de trabajo temporal. Y la tercera, porque si no me dices nada, te abro la cabeza. Estoy de mal humor y ya recordáis todos por aquí cómo me ponía cuando estaba de mal humor. Así que te doy una última oportunidad.

Kepa Maeztu se arrebuja en su chamarra. Se sube el cuello como si así estuviera más camuflado. Da una última calada y tira el pitillo al suelo mojado.

—La banda no dice nada, Bieda. Yo qué sé. Yo ya estoy un poco fuera.

—Fuera, mis cojones.

—No tan dentro como antes…

—Eso vale. Sigue.

—Joder, pues que no se pronuncian. Creo que se han acojonado.

—¿Pero no sabes si habéis sido vosotros?

—La bomba es nuestra, sí.

—¿Entonces?

—Creo que el tema se ha desmadrado tanto que no quieren reclamar la autoría. Supongo que les da palo…

—¿Tienen reparos en reclamar la autoría después de la bomba del Hipercor de Barcelona que pusieron antes de verano? Allí fueron más de veinte muertos, Kepa… Eso sin hablar del artefacto que mató al guardia civil y del coche bomba que pusieron también allí dos semanas después. Vamos, no me jodas…

—Pues eso. Demasiado cerca en el tiempo de otro atentado así, encima contra la Corona. Temieron represalias. Hay una guerra sucia con los GAL que los acojona. Supongo que solo esperábamos hacer ruido y fastidiar la fiesta, pero…, bueno, sin intentos de asesinato y eso.

Bieda fuma. Se toca la cicatriz. Se estira uno de los tirantes.

¿Por qué ETA no esperaba que hubiera un intento de asesinato?

¿Eso significa que no querían tocar al príncipe?

¿Solo pusieron la bomba y nada más?

—¿No esperabais este resultado, Kepa, eso es lo que quieres decirme con lo de que se os fue de las manos?

—Lo de que estuviera allí el príncipe no se lo esperaba nadie. Creo que les habían asegurado que la bomba jodería el acto, pero explotaría cuando no hubiera nadie aún en el cóctel. A ver… No sé si puedo decirte más.

—Voy a coger a tu hijo y le romperé la mandíbula con este puño, Kepa. Y luego ya quizá le pregunte algo. Voy a intentar que se pudra toda la vida en la cárcel. Habla.

—Creo que este atentado no fue orquestado solo por la banda. Creo que fue otra peña la que dio la idea.

—Quién.

—Ni idea. Te lo juro. Alguien se lo propuso. Y creo que nos dieron pasta para la causa, además, como acicate.

—Y tu hijo qué coño pinta aquí.

—Pues ya sabes. Estará ahí metido. No sé, hará de correveidile. De recadero. Le pedirían que estuviera ahí para controlar o pasar información. No mucho más. Me metieron en la trena y el chaval se

radicalizó. Yo salí más descreído, pero él… Dijiste que ibas a ayudarlo. A hacer la vista gorda con él, ¿eh?

—No te dije eso. No voy a hacer la vista gorda con nadie. Que no vaya a joderle es otra cosa. Pero necesito más. Dices que tuvisteis ayuda, ¿seguro que no sabes de quiénes? Tenían otra agenda, otras motivaciones para el atentado contra la Corona, ¿es eso lo que me estás diciendo?

—Te juro que no lo sé, eso sí que ni idea…

Bieda lo cree. Es la segunda vez que le jura categóricamente que no sabe quién acordó con la banda el atentado. Ahora queda por saber a quién usaron de «dentro».

Quién, de sus siete sospechosos, es el malo.

Bueno, ahora seis, sin el médico…

—Y dentro, ¿quién os ayudó? ¿Quién ejecutó el atentado? Porque con la seguridad que había, nadie sino alguno de los premiados pudo ser el artífice.

—¿De los premiados? ¿Qué dices? No, joder, no creo. A ver, está la zorra de Patricia, pero…

—¿Qué coño sabes tú de la señorita Rodero?

—Que de señorita no tiene nada. Que flirtea con todo tipo de calaña para obtener noticias. Y que es capaz de lo que sea.

—¿Calaña como tú? ¿Te pidió información?

—Igual sí, pero eso no te interesa. No es relevante para tu investigación.

—Pero… ¿entonces?

—Mira, Bieda, no te puedo decir más.

—Sí me vas a decir más.

—Di en tu casa que quiero el doble de lo habitual por esta información. Y que, a mi hijo, ni tocarlo.

—¿No te daba igual tu hijo?

—Sí. Y a ti te daban igual los tuyos, pero al final dejaste esta guerra.

Bieda da un respingo y le echa una mirada cargada de advertencia. Pero su interlocutor prosigue.

—¿Qué te creías? ¿Que en la calle se pensaba que sin más te habían trasladado? ¿A ti, el mayor *txakurra* que había? Lo hiciste para que no tocáramos a tu familia, que era ya lo único que podíamos hacer contra un cabrón como tú. No hay nadie peor que alguien sin miedo.

Bieda niega con la cabeza. Es falso lo que decían de que no tenía miedo. Que buscaba el peligro. No es verdad. Desde que tuvo familia, supo lo que es el temor. Y eso, muchas veces, es lo que lo llevó a empeñarse en seguir con vida.

—Mira, Kepa…, me estoy pensando si machacarte a puñetazos ahora o controlarme para que me des más información.

—Pues te lo digo abiertamente. Tenéis un topo, Bieda. Alguien de dentro. No sé si será alguien del personal del hotel o del servicio de seguridad o quién, pero… Alguien está comprado.

De pronto, pasa un fantasma. Es un instante. Una eternidad.

Bieda detecta un destello de terror ancestral en los ojos de Kepa Maeztu, que mira por encima de su hombro.

El policía no sabe cómo, pero en una milésima de segundo detecta peligro detrás de él y su instinto lo agarra de las entrañas exigiéndole agacharse y ponerse a cubierto.

Y, de pronto, un disparo.

UN DÍA ANTES, NO MUY LEJOS DE ALLÍ, EN UN ESCONDITE DE LA BANDA ETA...

Tres hombres. Uno de ellos bastante joven, con sudadera de capucha. Los otros dos, con un forro polar. Hay una pistola sobre la mesa. El que menos habla fuma un porro. Quizá por eso es el que menos habla.

—No podemos permitir que nos tomen el pelo —dice Josu, el jefe. El mayor. El que no fuma.

—Hijos de puta. Es culpa mía también —añade Ibon Maeztu, el joven. Lleva coleta mohicana y largas patillas—. Cuando lo de Zabalaga no pude pillar quién coño es el topo de los que nos han metido en este lío. Intenté acercarme a casi todos los premiados, pero ninguno tiene pinta de tener lo que hay que tener…

—Igual están usando a alguien de seguridad. O del hotel.

—Solo los premiados estuvieron cerca del príncipe.

—Vete a saber. Pero no podemos permitirlo. Hablamos de que nos ayudarían a organizar un atentado, no un magnicidio, cojones. Dijeron que solo sería una bomba para arruinar el acto antes de que llegara la gente. Pero al estar de por medio el niñato del príncipe, eso puede conducir a algunos *txakurrak* estatales a tomarse la justicia por su mano y buscar represalias.

—Como ya llevan haciendo varios años, con su guerra sucia.

—Hay que conseguir que no nos metan este marrón. Empezar a negar la mayor —dice Ibon.

—Tarde. Y encima han puesto a investigar al hijoputa de Bieda. Nos conoce perfectamente. Hay que cortar de raíz —aporta el

tercero. El que fuma marihuana. Está calmado, pero siembra tormentas.

Se hace un momento de silencio. El tercero vuelve a ausentarse entre volutas de inducida despreocupación psicodélica. Josu valora lo que acaba de escuchar. Mira al joven Ibon Maeztu.

—Vete a Oviedo. Mantente a distancia. Vigila qué hace Bieda. Si se expone, intenta cargártelo. Este tiene razón: va a intentar meternos el marrón aunque no haya pruebas…

Y así de fácil es como encargan a un imberbe que arrebate una vida.

El joven Ibon estuvo merodeando el hotel a lo lejos. Los cordones de seguridad primero, y de prensa después, eran insalvables. El día anterior, el poli salió para reunirse con alguien en La Marchica. Lo tuvo cerca y a tiro. Pero un autobús se cruzó justo antes de que su víctima desapareciera. Mala suerte.

Pero esta noche ve una moto salir del hotel. La moto que todos en Bilbao conocían. Con el jinete al que todos temían. El *txakurra* vuelve a casa.

Llamada de teléfono al jefe. A Josu.

—Síguelo. Si viene para Euskal Herria no será para nada bueno, eso quiere decir que está estrechando el cerco sobre nosotros, ¿por qué, si no, iba a venirse? Ya sabes qué hacer.

E Ibon lo sigue. Hasta Bilbao. Se para con un informante. Llueve y está oscuro, no se ve nada. «Mejor, así lo mataré entre las sombras, sin testigos».

Se acerca con el coche, baja la ventanilla. Saca la mano que sujeta la pistola.

Dispara a la espalda del poli.

Pero Bieda esquiva el disparo… Ese hijoputa tiene un sexto sentido. O un ojo en el culo. Se agacha y echa a correr a cubierto.

Ibon deja el coche de mala manera y sale con la pistola en liza.

Se acerca al lugar. Hay un hombre con un disparo en la cabeza. Sangre que se mezcla con los charcos de lluvia. Lo mira.

Ibon Maeztu acaba de matar a su *aita…*

Emite un grito gutural que rompe el cielo. Un grito de rabia y de odio abisal que ya nunca dejará de dominarlo.

VOLVEMOS A VER LO QUE VEN LOS OJOS DE BIEDA

Lucas contempla cómo el cuerpo de Kepa se sacude con violencia delante de él al recibir una bala en la cabeza.

Tiene claro para quién iba ese disparo. Todo sucede a cámara lenta. Las gotas de lluvia ralentizan su caída y generan pequeños estallidos al romperse contra el adoquinado. Alguna de esas gotas se ensambla con los tonos rojizos de la sangre que abandona el cuerpo de Kepa, que aún sigue cayendo hacia el suelo. Una eternidad que transcurre en un segundo.

Tiene que largarse de ahí.

Echa a correr agachado y abandona la vía del Arenal para adentrarse en la calle Correo. En el antiguo corazón de Bilbao.

De pronto oye un alarido tenebroso. Un grito más inhumano que humano. Un grito de ira que parece dirigido a él. Un grito de guerra

que anuncia el inicio de una caza. La de ese etarra a Lucas Bieda.

El policía corre y la lluvia le golpea la cara. Se lleva instintivamente la mano a la cartuchera… y repara en que no tiene la pistola. Para mayor comodidad del viaje la dejó en el cofre de la moto y se le ha olvidado recogerla de nuevo.

—Es que soy idiota…

Se da la vuelta y ve que en la bocacalle, a unos sesenta metros, se recorta la figura fornida del etarra que lo persigue. Es más joven y corre más que él. Y lo peor de todo, va armado.

Gira hacia la callejuela de Sombrerería. No quiere resultar un tiro fácil en una calle tan larga como la de Correo. No obstante, está aún oscuro y la distancia que ha ganado a su adversario es amplia. ¿Por qué le ha sacado tanto tiempo, si cuando los disparó, el etarra debía de estar a pocos metros?

Sin dejar de correr, en su cabeza van girando los engranajes de policía, hasta que hacen clic.

—No me jodas… ¿Es Ibon?

«Sí, querido. Es Ibon Maeztu, seguro. Y acaba de matar a su padre cuanto intentaba matarte a ti».

Ahora Bieda comprende el alarido de rabia. Ahora comprende que Ibon perdiera unos segundos estupefacto ante el cadáver de su padre. Ahora comprende que si no encuentra refugio es hombre muerto. Pero también sabe que debe enfrentarse a él. Pararle los pies porque, de lo contrario, nunca dejará de perseguirlo y de amenazarlo. A él y a su familia.

Vuelve a virar por la calle de la Cruz y atisba al fondo la catedral de Santiago. Es allí adonde se dirige. Si hay alguien despierto a

estas horas solo puede ser Saúl Condearena, al que conoce desde crío.

Saúl es el deán, el sacerdote que lleva la gestión del cabildo catedralicio.

Llega a la plazoleta de Santiago totalmente empapado y jadeando. «Estoy demasiado viejo para estos apretones, joder». Recorre los muros centenarios del colosal edificio hacia las dependencias donde vive su antiguo amigo. Espera que haya alguna luz encendida. Aporrea el portal que da acceso a la vivienda del deán.

—¡¡¡Saúl!!! ¡Soy Bieda! ¡Por favor, es una emergencia!

Es consciente de que su atronadora voz puede haber despertado a propios y extraños, pero está desesperado. Mira al cielo e implora ayuda, pero este solo le devuelve agua y más agua. Escudriña ambas esquinas del templo, su potencial asesino puede aparecer en cualquier momento.

Y así es.

De las sombras emerge una figura terrorífica. Ibon Maeztu, con su pelo largo empapado y suelto, y esas patillas largas, se ha convertido en una bestia. Una bestia cargada de odio hacia él. Se pone el pasamontañas para atravesar la plaza: quiere volver a matar y no desea que la gente vea su cara. Lucas nunca se ha cruzado con Ibon, pero sabe que es él, es el hijo que acaba de matar a su padre y piensa que ha sido por su culpa.

—No he sido yo quien ha apretado el gatillo, joder… —murmura. Pero la tormenta barre sus palabras.

El etarra se acerca con la pistola en la mano. Lo hace con impunidad. Es su territorio, es su noche, es su lluvia. Todos guarecen con cobardes reticencias a una banda que hasta ahora ha

sido más protegida con silencios que molestada con acusaciones valientes.

El silencio de los «buenos» ha sido el caldo de cultivo del terrorismo en Euskadi.

Bieda es consciente de que no puede hacer nada. Está a plena vista. En una plaza abierta. Y sin arma. Pero en ese momento, un gozne antiguo de metal emite un gemido oxidado, como si lo importunara ser utilizado a esas horas. La puerta se abre y un Saúl Condearena, en sotana, atónito por la sorpresa, aparece. Ve dibujada en el umbral una mole, con una cicatriz reconocible, empapada. Y con cara de miedo.

Bieda mira alternadamente a su antiguo amigo y a Ibon. El joven, reparando en que su presa puede escapar, se lanza a correr y dispara. Una, dos, tres veces. Muro, suelo y puerta, que se astilla formando un gran orificio.

—¡¡¡Adentro!!! —grita Bieda lanzándose sobre Saúl. Y cierra la puerta de una patada.

Coge al deán por los brazos y lo levanta, ambos corren hacia el interior.

—¡Tienes que esconderte! —le grita a su amigo.

—Todo bien, gracias, ¿y tú? —le espeta Saúl con socarronería.

—Lo siento, amigo. Sabes que los problemas siempre me persiguen.

—Yo ya no sé si te persiguen o los llevas atados al culo, Lucas.

De pronto, oyen otro disparo. La cerradura de la puerta de la calle que hace un momento franqueaban estalla por el impacto. También reverbera por las paredes centenarias el sonido de una patada en la

madera y el golpe sordo de la hoja pegando contra la pared al abrirse con violencia. Ibon Maeztu ha entrado en la catedral.

Los amigos se miran en la oscuridad.

—Es un etarra, viene a por mí. Tú debes esconderte.

Condearena no dice nada pero asiente. Bieda piensa que ha sido así toda su vida. No juzga, solo acepta. Es el pacto que ha hecho con Dios. Y esos silencios valen más que mil sermones. Ve que el sacerdote saca un juego de tres llaves y se lo tiende.

—Ve al claustro. Aquí, en la nave central, serías blanco fácil. En el claustro tienes varias puertas que se abren con estas llaves. Si has de intentar algo…, hazlo allí.

Lucas Bieda le pone la mano en el brazo. Los dos son hombres de silencios, no hace falta nada para decirlo todo. Y el policía sale corriendo hacia la negrura de una catedral aún durmiente.

El repicar del agua contra los tejados y contrafuertes de la catedral se hace cada vez más ensordecedor. Más amenazante. El templo oscuro, tan solo iluminado por unas velas ardientes aquí y allá, resulta intimidatorio.

Bieda brega intentando no hacer mucho ruido mientras atraviesa las naves góticas y los arcos para llegar al claustro. Aguza el oído para detectar los pasos del joven que quiere matarlo. Pero resulta imposible con el virulento estruendo de la tormenta golpeando la catedral.

El policía está empapado. De lluvia, de sudor y, por qué no reconocerlo, también de miedo. Ha sido el miedo el que le ha salvado el pellejo en muchas ocasiones. Ha sido el miedo el que le ha hecho ser valiente. Y salir vivo. Y seguir vivo es lo único que se interpone en su camino para ser leyenda en esas tierras.

Pero él no quiere ser leyenda. No todavía.

Mientras avanza con urgencia, busca en derredor posibles armas que esgrimir frente su oponente. La figura de un santo por aquí, una talla de la Virgen por allá…, nada de utilidad para defenderse.

—¡Te has metido tú solito en la boca del lobo, *txakurra*! —pronuncia una voz áspera desde el fondo de una capucha negra.

Bieda se gira y ve al fondo del templo la intimidante figura de un joven corpulento, recubierto de negro. Negra vestimenta, negro el pasamontañas, negra su alma…

El policía no responde y se escabulle hacia el claustro. En cuanto entra en él, al ser un espacio abierto en el centro, con unos jardines en los que cae el agua a borbotones, el ruido de la intemperie se acrecienta. El claustro fue construido hace cuatro siglos, en el lugar donde hubo el antiguo cementerio. Funesto presagio para Bieda.

Cuatro oblongos pasillos rodean el claustro, cada uno de unos veinticinco metros de largo y cuatro metros de ancho, malos para esconderse. Las bóvedas de crucería dan al lugar un aspecto de antiguo *college* de Oxford y separan el espacio cuadrado del centro, donde se adivina un pequeño jardín con una fuente y algunos árboles, tras la cortina de lluvia. Se ven algunos trabajos de remodelación inacabados. La gran inundación de Bilbao de cuatro años atrás aún reviste con sus estragos muchos edificios del casco viejo y, en concreto, de la catedral.

Bieda corre hacia uno de los laterales. El más alejado de la puerta por la que ha entrado al claustro. No hay una sola luz. En la esquina, con la espalda pegada a la columna de la pared, asoma la cabeza escudriñando el momento en que entre su agresor.

Pero no ve nada.

Y lo inánime de la escena lo desespera. Solo hay lluvia, oscuridad y peligro, por los cuatro costados.

«¿Dónde cojones está este tío?».

De pronto un relámpago ilumina el cielo bilbaíno y, por un segundo, también el claustro. Ese rayo deja ver una aterradora figura negra, ya demasiado cerca de Lucas Bieda. Y ese rayo le salva la vida al policía porque despoja del disfraz de sombras al etarra y le permite ver que está apuntándolo. Tiene el tiempo justo de rodar a un lado y esquivar el estallido de la bala.

El disparo se funde con el sonido del trueno que brama en la noche y hace retumbar los cimientos de la catedral. Bieda corre de nuevo, ahora en dirección opuesta. Ibon se la ha jugado y ha aparecido por donde menos esperaba; eso no puede volver a suceder. Se siente como un ratón en una jaula.

En un tiempo olímpico corre los veinticuatro metros hacia la siguiente esquina del cuadrado que dibuja el claustro. Pero es un espacio demasiado diáfano para intentar no ser abatido, y Bieda lo sabe. Tiene que salir de allí.

Dos disparos más iluminan con una luz artificial y apocalíptica las aristas y oquedades de los detalles góticos del claustro. Uno estalla cerca de él. El otro le roza el hombro antes de alojarse en la pared por la que corre pegado.

—¡¡¡Aaah!!! —grita de dolor Bieda, sin dejar de avanzar.

Atisba una de las puertas que, si su memoria no le falla, dan a las escaleras que remontan hasta el tejado de la catedral, a la parte plana sobre el claustro en el que se encuentran ahora. Saca las llaves que le ha dado el deán e intenta abrir la cerradura.

No tiene suerte. La primera llave no encaja.

«Joder, joder, joder».

La segunda tampoco. Y la figura del etarra acercándose a él se hace visible cuando otro rayo ilumina con luz blanquecina el cielo.

Bieda se debate entre intentarlo con la tercera llave y ser blanco fácil o volver a correr alrededor del claustro. Desecha esta segunda opción porque correr por ese cuadrado sería eterno y solo tendría un posible resultado. Mete la llave en la cerradura temblando más de lo normal: el quemazón en el hombro y las prisas no ayudan.

Oye un chasquido y otro disparo a la vez.

El chasquido abre la puerta. El disparo le pasa rozando la nuca y provoca un escalofrío en todo su cuerpo. Bieda sube las escaleras como una exhalación. Y se planta en la parte superior del claustro. Es como una azotea llana separada por barandas de piedra que dan al jardín del claustro del piso de abajo y pretiles al otro lado, desde los que se ven las calles del casco viejo. Desde ahí arriba se contemplan en su esplendor los contrafuertes de la catedral, la vidriera de la claraboya y la torre del templo, recortada en el cielo y amenazante.

Ahí en el tejado, expuesto a la lluvia, solo le cabe esperar a Ibon y enfrentarse a él. Ahí no hay refugio, ni salientes tras los que ocultarse. Hay algo más de luz, al ser cielo abierto, pero la cortina de agua lo emborrona todo.

La única opción es un combate cuerpo a cuerpo y eso supone esperar a su oponente cerca de la única puerta por la que se puede acceder allí.

Aguarda impaciente y por fin ve asomar el cañón de una pistola. Sin esperar a que aparezca el resto del cuerpo de Ibon, agarra el

brazo de su perseguidor con toda la fuerza que puede y le golpea la mano que sujeta la pistola.

El arma sale despedida hacia el suelo empapado. Pero el etarra se repone rápidamente y aprovecha el cuerpo descubierto de Bieda para lanzarle un puñetazo en la cara. Bieda trastabilla un poco y retrocede unos pasos.

Los dos se alzan frente a frente en el tejado de la catedral. El repicar de la lluvia dibuja una especie de aura sobre los hombros y la cabeza de ambos contendientes. Son unos segundos de observación mutua, piernas abiertas y puños cerrados. Un hombre joven y fuerte, y otro veterano y también fuerte.

«Solo con la experiencia puedo combatir su mayor agilidad… Solo tendré una oportunidad. De modo que me toca recibir».

Y así comienza la pelea. El joven se abalanza sobre él y le propina una patada en el costado. Bieda se cubre contrayéndose, pero la recibe con un quejido ahogado. El chico se crece y le lanza una serie de puñetazos. Cara, vientre, hombro (el hombro sano, al menos: «Gracias, chaval»). El único golpe que nota un poco es el de la cara. En el pómulo izquierdo. El policía le hace creer a su oponente que le duele más de lo que en realidad le duele. Y va retrocediendo.

El chico es fuerte y ágil. Y golpea con todo porque está lleno de odio.

«Y el odio será tu perdición», piensa Bieda. Ya está en su terreno. Ya no hay tanta desventaja. Se nota lúcido. Se nota perfecto.

Ibon sigue con sus ataques, y Bieda recula hasta el murete que da a la puerta del Ángel, coronada por una cruz, que, desde el claustro en el piso inferior, es la única salida a la calle.

—¡Hijo de puta, has hecho que muera mi *aita*, puto *txakurra*!

Y más golpes. Y Bieda se cubre. Pero ya se acerca el momento de actuar. Ibon se está vaciando. Para el experimentado policía esto no ha hecho más que empezar. Le duele el hombro por el disparo, pero solo es un roce profundo, no habrá dañado el músculo, puede intentarlo.

Bieda sabe que solo suele necesitar un golpe. Uno solo.

Y se presenta la oportunidad. En cuanto el joven lanza un último ataque, Lucas lo ataja con el antebrazo izquierdo mientras se acuclilla un poco. Y desde ahí, usando el impulso de las piernas y el hombro derecho, suelta un puñetazo de abajo arriba en la cara desprotegida de Ibon, que aún tiene su puño derecho engarzado con la defensa del antebrazo de Bieda.

El puñetazo le impacta en la mandíbula.

Y todo acaba para el etarra. Casi se le despegan los pies del suelo y recula varios pasos, hasta la baranda de piedra que los separa del jardín abierto del claustro.

Ahí ya no hay tregua. Su oponente es joven y puede recuperarse antes de lo que piensa. Así que Bieda lanza otro golpe con la izquierda, y otro con la derecha. Siempre a la cabeza, no pierde el tiempo con otras partes del cuerpo. Siempre mandíbula, nariz, ojos y sien. Una mandíbula desencajada, una nariz rota, un ojo que no ve o una cabeza desorientada desarman al adversario más que cualquier otra cosa.

Ibon se ve totalmente superado. No sabe qué ha ocurrido.

Ha ocurrido «Bieda en estado puro». Él ha oído historias sobre el poli. Pero hasta que vas al frente no sabes lo que es la guerra.

Y en un último y burdo intento de escapar, el joven se encarama a la barandilla y se agarra a uno de los pináculos con adornos

flamígeros que descienden como nervios centrales hasta las columnas que soportan el claustro.

Quiere huir descendiendo al patio de abajo. Apoyándose en los distintos salientes baja al jardín del claustro, pero resbala a metro y medio del suelo y cae, se golpea la espalda. Ha salido ileso, pero, aún renqueante, se levanta con dificultad, intentando desaturdirse para escapar del policía y de la cárcel.

Bieda lo mira desde arriba y sopesa sus opciones. Él no puede bajar con tanta facilidad. Pero no le apetece tener a un enemigo como ese por ahí suelto toda la vida, si el etarra huye.

Así que decide una locura. Aunque a estas alturas, las locuras son su pan de cada día. Mira hacia abajo. Sortea la balaustrada y, tras calcular sus opciones, salta al vacío… Y cae a plomo sobre el cuerpo del etarra, que aún estaba recomponiéndose. El joven amortigua el impacto de Bieda, que no es precisamente un peso pluma, y queda noqueado por el tremendo golpe.

Lo primero que hace Lucas (después de ver que no se ha roto nada) es comprobar el estado de Ibon Maeztu. Está inconsciente. Magullado y sangrante, pero vivo.

—Arggg, joder… —refunfuña Bieda, que rueda hasta el suelo y queda bocarriba, junto al cuerpo de Ibon. El agua le cae en toda la cara—. Siempre acabamos igual…

—¡Lucas! —grita el deán Saúl, que sale corriendo al patio del claustro, calándose la sotana, los huesos y el alma—. ¿Estás bien, amigo?

—El otro ha quedado peor, padre… —dice Bieda renqueante.

El sacerdote comprueba el estado del joven. Y lo toma por los hombros para llevarlo a cubierto.

—Hay que tener cuidado, Saúl, es peligroso.

—Aquí dentro cuidamos a todos, Lucas. Haz lo que debas, pero este hombre aquí no se nos muere.

—Si solo tiene dos rasguños de nada. No me he pasado esta vez, lo prometo.

—Voy a intentar curarle los «rasguños»… ¿Llamamos a la ambulancia? Y a la policía, claro. Ayúdame a llevar el cuerpo dentro, hay teléfono en la sacristía.

—De acuerdo. Pero vamos a llamar a un compañero de confianza. De la Ertzaintza. Ori Echart, se llama. Tengo amistad con él desde el año de las inundaciones.

—¿Por qué?

—Él también tuvo un caso complicado, justo cuando toda la ciudad se iba al garete. Hicimos migas. Es un buen tipo. Necesito que actúe con discreción. Y tú también. Esto no ha de tener nada que ver con lo ocurrido en Oviedo.

—Como quieras, como quieras…

Lucas entiende que Saúl ya no lo escucha: arrastra el cuerpo como puede hacia el interior y se preocupa de lo que tiene que preocuparse.

Bieda se permite unos instantes más, allí quieto. Mira la herida de su brazo, que aún sangra. Y tiñe un poco más de rojo el suelo sagrado del templo. A su alrededor, el patio del claustro con sus arcos y columnas confieren al lugar un encanto mágico. O siniestro.

Eleva el mentón hacia el cielo y deja que la lluvia repiquetee en su cara.

Solo una frase resuena en su mente. La última que pronunció Kepa Maeztu en vida. «Tenéis un topo, Bieda…».

Día 2

06.45 h

La rendija de una puerta

> Un país sin historias sería un país sin espejo. «¿Quién soy?», se preguntarían los ciudadanos. Y no habría respuesta. Un país así tampoco tendría corazón, pues la escritura es un arte de las emociones.
>
> MARGARET ATWOOD,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Letras 2008

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 15 HORAS Y CUARTO DE PLAZO)

Eduardo Chillida amanece al día siguiente con la sensación de estar sucio por dentro. Ha sido utilizado.

Se levanta y se mira al espejo. Busca en su reflejo el rostro de aquel joven que aún no había sufrido los desengaños de un sueño mal entendido. De los ideales convertidos en ideologías. «Quién soy», se pregunta. Y niega con la cabeza porque no le gusta el mundo que a él le habría gustado cambiar.

Quizá desde el atentado ha estado aletargado. Le ha costado «ver». Ha estado centrado en lo que había que hacer o decir. O

callar. Solo cuando ha decidido dejar libre su pensamiento, como cuando crea, ha hecho el hallazgo.

Porque Eduardo sabe que a veces, solo cuando pierdes el norte, encuentras tu camino.

Y ahora sabe que ha sido engañado.

Decidido, se acerca al teléfono de la habitación. Llama a recepción.

—Buenos días, ¿sabe si el señor Bieda y la señora Expósito están disponibles…? ¿No están? Gracias, no se preocupe, lo intentaré más tarde o bajaré yo mismo a buscarlos.

Y cuelga.

En ese momento, alguien desliza una nota por debajo de su puerta.

Ve el sobre que destaca sobre la moqueta en el umbral. Frunce el ceño y se dirige hacia la puerta con tiento. Lo abre y lo que ve lo deja helado. Una nota lapidaria:

¿Vas a quedarte quieto, Eduardo? *Isilik*

Y, acompañándola, varias fotografías. De Pilar, su mujer. Tomadas de lejos, en la calle, entrando en casa, yendo al estudio… En una de ellas Pilar pasa por delante de un banco donde un hombre, que mira a la cámara sin que ella se percate de nada, sostiene un periódico de la víspera. Para mostrarle a Eduardo que son instantáneas actuales. Que la tienen vigilada hoy y ahora.

Eduardo vence el dolor que desgarra sus tripas y sale corriendo al pasillo. Pero allí solo se topa con uno de los policías de Bieda.

—¿Ocurre algo, señor Chillida?

Muchas cosas pasan por la cabeza del escultor antes de contestar. ¿Le puede contar a ese policía lo sucedido? ¿Podría solicitarle que lo lleve ante Bieda, tal y como tenía pensado hacer solo unos minutos antes para revelarle lo que sabe? ¿Y si ese policía es un contacto de la banda? ¿Y si es él quien ha introducido el sobre bajo su puerta?

—Nada…, nada… Pensé que alguien había tocado, nada más. Perdone.

Y vuelve a la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Apoya la frente en la hoja de madera y cierra los ojos. No necesita volver a ver las fotos porque ya las tiene grabadas a fuego en su alma.

Alguien le vio anoche en su incursión a la Capilla.

Alguien lo ha delatado a ETA.

Día 2

07.00 h

Hogar, dulce hogar

> El valor del arte reside en su misma inutilidad; que la creación de una obra de arte es lo que nos distingue de las demás criaturas que pueblan este planeta y lo que nos define, en lo esencial, como seres humanos.
>
> PAUL AUSTER,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Letras 2006

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 15 HORAS DE PLAZO)

Es difícil que alguien como él no haga ruido.

Pero Lucas ha intentado entrar en casa sin despertar a nadie. De puntillas por el pasillo, se ha colado en el cuarto de baño. Se ha regalado una larga ducha y ha cogido el botiquín para intentar vendarse el hombro herido por el roce del disparo. Ya pedirá que se lo curen bien los médicos que están en el hotel. Pero necesitaba pasar por casa y sentir un poco de ese calor de hogar antes de volver… Y también para hacerles saber que está entero. O medio entero.

No ha dormido, no ha comido y casi lo matan. Se ha ganado esa ducha.

Se mira en el espejo. No le gusta lo que ve. Otra marca para su cuerpo marchito. No es lo que merece su familia. Por eso tiene que ocultar su dolor. Ya escucha algunos ruidos fuera. Seguramente los más pequeños, que son los que antes se despiertan en casa. Y Paz.

Se da un par de palmadas en la cara para activar los músculos faciales y como para ahuyentar los hedores a muerte que pueda llevar aún impregnados en su epidermis. Y se coloca una sonrisa en la cara antes de salir del baño.

—Buenos días —dice al entrar en la cocina.

En efecto, solo están los dos pequeños, más Nico y Paz. Ella es la primera que va a darle un abrazo. Justo le presiona el hombro herido. Pero Bieda aprieta los dientes y hace de tripas corazón.

—Quería venir a desayunar con vosotros y tranquilizaros. Ha ido todo bien. Ha sido ir y volver, como veis.

—¿Y el temblor en el hombro cuando te he dado el abrazo ha sido por un arrebato de amor o por otra pelea? —le dice Paz por lo bajo.

—Arrebato de amor.

—Ya… ¿Estás bien de verdad?

—Sí, lo prometo.

—¿Has conseguido información?

—Sí, ya ves que además ha sido rápido, así que bien.

Ella asiente y le da un beso en la mejilla. No debe preguntar más.

—Mira, papá —dice Alfonsete—, ¡hoy soy Spider-Man!

En efecto, así se ha disfrazado esta mañana. Lucas sonríe. Ese cambio de tema sin siquiera preguntar a su padre cómo está es lo característico a su edad. En ese egocentrismo infantil involuntario es

donde radica su magia. Su capacidad para hacer que los fantasmas reales de los adultos se disipen con los sueños irreales de los niños.

—Ya lo veo, campeón. Te queda fenómeno.

En realidad, le queda tres tallas grande, porque lo heredó de Nico. Lleva el símbolo de la araña a la altura de la rodilla…

—Papá, ¿no has dormido? —le pregunta Nicolás, siempre tan parco pero preciso.

—No. Dormir está sobrevalorado.

Paz le clava la mirada.

—Dormir es superimportante —se desdice de inmediato—, sobre todo para los niños. Luego intentaré dormir. Ahora solo necesito café.

Aparece Ana en la cocina y le da un abrazo también.

«Qué bien estoy aquí, joder».

—Hola, hija. Qué pena me da tener que dejaros otra vez.

—¿Quieres tomarte ese café antes o no?

—Litro y medio, por favor. Necesitaré fuerzas para volver a aquel castillo de mal agüero lleno de talento y celebridades que no tienen nada que ver conmigo. De verdad que no sé por qué la gente los admira tanto. No sé para qué vale el arte. No es como hacer tornillos o construir casas.

—La inutilidad misma del arte es lo que lo diferencia de todas las demás actividades. No necesita ser útil, le vale con inspirar…

—Ese café…, mejor que sean dos litros, por favor.

Ya con la taza humeante en la mano se acerca, casi con más miedo que anoche en la catedral de Bilbao, a la habitación de Begoña, la única a la que no ha podido saludar.

Entreabre la puerta y la ve aún recostada.

Se hace la dormida y Bieda lo nota.

Pero no le importa. Ayer, cuando lo vio en peligro, salió de su cascarón y eso vale su peso en oro. Y si para volver a sentirla cerca Bieda ha de volver a ponerse al filo de la mismísima muerte, lo hará.

Paz le pone la mano en el hombro y sin verbalizarlo le pide que no se preocupe por esa simulada ajenidad de la hija mayor de ambos. Él asiente y van los dos hacia la puerta.

—Tengo que hablar con la señorita Wallace. Me han dado una nueva información y no sé si oculta algo.

—Hazme caso. Esa mujer tiene una percepción extrasensorial increíble y me parece que es de las personas más inteligentes del mundo. Repito: creo que es fiable.

—¿Y qué sabes tú de ella…?

De pronto Alfonsete va corriendo desnudo de una habitación a otra.

—¡Alfonso! —le grita su madre—. ¿Pero qué haces así?

—No me puedes ver. Ahora soy el hombre invisible.

—Yo te he visto todo bastante bien, hijo —le dice Lucas.

—Imposible. Llevo el disfraz de hombre invisible. No se ve, pero lo llevo puesto. Me lo ha dejado Nico.

—¡Nicolás! —grita Paz—. ¡Ven aquí ahora mismo a que te parta la cara, por favor!

Bieda sonríe.

«Qué bien estoy aquí, joder».

Día 2

07.30 h

El nido del cuco

> Siempre me he sentido impulsada también a comprender ese otro instinto, contraintuitivo, que nos lleva a interesarnos por los extraños; esa capacidad imaginativa que tenemos para seguir las historias de personas ajenas.
>
> MERYL STREEP,
> premio Princesa de Asturias
> de las Artes 2023

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 14 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

Estoy en mi habitación revisando todo lo que he escrito. He empezado a hacer un mapa en el suelo de mi cuarto. La cama y las mesillas están apartadas a un lado para tener más espacio. Evidentemente, siempre respetando mi orden. Permanezco sentada, rodeada de papeles y notas que he ido acumulando.

Rodeada de locura.

Intentar averiguar la verdad escondida me relaja. Y eso a pesar de que mis investigaciones puedan acabar por revelar que, aunque de

un modo inconsciente, haya sido yo la responsable del crimen, como me dijo el niño de mis sueños.

Y, en tal caso, haya de delatarme a mí misma.

Me acaricio la sien con los dedos, como cada vez que quiero concentrarme y buscar refugio en uno de los estancos compartimentos de mi cabeza. Recapitulo.

¿Por qué no recuerdo bien lo ocurrido…?

¿Por qué podría haber yo propiciado el intento de asesinato del príncipe?

¿Y por qué ha muerto Andrei Kulakov?

El niño de mi sueño, Adrián, me desveló que fui yo la responsable. ¿Qué quiero decirme a mí misma?

De pronto, algo me saca de mis cavilaciones. Llaman a la puerta. (La aporrean, más bien).

—¡Señorita Wallace, soy Lucas Bieda!

«Como si no lo supiera».

Voy a abrir y la figura del gran policía de cicatriz en el rostro se recorta en el umbral. Viene con los humos encendidos y un puro apagado. Parece agitado. Como recién llegado de algún lugar de mal agüero. Observo sus arrugas y las bolsas debajo de sus ojos. Hoy tampoco ha dormido.

—Estoy cansado de toda esta mierda —me dice entrando en la habitación como un coloso destemplado que a punto está de propinarme un violento empellón.

—Pase, por favor, faltaba más —musito (¡con ironía y todo!).

Cierro la puerta y veo con cierto tedio cómo la espalda del policía ocupa demasiado espacio en mi pequeño santuario privado. Él observa embelesado el suelo.

—¿Qué es todo esto?

—Mi forma de pensar.

Él se dispone a coger alguna de las notas del suelo.

—¡No! —grito.

El policía me mira sorprendido. Yo le devuelvo la mirada. No suelo mirar a los ojos, pero cuando quiero ser desafiante lo hago sin problema.

—No me gusta que toquen mis cosas. Solo puede hacerlo Sheldon. O mi madre. Y solo si luego me avisan del cambio que hayan hecho, claro. Todo está ordenado con un patrón. Si no le importa…

—Ordenado, mis cojones… —musita el policía mirando al suelo—. ¿Y por qué tiene todo el mobiliario cambiado de sitio? ¿La cama no debería estar ahí? —dice señalando el cabecero de madera—. ¿Y el sofá al otro lado?

—Allá donde voy, siempre dispongo los muebles tal y como están en mi casa. Cama, al lado de la ventana. Sillas, pegadas a la pared. Sofá, cerca del armario.

—Eso es raro…

—Tengo espectro autista. Y soy famosa. Me dijeron que ya dejaba de ser rara, ahora me puede llamar extravagante…

—Dios, esto no está pagado.

—¿Dónde ha estado esta noche? —le pregunto—. Le ha ocurrido algo: creo que ha acumulado usted alguna cicatriz más en su cuerpo, pero también en su alma.

Él da un respingo. Y se vence de hombros. No tiene fuerzas para ocultar nada.

—He estado de paseo. En el purgatorio. Y acabo de volver a este infierno. De verdad que estoy cansado de toda esta mierda —vuelve a decir.

Niega con la cabeza y sale a la terraza de la habitación.

Yo me quedo dentro. Y me pongo a pensar de nuevo, como si la visita del policía no se hubiera producido. Al cabo de unos segundos, Bieda vuelve a buscarme.

—¿No va a salir o qué?

—¿Tenía que hacerlo?

—Joder, se me olvida que es usted más rara que yo, que ya es decir —afirma con un tono más afable de lo que parece—. Sí, salga conmigo, por favor.

—No soy rara, solo tengo una condición mental que me hace difícil leer algunas cosas. Y muy fácil leer casi todas las demás —respondo inexpresiva.

—Sí, sí, ya lo sé —dice intentando prender de nuevo el puro que descansa en sus labios.

—En cualquier caso, no tengo mucho tiempo. He de ir a tocar mi piano.

—¿Ahora? ¿Acaso es obligatorio?

—No lo sé. Es algo que prometí hacer en honor de las almas de los niños perdidos que acabaron en este hospicio. No sé si es obligatorio. ¿Lo son las promesas?

Él suspira y niega con la cabeza.

—Ojalá tuviera yo tiempo para entretenimientos, pero en mi vida eso es imposible…

—No, está usted equivocado. La vida diaria nos aparta de la belleza y nos inclina más al estímulo inmediato. Incluso las

expresiones artísticas más «asequibles», como la música o las historias, han dejado de admirarse. Ahora solo se consumen y se convierten en «entretenimiento». Debemos dedicar tiempo a abrazar el mundo. Abrazar la Belleza. Tiempo para la contemplación. Lo bello nos eleva el espíritu. El entretenimiento distrae, pero la Belleza nos lleva a la Verdad…, solo queda por determinar lo que eso es para cada uno. Busque tiempo para eso.

Bieda me mira absorto unos segundos. Demasiado elevada para él la reflexión. Se desploma en una de las sillas de la terraza y pierde su mirada hacia el exterior. En efecto se le ve exhausto.

—Dígame, señorita Wallace, ¿cree que alguien me está haciendo la cama? ¿Alguien que pueda estar jugando a dos bandas?

Lo miro fijamente. Esa pregunta me da respuestas. No le digo que había alguien en su habitación anoche porque no va a aportarnos más que mayores incertidumbres. Pero al menos intuyo que el policía comienza a sospechar de todos. Y eso es bueno.

—¿Qué ha averiguado, señor Bieda? ¿Qué es lo que sabe?

—Nada… Yo ya no sé nada.

—¿Y por qué viene a hablar conmigo?

—¿Cómo dice?

—Que por qué comparte conmigo su inquietud.

—Por conocer su opinión. Es usted muy inteligente, ¿no? Y a veces pienso que…

—¿Que puedo ayudarlo?

—Supongo.

—Señor Bieda, le agradezco su confianza. Y que siga permitiéndome inmiscuirme en la investigación.

—No sé a qué se refiere.

—Sí lo sabe. Ha dejado que escuche a hurtadillas los interrogatorios. Y creo que lo ha hecho porque quiere saber mi opinión.

Bieda suspira.

—Puede ser… Puede que confíe en su criterio, a pesar de que tiene usted algún que otro boleto para haber sido parte activa en los crímenes.

Me acaricio la sien con los dedos como cuando pienso. Lo mismo que hace él con la cicatriz del rostro. Compartimos gestos, pero no podríamos ser más distintos. Hago una autognosis para determinar cuál sería mi posición ante el final de la indagación. Y se la verbalizo.

—Tenga por seguro, señor Bieda, que, aunque el curso de la investigación me lleve a descubrir mi culpabilidad, mi participación (inconsciente, eso sí) en todo esto, se lo diré. Pero no debería fiarse tanto de mí…

Lucas Bieda clava su mirada en mí. Resopla. Lo que va a decirme debe de ser importante.

Percibo que comienzan los temblores. Intento agarrarme los brazos para controlarme.

—Quizá no deba fiarme de nadie, señorita Wallace. Mire…, he venido porque quería decirle algo. Después de toda una noche en vela, acabo de tener una conversación larga y complicada con nuestro equipo médico… —Bieda coge aire al hacer una pausa—. A ver, es público y notorio que usted tiene una enfermedad rara, tal y como dijo la prensa hace no mucho. Y de ahí que tuviera aquel episodio, cuando le fallaron las piernas y los músculos en el cóctel de Zabalaga.

—Y así es —reconozco por lo bajo. Aunque empiezo a intuir que así no es.

—El doctor Fran Mendoza y colegas suyos a los que pidió ayuda le estuvieron haciendo unas pruebas ayer.

—Demasiadas.

—Lo sé. Le hicieron estudios, placas, análisis y cosas de esas. Le reconozco que, inicialmente, eran para comprobar si usted podía haber envenenado al doctor. Dicen que lo más probable es que alguien lo intoxicara con veneno vía contacto. Y querían analizar si usted o su ropa o… tenían algún rastro de cualquier sustancia tóxica. Pero le hicieron un chequeo completo porque el doctor Mendoza vio algo extraño.

—¿Algo extraño?

—Sí, por eso llamó a un equipo de colegas especializados en neurología. Esperaban encontrar los indicios de la enfermedad esa de los temblores que padece…

Silencio expectante del policía.

Silencio inquisitivo por mi parte.

—El empeoramiento repentino de su sintomatología que ha venido padeciendo desde lo de Zabalaga no ha tenido eco en las pruebas. Usted sí está enferma, pero no ven señales médicas que justifiquen ese empeoramiento tan repentino que ha manifestado estas semanas después del cóctel, con sus desmayos, sus temblores…

—¿Cómo? —digo yo agarrando mis manos, que precisamente comienzan a agitarse.

—Como lo oye. Eso parece. Así que, o nos ha estado usted engañando…

—O me han estado engañando a mí —respondo yo, por completo fascinada.

Día 2

08.20 h

Demasiado amor

> La verdad siempre implica una búsqueda esforzada que tenemos que llevar a cabo en común, desde el acuerdo de convivir y trabajar juntos. Esa concordia está fundada en realidades comunes económicas, sociales y políticas que, a mi juicio, son indiscutibles.
>
> ADOLFO SUÁREZ,
> premio Príncipe de Asturias
> de la Concordia 1996

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 13 HORAS Y 40 MINUTOS DE PLAZO)

Patricia Rodero remolonea entre las sábanas. Otro aciago día ahí encerrados. El segundo y último. La luz blanquecina de la mañana comienza a colarse por las celosías de madera que dan a la terraza con vistas al patio de la Reina.

Mira a su lado, el cuerpo fornido y bronceado de Harry Crane descansa aún, profundamente dormido.

—Ayer te dejé exhausto, ¿no es así? —musita para sí misma después de encender el primer cigarrillo del día.

De fondo se oye una melodía triste y profunda. La famosa canción que compuso la pianista de niña para su padre. Un sonido prístino que atraviesa el viento y se eleva hasta las alturas, por ser más celestial que terrestre. Como otras veces, Anne Wallace recuerda a los huéspedes del hotel su omnipresencia a través del piano, que sigue en medio del patio exterior al que dan las habitaciones.

Patricia pone los ojos en blanco, como si ese sonido la perturbara. Pero no deja de escucharlo con gusto, aunque no lo reconozca por fuera. Es la pose que ha adoptado en su vida. Su rol. Parecer una mujer autoritaria y fría para ganarse un puesto en un mundo de hombres. Quizá no sea tan hierática como aparenta, pero no piensa renunciar a su careta protectora con la que intenta engañar al mundo.

¿Cuántas veces habrá de mentir para que la crean?

Patricia, ajena a ciertas miradas, se permite sumergirse en la nueva melodía que suena, mientras disfruta de su cigarro. Ella no lo sabe, pero se trata de la obra *Nocturne n.º 19* en mi menor, op. 72, de Chopin.

La música muere cuando su cigarro hace lo propio. Ella aprovecha el momento para apagar la colilla.

Hoy está animada. Lo que vio ayer (el escabullimiento del diplomático y el seguimiento nocturno a Chillida) despertó de nuevo su instinto profesional. Olió una historia y actuó rápido.

Mira el reloj, aún es muy temprano (¿por qué esa condenada bruja no duerme un poco más en lugar de despertarlos a todos con su serenata?). Todavía nadie sabía nada, pero ese día la prensa

vendría calentita. Y, por tanto, el señor Bieda también se pondría calentito…

Se levanta y comienza a pasear ligera de ropa por la habitación. Va al cuarto de baño intentando no hacer ruido para no despertar a su amante.

Se sumerge bajo el chorro de agua y apoya la cabeza en las baldosas de la pared. Eleva el mentón para que la lluvia le golpee el rostro y deja que el agua le entre en la boca, entrecerrada.

Sale de la ducha, acicalada y embutida en una toalla, para ofrecerse al albur de la vigorosidad con la que se vaya a despertar Harry Crane esa mañana.

Ya lo oye moverse por la habitación.

Se pone la sonrisa en la cara antes de hacer su aparición en el dormitorio, no sin antes valorar cómo luce ante el espejo («Perfecta»).

—*Morning, my dear…* —dice cuando sale.

Pero no es él quien está en la habitación.

Es ella. La Bruja.

Está recitando algo en una lengua antigua, mientras mira el interior de la habitación, que Patricia no puede ver desde su posición.

—*Guarda nazazu etsaien eskuetatik…*

Y de pronto se detiene. Gira muy despacio su cabeza hacia Patricia, que siente un escalofrío de terror. Anne Wallace la mira amusgando los ojos. Mueve un poco la cabeza, como si no comprendiera qué hace la periodista allí.

—¿Qué demonios hace usted aquí? —Es Patricia quien lo pregunta.

—El señor Crane está muerto.

La periodista se la queda mirando. Sus oídos han oído, pero su cerebro no ha entendido.

—¿Qué… qué hace usted aquí? —repite con torpeza. Como si su cerebro hubiera quedado en bucle.

—He subido a la habitación porque he percibido algo extraño. Ahora sé que era la Muerte.

Patricia se atreve a caminar. Lentamente. Estira el cuello para mirar la cama donde hace unos minutos se ha despertado. Ve el cuerpo de Harry tal y como estaba hace unos minutos.

—¿No… no está dormido?

—Bueno, podría decirse que para siempre, sí —responde Anne con naturalidad.

La periodista se aproxima a su amante. No necesita poner los dedos en el cuello del finado porque ahora sí nota la ausencia de calor humano. ¿Se ha despertado junto a un cadáver y no lo ha detectado? ¿Cómo es posible?

Patricia mira a la señorita Wallace de improviso y recupera el color de su rostro, junto con sus formas y su energía. Recupera su odio.

—Lo ha matado usted.

Ella no responde. Tan solo mira el cuerpo. Se acerca a él y vuelve a musitar una oración mientras se toca uno de los tatuajes que lleva en el antebrazo.

—*Aingeru guardiakoa, guardia guzu gure eriotzeko trantzian…*

—¿Qué coño dice, bruja rara del demonio?

—No me insulte.

—Es la verdad, es usted una maldita bruja…

—Eso sí. Digo lo de rara. Eso no me gusta.

—No sé ni por qué hablo con usted. Maldita asesina.

Anne Wallace cambia el rictus. De su mirada despierta se diluye toda inocencia y bonhomía. Entrecierra sus ojos cristalinos y sus cejas se fruncen dibujando una línea severa. Emerge a la superficie una mirada de superioridad altanera, soberbia y peligrosa que amilana a la periodista.

—No volverá jamás a hablarme así… —La autoridad que desprende esa frase no es un ruego. Ni siquiera una amenaza. Es como si fuera la certidumbre de un hechizo.

Por primera vez en su vida, Patricia se queda sin palabras.

De pronto un golpe en la puerta al abrirse. Entra Bieda con Clara. Los sigue un médico forense.

El policía accede sin tiento a la habitación y todo retumba a su paso. La gabardina ondea a su alrededor, acompasando la violencia de sus movimientos. Lanza una mirada de circunstancias a las mujeres.

—Apártense, tiene que examinarlo el doctor.

Patricia no siente reparo alguno en seguir con una toalla mojada por toda prenda alrededor de su cuerpo. Es capaz de manifestar su digna indignación, aun en esas circunstancias. No obstante, el doctor, al pasar, aparta la mirada de ella en un gesto pudibundo. La periodista lo ignora y sigue a lo suyo.

—¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Acaso sabían que… estaba muerto?

—La señorita Wallace nos ha dicho que lo sospechaba, después de tocar el piano ahí abajo —interviene Clara.

Todos la miran. Patricia habla.

—¿Y cómo podía saber usted nada desde ahí fuera?

—El señor Crane pedía un té en su habitación y el periódico cada mañana a las seis. Hoy no lo ha recogido, como he comprobado al bajar a tocar. Están aún en el umbral de la puerta. Después, desde abajo, me he fijado en las ventanas de las habitaciones ocupadas. Con la temperatura fría de esta noche, todas estaban empañadas. Como en los días anteriores. La habitación del señor Crane siempre tenía más vaho al ser habitada por dos personas. Usted y él. Y la suya estaba con el vidrio limpio al encontrarse vacía. Esta mañana, esta habitación no tenía más vaho que las demás. He pensado que o bien el escritor se había ido o no respiraba. He subido, la he oído en la ducha, he llamado a los policías y les he pedido que abrieran la puerta, por si acaso. Así de sencillo.

—Como explicación, es muy detectivesca. Les propongo otra. Lo ha matado usted misma.

—¿Por qué iba yo a querer matarlo? —pregunta ella. No como una pregunta retórica. Realmente quiere saber lo que piensa la periodista. Como si quizá tuviera alguna razón para asesinarlo que se le hubiera escapado… Ha vuelto a su rostro aquella inocencia salvaje.

—Está muerto, en efecto —interviene el doctor tras examinar el cuerpo—. No tiene marcas de violencia. Parece algo intrínseco. Un derrame, un infarto.

—Ya estamos otra vez con los infartos… Parecen contagiosos, joder —se queja Bieda.

—No creo que la señorita Wallace haya podido intervenir —dice Clara—. Estaba abajo cuando, al terminar la pieza, nos ha dicho que algo no le encajaba. Ha pedido que viniéramos aquí y que abriéramos la habitación. Hemos tenido que usar una llave maestra

porque usted estaba en la ducha y no nos ha oído tocar. Hemos entrado, lo hemos visto así y hemos ido a por el doctor mientras la señorita Wallace aguardaba aquí.

—Insinúa que ha muerto aquí, en esta habitación cerrada a cal y canto, delante de mis narices.

—Eso o que lo ha matado usted misma —añade Bieda—. Por comentar…

—Si hubiera sido mi intención matarlo, no creo que me hubiese metido en una relación con él sin ocultarla demasiado.

Bieda se encoge de hombros.

—No, si no digo que usted lo matase a propósito. Quién sabe, quizá es que «ama» usted demasiado fuerte. Y lo dejó seco.

—¡No entiendo cómo puede bromear con esto! Es el segundo hombre que muere delante de sus narices, ¿comprende la gravedad de la situación?

Nadie dice nada. Bieda enciende un puro y se toca la cicatriz que surca su impenetrable rostro. Ahora mismo, lo que le achaquen, insulten o espeten le resbala. La periodista está bordando a la perfección el papel de mujer despechada, porque quizá lo sea. Por otro lado, ese hombre ha muerto en una habitación en la que solo se encontraba ella. Pero ¿qué motivos podía tener la periodista para matar a su amante?

Todo pivota sobre el primer crimen.

El atentado contra la Corona habrá motivado los asesinatos.

Mira a Clara. A ella también le ha parecido salido de tono su comentario. Él suspira. La verdad implica una búsqueda esforzada que, en este caso, tienen que llevar a cabo en común, trabajando juntos.

Quizá el médico sabía algo y se lo cargaron. Y quizá el reconocido escritor inglés, que siempre andaba hurgando en la pesquisa con aires de héroe, resultó incómodo y acabó igual.

En cualquier caso, en lo que lleva razón la mujer que tiene delante es en que la situación resulta insostenible. Otro cadáver. Esto va a poner muy nerviosos a los de arriba.

—La verdad, señorita Rodero, es que está usted en lo cierto… No es para bromear, perdóneme —le dice, sincero.

Como no suele comprenderlas ni otorgarlas, a la periodista las disculpas le traen sin cuidado. Es habitual en personas como ella; quien no suele pedir perdón, no tiende a aceptarlo de otros. Sería demasiado incómodo asumir la realidad de que una disculpa tiene su utilidad. Así que sigue atacando.

—Igual esta es precisamente su estrategia, señor Bieda… Dejar pasar el tiempo y no molestar al asesino. A este paso, lo va a tener muy sencillo y quizá sea eso lo que pretende, ¿no es así?

Todos se quedan en silencio. El médico recoge sus cosas. Anne mira el cadáver. Clara y Bieda observan a una airada Patricia Rodero. Y el señor Crane, al estar muerto, no aporta gran cosa. Así que la mujer, con la toalla y el pelo empapado, sigue en su impostado papel de mártir.

—Me refiero, señor Bieda, a que a este paso se lo vamos a dar todo hecho. Dentro de unos días, cuando palmen todos…, el último que quede será el malo. ¿Ve qué fácil?

?

El niño y la cámara secreta

INTERIOR. CELDA DE PIEDRA.

Adrián tiene un pálpito. Algo va a ocurrir. Lo intuye en lo más profundo de su ser.

No sabe si será bueno o malo, pero necesita que algo ocurra, porque esas paredes han avanzado imperceptiblemente centímetro a centímetro, lágrima a lágrima, hasta reducir su mazmorra a la mínima expresión.

Cada vez siente que su habitáculo es inferior. Y cree, en su ingenua mente infantil, que no ha salido nunca de su comarca, que de verdad esas paredes podrán acabar aplastándolo.

Cuando lo que acabará con él es la pena. Y la incomprensión. Las lágrimas se le han solidificado en su carita redonda. Y la mucosidad ha formado dos velas a modo de estalactitas desde sus fosas nasales. Ya no se preocupa por pasear la manga de su jubón para limpiarse. Se ha abandonado a la desidia de la derrota.

Sin embargo, hoy tiene un pálpito. «Algo va a ocurrir, no sé qué será, pero estoy preparado».

Pero no. No lo está. Nadie está preparado para lo que va a ocurrirle.

La puerta se abre y aparece el hombre con la capucha de esparto. Lleva una vela en la mano y una escudilla con algo que no puede llamarse comida en la otra.

Ya no hay comunicación entre ellos. Antes el niño la buscaba. Pretendía jugar las mejores cartas que los niños saben jugar: las de la compasión.

Sus manitas mugrientas se elevan por encima de los hombros para recibir las viandas. Como si lo que esperaran recibir fuera un milagro de lo alto.

Y ese milagro casi se produce.

Casi…

De pronto se oyen unas voces en la entrada del templo del poblado, dondequiera que este se halle. La voz de una dama, con tono de cortesana de alcurnia, reverbera entre las paredes hasta llegar a los oídos de ambos ocupantes de la celda, capturado y captor.

Palabras lejanas, lacerantes para el adulto, almibarados sonidos que provocan solaz en el pobre niño.

—… Si les complace, podemos ver también la sacristía y los pasillos.

—Como gustéis, señora.

—Después de vuecencia, por favor…

Los ojos abyectos del encapuchado se clavan en el niño. Antes de que salga un grito de socorro a cualquier gallardo caballero que haya entrado en el templo, le tapa la boca y lo aplasta contra la pared.

Como intentando que su enorme cuerpo y el hábito que lo cubre hagan de escudo ante cualquier resonancia.

Adrián lanza patadas con sus piernecitas, pero son absolutamente inocuas contra alguien del tamaño del hombre. El niño se revitaliza, recupera fuerzas de antaño al ver que tan cerca está el milagro que presagiaba. Golpea, se revuelve e intenta morder la mano que lo amordaza.

Pero en ese momento, ante el peligro que supone su rebeldía, el hombre lleva la otra mano, enorme y poderosa, a la garganta del niño.

Y aprieta.

Y ahoga.

Adrián intenta revolverse, pero van quedando menos fuerzas, menos esperanzas. Va quedando menos aire.

El pequeño niño nota el abotargamiento de su cabeza. Siente la crueldad de ese mundo ennegrecido que le hace abandonar la niñez de un modo violento y a destiempo. Que le hace abandonar la vida de un modo violento y a destiempo.

Primero, deja de pelear.

Luego, deja de ver.

Después, pierde la consciencia y la vida se le escapa en un último hálito que se expulsan sus pequeños pulmones.

Lo último que alcanza a pensar es que ha estado a punto de producirse un milagro.

Que casi lo salva.

«Casi…».

Día 2

08.00 h

Misión Inglaterra

> No he visto nada más hermoso ni nada más valiente que el invencible espíritu y la valentía de aquellos que luchan por su vida.
>
> ELIZABETH TAYLOR,
> premio Príncipe de Asturias
> de la Concordia 1992
> (en representación de amfAR)

EXTERIOR E INTERIOR. CALLE Y APARTAMENTO. LONDRES.
(HORA DE REINO UNIDO: QUEDAN 13 HORAS DE PLAZO)

Manuel Ureña camina por Regent Street.

Es aún pronto en Londres. Ha amanecido, pero es uno de esos días londinenses en los que uno no sabe bien si ha salido ya el sol o no. Tanto mejor, así las calles están más vacías.

El policía asturiano enviado por Bieda se arrebuja en su gabardina con la capucha bien calada. Comienza a llover, hay agua evaporada en todas partes. Niebla británica, que se adentra en las entrañas y en el ánimo. Quizá sean los restos de la «Gran Tormenta», como se

ha llamado en las noticias, que asoló el sur de Inglaterra con vientos de fuerza huracanada hace quince días y dejó más de veinte muertos.

Ureña toma una callejuela para ir al piso del doctor.

El cigarrillo que lleva en su boca es el único punto de luz que puede delatar su presencia. Le da una última calada y lo tira al mojado suelo. Lleva varios minutos sin cruzarse un alma.

Encuentra por fin el edificio. Una puerta de madera enmarcada con la ornamentación victoriana en dinteles y jambas. Examina la cerradura y sabe que será difícil abrirla. Que le llevará tiempo. Mira hacia arriba y deja que la lluvia tamborilee en su rostro.

Hay una ventana abierta, pequeña, en la entreplanta, que seguramente da a la escalera interior. Está a escasos metros del suelo, así que otra alternativa sería escalar por el edificio.

Él es joven y atlético. Tiene aún esa edad en la que el vigor eclipsa las incertidumbres de las leyes de la física. Agita los hombros como si quisiera sacudir el frío de sus extremidades. No sabe todavía que la humedad inglesa no se puede sacudir ni con el mejor batanero del mundo.

Escudriña la fachada. Como todos los edificios de esa zona del centro, la recargada ornamentación regala al intruso decenas de salientes y huecos en los que confiar para una escalada hasta la ventana. Detecta asimismo una tubería exterior, que también servirá de asidero. Y se lanza a la empresa.

Con la capucha de la gabardina puesta, la lluvia y la gris oscuridad, la imagen del policía escalando parece sacada de un cómic. Manuel Ureña vacía su mente de cualquier cosa que no sea la

ventana de la esquina del primer piso. Ese es su único objetivo y la última barrera antes de perpetrar el delito de allanamiento.

Cometer un delito menor para resolver uno mayor.

Un relámpago violento ilumina el cielo londinense y recorta su silueta de un modo onírico.

El mismo que hace que un personaje embozado y con chaqueta de cuero pueda observar al intruso escalando, desde la acera. Chasquea la lengua y lamenta la maldita casualidad de haber coincidido ambos en el registro de ese domicilio. Mete la mano en el bolsillo y coge las llaves del portal.

Ese intruso no necesita forzar la puerta ni trepar por fachadas.

Manuel Ureña alcanza la ventana abierta de la primera planta. Ha resultado más sencillo de lo que parecía. Aparta un poco un estor blanco y salta al interior.

Ya está dentro del edificio. Ahora solo tiene que subir dos plantas hasta el piso del doctor.

Una vez allí, sin saber que lo observan, fuerza la puerta con ganzúas y se cuela en la casa. Corre las cortinas de varias ventanas para no ser detectado desde el exterior, y enciende una linterna.

Repasa cada una de las habitaciones del piso. Ahí habitaba el doctor Kulakov, pero también tenía distintas estancias que conformaban su laboratorio y lugar de trabajo. Hay unas salas más espaciosas, con mesas alargadas, probetas, tubos y cachivaches cuya función Manuel no sabría determinar. Allí se reuniría su equipo de médicos e investigadores. Después hay un estrecho pasillo que lleva a las dependencias donde debía de vivir Andrei.

—¿Y ahora qué se supone que tengo que encontrar? —sisea el policía.

Es difícil localizar algo cuando no sabes qué buscas.

Está en medio de una de las salas destinadas al laboratorio, en esta no hay material médico, sino que está llena de pizarras, papeles y carpetas. Coge la linterna con la boca e ilumina unas hojas, que va removiendo sin ton ni son. Parecen permisos, comunicaciones. Burocracia, en definitiva.

De pronto, detrás de él, sin que Manuel se inmute, una sombra atraviesa de lado a lado el pasillo que queda a su espalda…

Manuel Ureña concluye que se encuentra ante la mesa de trabajo personal de Kulakov. Ha estudiado su caligrafía, entre otros tantos rasgos, datos y circunstancias referidos a él en dos días. Un máster acelerado sobre el doctor ruso.

De pronto, una llama su atención por encima de los demás papeles.

La abre y ve una fotografía algo ajada y deslustrada. Se nota que está muy manida. Muy admirada.

En ella aparece una mujer espléndida, con un aire a Marilyn Monroe. Se la ve en actitud cariñosa hacia un Andrei Kulakov que también aparece más entero, más vital, que el que ha estado vigilando los pasados días. La mujer chisporrotea vida por los cuatro costados.

—Vaya… —dice Manu Ureña agitando la foto. Toma la nota que hay en el mismo sobre. Parece que es un mensaje de la mujer hacia su pareja.

Querido, estoy bien. Me han liberado. Pero creo que me persiguen. Están por todos lados, Andrei. No te preocupes, estoy haciendo gestiones y pronto podremos estar juntos. Si has culminado tu investigación (quiero pensar que es un poco «nuestra», después de tanto trabajo), espérame para celebrarlo juntos. No hagas nada y pensemos bien qué hacer con este descubrimiento. Con tu mayor logro.

Siempre tuya,

OKSANA

El policía frunce el ceño. Un «descubrimiento». ¿Se referiría a esa investigación por la cual la KGB se había interesado tanto? ¿Y quién es esa Oksana? Tal vez una amante que había estado investigando para él. Rusa, también. Quizá le había escrito en inglés la carta para no levantar suspicacias en los servicios de correo occidentales.

Ahora revuelve el resto de los papeles, con nuevos bríos. Quizá lo que ha de buscar tiene relación con ese hallazgo. Con algún medicamento que pueda ser revolucionario.

De pronto alguien se abalanza sobre él y le asesta un fuerte golpe en la nuca.

Pero no es un golpe lo suficientemente seco para derribar a alguien de su complexión.

Y menos cuando se trata de un asturiano.

Se da la vuelta y hace caso omiso del dolor que su sistema nervioso le pone de manifiesto. Sin saber si atinará o no, asesta un puñetazo al aire, que golpea de refilón el hombro de su atacante.

Suficiente para alejarlo un poco. Está oscuro porque la linterna ha caído al suelo. Distingue una silueta esbelta y una capucha que

cubre su rostro. Se lanza sobre ella, sin pensarlo. Forcejean en el suelo.

Su contrincante se muestra muy escurridizo y se deshace del policía. Manu percibe que quiere escabullirse. Eso solo significa una cosa: el tío ya tiene lo que sea que haya ido a buscar y solo pretendía noquearlo para abandonar la escena con más tranquilidad.

Error.

El asturiano no dejará que se salga con la suya. Necesita saber qué es lo que tiene. Qué es lo que sabe. Atraviesa la sala en dos zancadas y se vuelve a lanzar contra él. Ambos chocan contra una ventana cuyo cristal rompen en mil pedazos. Notan el aire y la lluvia entrando para desangelar aún más sus corazones.

Manuel recibe un golpe en la entrepierna. Se encoge, pero responde veloz con un codazo. Y en un mismo acto carga el hombro contra su oponente, que pierde el equilibrio. Se agarra a la cortina, y esta se rasga.

Al perder la sujeción, el encapuchado atraviesa la ventana.

Y cae.

—¡No, joder! —grita Manuel.

Le da tiempo a sacar la cabeza y ver cómo aquel cuerpo desciende los tres pisos que lo separan del suelo. Que lo separan de una muerte intempestiva.

El impacto es un ruido sordo, no del todo seco. Suena como si alguien hubiera pisado un charco de barro. Chof. Suena a muerte. Y provoca unos ecos que reverberarán en los tímpanos del policía durante muchos años.

Manuel corre hacia la puerta principal.

Al salir, percibe de refilón un crisol vibrante y bailarín que ilumina violentamente una de las estancias del fondo. Pero el policía, presa de la urgencia, no se para a ver qué ocurre y baja las escaleras de dos en dos, con el corazón en la boca.

Llega por fin al portal y sale a la calle. Ahora ya llueve con fuerza. Mira agitado en ambas direcciones. Detecta algún viandante de espaldas muy a lo lejos, pero duda de que hayan visto nada. No obstante, ha de darse prisa.

El mismo fulgor que antes detectó por el rabillo del ojo arriba en el piso llama su atención estando en la calle. Mira hacia arriba.

Y ve que el piso del doctor está ardiendo.

Un resplandor ilumina con violencia la atmósfera oscura, y serpenteantes lenguas de fuego salen por las ventanas.

El encapuchado, antes de largarse por la ventana (aunque seguro que no tenía prevista esa ruta de salida), ha prendido fuego al laboratorio. Por lo visto, no quería que nadie encontrase nada allí.

Ureña redobla su urgencia y busca en la lóbrega escena a su atacante. Detecta su cuerpo inerte a no muchos metros y corre hacia él. Una mancha roja lo rodea y se confunde con los charcos del adoquinado londinense. El policía abre la cremallera de la abultada chaqueta de cuero del cadáver.

Ve que tiene una carpeta de tapa blanda y una cartera. En la carpeta hay unos documentos que él ojea con fruición, a pesar de la lluvia, de la oscuridad y del cadáver. Lee frases, capta retazos y saca una conclusión.

«¡Joder!», masculla Ureña. Aquel doctor ruso había descubierto un medicamento, una solución sin efectos tóxicos, que la FDA iba a aceptar.

¿Kulakov había descubierto un tratamiento contra el alzhéimer?

También hay unos expedientes médicos. Parecen de la esposa de Kulakov.

¿Ella estaba enferma? De ahí que se explicase el denuedo infatigable e invencible espíritu del doctor ruso para investigar esa dolencia y su posible tratamiento…

Y lo último que ve, una carpetilla llena de hojas, nombres y fotos de cuerpos humanos, lo deja helado. Pero es información incompleta, solo cabe deducir e imaginar.

Todo eso le trae reminiscencias de un pasado no tan olvidado en la que el ser humano no tenía valor para otros seres humanos. No eran más que medios para un fin…

—Joder, joder, joder…

Eso podría explicar algunas cosas. O ninguna, no lo sabe porque no es momento de pensar. Es momento de largarse de allí.

Mira en la documentación de la cartera de su atacante y ve una identificación rusa. También una pistola. Un acrónimo le viene a la cabeza como un resorte.

KGB. Komitet Gosudarstvennoi Bezopasnosti. Comité para la Seguridad del Estado. El símbolo de la espada y el escudo.

Espía ruso, vamos.

No hay ninguna documentación, ningún signo que lo atestigüe, pero él está seguro de que se trata de un agente. Les habrá costado enviarlo a Inglaterra para realizar esa incursión, porque no es sencillo saltar el Telón de Acero.

Mira al cadáver. Le levanta la capucha tras titubear un poco. El rostro no está demasiado deformado, y al identificarlo casi le da un vuelco el corazón.

Es una mujer rubia de rasgos caucásicos, y en cierto modo hermosa, aun estando bastante muerta.

Sin salir de su asombro, se sorprende a sí mismo musitando en voz alta:

—¿Oksana?

Día 2

09.30 h

La portada

> Tan solo un libro, la Biblia, estaría a la altura del abismo entre literatura y vida. Tener que imitar en vano ese modelo del «libro de los libros» describe la tragedia del escritor.
>
> JÜRGEN HABERMAS,
> premio Príncipe de Asturias
> de Ciencias Sociales 2003

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 12 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

Bieda camina con Clara a su lado. Lo que hace él no es pisar. Es destrozar el suelo.

—Otro asesinato más —gruñe el policía.

—Igual no ha sido un asesinato.

—No me jodas, Expósito. Se ha muerto por el polvo que le ha echado la señorita Rodero entonces, ¿no?

—Igual se ha muerto de asco.

—La señorita Rodero será idiota, pero no está para hacerle ascos.

—Si tú lo dices… ¿Entonces?

—Pues nada, lo de siempre. Pruebas, análisis forense y dar cuenta a los superiores. Esto les va a encantar.

—¿Y qué hacemos con la información sobre ese supuesto agravamiento de la enfermedad de Anne Wallace? Aún no me creo lo que me has contado. ¿Qué cara ha puesto cuando se lo has dicho?

—Me pareció que ella tampoco lo sabía.

—Permíteme que lo ponga en duda.

—Te lo permito. Está en duda. O nos ha engañado ella o la han estado engañando. ¿Hemos mandado ya gente a que interrogue al médico que la ha tratado?

—El doctor Cristian Fayos, de Bilbao, sí. Se ha mostrado colaborativo. En efecto no hay duda de la enfermedad degenerativa que padece. Y nos ha pasado las pruebas y el detalle de la sintomatología anterior y posterior al cóctel. Dice que tampoco le pareció muy normal que lo que todos preveían que sería una enfermedad de degeneración lenta de pronto se hubiera acelerado tanto…

Siguen caminando unos segundos en silencio. Es Clara quien vuelve a retomar la conversación incómoda.

—¿Sabes que la periodista tiene su punto de razón? —le pregunta a su compañero.

—A qué te refieres…

—Pues que ya quedan solo cinco sospechosos. Y si seguimos haciendo mal nuestro trabajo, pronto no nos quedará nadie.

—No me jodas, Expósito. —Bieda se detiene y mira a su compañera. Con una mirada cargada de emociones que quiere decir un «Qué coño nos ha pasado», un «Por qué me sigues odiando» y un «Deja de tocarme los huevos, te lo pido por favor» final.

Todo en una misma mirada.

Esas miradas que solo pueden lanzarse cuando conoces muy bien a la persona que tienes enfrente.

Ella también se detiene. Y le devuelve el gesto.

—Qué… —le espeta. Un «Qué» también cargado de contestaciones a todas las preguntas que su antiguo amigo le ha lanzado implícitamente.

—Pues que ya vale.

—Vale de qué.

—De estar ceniza, de ponerme palos en las ruedas… Sé que no te gustan mis formas y que detestas que ahora yo esté al mando, pero este es un caso jodido: necesito a la mejor Clara a mi lado. Sin ti, no sé si voy a poder.

—¿Y qué esperabas? —Pone los brazos en jarra.

—Esperaba el mismo apoyo que yo siempre te di a ti.

—¿El mismo apoyo que cuando me pusiste en uno de los peores bretes de mi carrera, dices? ¿Cuando, por egoísmo, me pusiste en la situación imposible de tener que escoger entre la amistad o hacer bien las cosas?

Bieda mira al techo y niega con la cabeza. Suspira. Se encoge de hombros y vuelve a verter sus ojos en los de ella.

—Perdóname.

—No es tan fácil.

—Ni fácil me lo pusiste tú, Clara…

—¿Imaginas lo que habría pasado si alguien se hubiera enterado de que había hecho la vista gorda con la hija de mi amigo? Me habrían hundido.

—La alternativa fue hundir a mi familia.

—Que te jodan.

Bieda derrumba los hombros.

—Mira… No hice bien en pedirte que me ayudaras con Begoña… Lo siento, pero no lo he pasado peor en mi vida. Sentía que la estaba perdiendo y que una condena la iba a marcar de por vida. Justo cuando parecía que estaba mejorando y por una cagada en concreto… No me parecía justo. Y en efecto, eso la ha vuelto más retraída. Paz y yo luchamos para que se sienta querida e integrada en la familia, pero… es duro. Muy duro.

Clara es una persona de hierro. Sin embargo, hasta el hierro se funde cuando alcanza la suficiente temperatura. Y la temperatura de esos sentimientos a flor de piel hacen que una valiente lágrima surque su rostro por lo general inaccesible. Desvía la mirada y frunce el ceño. No dice nada. Bieda sigue.

—No te pido que excuses lo que hice…, solo te pido que me comprendas.

Lucas dice esto último apelando a la experiencia, que le ha enseñado que la equivocación es parte del camino. Y al equivocarse tanto ha aprendido que no es nadie para juzgar. Ni para ser juzgado. Ha aprendido con su familia y en su vida profesional que la caridad no está tanto en dar, como, sencillamente, en comprender.

—Clara…, tú también eres madre, intenta ponerte en mi situación.

Expósito abre mucho los ojos, como si la hubiera pillado desprotegida, y decide cortar la conversación mirando a otro lado.

En ese momento ven que los agentes Marcos Botella y Arturo Montero se acercan a la recepción. Lucas cambia de tercio para quitar hierro al asunto.

—Hombre, Pili y Mili… Ya estáis de vuelta.

—Sí. Todo en orden, señor. El ruso entró allí y salió un poco antes de las doce. Luego volvimos directamente. Su chófer se negó a hacer otra vez el cambio y esconder al señor Pavlovich en el suelo del vehículo debajo de la lona. Como hemos llegado de madrugada, en plena noche, y no había nadie, les hemos dejado entrar en el aparcamiento. Hemos metido los dos coches, Pavlovich se ha bajado y su chófer se ha vuelto por donde venía saliendo del recinto.

—¿Me están diciendo que han dejado que un coche sin inspeccionar entrara en el recinto?

—Estábamos en plena noche y no había un alma en la calle. Además, el diplomático se negó en rotundo, según nos dijo su chófer.

Bieda se aproxima a los dos hombres. Suspira y coge aire antes de hablar.

—No podemos permitirnos bajar la guardia. Nadie entra ni sale de este puñetero hotel sin que yo lo diga, ¿me han entendido?

—Sí, señor.

—Ya. Lo malo es que lo han entendido tarde. Es igual…, al menos no hay que lamentar ningún imprevisto. Ya tenemos de nuevo dentro a quien no debería haber salido nunca. De todos modos, gracias. Luego les veo.

Y se aleja con Clara siguiéndolo a una distancia prudencial.

Pero en ese momento ven a Juan Lopategui, inquieto, atravesando el salón. Los mira con preocupación.

Lleva un periódico en la mano.

—¿Qué pasa, Lopategui? —inquiere Bieda.

Él tan solo les enseña el diario. Es el periódico en el que trabaja Patricia Rodero. El *Nación*. Y la portada no podría ser más

impactante.

UNO DE LOS SOSPECHOSOS DEL «CASO PRÍNCIPE DE ASTURIAS» ABANDONA EL HOTEL FURTIVAMENTE PARA ATENDER UN EVENTO

El diplomático ruso Pavlovich asiste a un cóctel en la embajada en Madrid, como si no hubiera pasado nada. La diplomacia rusa se hace fuerte y se antepone a la investigación del crimen.

Y lo peor de todo es la foto de la portada, bajo la cabecera, en la que se ve el interior de la embajada. Entre los personajes trajeados, con copas en la mano y humeantes cigarros en ristre, se ve con nitidez a Dimitri Pavlovich, convenientemente resaltado con un círculo rojo.

—Además —prosigue Lopategui, mientras toma el periódico y le señala a su jefe una página del interior—, aquí hay otro artículo sobre cómo viven los sospechosos dentro del hotel. Apunta a ETA como posible cerebro del atentado y especula con que ha debido de tener un brazo ejecutor entre los galardonados. Está cargado de invectivas, y se lanzan veladas acusaciones contra Eduardo Chillida e incluso contra Anne Wallace por sus orígenes vascos.

A Bieda se le cae, literalmente, el puro de los labios.

Clara lo mira con recelo y toma el relevo.

—¿Cómo han podido sacar esa foto? Se supone que era un acto privado, y esas cosas las controlan mucho. La mitad de los asistentes serán medio espías, por ejemplo… —dice exagerando a medias. Solo a medias.

—Es una foto tomada a traición —aclara Lopategui—. Si se fija, nadie está posando. Alguien identificó al señor Pavlovich, cuando se

suponía que debería estar aquí confinado, y quiso tener una prueba gráfica. Y luego, debió de dar el soplo al periódico.

—Y justo al mismo diario de la señorita Rodero, ¿no? —interviene Bieda volviendo al mundo de los vivos. Con los brazos en jarra, sigue mirando al suelo, donde reposa su puro aún humeante. Lo recoge y se lo lleva de nuevo a los labios. Se levanta—. Esta mujer nos la ha jugado.

—Nadie firma el artículo.

—Pero ha sido ella.

—¿Qué quieres que hagamos, jefe? —se ofrece Lopategui.

Bieda, sin mirarlo, saca su pistola del interior de la gabardina. Se la tiende a su compañero.

—Quiero que vayas a su habitación y le pegues un tiro en la pierna, por favor.

—Jefe, no me fastidie.

—Me has preguntado qué quería…

Dos personas se aproximan a ellos engrosando el grupo. Son Anne Wallace, con quien han estado hace unos minutos en la habitación donde ha muerto el señor Crane, y el protagonista del día, don Dimitri Pavlovich.

«La madre que lo parió…», musita para sí Bieda.

—¡Buenos días! —Es el ruso quien primero saluda, con un algarabío casi irritante. Ha debido de dormir unas pocas horas a su llegada, de madrugada.

—No tienen nada de buenos.

—¿Nos hemos levantado con el pie izquierdo? —pregunta el ruso frunciendo el ceño. Siempre aparenta ir cuatro o cinco pasos por delante de los policías.

—No, me he levantado con otro cadáver más y con su puta cara en los periódicos, señor Pavlovich.

—¿Otro cadáver? —pregunta el diplomático, consternado.

—El señor Crane —dice Anne irrumpiendo en la conversación—. Fue anoche. Esta mañana, cuando estaba tocando el piano, percibí, a través de varios datos, que había muerto.

Se hace un breve silencio. A esas alturas nadie pone en entredicho que la señorita Wallace es capaz de percibir la muerte, la vida o lo que demonios quiera. Pavlovich interviene de nuevo, con bastante poco tacto.

—Desde luego, me voy un día y… No se les puede dejar solos. —No es capaz de ocultar que el inglés no era persona de su gusto.

Bieda se debate entre romperle el cuello y acabar con sus huesos en la cárcel, o continuar con su vida y seguir tragando sapos. Como tiene mujer y cinco hijos, opta por lo segundo. Casi más por miedo a su mujer que por miedo a la cárcel.

Coge el periódico de las manos de Lopategui y se lo echa a la cara al ruso.

—Y aquí, usted posando. ¿No dijo que sería discreto? ¿Sabe en qué lío acaba de meternos a todos?

Dimitri Pavlovich toma el periódico y pone cara de sorpresa. Y de consternación. No obstante, se recompone enseguida y vuelve a hacer gala de su flema diplomática.

—En fin, la buena noticia, señor Bieda, es que… ahora ya solo tiene cuatro sospechosos.

—Cinco —le corrige Clara.

El ruso pone la portada del periódico frente a la policía. Lo cierto es que él ha estado fuera la noche del último asesinato, eso es

indudable.

Da golpecitos con el dedo sobre su propia imagen en la fotografía del diario.

—Cuatro, querida, cuatro.

Día 2

11.00 h

Dos mentes negras

> Es claro que nuestro mundo debe cambiar y que cada uno de nosotros debe romper la fatalidad de su propia indiferencia […]. Tengo la profunda convicción de que cuando hablamos, estamos cambiando el mundo.
>
> INGRID BETANCOURT,
> premio Príncipe de Asturias
> de la Concordia 2008

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 11 HORAS DE PLAZO)

En mitad del patio de la Reina, interpreto a Claude Debussy, *Deux arabesques*. El espacio se llena de mi música y las paredes reverberan con las melodías suaves y rápidas de la pieza, como si quisieran hacerla llegar con urgencia a los oídos de los niños perdidos que guarecieron en el pasado.

Hoy la Muerte me ha enseñado su cruz.

Me ha hecho percibir algo que no encajaba en la habitación en la que se encontraban el señor Crane y Patricia Rodero. La cruz de su

muerte.

Sin embargo, a través del mensajero de Lucas Bieda, me ha mostrado también su «cara». Que el agravamiento sintomático de mi enfermedad no parece ser tan preocupante.

Aunque tampoco muero por no morir. Moriría por no tocar.

Ahora permanezco con Debussy, pero me pongo con la *Suite bergamasque, L. 75: Clair de lune*. Es una melodía sublime, sosegada y penetrante que logra erizarme el bello de los brazos.

Al cabo de unos pocos minutos aparece la figura recia del escultor. Suele venir a escucharme.

Sigo tocando hasta que la última nota de la partitura se queda flotando en el aire. El piano ha dejado de interpretar, pero la música aún percute entre esas paredes centenarias, que intentan alargar su sonido, agarrarse a él, como si no fueran sino una gran caja de resonancia a mi servicio.

Me quedo quieta con los dedos posados en las teclas, sin pulsarlas. No miro al escultor, pero adopto una posición expectante que él sabrá entender.

—Buenos días, señorita Wallace.

—*Egunon*, maestro.

Eduardo Chillida suspira.

—No ha comenzado el día muy bien que digamos, ¿verdad, señorita?

—¿Por qué lo dice?

Y pienso en mis múltiples razones: ¿por el cadáver del señor Crane?, ¿por los artículos comprometidos que han aparecido en prensa? ¿O porque ayer como una cobaya me hicieran mil análisis

para determinar si fui yo quien envenenó al doctor o si estoy tan enferma como parece?

El escultor no responde. Me gusta que la gente no hable de más. Siempre he pensado que cuando se dice de alguien que es una «persona con mucho que decir» es porque dice poco. Y escucha mucho. Querer aprender sin escuchar sería como pretender adquirir toda la sabiduría del mundo leyendo un solo libro: el nuestro.

—Señorita Wallace, ¿qué opina de todo esto? —me pregunta con tacto.

—Sigo pensando. Investigando, a mi manera.

—¿Algo reseñable?

—Es un puzle muy grande. Muchas piezas. Ya encajarán. No dejo de darle vueltas a la muerte del doctor. Por supuesto, también a la del señor Crane, pero esta aún no he tenido tiempo para procesarla.

—¿Por qué piensa en la muerte del señor Kulakov?

—Mi música lo mató.

—¿Perdone?

—Es algo que mi subconsciente no para de decirme. Ahí está la clave.

—No lo sé. Quizá sea sencillamente que durante sus interpretaciones alguien aprovechó la distracción de su música para cometer un crimen. Puede que solo sea eso.

—Quizá. Pero sea como fuere, por eso hoy no quiero dejar de tocar. Quizá así comprenda qué ha podido tener de malo tocar como lo hago… Se me antoja contradictorio buscar la solución en lo que ha podido ser el problema.

—No es contradictorio. Es como el mar. ¿Qué es lo que marca el horizonte en las costas? El mar. El estado de paz, de solución, de

verdad, lo dibuja la línea del mar. Y, sin embargo, ¿no hace que veamos el agua más viva cuando se rebela contra la horizontal? Por eso, usted toca…, aunque piense que quizá en su música esté la clave de las muertes.

—Toco una música que provoca la muerte, pero en realidad está viva… —musito por lo bajo.

Y comprendo. Creo que comprendo.

Hay una pieza que ha encajado en el puzle.

—Ha tenido una idea, ¿verdad? —adivina Eduardo.

Lo miro. No necesito asentir para que se sienta contestado.

Él mira al suelo. Quiere decirme algo.

—Señorita Wallace, me están observando. No quiero hablar muy alto. Me exigen silencio. Me amenazan en caso contrario. A Pilar y a mis hijos.

Yo permanezco callada unos instantes. Respeto su dolor.

—No se preocupe —le digo por fin—. Háble me. Yo tocaré y la música volverá mudas nuestras palabras.

—Pensaba que no habla ni escucha cuando interpreta.

—No suelo hacerlo. Lo haré por usted. Las musas y los maestros me lo perdonarán.

Comienzo a interpretar el *Nocturne n.º 1, op. 9* de Chopin, dándole al compositor una excusa sincera por la falta de respeto que supone no imbuirme al completo en su creación. El escultor, moviendo muy poco los labios para que nadie lo adivine charlando, comienza a musitar:

—Cuando estaba realizando la escultura, un encapuchado entró en mi estudio. Un vulgar ladrón, pensé entonces. Me enfrenté a él y acabé inconsciente. Se llevó alguna cosa de valor y di parte a la

policía, claro. Después, repasando los hechos con los policías Bieda y Expósito, valoramos la opción de que quien vino a mi estudio fuera en realidad un miembro de la banda terrorista ETA. Creo que ese etarra vino a ver qué hacía.

—Interesante.

—Hoy alguien ha introducido una nota amenazadora en mi habitación. Alguien sabe que anoche me escabullí de ella para examinar mi obra, quería valorar si mis sospechas eran ciertas… Me mandan fotos de mi familia, señorita Wallace, para amenazarme.

—Patricia lo vio a usted anoche, cuando iba a inspeccionar la escultura —apunto escueta.

—¿Cómo lo sabe?

—Digamos que mi noche tampoco fue tranquila. No me dormía y salí a deambular por los pasillos. Me relaja hacerlo cuando el edificio está en silencio. Y los vi a ambos. Eso es lo que ha provocado que publique su artículo de esta mañana, seguramente. Es evidente que lo ha estado acechando. Lo percibí en Zabalaga. Ella tan solo buscaba hallar indicios que la reafirmaran en la verdad que le habían dibujado sus prejuicios. En psicología, eso se llama buscar la «profecía autocumplida».

Eduardo niega con la cabeza.

—De cualquier modo, solo quería que supiera esto, en caso de que… me pase algo.

—¿Por qué yo? Soy la persona sobre la que más sospechas se ciernen. Están ustedes empeñados en confiar en mí…

—¿A qué se refiere?

—Cosas mías.

—Mire, no leo como usted a las personas, pero yo también tengo un sentido especial, del que me fío más que de los otros cinco que tenemos el común de los mortales. Y confío en usted.

Él hace una pausa. Enciende la pipa. Lo hace nervioso, buscando tranquilizarse. Yo sigo presionando con fuerza las teclas.

—Señorita Wallace, quiero contarle a la policía lo que ocurre, pero sé a ciencia cierta que alguien, aquí dentro, me tiene controlado. Por eso quizá sea mejor que se lo diga usted, para que no me vean acercándome a ellos. Además, creo que tiene un contacto más estrecho que nadie con el policía Bieda y con Clara Expósito. Ellos lideran la investigación y se les ve rectos.

—Sería oportuno que pusieran protección a su familia cuanto antes. Que asignaran a algunos policías, para…

—¿Y quién protegería al protector? ¿Quién protege a esos policías? Ya han matado a muchos. Nadie es capaz de frenarlos. No quiero que nadie más se ponga en peligro. No quiero que nadie muera por mí. Hable de lo que voy a contarle a Lucas Bieda y a Clara Expósito. Pero solo a ellos.

—No se preocupe, señor Chillida. No le pasará nada. Yo lo protegeré.

—Se trata de mi familia… No quiero tener un sentimiento vengativo, pero es verdad que me reconcome por dentro la indignación. La ira. No quiero permitirlo porque eso es lo que ha llevado a mi pueblo a la polarización. ¿Soy igual que ellos por sentirlo?

—No. No lo es. A uno no lo definen ni sus instintos ni sus sentimientos ni sus impulsos. Sino lo que decide hacer con ellos. Son las decisiones las que marcan quiénes somos.

—Tiene razón.

—La tiene mi madre —le corrijo—. Ella me lo enseñó. Dese cuenta de que, por mi condición, puedo tener desapego o indolencia ante situaciones que requerirían comprensión o caridad. Ella me enseñó que no importaba que a veces yo sintiera indiferencia…, sino que siempre actuase en contra de ella.

—Es usted digna de estudio, querida.

—No son pocos quienes me estudian, créame.

Nos quedamos unos segundos disfrutando del silencio y de la brisa de la mañana, hasta que me giro hacia él.

—Está bien. Lo haré. Hablaré con los policías. ¿Qué quiere que les diga?

—Aquella noche, no vinieron a robar. Vinieron a tomar medidas de mi obra. Así supieron que, al trasladarla hasta aquí, podrían manipular sus espacios huecos y meter una bomba del tamaño justo. Era una idea perfecta: se trata de una obra muy pesada, de metal, con lo que no habría problemas al pasarla por el detector de metales. Más que examinarla, tratarían el bulto con toda delicadeza. Era la forma perfecta de introducir una bomba. Y me utilizaron para eso, señorita Wallace. Me utilizaron y yo no lo supe ver.

—No se torture. Era difícil imaginárselo.

—Seguramente a usted no le habría costado tanto.

—Seguramente no merezca la pena compararse conmigo. Usaron su escultura como un caballo de Troya.

—Así es. No la introdujeron bajo el soporte de madera, como la policía piensa y todos creíamos. La insertaron en la propia escultura. Así pues, no compraron a ninguno de los técnicos ni del personal del

hotel para evadir la seguridad y colocar el artefacto. No hizo falta. La obra entró por sí misma con todos los honores.

—Claro… Su luz de los muertos, su *Ilargia,* fue la que atrajo la muerte. Su escultura fue la propia bomba. Qué interesante…

Día 2

12.30 h

La llamada de la locura

> Es necesario seguir creyendo en una España que no se opone, sino que dialoga; que no se enfrenta, sino que escucha; que no silencia o se encierra, sino que viaja y se abre fraternalmente.
>
> Príncipe FELIPE,
> discurso de la ceremonia de 1997

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 9 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

Bieda sale del salón Auseva, un restaurante de lámparas colgantes y clásicas, y un claro suelo de mármol, donde han habilitado un agradable espacio para que coman los policías.

Acude con urgencia a atender una llamada de Ureña, que ha esperado a regresar a España para llamarlo desde el aeropuerto nacional. Después de varios tramos de pasillos, arcos y escaleras llega a una de las cabinas de recepción.

De fondo a lo lejos, se escucha límpido el *Clair de lune* de Ludwig van Beethoven. Es como si la pianista se resistiera a que la

oscuridad conquistara el edificio y lo hiciera caer en la sima de la desesperación.

Hace un gesto a uno de sus hombres para que pida a recepción que le pasen la llamada y entra en el pequeño habitáculo acristalado.

¡Toc, toc, toc!

Alguien aporrea el cristal.

—¡Joder, casi me da un infarto! —exclama Bieda, ya con el auricular en la mano. Ve que es Anne Wallace quien se encuentra a centímetros de él, al otro lado del vidrio.

¡Toc, toc, toc! De nuevo.

—Señor Bieda, me gustaría hablar con usted.

—Pero si hace diez segundos estaba usted tocando el puñetero piano, ¿cómo ha llegado hasta…? Es igual, mire, tengo que coger esta llamada y después la busco, ¿de acuerdo?

Wallace no dice nada. Tuerce la cabeza. Da media vuelta y desaparece con elegancia.

Bieda suspira y se pone el auricular al oído.

—Hola, ¿Manu?

Y no le da tiempo a decirle más porque Ureña prorrumpe en una cascada de mensajes urgentes y contundentes.

—A ver, a ver, Manu, no me jodas. Cuéntamelo despacito.

Bieda se enciende un puro y se revuelve dentro de la cabina.

—El doctor había hecho un hallazgo muy relevante para la medicina, jefe. Ese remedio para luchar contra el alzhéimer podría cambiar muchas cosas…

—Y dices que había una pájara de la KGB, pero ¿para qué?

—Creo que para llevarse los resultados de sus estudios. Todo indica que su amante era de su equipo, porque en la carta ponía que habían trabajado juntos.

—Dices la que era espía encubierta, la que te has cargado.

—Bueno, se ha caído ella solita.

—No, si a mí me ha pasado algo parecido… —dice el policía recordando su caída libre al claustro con Ibon Maeztu.

—Se ve que la KGB había puesto a Oksana dentro de su equipo de investigadores para espiarlo muy de cerca.

—Y tan de cerca. Desde la cama… Pero, si la tenían dentro, ¿por qué no consiguieron arrebatarle la investigación a través de ella?

—Kulakov lo llevaba muy en secreto. Solo él concentraba todos los resultados que encargaba a distintos equipos. Lo que descubrió lo sabía él y nadie más. Creo que ni la KGB ni en concreto Oksana, por su carta y por lo que sabemos que se especuló en prensa, querían que el doctor abandonara Rusia. Pero logró huir de allí… y todo se desmadró, como estamos viendo.

—En cuanto al cadáver de la espía en mitad de una calle de Londres…

—No creo que tengamos que preocuparnos por que nadie sospeche de nuestra implicación.

—Cierto. Seguro que la KGB se encargará de taparlo todo. No pueden permitirse el lujo de dejar rastro alguno.

—Por si acaso, he esperado a volver y no he realizado esta llamada desde Reino Unido.

—Has hecho bien, supongo.

—Aún hay más, jefe.

—Fantástico.

—Los métodos de la investigación del doctor Kulakov… Creo que no eran éticos. Ni legales, vamos. Vi muchas hojas con expedientes de pacientes que tenían la enfermedad. No eran nada concluyentes. Pero me huele que les hacía pruebas experimentales. Como si fueran cobayas humanas…

—Explícate.

—Además de información de cada paciente, vi registros de cómo los comenzó a tratar con distintas versiones del medicamento con el que estaba experimentando. La mayor parte de esta información se ha quemado en el laboratorio, claro. Pero parece que, según las respuestas de los pacientes a los tratamientos, él iba introduciendo mejoras. Algunos de esos pacientes no respondieron bien a algunas de las versiones del medicamento…

—¿Me estás diciendo que se cargó a gente con sus experimentos?

—Bueno, yo he visto tres o cuatro nombres con un informe de defunción. Si fue fruto de la mierda que les metió o no, no lo sé. Pero desde luego, esas personas abandonaron los tratamientos tradicionales para someterse al experimental del doctor Andrei Kulakov. Un tratamiento no validado por nadie.

—Pero era un hombre intachable. Todo el mundo lo había bendecido.

—Su mujer está enferma, jefe. Tiene alzhéimer.

—¡Lo hizo por ella!

—Sí, buscaba una cura para ella. Por eso creo que perdió la cabeza y antepuso el fin a los medios. Y comenzó a acelerar su investigación de la única manera posible. Experimentando con humanos. Ya lo hicieron los nazis…

—Joder… Pues querría mucho a su mujer y le estaría buscando una cura, pero bien que se estaba zumbando a una de sus compañeras. Que encima era una espía.

—Eso parece.

—En fin, las personas son muy complejas, no merece la pena juzgar a nadie. Pero las cosas no lo son tanto. Hay cosas que están bien y cosas que están mal. Y esto huele muy muy mal.

Lucas Bieda da una fuerte calada al puro y espira como si expulsara su último hálito de cordura.

—Ayer la señora Sanjuán, de la Fundación Príncipe de Asturias, dijo que la candidatura del doctor Kulakov gozó de una avalancha final de recomendaciones. Quizá la KGB presionó para tener al doctor alejado de su trabajo un tiempo, con el premio. Puede que también contribuyeran en el atentado. Si provocaban este caos, tendrían al doctor fuera de juego y la tal Oksana podría llevarse toda la información a su país, allí algún médico del partido culminaría la investigación y ellos se llevarían el rédito y la patente. Ya te contaré, pero, por lo que me dijo mi contacto en la banda, quizá recibieron ayuda. Y esa ayuda lo mismo vino de la KGB. No lo sé, son demasiadas cosas, joder…

Tantas cosas como para dejar la conversación en silencio unos segundos. Segundos en los que solo se escucha el chasquido irregular del teléfono.

—Por otro lado, jefe, esto podría explicar que el doctor se cargara a un hombre en la playa. Lo han estado siguiendo para quedarse con el medicamento.

—Puede ser. Pero no seamos ingenuos, la KGB tiene controlado a cualquiera que pueda proporcionar un rédito al país. Ya sean

investigadores, empresarios, informáticos punteros… No creo que eso tenga nada que ver con su muerte aquí dentro.

—Yo opino lo mismo, jefe. Creo que murió porque debió de enterarse de algo sobre el atentado que habría podido poner en peligro a su autor y se lo quisieron quitar de en medio. Además, si la KGB se lo hubiera querido cargar…

—Lo habrían podido hacer donde y cuando quisieran.

Silencio cómplice entre ellos.

Y de pronto un aporreo en la puerta hace que a Bieda se le caiga el auricular.

Anne Wallace aparece pegada al cristal. Mira como unos veinte centímetros por encima de la cabeza del policía.

Le tiemblan las manos. Aún acusa el agravamiento de su enfermedad.

—Señorita, ¡¿no ve que estoy al teléfono?!

—Puede colgar a su compañero Ureña. Ya se han dicho todo lo que tenían que decirse.

En ese instante, los temblores la abandonan y adopta una postura de ascendencia, de dominancia, que paraliza al policía. Ahora sí lo mira a los ojos.

—Solo quería decirle que ya sé cómo entró la bomba en la sala.

Bieda se queda boquiabierto.

—Qué coño… ¿Cómo lo sabe? ¿Cómo fue?

Ella ladea la cabeza.

—¿Le suena la historia del caballo de Troya?

Otra pizarra

> Nuestro continente está llamado indudablemente a proponer al mundo un nuevo modelo de colaboración y convivencia internacional desmilitarizada, desideologizada y democrática.
>
> SERGUEI ROMANOVSKI,
> en nombre de MIJAÍL GORBACHOV,
> premio Príncipe de Asturias
> de Cooperación Internacional 1989

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 8 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

—Lopategui, a la palestra, ya que no está Manu, hoy la pintas tú.

Están todos en la sala de Consejos del hotel, centro de operaciones de la policía. Bieda nota en todos sus compañeros un mayor desaliño, unas ojeras más profundas, una creciente desazón.

«Y eso que no saben todo lo que yo sé».

Lucas Bieda no les ha contado lo del topo.

Mira en derredor. Duda de que, si ese topo existe, se encuentre en esa sala. Ha de ser alguien del servicio, de los pocos a los que se ha permitido que permanezcan en el hotel. Y tienen que averiguar de quién se trata cuanto antes.

Lopategui acude a la última pizarra que dibujaron para rellenarla con las nuevas pesquisas.

—No sabemos por qué alguien pudo provocar el ataque que le dio a la señorita Wallace en Zabalaga. Por qué tuvo ese empeoramiento repentino… O por qué querría haberlo ella simulado —dice.

—¿Para qué iba a querer ella simular una enfermedad? —se pregunta Bieda.

—¿Para eludir sospechas sobre su implicación?

—¿Habéis pedido las pruebas médicas a la clínica que la estaba tratando?

—Nos acaban de remitir el expediente médico. Y han comprobado que los resultados que recibió su doctor, un tal Cristian Fayos, parecen correctos. Su médico solicitó las pruebas adecuadas, según hemos cotejado con nuestros forenses, después del ataque: TAC, exploración neurológica y análisis sanguíneo que incluyó, según leo aquí, función tiroidea y renal, niveles vitamina B12, metales pesados… Son las que ellos mismos habrían pedido, si hubieran observado los síntomas que se vieron en la paciente. El diagnóstico parece ser más bien clínico, y las pruebas que se hacen son casi más para descartar otras enfermedades. Y por los resultados, habiéndose desechado otras razones para su sintomatología, se concluyó que fue el párkinson.

—Es decir, para que yo lo entienda de nuevo: es real que Anne tiene un párkinson degenerativo. Pero que ese ataque y el empeoramiento que se constató con pruebas médicas fiables después de Zabalaga no tienen eco en los últimos exámenes que le han hecho Fran Mendoza y su equipo —recompone Bieda.

—Así es.

—De todos modos, ¿qué puede tener todo esto que ver con el atentado y la bomba? —conmina a reflexionar otro de los policías.

—Quizá querían tenerla subyugada. La amenazan. Le hacen creer que está enferma y le debilitan el ánimo. Y ella cede a una extorsión para cumplir el plan de ETA, introduciendo la bomba y activándola…

—¿Y lo del doctor? —prosigue Juan Lopategui.

—Según lo que me ha contado Ureña, quizá fuera intención del doctor liberalizar la patente del medicamento. Un medicamento para tratar el alzhéimer, ni más ni menos. Pero la espía que le pusieron cerca, le pedía en una carta que «esperase» —dice Bieda dibujando unas comillas en el aire con sus dedos— para ver qué hacer con el hallazgo. Se ve que la Unión Soviética quería la patente para ellos. Habría supuesto un avance muy importante, y mucho dinero para las empresas farmacéuticas públicas comunistas, con la producción del medicamento…

Bieda se levanta y pasea por la sala. Saca una cerilla y enciende un puro. Uno nuevecito, para variar. Se estira los tirantes. Y de vez en cuando pasa la yema de los dedos por la cicatriz que le surca la cara.

—Veamos —recapitula—. Primero, el doctor muere. Lo envenenan. Lo que sabemos es que la KGB andaba detrás de su investigación. Del resultado de su hallazgo. Quizá por eso se fue a Londres precipitadamente. La KGB quería que él no liberalizase la patente. ¿Él se negó? Puede ser. Por eso quisieron robarle el trabajo. ¿Se negó el doctor a hacer algo para ellos o a dejar la patente en Rusia, y por eso quisieron matarlo? ¿O ayudaron a perpetrar el atentado? Dicen que en la KGB puede haber intereses contrapuestos a los de Gorbachov —apuntala Bieda—. No les apetece tanto que haya

orden. Después de todo, con orden y paz, ¿dónde quedarían ellos? Por último, sabemos que ETA recibió colaboración externa o una información relevante que los ayudó a atentar contra el evento y la Corona.

—Pero como nunca esperaron que también se convirtiera en un ataque contra el príncipe, se callaron su autoría.

—Exacto. Y ese es el atentado prioritario. La bomba y el príncipe.

—Y el de Kulakov fue un crimen relacionado. Como el de Crane. Pero hagamos otro repaso de los temas abiertos referidos al resto de los sospechosos.

Los agentes asignados a cada galardonado sacan sus papeles y anotaciones. Todos han hecho los deberes y han indagado en las sospechas que han ido vertiendo unos galardonados sobre otros en las distintas entrevistas.

—Sobre Anne Wallace tenemos lo que ya hemos hablado. Recibió una amenaza de ETA y eso pudo ser un motivo. Y luego fue la última que estuvo con Kulakov.

—En ninguno de los análisis que ayer le hicieron han encontrado rastro alguno de la sustancia tóxica que mató al doctor. Pero bien pudo haberse lavado a fondo. En cualquier caso, seguiría estando el asunto de cómo le pudo pasar un veneno por contacto epidérmico sin que ella misma sufriese sus efectos. Pero bueno, sigamos con los demás —pide Bieda.

—Doctor Kulakov… —toma el relevo otro.

—Ya hemos hablado de él. Y no podemos volver a hablar *con* él, así que…

Caladas a cigarrillos ya casi consumidos. Sensación de que todo es demasiado abstruso. Bieda mira a otro de sus hombres y le hace un

gesto para que prosiga con otro sospechoso.

—Harry Crane, el escritor —anuncia el interpelado.

—Otro muerto.

—¿Otro descarte?

—Quién sabe. Hay que averiguar por qué lo mataron. Porque ya sí que no nos creemos lo de los infartos. Se lo han cargado seguro.

—Lo que parece claro es que quien intentó matar al príncipe ahora está intentando cubrir pruebas o sospechas cargándose a otros. Y este señor Crane sabemos que estaba ojo avizor de todo lo que ocurría a su alrededor.

Bieda suspira. Tiene su propia opinión.

—Siguiente —propone.

—El escultor, Eduardo Chillida —dice, en este caso, una policía jovencita, que es quien ha estado al cargo de su seguimiento.

—Lo más relevante es que ahora sabemos —anuncia Clara mirando sus notas—, según acaban de comprobar los artificieros, que en efecto la bomba no estaba bajo el soporte de madera de la escultura. Estaba en la misma escultura. Eso explicaría que pasara los controles. Era la forma perfecta de hacerlo: nadie examina que haya metal en una escultura de metal… Y nadie se pone a husmear en una obra de arte que precisamente se suponía que habían de tener en palmitas.

—El caballo de Troya, tal y como nos han dicho.

—Exacto.

—Fue en verdad una manera brillante de hacerlo.

Bieda asiente. Clara también. Juan apunta en la pizarra.

—De acuerdo —concluye Bieda—. Siguiente.

—Javier Treviño —interviene otro agente, interpelado por la mirada de Bieda—. Según el perito financiero y la información que hemos «comprado» a gente de dentro, pagó a ETA. Al principio pensamos que solo pagó ochenta millones: una cantidad menor a la que le solicitaban. Pero luego existió otra retirada de dinero por otros veinte. No sabemos más.

—Estábamos pensando que igual le hicieron una rebaja a cambio de cumplir el recado de la bomba, pero ahora sí sabemos que salió de tesorería la cantidad total, ¿no?

—Pero en dos salidas distintas de efectivo, ¿por qué? —dice Bieda chasqueando la lengua—. Joder, le han dado el premio por todas sus donaciones, que son reales, a causas humanitarias, ¿de verdad no es trigo limpio? En fin, hablaré con él a calzón quitado.

Bieda deja de caminar por la sala y se derrumba en uno de los asientos, mientras Juan Lopategui hace alguna anotación en la pizarra. Otro de los agentes interviene.

—Si quiere seguimos con Patricia Rodero.

—Por qué no.

—Fue precisamente el señor Treviño quien vertió sobre ella la acusación de tener posibles contactos con ETA —apunta Clara.

El agente al cargo de la señorita Rodero asiente y retoma sus pesquisas.

—Hemos hablado con quien nos dijo usted, jefe, con el *ertzaintza* Ori Echart, que está muy metido en la inteligencia contra el grupo etarra. Parece que la periodista sí tiene sus fuentes internas y que no siempre usa métodos ortodoxos para lograr la información. Si hay que pisar, pisa. Si hay que sobornar, soborna. Eso sí, allí nadie pone en duda su calidad y valentía como profesional. Él tampoco.

—Evidente —dice Bieda frotándose los ojos—, no me cuadra que pueda haber ayudado a ETA a cometer un atentado solo por una exclusiva, ¿no?

—Bueno… Además, es quien se ha despertado al lado del cadáver del señor Crane…

Bieda mira a Clara y Clara mira a Bieda. A pesar de todo, con una sola mirada ya se entienden. Lucas chasquea la lengua.

—Y por último…

—Por último —continúa el policía que se sienta al fondo de la mesa— estaría el señor Dimitri Pavlovich. Ahora con toda esta nueva información de que la KGB estaba detrás del doctor Kulakov, valoramos su posible implicación… Quizá una vez la KGB supo que le concedían el galardón aprovecharon para contactarlo y pedirle ayuda.

Bieda suspira.

Niega con la cabeza.

El teléfono suena y se rompe un poco la tensión detectivesca. Un agente acude al aparato que hay en la esquina de la estancia.

—Es del laboratorio, jefe. Quieren hablar con usted —anuncia el joven.

Bieda se levanta con estrépito y se dirige al aparato. Al otro lado, oye la voz del doctor Fran Mendoza agitada.

—Bieda, tengo algo.

—Tú dirás.

—Ya sabemos por qué Anne Wallace no se envenenó al tocar el veneno para intoxicar al doctor.

—Si fue ella quien se lo pasó…

—Hubo de ser ella. Es la única persona que, en contacto con el veneno, no se habría intoxicado. ¡No le afecta el veneno, Bieda! La señorita Wallace no podía intoxicarse. O no mucho, vamos.

—Pero… ¿Cómo? ¿Es inmune?

—No, bueno, inmune la haría una vacuna que produjera anticuerpos contra un organismo. En este caso, por el contrario, es la medicación que toma para el párkinson la que la hace resistente a este veneno. Hemos confirmado el tratamiento que está recibiendo: trihexifenidilo y amitriptilina. Que, además, se le incrementó en una dosis sustancial a partir del ataque de Zabalaga y el agravamiento posterior. El trihexifenidilo se usa para mejorar el temblor que produce el párkinson. Y tiene un efecto anticolinérgico que protege ante una intoxicación por organofosforados. La amitriptilina, por su lado, se usa con frecuencia en párkinson como antidepresivo o como coadyuvante del tratamiento del dolor. Es un antidepresivo tricíclico que actúa a nivel cerebral haciendo que algunos neurotransmisores aumenten su concentración en las terminales nerviosas, incrementando la noradrenalina y la serotonina, y uno de sus principales efectos secundarios son sus resultados anticolinérgicos. Esto significa que puede bloquear la acción de la acetilcolina, un neurotransmisor, lo que permite reducir síntomas como la salivación excesiva o ciertos problemas de sueño en pacientes con párkinson.

Mendoza hace una pausa, quizá para recuperar el aliento, quizá para saber si ha perdido a su oyente, quizá meramente dramática. Luego continúa:

—En suma, Lucas, ambos medicamentos son un fuerte antídoto contra el veneno, si estamos ante un agente nervioso como el que

intuíamos. Ahí tienes el nexo. Quizá aprovechó su tratamiento para envenenar al doctor Kulakov sin correr peligro.

Bieda se aleja del teléfono y niega con la cabeza. Fran, en el laboratorio, sigue hablándole y elucubrando. Pero él ya no lo oye.

¿Anne utilizó su enfermedad? ¿O alguien se aprovechó de ella?

La medicación que obtuvo la protegió del veneno.

Y así mató al doctor…

Día 2

14.45 h

Seamos sinceros

> Quisiera que los arquitectos, sin olvidar cuánto en lo que construyen depositan los mortales su idea de lo que el mundo es, mantuviesen […] viva todavía aquella necesaria racionalidad que implica la supervivencia.
>
> RAFAEL MONEO,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Artes 2012

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 7 HORAS Y CUARTO DE PLAZO)

Estoy en la terraza contemplando cómo se acerca la noche. Refresca. Todo está muy enmarañado. En la habitación tengo aún todas las notas y los recortes que he ido recabando para construir el puzle.

Creo que estoy cerca de completarlo.

Me queda alguna pieza. Y no me gusta cómo está quedando.

De pronto, aporrean mi puerta. Esos golpes solo pueden venir de una persona. Y, por lo que percibo en los sonidos, Bieda viene cargado de urgencia o de rabia. O de ambas cosas.

Miro mis manos. No tiemblan mucho. ¿Comienzo a mejorar, desde Zabalaga?

Me encojo de hombros y acudo a abrir la puerta. Ahí está el enorme policía, de gabardina y tirantes, de cicatriz en la cara y puro en los labios, ocupando con su silueta todo el umbral.

—Ha llegado la hora de ser sinceros, señorita Wallace —dice al entrar.

Yo miro mi reloj.

—¿Ha habido alguna hora para no serlo?

Cierro la puerta y nos quedamos a solas. Él toma asiento en la silla del escritorio. Yo hago lo mismo en el borde la cama. Nos observamos mutuamente durante unos pocos segundos.

—El cerco se estrecha sobre usted —me dice.

Casi con pena.

—No le comprendo.

—Creemos que usted envenenó al doctor. Fue usted la última en estar con él. Lo que no nos encajaba es que, al traspasarle el veneno por contacto, usted también debería haberse visto afectada. Pero ahora acabo de saber que es usted inmune.

—¿Inmune al veneno? ¿Por qué?

—Bueno, inmune parece que no es el término. Pero la medicación que tomaba por su enfermedad, cuya dosis incrementó después del ataque que tuvo en Zabalaga, la hizo resistente al veneno que le pasó a Kulakov. Dígame su motivo…

—Yo también estoy intentando averiguar mis motivos.

Bieda suspira. Se lo ve derrotado. Niega con la cabeza.

—Sabemos que ETA la amenazó. Que recibió una carta poco antes del premio. ¿La extorsionaron para que cometiera el crimen? ¿Y

después el doctor Kulakov la pilló en algo y se lo cargó con veneno, que a usted no le afecta?

No digo nada. No me abajo a contestar.

Yo jamás mataría por una razón así. Creo.

—Eso de ser inmune a un veneno para asesinar a alguien es un giro espectacular —apunto.

—Joder, señorita, baje a la tierra un poco, por favor. ¿Estuvo implicada también en la muerte del señor Crane?

—¿Ese crimen también me lo quiere imputar?

—¿Descubrió quizá el inglés algo que lo convirtió en un problema?

—No. Supongo que no.

—¿Por qué no deja de actuar como si todo esto fuera un juego?

—No sabía que estuviera actuando así.

Lucas Bieda suspira. Me mira.

—Ahora, señorita Wallace, hablaré con mis hombres. No la dejarán ni a sol ni a sombra. No podrá acercarse a nadie.

—¿Tampoco podré tocar el piano?

Él sonríe con amargura. Con resignación.

—Mucho me temo que, dentro de unas horas, una vez haga los trámites correspondientes, tendré que informar de todo esto a mis superiores y la retendrán para hacerle más preguntas. Es la sospechosa más plausible de haber perpetrado el atentado contra la Corona de España, aunque ahí no hay prueba alguna, más allá de ser quien acompañó al príncipe hacia la deflagración. Pueden intentar buscar motivos en una posible extorsión de ETA, que querría una bomba en el evento, pero no que casi se cargara al príncipe. Y supondrán que mató al doctor porque usted es inmune a un veneno que alguien le ha pasado por vía epidérmica. Tienen el cómo, no el

porqué. Pero lo buscarán. No sé si con el señor Crane ocurrió lo mismo. No hay pruebas físicas suficientes para una imputación penal con fundamento, pero ya le digo que intentarán indagarlo hasta el final. Y se tendrá que buscar un buen abogado. Tiene usted recursos económicos. Le aconsejo que los utilice.

Se levanta más desolado que aliviado. Más derrotado que victorioso. Ha llegado a una conclusión que le duele. Que yo podría ser la responsable de todo. Pero precisamente al haber llegado hasta ella en contra de todo lo que creía, por datos que considera irrefutables, la considera inamovible.

La considera incontestable.

Día 2

15.30 h

Adrián y Adrián

> No queremos que la historia de los hombres sea una vez más la de sus guerras, sino la que se guíe por la voluntad de construir una comunidad universal en paz y libertad.
>
> Príncipe Felipe,
> discurso de la ceremonia de 2001
> (después del atentado de las Torres Gemelas en Nueva York, el 11-S)

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 6 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

Queda poco tiempo. *Me* queda poco tiempo.

Una vez se calme un poco todo, me detendrán. En el fondo, comprendo que algo he tenido que ver. En el fondo, comparto las sospechas. Esas que apuntan hacia mí.

Pero ¿qué está ocurriendo? ¿Por qué murió el doctor ayer y esta mañana el señor Crane? Hay algo que no me encaja.

Debo pensar. Debo obligarme a seguir pensando. A encerrarme en ese castillo interior en el que solo permito que entren los personajes

que mi subconsciente moldee.

Estoy arrebujada en un abrigo, al relente y al aire vespertino de Oviedo. Necesito ayuda.

Y como si alguien me hubiera escuchado, vuelvo a deslizarme en un ligero sopor. Me abandono a él. Me abandono a soñar. Un sueño inquieto y frágil. Me sumerjo en un fundido en negro del que se recorta a lo lejos, pero acercándose, el niño pelirrojo, Adrián.

—¿Qué necesitas, *sorgina*?

—Necesito unas últimas piezas. Necesito completar el puzle. Un libro no se escribe sin final. Una melodía no se deja inconclusa sin su clímax. Tengo que llegar hasta la verdad.

—Yo no tengo la pieza. Soy producto de tu subconsciente, y no puedes sacar de mí lo que no logras sacar de ti.

—Lo sé.

—Pero estás perdiendo el foco. Cuentas conmigo, pero no con los demás. Cuentas solo con tus fuerzas, con lo que ves por ti misma. Pero deberías contar también con lo que no ves.

Hace una pausa, se acerca y me dice, recalcando sus palabras:

—Tú no lo sabes todo. Pero todos saben algo.

—Las piezas que me faltan… —murmuro.

—Cada uno tiene alguna de esas piezas de las que aún careces. Hoy acaba todo. Hoy puedes ponerlos contra las cuerdas. Hoy o nunca.

Asiento mientras paseo por mi habitación. Piso los papeles que he tenido esparcidos por el suelo para estudiarlos. Entre el

mobiliario dispuesto a mi gusto.

Es verdad que las piezas que me faltan son meros retazos de información que, cada uno de los que aún quedan vivos, puede poseer.

«Solo hay algo que aún no…».

—Solo hay algo que aún no me encaja —verbalizo en sueños.

—¿Qué no te encaja, *sorgina*?

—Tú.

—Exacto. Yo.

—Si mi subconsciente te ha traído conmigo, es que hay algo que ocurrió aquí, en el hospicio, hace muchos años, que tiene que ver con todo esto, supongo.

—En parte. Pero no como piensas.

Doy vueltas y vueltas. Me acaricio la sien con las yemas de los dedos. Tengo que llegar a la verdad. La estoy rozando.

No es algo que ocurrió en el hospicio de los niños perdidos lo que está relacionado con el caso.

Se trata tan solo de un niño perdido.

Un niño arrebatado.

—¿Cómo te llamas? —le espeto casi con virulencia.

—Ya lo sabes —me sonríe.

—Sí. Adrián. Pero cómo te apellidas.

—Lo sabes también. Cómo nos apellidan a los niños perdidos. Cómo nos llaman a todos.

Y entonces lo entiendo.

—A los niños abandonados los llamaban «expósitos». De ahí el apellido… Te llamas Adrián Expósito.

«Y llevas el mismo apellido que Clara Expósito, la segunda al mando en esta investigación».

Despierto. Abro los ojos desmesuradamente.

Y me vienen a la cabeza varias imágenes en fogonazos:

1. Las dos medallas colgadas al cuello de Clara Expósito, la primera vez que estuve con ella. Y ahora «veo» que en cada una de ellas había un nombre: Isabel… y Adrián. Sus hijos.
2. Y también «veo» los pelos engarzados entre las solapas de su chaqueta. Un pelo de color cobrizo. Los mismos que vi en el pasadizo.
3. Las ojeras y pulsaciones de Clara del primer día. Alguien le había atravesado el alma. ¿Alguien le había arrebatado a su hijo y extorsionado con ello?
4. Por eso me vino en sueños la imagen de un niño perdido del hospicio. Por el apellido Expósito. Por eso lo llamé Adrián, por la medalla. Y por eso lo ensoñé como pelirrojo, por los pelos ajenos que he visto en una de sus chaquetas.
5. Clara es la clave. Es una de las piezas que me faltaban.
6. Ahora comienzo a ver.

IV
La Bruja

Premio Príncipe de Asturias de Humanidades 1987

Día 2

16.30 h

La llamada de la cordura

> […] Para lograr que quienes más lo necesitan tengan la oportunidad de mejorar sus vidas, su educación, su salud […]. Esto solo lo podemos lograr con objetivos comunes y esfuerzo individual.
>
> Princesa LEONOR,
> discurso de la ceremonia de 2023

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 5 HORAS Y MEDIA DE PLAZO)

Lucas está metido en la cabina. Embutido más bien, como un elefante en un frigorífico. No ha podido subir a su habitación, apenas la ha usado, y está utilizando el teléfono de recepción. Aprieta el auricular contra su oreja. Se está dando otro respiro rápido y necesitaba hablar con su mujer.

—… lo único bueno es que esta noche dormiré en casa.

—Necesitas dormir. Y necesitas estar en casa. Pero también necesitas estar en paz, y no lo estás. No te gusta tener que acusarla a ella en contra de tu instinto.

—No puedo hacer más. Hoy a las diez abandonan el hotel y desde esta noche esto concierne ya a la Policía Nacional.

—Ah, mira, está aquí Begoña. Cariño, estoy hablando con papá, ¿quieres saludarlo y darle ánimos?

Voces prendadas de laconismo ante un auricular tapado, y Bieda que no sabe qué prefiere. Si hablar con su hija en una conversación forzada o dejarlo para otro momento en que tenga más fuerzas.

—Papá —le dice Begoña al otro lado.

A Bieda casi hasta le suena extraño el timbre de una voz que no suele prodigar su hija. Pero solo oírlo ya lo reconforta. Le hace «volver a casa».

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás?

—¿Qué tal estás tú?

—Estoy regular, hija. La investigación no ha salido todo lo bien que se podía esperar, pero es un atentado muy relevante y la gente que tengo aquí dentro tiene demasiado peso.

—Eso da igual. Lo importante es que vuelvas a casa, papá. Necesitamos que estés aquí. Necesito que estés a salvo.

A Bieda le duele oírla. Porque lo que oye no le hace sino más consciente de que el dolor que encierra su hija… es por él. Por su exposición. Begoña intuyó el peligro al que se enfrentaba su padre en el País Vasco, por los comentarios e insultos de unos pocos. Y quizá por el silencio de unos muchos.

Es el miedo a perder a un padre.

Por eso había dejado el trabajo que amaba en Bilbao. Porque allí combatía la división de un pueblo para restaurar la concordia. Un objetivo común en el que se dejaba el alma con su lucha a muerte individual. Sin embargo, eligió priorizar a quienes más amaba.

—No te preocupes, hija. Volveré.

Pero Begoña ya ha devuelto el auricular a su madre. Lo que tenía que decir ya lo ha dicho, la respuesta no es necesaria.

—Tranquilo —le dice Paz—. Están todos un poco nerviosos. Ya les he dicho que esta noche regresas.

—Eso espero. No te puedo decir nada; esto es un verdadero quebradero de cabeza. Demasiados muertos…

Paz no pregunta. La prensa no se ha hecho eco aún de las muertes de dos premiados. Ella lo intuye.

—Y todo apunta a la pianista.

—No…

—¿No qué?

—Cariño, ella no puede ser.

—Pero ¿por qué?

De pronto, tres golpes en el cristal. Delicados, pero lo hacen zozobrar.

Es Anne Wallace. De nuevo, frente a él, al otro lado del cristal de la cabina.

Él abre, aún sujeta el auricular.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre desagradable.

—¿Habla usted con Paz?

—¿Cómo? ¿Qué sabe usted de…?

—Dele recuerdos de mi parte. Me trató muy bien en Bilbao. ¿Puede colgar ya? Sé quién es el topo…

Día 2

20.30 h

El final de un camino (1)

> Cuando entré en el Prado en la sala con las Pinturas Negras de Goya, esto supuso una conmoción que, probablemente, nunca olvidaré. Empecé realmente a temblar y tenía dificultad para mantenerme en pie.
>
> MICHAEL HANEKE,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Artes 2013

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDA 1 HORA Y MEDIA DE PLAZO)

Llegan noticias de que sacan a Bieda y a su equipo de la investigación. Han transcurrido las cuarenta y ocho horas de gracia.

Un atentado, un intento de magnicidio, dos muertos.

«Un balance cojonudo, la verdad…», piensa Lucas Bieda, que espera a todos en el patio de la Reina, fumando. Ha convocado a los premiados (a los que quedan) para que se reúnan allí por última vez. La postrimera reunión de los sospechosos. También lo acompañan

en ese momento sus colegas Clara Expósito, Juan Lopategui y Manuel Ureña, que ya está de regreso en el hotel.

En ese momento, entran todos los premiados en el patio, iluminado sugerentemente a esas horas vespertinas.

✓ Eduardo Chillida, entero, fuerte, sereno.

✓ Dimitri Pavlovich, el Drácula ruso, de cráneo lampiño y perilla perfilada. Altivo y desafiante.

✓ Javier Treviño, cansado y hastiado. Ha tenido que lidiar con duras acusaciones y con la señorita Rodero. Se le percibe cierto alivio en la medida en que eso toca a su fin.

✓ Patricia Rodero, descompuesta pero encrespada a la vez. El shock que ha recibido esta mañana, al despertarse junto a un cadáver, la ha demudado. Pero no es de las que se arredran y exterioriza una airada expresión de rabia.

Solo falta una de los premiados. De los que quedan con vida, claro. Anne Wallace. Todos van pasando al centro del patio. Hay siete sillas para los siete premiados, aunque dos de ellas no las ocupará nadie.

También hay un piano. El piano.

—Tomen asiento, por favor —les pide Bieda.

Todos muestran su extrañeza, pero obedecen. Parece una escenografía predispuesta para un acto final. Siete sillas. El piano. Y el silencio ensordecedor.

Pero no se resisten. Se los nota gastados. Lucas Bieda también lo está.

—Hoy termina todo. Hoy les dejaremos marchar. Les agradecemos que se hayan atenido a quedarse aquí estas cuarenta y ocho horas. Pero eso no quiere decir que la investigación haya concluido. Tenemos indicios que hemos reunido y datos que no terminan de

encajar. Pasaremos toda esta información a nuestros superiores, que hoy tomarán el mando. No creo que les resulten mucho más amables que nosotros, pero al menos no les tendrán confinados aquí.

—Dudo que sean menos amables que usted —rezonga la periodista.

—En eso tiene razón —admite Bieda.

—Por fin acaba esta locura —espeta Javier Treviño.

—No ha terminado. Repito: todavía no se ha resuelto el caso.

—Pero todos sabemos quién es la responsable. La que precisamente falta en este patio —apunta con inquina Patricia Rodero, intentando erigirse en corifeo de sus congéneres—. No me cabe duda.

Bieda la mira con dureza.

—En cambio, yo siempre dudo de quien nunca duda. Y no me fío cuando todas las pistas o circunstancias me obligan a mirar en una sola dirección.

—El cavernícola se nos ha vuelto filósofo… —bufa la periodista por lo bajo.

—Puede que sí. De todos modos, no nos corresponderá a nosotros señalar al culpable —continúa Bieda—. Ahora ya deja de estar en nuestras manos hallar la verdad. A no ser…

Y deja que el silencio inunde sus oídos. Inunde el patio. Inunde todo el antiguo Hospicio Real de Asturias.

«A no ser…».

Y entonces entra *ella* en el patio de la Reina.

Anne Wallace lleva el vestido blanco que lució en la ceremonia. Arreglado y lavado para la ocasión. Un vestido sobrio y elegante de

un tono prístino y sin brillos. Parece un personaje mágico sacado del ideario de sus mentores Tolkien o Lewis. Camina con una elegancia sublime que acalla bocas y acapara miradas.

Lleva a un niño de la mano.

—¡¡¡Adrián!!! —grita Clara Expósito, con una conmoción que, probablemente, nunca olvidará. Empieza a temblar y muestra dificultad para mantenerse en pie. Se recompone y corre para volver a abrazar al hijo que le habían arrebatado.

Anne Wallace dibuja un atisbo de sonrisa en su rostro imperial y deja escapar la mano del infante para que se encuentre con su madre. Clara la mira con intermitencia a ella, a Lucas Bieda y a su hijo. No comprende. Con esa mirada agradece, implora explicaciones y… rebosa vergüenza.

La *Sorgina* camina entre los presentes. Bieda, Lopategui, Ureña y los cuatro premiados, que permanecen sentados en las siete sillas alineadas.

Ella se sienta al piano.

Antes de comenzar a tocar, habla a su público:

—Señorita Rodero, tiene usted razón. A veces todo es lo que parece. Yo cometí el crimen que se me presupone. Y, sin embargo, no todo ha terminado aún. Pero todo terminará aquí. Hoy y ahora.

—Se cree usted demasiado lista, señorita Wallace.

—Al contrario. Sé que cuanto más desconfío de mi inteligencia, más fiable es. Cuanto más humildes mis razonamientos, más soberbias sus conclusiones…

Comienza a interpretar *Pavane pour une infante défunte* de Maurice Ravel, en honor del hijo recuperado por una madre. En honor de todos los niños perdidos cuyas almas llenaron de penas y

alegrías ese edificio. Y, cerrando los ojos, bisbisea un encantamiento. O una oración. Algo inteligible en un idioma que seguramente ya no existe. O que nunca existió.

Y, de pronto, en el borde del patio de la Reina, se originan unas llamas altas.

Fuego.

Unas llamaradas que dibujan un círculo casi perfecto que deja a todos los implicados en la investigación en medio del incendio. Sin escapatoria.

Los premiados se levantan encrespados, y la madre agarra aún más a su hijo tembloroso. Todos valorando cómo poder salvarse. Cómo poder salir.

Anne Wallace sonríe al pensar: «Solo la verdad os hará libres».

FLASHBACK

Coge al niño

INTERIOR Y EXTERIOR. HOTEL, IGLESIA Y PARQUE. OVIEDO.

TRES HORAS ANTES DEL CAPÍTULO ANTERIOR...

—Explíquemelo más despacio —le pide Bieda.

—¡No puedo ir siempre al ritmo del más lento! —le espeta Anne.

—Es que todavía estoy en shock. Usted y mi mujer se conocen. ¿Por qué no me lo dijo?

—¿Ella o yo?

—Las dos.

—Ella por secreto profesional. Yo, porque no sabía qué importancia tenía.

—La estuvo tratando en Bilbao. Podría haberme puesto en conflicto en mi puesto de investigador.

—No creo. De todos modos, nadie se enterará. Estuve con ella varios meses, por recomendación de mi médico, el doctor Sheldon. Ella me ayudó a sobrellevar cosas cuando me mudé a Vizcaya. Hace años que no la veo. ¿Está bien?

—Joder. Sí. El que no está bien soy yo.

—Usted hágame caso. Y actúe. Hay que encontrar a ese niño secuestrado.

—Pero no puedo ir colándome en sitios o pegando palizas a base de corazonadas… —protesta el policía.

«Aunque es precisamente eso lo que he hecho toda mi vida», piensa.

—No es una corazonada. Clara Expósito está siendo extorsionada. Tienen a su hijo. Sé que fue ella. Y jamás lo habría hecho si no la tuvieran entre la espada y la pared. Hágame caso.

—¿Me está diciendo que la topo es la persona en la que más confío, a pesar de… todo? ¿Una persona que siempre ha sido intachable? —Bieda está visiblemente dolido—. Recuerde, señorita Wallace, que sigue siendo usted nuestra principal sospechosa.

—Lo sé. Pero ¿qué más le da, si yo no voy a poder salir de aquí? A mí ya me tiene controlada. Pero asegúrese de hacer lo que le digo antes de que esto termine.

—¿Qué excusa tengo yo para abandonar la investigación en sus últimas horas y ponerme a seguir una pista que no sé si tiene fundamento? ¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque se lo digo yo. No puedo explicar el modo en que *sé* determinadas cosas…

—Ah, eso me deja más tranquilo.

—Y porque su mujer le ha dicho que confíe en mí.

—Y esa es la única razón, señorita Wallace, por la que me atengo a estar comentando todo esto con usted. ¿Dónde dice que he de buscar al niño?

—Tiene que ser un sitio cercano. No será en el propio hotel, porque eso sería tentar la suerte, pero en un edificio próximo. Es lo adecuado para tener controlada a la persona a la que querían extorsionar. La comunicación con ella había de ser rápida.

—Todos los edificios cercanos están vigilados. Y el día del premio, los tenían repletos de polis y francotiradores, en algunos casos.

Bieda se detiene un momento. ¿Y si…?

—¿Y si…? —pronuncia, pero se queda callado.

Anne lo mira y ladea la cabeza.

—«Y si» qué, señor Bieda. No me tenga en vilo.

—¿A usted se la puede tener en vilo? Si tiene horchata en las venas, joder. No creo que tenga pulso siquiera.

—Mis pulsaciones no suelen subir de cincuenta. Y bajan un quince por ciento cuando estoy al piano. Pero siga, por favor. Y si… ¿qué?

—La mañana del premio hubo un robo. Un asalto en una iglesia cercana del que me tuve que encargar. Noquearon al párroco Sagardía, y tuvieron que cerrar el templo… ¿Y si aquel allanamiento estuvo relacionado con este atentado? Al fin y al cabo, un templo no es el típico lugar que se suela tener vigilado. Pero sí puede ser buen lugar para tener retenido a alguien.

Ella lo mira con asombro. Casi con admiración (casi, no nos pasemos). Pocas veces suele lanzar miradas así a los comunes mortales.

—¡Es en una iglesia! Claro… Puede ser, porque recuerdo con nitidez un momento concreto de uno de mis sueños. Un fuerte aldabonazo, un gong estruendoso que casi me despierta. Era una campanada que no venía a cuento. Y si la oí con claridad es que no está lejos. No era ninguna hora en punto, ni ningún cuarto. Alguien había tocado la campana a destiempo. Recuerda que por eso le pregunté si seguía existiendo una campana en el antiguo torno. ¿Pudo tocarla Adrián? Así se llama el hijo de Clara, ¿verdad?

—Sí, joder, se llama Adrián.

Bieda resopla y se palpa la cicatriz de la cara. También se lleva la mano al hombro aún magullado por la escaramuza en Bilbao. Ya no sangra pero duele. ¿Qué va a hacer? ¿Quién es él para no dar por bueno un instinto, cuando siempre ha sido más de instintos que de lógica?

—De acuerdo, iré…

—No tarde. Salve al niño. Y hoy acabará todo. Quiero que todos los que estemos aquí nos juntemos en una misma estancia y compartamos nuestras piezas del puzle. ¡Ah! Y hágame un último favor: necesito hablar con el médico que ha hecho mis análisis, el doctor Mendoza. Es importante. Y, ya que nos queda poco tiempo, me gustaría saber algo sobre el entorno de Andrei Kulakov. Necesito algún porqué, para entender el cómo…

—¿Y por qué he de compartir con usted todo esto, si no le importa recordármelo?

—Porque yo no lo sé todo, pero todos saben algo.

—Entendido —miente el policía, que no entiende nada.

—Deme una oportunidad. Tenemos pocas horas. Hablemos e intentemos aclarar algo…

Bieda niega con la cabeza y suspira. Se desinfla y hace caer sus hombros varios centímetros.

—Está bien. Le diré al doctor Mendoza que hable con usted. Y después, usted y yo hablaremos. Solo me quedan dos horas y me gustaría recapitular. De todos modos, eso de juntar a todos para que hablen con sinceridad…, no creo que estén muy por la labor de contar lo que saben.

—He hablado con el señor Chillida. Él domina los cuatro elementos como nadie. Hemos pensado en una pequeña puesta en escena para

que nadie se vea incitado a escapar de esta última conversación. El escultor ya ha conseguido el material que necesitamos.

—Alguno de ellos no hablarían ni en el infierno.

Anne Wallace se toca la sien con dos dedos.

—Es un pequeño infierno lo que les tengo preparado.

Un rato más tarde, Ureña pide explicaciones a Bieda.

—De verdad, jefe, ¿qué estamos buscando? Solo quiero saber qué vamos a hacer. Llevo un tute de aviones y escaramuzas considerable…

—Yo, en cambio, vengo del puñetero spa.

—Solo quiero un poco de luz.

—Hombre de poca fe.

—No me inspiras demasiada…

—Es lo que hay, Ureña. Cuando tiras de corazonadas hay que apretar los dientes y llegar hasta el final.

Ambos policías se plantan en la puerta de la capilla de las Esclavas del Sagrado Corazón. La que, casualmente, fue asaltada el día del premio. Y que había permanecido cerrada desde entonces por indisposición médica del párroco.

Bieda sospecha que ese robo no fue sino una excusa para hallar el «zulo» perfecto.

Una mujer afable los espera en la puerta sujetando unas llaves. Se la ve señora con posibles, con ínfulas de alta alcurnia ovetense.

Les explica que la capilla suele estar cerrada y que ella se ocupa de la intendencia. Que el sacerdote que atiende el templo está un

poco pocho porque ha tenido un pequeño accidente, que no es grave, pero que se quedarán sin misa unos días.

—Lo sé, señora, estuve aquí el día del robo y estaba usted atendiendo a don Sagardía.

Ella sonríe, reconfortada, y aumenta su confianza en aquel policía enorme con una cicatriz en la cara, del que al principio recelaba.

Entran en la capilla. Es sencilla y está limpia. Algo oscura.

—… Si les complace, podemos ver también la sacristía y los pasillos —les ofrece la señora, con un tono engolado.

—Como gustéis, señora.

Ureña lo mira divertido, aquella señora de clase alta no pega en exceso con su jefe. Abre la mano para dejar paso a Bieda con tono jocoso.

—Después de vuecencia, por favor…

Lucas pone los ojos en blanco y le susurra un «idiota» al oído.

Sabe que Ureña no comparte el seguimiento de aquella pista. Pero él tiene la corazonada de que están donde deben estar. Caminan un buen rato y van registrando cada una de las estancias. Hasta que unos minutos después, llegan a una pequeña puerta maciza cerrada. La mujer usa sus llaves para mostrarles el habitáculo.

—Qué raro, este candado no abre… —dice de pronto la señora intentando manipular el portalón.

—Hágase a un lado, señora. Que yo me encargo —sugiere Bieda.

—Pero ¿cómo piensa abrirla?

—Con sutileza, como siempre —interviene Ureña, irónico.

—Ábrela tú, idiota, si lo prefieres.

—Toda tuya.

Bieda aguza el oído, pero no oye nada al otro lado. Toca la puerta un par de veces. No obtiene respuesta. Toma un poco de carrerilla. Y se lanza contra la puerta.

Destroza la jamba y los viejos goznes ceden chasqueando en un crujido estentóreo.

Ven una habitación y un jergón. En él, hay un niño en el suelo.

Con la cara algo amoratada y blanquecina. E inmóvil.

—¡Adrián! —exclama Bieda.

—Pero ¡qué es esto, madre mía! —añade la mujer llevándose la mano a la boca.

El policía se acerca a él con urgencia. Le comprueba las constantes vitales.

Vive.

Y en ese mismo instante oyen un golpe seco y un alarido.

—¡¡¡Aaah!!! —grita Ureña, que acaba de ser abatido con un candelabro.

Bieda y la mujer se giran y ven al policía en el suelo y a un hombre corriendo por el pasillo huyendo de allí. Lleva una especie de hábito monjil, del que se deshace en la carrera. Ese atuendo le habrá servido para pasar por fraile o similar y entrar y salir del recinto con la cobertura necesaria.

—¿Estás bien, hijo? —pregunta Lucas.

—Sí, solo ha sido un golpe duro en la cabeza —responde Ureña intentando levantarse.

—Se lo preguntaba al crío, idiota —dice Bieda.

Adrián está mirándolos, en ese momento ya despierto.

Parece que está bien. El ataque que ha sufrido por su captor le ha hecho perder la consciencia, pero no le ha pasado demasiada

factura. Es un niño, después de todo, y se recupera rápido. Está sucio, ojeroso y magullado, pero muy entero.

Al ver lo que le han hecho al niño, a Bieda le hierve la sangre. Y ya suele ser de sangre muy caliente…

—Quédate con el crío y llévalo al hotel, que nadie lo vea. Yo voy a machacar a ese hijo de puta —dice mientras echa a correr, esquivando a la atónita señora y a su compañero, para desaparecer, también él, por el pasillo.

Lucas aún no se ha repuesto de la refriega de la pasada noche y ya está de nuevo a punto de meterse en líos. Quizá el padre Saúl tenía razón y los problemas no lo persiguen, sino que los lleva atados al trasero.

Sale a la puerta de la capilla y oye el motor de una moto en la que el hombre pretende escapar. Por suerte, él también tiene su Honda cerca. Corre hacia ella y sin tiempo siquiera para ponerse el casco, sale quemando la rueda trasera.

El captor del chico, seguramente miembro de la banda terrorista ETA, se da la vuelta y atisba al policía. Eso lo pone nervioso. Gira con violencia a la derecha y se adentra en el parque de San Francisco, provocando el terror entre los viandantes del paseo.

—¡Joder! —murmura Bieda—. Este tío está loco o qué…

«Como si tú no tuvieras ideas peregrinas», le reprocha su conciencia.

Y lo persigue pasando a la acera y adentrándose en el pulmón verde de la ciudad. El parque de San Francisco, donde se supone que el santo ordenó fundar un convento con un gran huerto, y que

después se convertiría en el lugar de paseo ovetense por excelencia. Un paseo hoy alterado por un terrorista y un policía que no tienen una idea buena.

La moto del etarra acelera por el paseo de los Curas, a su paso levanta la hojarasca del suelo, provocando nubes arreboladas de hojuelas parduscas. La gente se va apartando como puede.

En cuanto el potente motor de la Honda de Bieda logra recortar distancia, el hombre da un giro brusco que hace derrapar su rueda trasera y se adentra aún más en el corazón del parque. Gira hacia la Fuentona y toma la recta del paseo del Bombé.

Lucas hace lo propio para seguirlo y acelera todo lo que puede.

Se pone casi a su rueda, y el perseguido se vuelve hacia él y lanza una patada al manillar de Bieda, que se desestabiliza y su moto culebrea peligrosamente. El etarra aprovecha la ocasión para virar antes de llegar a la fuente de las Ranas y gira a la derecha cerca del kiosco de música y de la biblioteca La Granja.

Eso le permite ganar unos metros preciosos.

Y, consciente de su situación, frena la moto hasta casi detenerse.

—Esto es imposible… La única manera sería cortarle el paso —murmura para sí.

Y piensa. Dibuja en su cabeza el plano del parque. Lo ha recorrido con sus hijos en mil ocasiones. Decide dar media vuelta y acometer otro camino hacia el meollo del parque.

Acelera con rugidos violentos y suspira.

«Aquí viene otra idea cojonuda…».

Se adentra por el paseo hasta llegar a la Rosaleda, donde unos arcos cubren el camino con ramas y vegetación, a modo de túnel natural. Conducir la moto por ese espacio cerrado y estrecho hace

que la sensación de peligro aumente y que los silbidos del aire a su lado se vuelvan cada vez más violentos.

Si ha calculado bien, la moto de su adversario debería estar a punto de salir por el arco del antiguo monasterio. Es lo único que queda de aquel convento, un arco de piedra magnífico de construcción ancestral.

Es ahí donde se producirá el impacto.

Y, en efecto, comprueba con el rabillo del ojo que su hombre se acerca, aún mirando hacia atrás en busca de su perseguidor… Pero Bieda en realidad se aproxima por su derecha. En el momento en el que su oponente cruza por debajo del gran arco del monasterio, Bieda aprieta los dientes, menospreciando el peligro de lo que va a hacer.

Enfila su moto hacia la trayectoria de la de su adversario. Y después de acelerar, se tira de ella en marcha y rueda con violencia por el suelo. Su Honda ha de cumplir una última misión.

Convertirse en un proyectil contra la del etarra.

Ambos vehículos colisionan brutalmente y el hombre sale despedido por los aires. Un estruendo escandaloso, mezcla de rugidos de motor, colisión de metal y la pequeña explosión de un tubo de escape, es la antesala de un funesto silencio en el parque.

Bieda ha rodado varios metros y, magullado de nuevo y maldiciendo su vida, se levanta como puede. Todo es ahora quietud, humo, algún pequeño fuego prendido a la hojarasca del suelo… y horror por parte de los viandantes que han huido gritando.

—Bueno, pues ya estaría… Esto seguro que tampoco va a gustar a los de arriba… —murmura el poli, mientras se acerca cojeando hasta el cuerpo del etarra.

El hombre intenta moverse, pero está aterido. El impacto y la caída han sido brutales. Bieda lo levanta por la solapa con un solo brazo. El otro le devuelve la mirada de odio. Por la pinta, efectivamente, se trata de otro etarra. A este no lo conoce.

«Pero seguro que él sí me conoce a mí».

Bieda no dice nada. Dejará que otros lo interroguen. Él tiene que volver al hotel. Pero antes, le da un tortazo a mano abierta en la cara. «Esto por mi moto…», piensa.

Y el hombre cae al suelo. Pero, como si el odio fuera un resorte para él, se levanta tan rápido como le permite su maltrecho cuerpo para intentar a atacar a Bieda.

«Alma de cántaro…», le compadece el policía mientras prepara un golpe.

Solo uno. No suele necesitar más.

Y cuando lo tiene ya encima, le espeta un «Y esta por el crío», antes de darle el puñetazo más fuerte que nadie ha recibido en su vida.

Tras volar metro y medio, el etarra cae al suelo.

No volverá a levantarse de allí, hasta que se lo lleven al calabozo.

Día 2

21.00 h

El final de un camino (2)

Juntos, musulmanes, cristianos y judíos de España produjeron una dinámica sociedad multicultural.

S. M. HUSSEIN DE JORDANIA,
premio Príncipe de Asturias
de la Concordia 1995

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDA 1 HORA DE PLAZO)

El fuego y la música inundan el patio de la Reina.

Bieda ha explicado a Clara, por lo bajo, cómo rescató a su hijo. No se han cruzado muchas palabras más.

No ha hecho falta.

Pero las lágrimas ácidas e irredentoras de Clara Expósito dan buena cuenta del conflicto que ha estado viviendo estos últimos días. Lágrimas que sacan parte de la infección que empaña la conciencia de la policía, pero que no podrán aquietarla jamás.

Porque ha cometido el mismo oprobio que ella jamás perdonó a Bieda.

Él pidió ayuda para bordear la ley por su hija.

Ella ha permitido un atentado para salvar al suyo.

Sin embargo, la mirada de Lucas Bieda no juzga. Ha vivido demasiado para juzgar a alguien. Comprende que nadie sabe lo que habría hecho en una situación imposible como la vivida por Clara.

Mientras tanto, las murallas incandescentes se alzan amenazantes y no permiten salir a los presentes. Los tres policías tampoco dejan que nadie se aproxime al cerco de llamas. Hasta que se esclarezca la verdad.

Por fin cesa la música del piano.

—Y ahora, hablemos —dice Anne, levantándose.

—¡Está usted completamente loca! —la acusa Patricia.

—No es la primera vez que me lo dice…

—Pero ¿por qué todo esto? —interviene Javier Treviño—. ¿Por qué demonios estamos en un círculo de fuego?

—Porque no me gustan los ángulos rectos… —susurra Chillida.

—¿Perdone?

—Nada…

—¡Estaremos aquí dentro hasta que se resuelva todo! —dice Anne Wallace, asertiva.

—¿Y ustedes no van a mover un dedo? —les apremia el diplomático Pavlovich a los policías señalando el fuego, que crepita y lanza pavesas al aire ovetense—. Hay un niño entre nosotros, por el amor de Dios.

—¿Y qué demonios quiere que hagamos? No podemos apagarlo sin abrasarnos. No tenemos agua, no tenemos nada… Estamos encerrados en el círculo de fuego igual que usted —dice Bieda mientras, irónicamente, se enciende un puro.

—La gente del hotel estará en ello. Seguro que vienen los bomberos —intenta mostrarse conciliador el señor Treviño.

Pero, por la mirada que se cruzan Bieda y Anne, pronto perciben que eso no ocurrirá. Notan también la indolente pose de Eduardo Chillida. ¿Habrá tenido él algo que ver? Ese fuego está orquestado por algo. Y por alguien. No solo por la Bruja…

Y, en efecto, Bieda y su equipo han avisado al resto de los policías y al director del hotel, el señor Silvestre. El fuego lo han prendido ellos mismos y está controlado. Desde dentro del círculo no pueden verlo, pero hay cordón de seguridad inspeccionando la situación.

—Empecemos por el principio —dice Anne—. Parece evidente para la policía que yo atenté contra la vida del príncipe.

—Jamás lo habríamos imaginado, querida… —interviene Patricia.

—Y dicen que también maté al doctor Kulakov. Pero los recuerdos del día de la ceremonia me bailan. No obstante, mi subconsciente detecta cosas que no son visibles a primera vista. Y he llegado a desentrañar tres presupuestos importantes. El primero —enuncia levantando un dedo— es que yo… sí atenté contra la vida del príncipe y del señor Kulakov.

—Y contra el señor Crane, ¿no? —la interrumpe de nuevo la periodista.

—A todo llegaremos, no me rompa el hilo, por favor —responde ella agitando la mano, antes de elevar otro dedo al aire—. El segundo, que había un niño de por medio. —Hace una pausa y mira a Adrián, el hijo de Clara, a quien esta abraza—. Y el tercero, que yo sola, y por mucho que eso me irrite, no seré capaz de completar el puzle sin su ayuda. Ustedes tienen piezas escondidas que han de

darme para que yo lo complete. Yo no puedo saberlo todo…, pero todos saben algo.

Anne se detiene y mira la muralla de llamas que los rodea.

—De ahí, el círculo de fuego —les anuncia—. No saldremos de aquí si no es con la verdad.

—O abrasados —espeta el empresario Treviño.

—También puede ser, sí.

—Delira, señorita Wallace —se queja el diplomático Pavlovich—. Yo no tengo nada que compartir, sinceramente.

—Sé que con usted me costará algo más, señor Pavlovich.

Dimitri rebufa indignado. Pero Anne continúa.

—Volvamos al principio. A antes de que esto empezara: en el cóctel de Zabalaga. Señor Chillida, cuéntenos su experiencia. Aquí, dentro de este círculo, está usted a salvo…

Eduardo se revuelve en la silla. Todos los premiados vuelven a estar sentados, a excepción de la pianista.

El escultor les cuenta cómo alguien entró a robar en su estudio una noche. Y después, en el cóctel de Zabalaga, un antiguo miembro de Jarrai le pidió silencio.

—Ahora sabemos que ese chaval se trataba de Ibon Maeztu —afirma Lucas Bieda.

—Me puede sonar el nombre, conocí a su madre, es de Orio. ¿Lo conoce usted?

—Un poco… —dice con sorna.

«Esta misma madrugada le he dado una buena paliza…».

Y lanza una sugerente mirada a Patricia Rodero. Sabe que ella habló con el padre, Kepa, antes del atentado. Ella pone cara de póquer. Chillida prosigue:

—Al ocurrir todo esto, lo relacioné con el atentado. Ayer por la noche me escabullí para examinar mi maltrecha obra. Y entendí que lo que buscaban en mi estudio era tomar medidas para valorar cómo introducir el artefacto en mi escultura. En *Ilargia.* Así eludieron toda la vigilancia de la forma más directa.

—Porque la bomba era su misma escultura. Como el caballo de Troya.

—Exacto. Lo comprobé anoche al examinar la base de mi obra y su composición. Alguien la modificó y la introdujo dentro. Pero esta madrugada, de pronto, he recibido una nota anónima en la habitación. Me han amenazado mandándome fotos de mi familia, a la que tienen vigilada. Supongo que alguien me siguió y me vio aquella noche.

—¡Fui yo quien le siguió, señor Chillida, no tengo inconveniente en admitirlo! —salta Patricia Rodero—. Pero yo no le he mandado ninguna foto. No soy una terrorista.

Eduardo Chillida la mira con sosiego.

—Y no creo que lo sea.

Se hace el silencio y Bieda se gira hacia la mujer con el puro en los labios. La imagen del enorme policía recortada sobre un fondo flamígero, rojo y vibrante, resulta intimidatoria.

—Y, sin embargo, hemos averiguado que ha tenido sus contactos con ETA, señorita —le dice Bieda, tranquilo, fumando—. Sabemos que habló con ETA antes del premio. Precisamente con Kepa Maeztu, padre de Ibon.

La mujer da un respingo. Ahora entiende la mirada previa de Bieda. No lo admite, pero la capacidad de investigación de este la pilla por sorpresa. Se recompone:

—¡He de tener informadores en todos lados! ¡Soy periodista, por el amor de Dios! Estoy en contacto permanente con gente afín a la banda, que me da soplos por un puñado de pesetas. Aun así, nadie puede negar mi valentía periodística. He estado amenazada durante mucho tiempo. Por lo que sé, usted también sabe lo que es tener que vivir mirando atrás por encima del hombro.

Bieda asiente y da una calada al puro.

El empresario Treviño interviene:

—Pero parece que vino usted aquí para buscar noticias. Se ensañó conmigo intentando amenazarme con infundadas acusaciones —dice con tranquilidad.

Ya no hay reproche en su mirada, ni altivez en la de la periodista. Es como si todos se hubieran desprendido de toda soberbia dentro del cerco del fuego.

Como si se hubieran desprendido de sus caretas.

—Quizá me excedí. Pero ¿no he de utilizar una oportunidad como esta para buscar la noticia?

Bieda aprovecha el desconcierto para indagar en lo que sospechaban de Javier Treviño.

—Dígame la verdad, por favor. ¿Ha realizado usted algún movimiento financiero extraño últimamente a favor de la banda con el dinero de sus fundaciones?

Treviño emite un largo suspiro. Ha tenido sus más y sus menos con la periodista acerca de eso, pero ya está cansado. Todos lo están.

—Confieso que sí. Antes del premio nos pidieron el impuesto revolucionario. Nuestras inversiones en País Vasco peligraban. Y accedí a que mi hombre de confianza se encargara de resolverlo por

vías oficiosas. Y… reconozco que… al principio pensé que podía haber negociado con la banda y ayudarles en algo a cambio de no tener que pagar. Lo he pasado muy mal aquí a oscuras sin saber si en realidad tuvimos algo que ver. Pero parece que no. He conseguido hablar con mi tesorero. (Sí, señor Bieda, he conseguido un teléfono, lo siento). Se ha realizado el pago, eso sí, lamento reconocerlo. Pero sepan que ni un euro de esa cantidad que salió de las fundaciones dejará de volver a ellas.

—¿Sabe usted que han pagado menos de lo que les pedían?

—No comprendo… No lo sé.

Bieda mastica el puro y lo lleva con pericia de un lado al otro de la boca. La información que ha recabado en las últimas horas es suculenta.

—Su hombre, sabemos que es Viktor Sven, negoció con la banda. Reducir el impuesto a cambio de información de las cuentas contables ocultas de otros competidores.

—¡¿Cómo?! Pero si salieron los cien millones de la cuenta.

—Es así. El señor Sven negoció con la banda. Redujo la cantidad a pagarles. Se quedó con la rebaja. Y a cambio proporcionó a ETA información sobre otros posibles objetivos a los que pedir el impuesto.

—Le juro que, si realmente ha ocurrido así, mi CEO estará despedido mañana y colaboraré en lo que sea…

Bieda asiente. Es consciente de que Javier Treviño no sabía nada. Y lo sabe porque compartió la información con Ori Echart, de la Ertzaintza, y ellos averiguaron, a través de otros contactos de la banda, que de esa negociación particular que tuvo lugar el tal Sven negoció una rebaja del impuesto, sacó tajada para sí y encima

delató a competidores. Pero ya se ocuparán de ese asunto otros compañeros.

El policía los mira a todos. Comprende que es la primera vez que tiene a los galardonados entregados a la verdad. De todos modos, no está allí para juzgar los hechos que relata Treviño. No es su función. Calla y otorga mirando a todos. Nadie parece escandalizarse ya por nada…

Los premiados guardan silencio sentados en las sillas alineadas, como si estuvieran ante un tribunal.

Quizá porque, en efecto, están siendo juzgados.

—Volviendo a usted, señorita Rodero, ¿sus contactos en ETA le advirtieron de un posible atentado?

—Había un runrún, pero era totalmente público. De ahí que yo intentase indagar. Pero le juro que nunca me dijeron nada. Y tampoco envié esa amenaza a la habitación del señor Chillida. Había otra persona merodeando esa noche, eso sí. Vigilando por los pasillos… ¿No va a admitirlo, señorita Wallace?

—Lo admito. Siempre vigilo. Pero sigamos. Señor Bieda, díganos lo que usted sabe.

—Sí, llegados a este punto… —contesta él, caminando hacia el centro del patio—. ETA fue la que llevó a cabo el atentado con la bomba. Lo hemos confirmado con una fuente. Fueron ellos. Han renegado de la autoría por miedo: no esperaban que la intención fuera atacar al príncipe ni que después muriera uno de los premiados. Eso quiere decir que no han estado solos tras el atentado, alguien los ayudó, puesto que no controlaban por completo el resultado… Ellos querían arruinar el acto con una bomba antes de que llegaran los invitados. Pero explotó en el peor

momento. Y, sabiendo que la KGB estaba detrás del doctor Kulakov, quizá tuvo algo que ver.

—Eso es una estupidez supina —protesta Dimitri Pavlovich.

—Puede ser. Puede ser.

—De hecho, ahora deberíamos centrarnos en quién ejecutó materialmente desde aquí dentro el atentado. Y ahí tenemos una sospecha prevalente, ¿no? —admite Ureña, que mira a su jefe, Bieda, como buscando su aprobación.

Pero Bieda no dice nada.

Es como si esperase a que, dentro de ese círculo de verdad, todo se acabe resolviendo solo. Y como si supiera algo más que, por ahora, prefiere callar.

Ureña se decide a continuar.

—La señorita Wallace tenía la motivación, tenía los medios y tenía la oportunidad. Sabemos que ETA la amenazó y pudo extorsionarla… —se interrumpe para mirar a la pianista.

Ella no aparta la mirada. Eleva incluso perceptiblemente el mentón y frunce su entrecejo, convirtiendo sus ojos en dos finas líneas amenazantes.

—¿Pero luego creen que maté al doctor Kulakov y, esta mañana, al señor Crane? —pregunta ella, con inocencia. Con su típico gesto de ladear la cabeza.

—Suponemos lo primero y sospechamos lo segundo.

—Qué interesante…

—Los médicos entienden que el doctor fue envenenado con un agente nervioso organofosforado —acude Juan Lopategui en ayuda de su compañero—. Y que solo pudo ser contagiado por contacto

epidérmico, pero eso hacía imposible que el portador no se intoxicara también. A no ser…

—A no ser que yo estuviera protegida contra el veneno —le corta Anne, impaciente. Como si tuviera prisa por que los demás reconstruyeran lo que ella ya sabe.

—Exacto. Hemos hablado con el doctor Fayos, que la trató en Bilbao y hemos confirmado sus prescripciones. Trihexifenidilo. Y amitriptilina, que es un antidepresivo con efecto antiveneno, para entendernos. La medicación que usted ha estado tomando para el párkinson contrarresta los efectos del agente nervioso que mató al doctor.

Patricia Rodero huele una historia de las buenas… y no puede contenerse.

—¡Así que esta bruja esta aprovechó su diagnóstico y las drogas que le daban para inmunizarse y envenenar a quien se interpusiera en su camino…! ¿De verdad?

Anne Wallace asiente y, ahora sí, toma la palabra.

—Y piensan que yo quise atentar contra el príncipe, por una posible extorsión de ETA. Pero… ¿por qué iba yo a querer matar al doctor Kulakov?

—Quizá el doctor averiguó que usted era la responsable del atentado.

—Lo averiguó y yo lo maté, ¿no?

—Eso.

—Sí lo maté. Pero no lo averiguó. Lo siento —refuta Anne con toda la tranquilidad del mundo.

Todos enmudecen ante la afirmación de que la pianista matara al señor Kulakov. Ella, ajena a todo, prosigue.

—¿Y no han pensado en otra posibilidad?

—Bueno…, también hemos pensado que quizá la KGB obligó al señor Kulakov a atentar contra el príncipe. Le extorsionarían con su familia o con lo que fuera. Y luego se lo cargaron a través de usted.

—¿Y qué me dicen de lo que sabemos, por un testigo, acerca de que el doctor mató a una persona en la playa de los Cristales? ¿Por qué lo hizo? Es una de las piezas que me faltan. Quizá la KGB tuvo algo que ver.

Pavlovich vuelve a bufar y a mirar hacia el cielo. Como si quisiera escapar volando de ese círculo de fuego.

—Necesito que me ayuden —sigue Anne, mirando a los policías—. Qué descubrieron sobre el pasado del doctor. Qué lo atormentaba. Qué escondía su mirada quebrada.

Los compañeros se miran entre sí. Dudan de revelar una información de tal calibre. Se giran hacia Bieda, que sujeta el puro entre los dientes y les hace un gesto con la mano para que procedan. Manuel Ureña retoma la palabra.

—El doctor había descubierto una medicación para tratar el alzhéimer. Parece que la KGB estaba detrás de él. Creemos que le estaban obligando a no liberalizar la patente del descubrimiento. Querían quedársela para la Unión Soviética. Por eso debió de salir de su país y se fue a Londres. Quizá mandaron al tipo con pinta caucásica que apareció muerto en la playa para seguir presionándolo…

—Tengo entendido que el doctor Kulakov utilizó algún atajo prohibido para adelantar la validez de su experimento, ¿es así?

Ureña y Lopategui lanzan una mirada a Bieda. Saben que solo él ha podido contárselo a la pianista.

¿Información confidencial revelada a la máxima sospechosa?

Bieda les devuelve la mirada, condescendiente. Se encoge de hombros.

—Sí, se lo he contado. Podéis denunciarme, no me importa —confiesa con parsimonia. Está por encima del bien y del mal. Se ha quitado la chaqueta y se ha quedado en camisa y con tirantes. El calor del fuego que los rodea empieza a ser sofocante. Es él mismo quien continúa—: El doctor Kulakov probó su medicamento con seres humanos. Personas graves con un alzhéimer en distinto grado de avance. Algunos de esos experimentos salieron mal. Y Ureña descubrió algunos papeles inconcluyentes (es decir, que no valdrían como prueba oficial) que apuntan a eso. A que usó cobayas humanas. Hemos sabido que precisamente a la mujer del doctor Kulakov se le había diagnosticado alzhéimer en estadio preliminar. De ahí sus experimentos poco éticos.

—Sin embargo, el fin no justifica los medios —responde Anne—. Andrei Kulakov era un hombre muy inteligente. Pero también era soberbio. Y se autoconvenció de que lo que hacía estaba justificado. Es lo malo de ser muy inteligente y a la vez orgulloso. La inteligencia y la soberbia pueden coexistir en una persona, pero no son muy compatibles.

—Como tener tos y diarrea —apunta Bieda.

—Poco poético.

—No le va a extrañar a estas alturas.

—No. Pero yo diría más bien que uno no puede creerse tan inteligente si consigue engañarse a sí mismo con tanta facilidad.

—Queda mejor. La cuestión es que esta tarde la señorita Wallace y yo hemos estado investigando a las personas que salían en los

expedientes —anuncia Bieda—. Creo que nos arrojan una información que habría de cambiar nuestra perspectiva sobre todo el caso…

Ureña, Lopategui y todos los cogalardonados se miran circunspectos. Todos salvo Chillida, que calla y otorga. La situación es kafkiana: ¿el líder del equipo policial y la máxima sospechosa del crimen investigando juntos?

—¿Y qué pasa con Harry Crane? —pregunta Patricia. La amante despechada.

—Cierto… —apunta Anne Wallace ladeando la cabeza, con inquisitiva mirada hacia Manu Ureña—. ¿También maté al señor Crane?

—Pues acabamos de recibir una información de lo más reveladora, señorita Wallace —dice él con menos seguridad que hace unos minutos—. Hemos registrado su habitación esta tarde de nuevo. Esa noche debió de recibir usted una nota manuscrita por el señor Crane en la que le decía que sabía todo y que quería hablar con usted. La acaba de encontrar hace poco uno de nuestros hombres. ¿Se enteró él de algo y usted se lo quitó de en medio con el mismo procedimiento que con el doctor?

Manuel saca del bolsillo interior de su chaqueta una bolsa en la que hay una nota escrita con caligrafía clara y firme. Se la muestra desde cierta distancia a Anne, que entorna los ojos para leerla.

Al hacerlo… ella asiente como si estuviera gratamente sorprendida.

—Frenemos un poco. Han pensado ustedes muchas cosas. Quizá demasiadas. De todos modos, si yo llevé a cabo todo esto, según

ustedes y su información, tuve la ayuda de alguien interno también. ETA necesitaba a alguien del equipo del hotel o de seguridad.

—Así es —confirma Bieda—. Desde el entorno de ETA me confirmaron que teníamos un topo.

—¿Qué topo ni qué topo? —pregunta Patricia—. ¿No les valía con la pianista?

—¿En serio me ven aparecer en escena con un niño magullado que va corriendo hacia su madre, y todavía tienen dudas? ¿Seguro que se merecen el premio que les han dado? —protesta Anne sin agriar su rostro. Como quien hace una mera observación—. El topo era Clara Expósito…

Todos se giran a la policía.

Ella no busca comprensión ni disculpa. Ella solo abraza a su hijo, inundada de alivio y de una felicidad amarga, con los ojos cargados de lágrimas.

—El niño me fue haciendo ver que usted era clave —le dice Anne —. Claro que yo no supe hasta el final que ese niño que apareció en algunos de mis sueños podía ser su hijo.

—¿Soñó con mi hijo? —Clara abre la boca por primera vez.

—A mí me pasa como a todos: en los sueños nuestra imaginación se desborda. Pero en alguien con mi condición, con alta sensibilidad, eso se multiplica. Y a veces me lleva a ver lo que mi subconsciente ha detectado pero mi consciencia todavía no. Cuando nos presentaron formalmente, yo la analicé, Clara, ¿recuerda? La vi descompuesta. Supe que acababa de ser madre por su morfología corporal y por lo brillante que era su segunda medalla. Intuí que la niña era la pequeña porque vi dos medallas colgadas de su cuello: la más nueva era la que llevaba rubricado el nombre de Isabel. No

recordé hasta más adelante el nombre del niño, también inscrito en la otra medalla: Adrián. Fue mi subconsciente quien me hizo intuir que su hijo pudiera estar secuestrado.

—Pero… ¿cómo?

—Ahora recuerdo qué gestos me hicieron pensar así. Cuando le hablé de sus hijos, usted solo acarició una sus medallas, la de Adrián. Casi como si estuviera muerto. Pero el comentario del señor Bieda me hizo ver que seguía vivo y que, fuera lo que fuese lo que le ocurría al niño, usted lo mantenía en secreto. Después fui entreviendo que había un topo: era la única manera de que se produjesen fallos de seguridad. Así comprendí que la habían extorsionado a costa del niño.

—¿Y cómo supo dónde estaba mi hijo? —pregunta. Ya no hay rastro de la desconfianza habitual que Expósito mostraba hacia la bruja.

—Lo averiguó Bieda. Por una campana.

—¿Cómo?

—Una campanada a destiempo. Ayer, después de comer, oí un tañido que no correspondía a ninguna hora en punto ni con ningún cuarto.

Y de pronto se oye la vocecilla de Adrián, que brota de entre los pliegues del vestido de su madre, donde está arrebujado.

—Yo… yo toqué una campana una vez, intentando escapar.

—Eso es —prosigue Anne—. Por eso, y por una sospecha del señor Bieda, supimos que tenía que estar en una iglesia próxima.

—Anteayer hubo un robo en esa iglesia —interviene Bieda, que da sus últimas caladas a un puro y se acaricia la cicatriz—. Pero no

querían robar nada, solo poner fuera de juego al sacerdote y tener cerrada la iglesia.

—Por cierto, señor Ureña —dice Anne—, ¿cómo explica que, si yo orquesté todo esto, también fuera yo quien le dijera dónde podía estar el niño encerrado?

—Mmm… Quizá era la manera perfecta de hacerse pasar por inocente —apunta Ureña, con cierto tiento.

Anne clava la mirada en el policía, que se amilana un poco. Él también suda debido el creciente calor. O por la fulgurante mirada de la Bruja.

—¿Qué dice usted, Clara? ¿Fui yo quien la extorsionó?

Clara parece contraerse al recordar su experiencia. El momento en el que le arrebataron a Adrián.

—No sé quién me ha estado extorsionando… Solo sé que mi hijo desapareció en el parque. Recibí una llamada más tarde en casa —reprime un gemido ahogado, un recuerdo que tira de sus entrañas hacia dentro—. Me dijeron que tenían a Adrián. Que tenía que hacer lo que ellos me dijesen. No sé quién fue. Imaginé que era ETA por los rumores, pero…

—Pero igual fui yo.

—No lo sé. Ni quiero saberlo. Querían que impregnara las teclas de su piano con un «barniz especial». Una brocha, unos guantes y un líquido, nada más.

—¡¿Embadurnar las teclas?! —pregunta Lopategui, alarmado—. Pero ¿por qué…?

—No lo sé, aunque ahora me lo imagino. Luego salí al operativo del exterior. Me habían pedido que activara un mecanismo de control remoto cuando me hicieran una señal. Un hombre del público, entre

los que estaban protestando contra el comunismo ruso, me hizo saber el momento. Lo activé y explotó la bomba que atentó contra la Corona. Me habían contado algo distinto, que solo sería hacer ruido, y yo quise creerlo. Para justificarme.

—Estaba usted anoche en la habitación del señor Bieda, buscando si había algo que la incriminara, ¿verdad?

Ella no dice nada. Pero no hace falta.

—¿Qué más le pidieron que hiciera? —insiste Wallace. Porque sabe que hay más.

—Esta madrugada… me pidieron que introdujera un sobre en la habitación del señor Chillida —dice Clara con voz trémula, mirando al escultor—. Lo siento, no sabía qué contenía el sobre ni que su familia estuviera amenazada.

—No… no se preocupe —dice Eduardo, afectado.

—Me mandaron una nota manuscrita de mi hijo instándome a cumplir sus instrucciones. Me mandaron también un mechón de su pelo. Yo estaba aterrorizada.

Anne Wallace comprende que ese mechón de pelo y cualesquiera comunicaciones con ella se los dejaban en la escotilla del pasadizo. Por eso vio anoche los pelos cobrizos allí…

Se hace un silencio sepulcral. El crepitar de las llamas es el único sonido que inunda los oídos de los presentes, embargándolos de urgencia, de dudas y de temor.

La pianista camina con elegancia y resolución. Como si hubiera tocado la Verdad con los dedos y quisiera guardársela un poco para ella antes de verterla al mundo. Con el vestido blanco y el fondo flamígero que llena de luces escarlata todas sus facciones, los

tatuajes parecen tomar vida y su figura refulge. Como la de una bruja de verdad.

Me sitúo en medio del patio de la Reina. Esto toca a su fin. Por fin todo encaja. El puzle está completo. O casi. Ahora ya sé dos cosas que me han escamado desde el principio.

Que yo envenené al príncipe (sus síntomas no fueron solo por el impacto de la bomba) y también al doctor.

Pero que no tuve la culpa.

—Ha llegado la hora de la verdad —digo con voz firme.

Nadie responde nada. Todos están expectantes. Salvo el diplomático Dimitri Pavlovich, que mezcla expectación… y algo parecido al respeto.

—Hemos estado equivocados desde el principio… —continúo—. Lo que todos pensamos que era un atentado contra la Corona… nunca lo fue. Nadie quiso atentar contra el premio, ni contra el príncipe Felipe de Borbón. Todo fue un desvío de atención. El desvío de atención de un plan absolutamente perfecto.

Día 2

21.25 h

El final de un camino (3)

> El artista busca en sus obras escapar del tiempo. La obra de arte tiene una dimensión «óptima» única. La música —otro arte— es, por la medida, entre otras cosas, control del tiempo y a veces nos hace vivir un presente más lento.
>
> EDUARDO CHILLIDA,
> premio Príncipe de Asturias
> de las Artes 198**7**

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(QUEDAN 35 MINUTOS DE PLAZO)

Mi fuego, cada vez más violento. Cada vez más alto. Cada vez más amenazante. Un círculo perfecto de llamas que constriñen a sus cautivos a desarmarse.

A entregarme a la verdad de una vez por todas.

—El príncipe nunca fue el objetivo. Por eso toda la investigación ha estado viciada. Por partir de una premisa errónea. Se indagó en los motivos por los que cada uno de nosotros, los antes testigos y

después sospechosos, podríamos querer atentar contra una víctima que nunca fue la pretendida.

—¿Entonces? —me interrumpe Patricia Rodero—. Entonces ¿qué demonios ha ocurrido y por qué han muerto personas?

—El objetivo real y único era el doctor Kulakov. Lo que ocurrió con el príncipe fue algo colateral.

—¡¿Cómo?! ¿Por una «equivocación» casi se cargan al príncipe? —exclama Ureña, acompañado de fondo por el coro de las incrédulas manifestaciones más o menos quedas o indignadas de los galardonados.

—Así es… La víctima pretendida desde el principio fue Andrei Kulakov. Me explico. La señora Expósito impregnó las teclas de mi piano con un líquido. Se trataba de un agente nervioso organofosforado. Pasó un tiempo y se debieron de secar parcialmente, pero yo noté algo al tocar. Mis yemas no comulgaban con las teclas, había algo que las separaba. Mis dedos, por tanto, quedaron humedecidos por el veneno. Yo lo asocié a una sudoración de las manos por la situación, o por mi enfermedad. Si recuerdan, según el protocolo, el primero que había de estrecharme la mano era el doctor Andrei Kulakov.

—Pero después nos estrechó la mano a todos —dice, preocupado, Javier Treviño.

—Así es, pero he estado confirmando la cuestión esta tarde con el doctor Mendoza. En una dosis epidérmica muy pequeña a todos nos afectaría el veneno, pero no sería letal. Además, al notar la sudoración tras estrechar la mano del doctor, se ha comprobado en los vídeos que, en un gesto reflejo me froté la mano con el vestido, antes de dársela al siguiente. En cualquier caso, todos pasamos una

mala noche, y lo atribuimos al shock y al impacto de la explosión. Sin embargo, también fue debido a los efectos leves del agente organofosforado. Solo dos personas habíamos recibido una dosis que pudiera ponernos en peligro. Yo, por ser la que más en contacto estuvo con el veneno, pero protegida por la medicación contra el párkinson. Y el doctor Kulakov, que, si hubiera estado sano, habría sobrevivido con una dosis tan pequeña como la que encontraron en sus dedos…, pero teniendo una cardiopatía previa debía resultarle indefectiblemente letal *a posteriori*.

Se hace un silencio sepulcral. Necesario, por otra parte, para digerir algo así.

—Si lo piensan bien, era el crimen perfecto… Voy a ver si me explico. El doctor descubre un medicamento que puede resultar beneficioso desde el punto de vista comercial. La URSS no quiere que lo liberalice. Él se niega a dárselo y le amenazan. Se muda a Londres. Y determinados mecenas occidentales le ponen protección. Desde la KGB le persiguen y acosan: de ahí el encontronazo en la playa de los Cristales. Casi con seguridad, un agente de la KGB vino aquí para presionarlo por última vez. Y sabían que podían presionarlo con dos cosas. Primero, con su familia. Y, segundo (y esto es la clave para este asesinato, así que quédense con el dato), con que sabían que el doctor estaba haciendo pruebas ilegales con seres humanos con el prototipo de su medicamento.

—Y lo sabían porque infiltraron a una espía en su equipo —revela Bieda.

—Eso es. Intentaron convencerlo de que cediera el resultado de su investigación públicamente a la URSS. Pero él no lo hizo. Se rebeló. Y los rusos no podían tocarlo ya, sin que Occidente supiera

que habían sido ellos. Pero después… hubo un crimen perfecto. Uno que nunca parecería un crimen.

Lucas Bieda toma la palabra para hacer un resumen y va elevando sus dedos cada vez que enumera algo.

—En definitiva:

»Uno. Alguien sabe que Wallace está tomando una medicación que la hace "inmune" al veneno.

»Dos. Saluda al doctor en la ceremonia, pasándole el veneno que Clara ha impregnado en las teclas del piano.

»Tres. Estalla la bomba. Todo el mundo la atribuye a ETA.

»Cuatro. El doctor, por el efecto del veneno, se va encontrando mal y muere al cabo de unas horas.

»Cinco. Como tiene una cardiopatía previa y no hay ninguna agresión en su cuerpo, se le atribuye una muerte natural por infarto: shock del explosivo.

»Y ya estaría… —termina Bieda, mientras se enciende otro puro.

—Entonces —interviene Ureña—, el doctor Kulakov no murió por un contacto con la señorita Wallace la mañana siguiente a la ceremonia, sino de la noche anterior…

—Eso es. Mi subconsciente me decía a gritos que era mi música la responsable de los crímenes —aclaro yo con tono pedagógico—. En concreto, mi piano y mi canción. Y se debe a que noté algo en las teclas durante el concierto…

—Todos los premiados fueron envenenados con una mínima dosis desde el principio —dice Bieda—. Todos lo acusaron físicamente. El doctor lo pasó fatal aquella noche, ¿recuerdan? Y a la mañana siguiente ya no le dio el corazón para más y murió. En una habitación cerrada y vigilada, dentro de un hotel cerrado y vigilado.

—Habría sido el crimen perfecto —intervengo yo—. Nadie sospecharía que se trataba de un asesinato contra el doctor. Todos pensaríamos (y pensábamos) que era un atentado contra el premio y contra la Corona.

—Por eso la investigación ha estado viciada desde el principio —musita Lucas Bieda.

—Entonces… —dice Ureña, rascándose la cabeza y sudando por el creciente calor de las llamas que nos rodean—. Este crimen se cometió para evitar la liberalización de la patente de un medicamento. La KGB quería matarlo y pidió ayuda a ETA para quitarse del foco…

—No, no, no —niega categórico Bieda—. Pero eso vamos a dejarlo para el final.

—Bueno, independientemente de que la KGB ayudara o no a ETA, fue la banda quien hizo esto, ¿no? —se oye la atiplada voz de Patricia Rodero—. Y ya nos ha reconocido la señora Clara Expósito que ella puso el veneno y activó la bomba. Ella fue la topo. Con lo que eso de que los premiados fuéramos los sospechosos es una teoría que ahora hace aguas.

—No descarte a los premiados y, sobre todo, no descarte a los muertos —la corrijo.

—¿Perdone?

«Sé que lo que voy a decir va a levantar asperezas, pero…».

—El culpable de los crímenes fue… Harry Crane.

Silencio al principio. Murmuraciones después… Y crispación inmediata de la de siempre.

—¡Cómo se atreve! —me espeta Patricia.

—¿Cómo dice? ¿El escritor? —se sorprenden también los policías Ureña y Lopategui.

—Nuestro dandi, sí —confirma Lucas Bieda—. La señorita Wallace me vino con una idea que me ayudó completar, por decirlo así, mis sospechas.

—Mucho han hablado ustedes dos estas últimas horas —le espeta Patricia.

—Y no vea qué dolor de cabeza se me ha puesto…

—Lo siento —me disculpo.

—¿Cuáles podían ser las razones para que alguien se cargara al doctor? O que había averiguado algo, o que era quien había perpetrado el crimen y querían quitárselo de en medio, ¿verdad?

—A mí ninguna de las opciones me encajaba —apunto.

—A mí tampoco. Si el doctor averiguó algo o perpetró el atentado obligado por ETA, ¿de verdad se lo iban a cargar después, para hacer aún más ruido?

—Como a mí no me encajaba —prosigo—, le dije que la única alternativa plausible era una posible implicación de un tercero. ¿Quizá la KGB?, pensé. Pero había algo que no cuadraba. ¿Qué interés iba a tener la KGB en atentar contra el premio con ayuda de ETA? Y, por otro lado, si su verdadero interés hubiera sido eliminar al doctor lo habrían hecho con más discreción, y no en mitad de un evento como este…

Miro a Bieda para que él remate.

—Entonces decidí compartir con la señorita Wallace parte de la información hallada en el laboratorio de Kulakov…

—Eso es compartir información privilegiada, y está regular —matiza Ureña.

—¿Te sorprende a estas alturas?

—No.

—Situaciones desesperadas… Yo sabía que teníamos las piezas y que la señorita Wallace podía encajarlas.

—Entonces ¿qué papel ha tenido la KGB en los asesinatos?

—Ninguno.

—Ah. Perfecto.

—Andrei Kulakov había estado experimentando con seres humanos los ensayos del medicamento… Examiné la documentación que me pasaste. No la compartí con la señorita Wallace, os lo aseguro, tampoco teníamos mucha información por escrito. Como es lógico, no dejó pruebas físicas de sus prácticas prohibidas. Tan solo algunos nombres de «sujetos fallidos». Tres o cuatro personas que parecía que habían muerto a causa del ensayo, nunca lo sabremos con exactitud.

Me concedo el honor de ser yo quien concluya.

—Así es. Por eso pensé, ¿y si el crimen no fue político? ¿Y si el príncipe o el premio no fueron nunca objetivo real? ¿Y si el crimen tuvo la razón que tienen la mayoría de los asesinatos? Es decir, un crimen, sencillamente, pasional…

Pausa detectivesca y cargada de tensión. Crepitar de llamas. Mis facciones dibujando sombras macabras. Sigo.

—Investigamos a las personas que fallecieron con los experimentos de Kulakov. Una de ellas se llamaba Yvonne Dune. Esta tarde he tenido su foto en blanco y negro entre mis manos un largo rato, y algo en su rostro me compelía atronadoramente… Sabía que había algo en sus facciones… No había más documentación, ni expedientes, ni fechas con las que pudiéramos corroborar que se

sometió a un tratamiento experimental. Solo teníamos un nombre. Como con el resto de los expedientes, estudiamos su contexto, sus conexiones. Incluso llamé a buenos amigos de mi familia que viven en Londres para que desde Scotland Yard nos dieran algún dato. Pues bien…

Otra pausa detectivesca.

Que tenga espectro autista no quita que posea cierta tendencia teatral, lo reconozco.

—El apellido de soltera de la señora Yvonne era en realidad Crane. Yvonne Crane, hermana fallecida de Harry Crane, por una praxis médica mala y poco ética por parte del señor Kulakov.

Tacháááán…

—De ahí que Crane, escritor multimillonario y con todos los recursos del mundo, quisiera resarcir la muerte de su única familia… y para eso diseñara su novela más perfecta. Transcurriría en la vida real. Como la mejor de sus tramas. Por algo se lo conocía como el Rey del Misterio. Como solía decir en sus discursos, las claves para el crimen perfecto son aprovechar las circunstancias reales para alejar al culpable del crimen y, por tanto, al culpable del lector. Alejaba el crimen de sí mismo (haciendo que yo misma lo perpetrara, sin saberlo) y manteniéndose lejos de la policía. Recapitulo.

»Uno. Dado que se dio la gran casualidad de que Kulakov sonara para la candidatura, supongo que el señor Crane intentó emplear su influencia y su fortuna para lograr apoyos legales a la misma. Tantos que, finalmente, ocurrió lo que él esperaba: ambos coincidirían aquí, en la entrega del premio.

»Dos. Tenía que matar al doctor de un modo discreto. Cumpliendo su mantra de alejar el crimen del culpable. No podía matarlo él

mismo, claro. Tenía que ser otra persona que no supiera siquiera lo que estaba haciendo. Estudió en profundidad el escenario, las circunstancias y a cada uno de sus compañeros cogalardonados, y mi enfermedad le proporcionó una idea tan sencilla como genial. Los medicamentos que yo tomaba eran inhibidores de algunos agentes nerviosos. Sería la portadora perfecta de un veneno que yo haría llegar a Kulakov.

—Pero a usted le dio un vahído en la fiesta de Zabalaga. ¿Qué ocurrió ahí? —me interrumpe Ureña.

—En aquel cóctel —sigo yo—, recuerdo que el señor Crane palpó uno de los tatuajes de mi espalda. Noté algo, pero lo atribuí a mi rechazo a que me toquen. Por eso he estado hablando con el doctor Mendoza hace un rato. Me ha confirmado que cree que es posible que me inyectara una dosis baja de ese agente nervioso, inhibidor de la acetilcolinesterasa. Sentí dificultad para respirar, temblores… y me desvanecí. Como todo el mundo sabe, yo ya comenzaba a acusar los efectos de un párkinson incipiente, pero, con esta intervención, Harry Crane se aseguró de que pareciera un agravamiento y me incrementaran la dosis de mi tratamiento anticolinérgico, trihexifenidilo, amitriptilina, etcétera. Fármacos que se pueden utilizar en caso de intoxicación por organofosforados. De ahí que el doctor Mendoza concluyera que yo podía no sufrir los efectos del veneno en su totalidad, al tener estos medicamentos en la sangre. Pero sigo con la enumeración, que queda lo más interesante.

»Tres. Le faltaba desviar la atención para perpetrar un crimen que nunca se considerara como tal y se atribuyera a un mero infarto. Se puso en contacto con ETA y les ofreció dos buenas oportunidades. (i) La posibilidad de reivindicar un atentado contra el Premio Príncipe

de Asturias, y (ii) supongo que, por lo que los informantes les han dicho, una suma ingente de dinero para su lucha armada. Así, convino con ellos que tomaran medidas de la escultura de Chillida para meter ahí la bomba.

»Cuatro. Y, por último, pagó a ETA para que raptaran al hijo de Clara Expósito, una de los tantos agentes de policía que se ocuparían de la seguridad del acto. Ella, que jamás tuvo contacto con el señor Crane ni sabía nada de él, debía activar un artefacto que, le aseguraron, solo haría ruido. Y, además, tenía que untar las teclas con el veneno, cosa muy fácil de hacer. Todos se impregnarían de una escasa sustancia tóxica que, sencillamente, los haría pasar una mala noche. Pero para Kulakov, a causa de su cardiopatía previa, resultaría mortal.

»Así, el asesino de su hermana moriría horas más tarde. Con esta trama perfecta, alejaría el crimen del culpable, y al culpable de todos los testigos. Nadie imaginaría que no había muerto por causas naturales, después del atentado.

Veo que todos cavilan en silencio. Con el único sonido de fondo del crepitar de las llamas. Los policías se miran entre sí. Bieda se agarra los tirantes y asiente satisfecho mientras camina en círculos. Mis compañeros premiados se revuelven en sus asientos. Patricia está indignada y roja por el calor, la rabia ¿y el desengaño?

—Salvo que, por una carambola, no resultó ser el crimen perfecto —vuelvo a intervenir.

—Por una carambola y por mí, perdone que se lo diga —presume Bieda.

—Porque siempre dice que no se fía cuando todas las circunstancias le llevan a mirar en una sola dirección, ¿no?

—Eso.

—Por si acaso, el señor Bieda pidió las pruebas para hallar sustancias tóxicas en Kulakov, y vieron que había veneno. Ahí ya no había infarto que valiera… Pero Crane no contaba con que un pescador viera al doctor Kulakov agredir a alguien en la playa. Eso despertó el interés de la policía sobre su persona. Sin esta pista, quizá no habría sido tan suspicaz, señor Bieda, ¿no es así?

—Bueno, sí, claro. Una pista es una pista.

De pronto, mi archienemiga la periodista se levanta, presa de la indignación.

—¡¿Entonces, por qué me he levantado de la cama con su maldito cadáver al lado?! —protesta Patricia Rodero.

—Porque seguramente se acostó con él anoche. Eso pertenece a su intimidad.

—Me refiero a por qué está muerto, no a…

—Ah… —digo con falsa ingenuidad—. No se preocupe, todo llegará.

—Después del atentado —dice Bieda—, ETA se echa para atrás y no reclama su autoría porque le parece demasiado fuerte lo que ha ocurrido. Sospechan que a aquel tipo con pasta que se les acercó para hacerles el encargo lo enviaba la KGB. Pero fue Crane, un hombre con meros intereses personales. Y la KGB, ¿cómo procedió entonces?

Se hace el silencio.

Ya va calando la verdad entre los oyentes. Queda la parte más difícil porque, a partir de aquí, me pierdo un poco en la historia. Me faltan piezas. Necesito la ayuda de alguien que no querrá ayudarme.

—Volvamos a la pregunta, totalmente legítima, de la señorita Rodero. ¿Por qué está muerto el señor Crane? —digo mientras me encojo de hombros—. ¿Quizá para que no dejara rastros? No lo sé. También han encontrado una carta suya en mi habitación, de la que yo no sabía nada. Hay cosas que se me escapan…

—En ella —irrumpe Ureña—, el señor Crane dice que sabe lo que ha hecho y que quiere hablar con usted. Y justo poco después aparece muerto. No me negará que es sospechoso. Hemos comprobado la grafología. Parece la letra auténtica del señor Crane.

—Oh, y lo será, por supuesto —corroboro, indiferente—. Pero ¿de verdad creen que, si yo hubiera recibido una carta así, la habrían encontrado ustedes?

—Volvamos a la pregunta —reconduce Bieda—. ¿Por qué está el señor Crane muerto?

—Eso nos lo va a tener que responder el señor Pavlovich. Yo a partir de aquí me pierdo, aunque pueda tener una opinión sobre lo sucedido.

Todos se vuelven hacia el diplomático.

Él permanece sentado, con las piernas cruzadas. Seguro. Incólume. Aún no lo he doblegado.

Aún…

—Señorita Wallace, todo lo que dice son casualidades de una probabilidad irrisoria —dice tranquilo, en un castellano preciso y perfecto.

—Lo cierto es que es el único de todos ustedes que tiene coartada… Como ya sabrán, el señor Pavlovich tuvo que dejarnos anoche para ir a Madrid, para asistir a un acto en la embajada.

Yo me escabullo hacia un rincón donde he dejado el periódico del día. Vuelvo con él en las manos y muestro su portada.

—He ahí la prueba —sonríe Dimitri Pavlovich.

—Exacto —contesto yo—. He aquí la prueba de que usted jamás salió de este hotel.

Vuelve a generarse un silencio teatral fantástico.

Las llamas del fuego que nos rodea se tornan más oscuras. Como si ese fuera el momento más lúgubre de la noche. Todos vuelven a mirar al diplomático. ¿Estoy ganándome su credibilidad? ¿Comienzan a creerme?

El señor Pavlovich calla y empieza a sudar con más profusión. Me clava su mirada entre amenazadora y amenazada, pero yo continúo.

—Cuando he mirado la portada del periódico, he visto algo que no encajaba. Lo primero, la casualidad de que el diario que se hizo eco de la noticia fuera *Nación*, justo donde trabaja la señorita Rodero. Fue usted, Patricia, quien propició la noticia, ¿verdad?

Ella me mira. Y asiente. No puede controlarlo. Es lo que ocurre con la gente soberbia. Que suele preferir la presunción a la prudencia, el brillo a la discreción.

—Lo vi preparándose para salir y era una noticia que no podía dejar de dar, es obvio.

—¿Cómo demonios lo vio? —pregunta Bieda.

—Exacto —intervengo—. ¿Cómo pudo verle si seguramente lo orquestaron todo para que abandonara el hotel de una forma discreta? Yo se lo diré: el propio Dimitri Pavlovich provocó que la señorita lo avistase, ¿no es así?

Pero Pavlovich calla. Niega con la cabeza. No como quien dice que no. Sino como quien renuncia a soltar una posición.

—Yo fui a recepción y lo vi, eso es todo —dice Patricia.

—¿Y por qué fue a la recepción? —le pregunto.

—Porque tenía una llamada, un aviso.

—¿De quién?

—De nadie, resultó que me habían llamado por equivocación.

—*Et voilà* —digo yo. Me gustan mucho las novelas de Hércules Poirot y llevaba ya un rato queriendo soltar esa expresión—. Fue usted a recepción por una llamada falsa para que pudiera ver al señor Pavlovich. Él quería que todo el mundo fuera testigo de que no había pasado esta noche aquí.

—¿Y cómo explica la foto? —pregunta la periodista.

—¿Cómo la explica usted?

—¿A qué se refiere?

—Seguro que esa foto no la tomó ningún periodista de su periódico…

Patricia calla y mira al diplomático. La periodista parece comprender. Tan solo acierta a susurrar:

—Alguien anónimo la mandó a la redacción…

—¡Pero qué importa eso! —protesta el diplomático ruso, menos diplomático que de costumbre.

—Importa porque ustedes mandaron esa imagen. Ustedes orquestaron la noticia y la fotografía. Si se fijan en ella —digo, acercando la portada a los demás—, hay algo que no encaja. Que me ha llamado la atención esta mañana. El reloj…

—Qué pasa con el reloj.

—Al fondo de la estancia, por encima de todos los asistentes, se ve un reloj de pared. Marca las ocho y veinticinco. Pero usted no

pudo llegar a esa hora. A las cinco y treinta y siete yo lo vi a usted aún por el hotel. Y usted, Patricia, ¿a qué hora lo vio?

—No lo sé, serían las cinco y pico…

—Con lo que o fue en el DeLorean o no llegó a tiempo —suelta Bieda.

—Es imposible que llegase allí a esa hora —corroboro yo—. La foto está manipulada. A usted lo han insertado en ella. Además, tiene el pelo algo distinto a como lo lleva ahora.

Silencio y llamas. Reflejos rojizos que reverberan en los pronunciados ángulos del rostro duro del ruso. Se oye una voz trémula desde una esquina. Es Clara, que no ha dejado de abrazar a su hijo ni un solo instante.

—Pero yo lo vi marcharse en nuestro coche del garaje del hotel… Y nuestros agentes vieron que se hacía el cambio de coche.

Yo miro a Clara y entorno los ojos. Me giro con brusquedad hacia el diplomático. Mi vestido blanco ondea grácilmente con el movimiento y yo me deleito en ello.

—¿De verdad lo vieron o tan solo… creyeron verlo?

FLASHBACK

El capítulo de «El Cenicienta» (desde otro punto de vista)

INTERIOR Y EXTERIOR. APARCAMIENTO DEL HOTEL Y COCHE. OVIEDO.

LA TARDE DEL DÍA PRIMERO TRAS EL ATENTADO.

Dimitri Pavlovich llega al aparcamiento del hotel acompañado por el director del hotel, Ricardo Silvestre.

Allí ve a los dos policías a los que debe engañar…

—Buenas tardes, caballeros.

—Señor Pavlovich, ahí fuera suele estar la prensa, como bien sabe. Por muy diplomático que sea, le vamos a pedir que se tumbe en el suelo del coche y se eche esa lona encima. Nadie tiene que verlo.

—Ya me habían informado, sí. Lo comprendo.

—Cualquier movimiento, como el que vamos a hacer ahora, llamará mucho la atención.

—Como ustedes digan. ¿Y mi coche oficial? Ya intuyen que no iré a Madrid en eso…

Lo dice mirando el vehículo con cierta reticencia. Aunque observa, para su deleite, que el coche tiene un separador de seguridad entre los asientos delanteros y traseros. Es tal y como le habían informado que sería.

Todo eso facilitará las cosas para su estratagema.

Cruzan unas palabras hasta que, de pronto, la puerta del garaje se abre con violencia, y los agentes se vuelven expectantes hacia Clara Expósito, que les da la señal para salir con urgencia.

Ese es el momento. El más delicado.

El momento en que Dimitri Pavlovich, que entra por una puerta del vehículo, se escabulle por la otra dejando un abrigo abultado y un walkie talkie debajo de la lona. Escapa del coche y, agazapado, se oculta tras una columna del garaje.

La mujer les grita que salgan en ese momento y los dos policías, embargados por la urgencia, se meten en el vehículo y lo hacen derrapar al abandonar el aparcamiento.

Pavlovich permanece quieto boqueando, con la adrenalina por las nubes, oculto en la oscuridad de las entrañas del edificio. Sostiene otro walkie talkie a través del que escucha lo que se dice en el vehículo.

—Ya estamos fuera de peligro —dice uno de los polis. Pavlovich no dice nada—. Pero tenemos que hacer el cambio de vehículo rápido.

Al cabo de unos minutos, vuelve a oírse la voz del otro de sus escoltas.

—Despacito y buena letra. Iremos pegados a su culo, ¿de acuerdo?

Dimitri Pavlovich entiende que han llegado ya al coche oficial en el que se supone que él debería ir a Madrid.

—De acuerdo —responde lacónico el ruso a través del walkie. El sonido algo distorsionado que llega desde debajo de la lona no levanta sospechas en los policías.

Dimitri sabe que el chófer ruso que espera allí actuará rápido. Y, efectivamente, el agente abre la puerta del automóvil de los policías y levanta el bulto de debajo de la lona, el abrigo y el walkie con artificio, simulando que está levantando un cuerpo para pasarlo de un coche a otro.

Ya dentro del vehículo, otro hombre de complexión parecida a Dimitri Pavlovich y con ropa similar a la de Dimitri Pavlovich (pero que no es Dimitri Pavlovich) se alza del suelo del coche, para que los policías españoles vean su silueta a través del cristal tintado.

Ese mismo hombre coge el walkie talkie sin que los españoles lo vean y dice:

—Ya está el intercambio hecho, señor. Ha sido limpio.

Desde el aparcamiento del hotel, el diplomático ruso asiente satisfecho y apaga el aparato. Ahora solo tiene que esperar a que llegue la noche…

Horas después, abandona el tedioso pero seguro refugio del aparcamiento, para sumergirse en la aventura de la obscuridad.

Odia hacer lo que tiene que hacer.

Pero el bien común está por encima del particular.

Atraviesa con sigilo varias estancias del hotel. Hay algunos hombres apostados en los pasillos de las habitaciones, pero son ya las cuatro de la madrugada y la intensidad con la que vigilan es menor que la de las primeras horas de la noche.

El ruso se cuela en su propia habitación con su llave y sale al balcón. Después, va cruzando habitaciones de terraza en terraza, con mucho cuidado. No es difícil, porque tan solo las separa unas de

otras un panel biselado de madera. Por fin llega a la habitación de Harry Crane.

Se acerca al cristal de la puerta de la terraza que da al interior. Y la golpea levemente. Chasquea la lengua al detectar que al lado del inglés hay un cuerpo de mujer.

«La señorita Rodero, claro…».

La puerta se abre y el inglés aparece en el umbral. Sale a la terraza exterior y cierra la puerta tras de sí para que su amante ni los vea ni los oiga desde sus sueños. Al ver al ruso, su cara se constriñe y, en un instante, sus rasgos faciales son atravesados por miles de emociones concatenadas, que se inician con la sorpresa y acaban con el miedo. El diplomático es capaz de distinguir todas y cada una de esas expresiones. Y es consciente de que el hombre que tiene delante acaba de comprender lo que ocurre.

—Sabe qué hago aquí, señor Crane.

—¿Interrumpir mi descanso?

—Ha asesinado usted a un activo de la URSS.

—Que yo he hecho… ¿qué?

—Se ha pasado de listo. He de reconocer que su plan era deliciosamente refinado. Compró con mucho dinero a algunos etarras para que se arrogaran el mérito del atentado. Que Andrei Kulakov muriera por un infarto al cabo de unas horas pasaría por completo desapercibido, dada su cardiopatía. Pero mis compatriotas averiguaron los motivos que usted tenía para matar a Kulakov, porque infiltraron a una persona en su equipo para poder acceder a las investigaciones. Y supieron que uno de los experimentos fallidos fue el de su hermana, señor Crane. Lo siento, pero lo saben. Y no les ha gustado…

El multimillonario escritor inglés no dice nada, pero toda la seguridad que suele acrisolar su mirada parece emasculada de pronto. El diplomático persiste.

—Además, si ETA cantaba que habían recibido ayuda externa, usted sabía que las miradas irían hacia la KGB. Lo sabemos porque nuestra inteligencia se puso en contacto con la banda y pensaban que nosotros teníamos algo que ver con el encargo. Además, ha usado un tipo de veneno que nos apunta a nosotros.

Crane lo mira. Largos segundos, en los que se ve con claridad que valora las distintas opciones que tiene. Finalmente, se encoge de hombros. Se da por vencido.

Es inútil. Lo saben. Lo saben todo.

No se arredra. Se revuelve con un orgullo del que renuncia a desasirse.

—El mundo es un lugar mejor sin alguien que mata gente para hacerse un nombre en la historia de la medicina. Y su país lo permite y lo alienta.

—Yo no lo sabía. La KGB me lo contó después.

—¿Usted no viene mandado por la KGB…?

—Yo represento a la URSS. No a la KGB. Sus métodos y sus amenazas al doctor Kulakov son algo que me repele. Como tampoco comulgo con la advertencia que vengo a hacerle…

Harry Crane parece relajarse un poco. Cree tener aún alguna posibilidad de salir bien parado, si aquel hombre viene tan solo a hacerle una advertencia.

Se equivoca.

—Que sepa, además —prosigue el ruso—, que yo ayudé al señor Kulakov a abandonar el país. A huir de las amenazas de nuestro

servicio de seguridad. Usted no tiene por qué saberlo, y es evidente que los medios que usó el doctor no fueron éticos, pero él estaba buscando la manera de intentar remediar la enfermedad de su mujer. Tomando atajos que no debería haber tomado. La KGB lo supo y querían la patente de su investigación, pero el doctor sabía que eso no agilizaría los trámites para que pudiera administrarse a los humanos, y él la necesitaba cuanto antes. No porque quisiera ganar ningún premio. Porque quería ganar tiempo.

—¿He de perdonar a un hombre que ha matado a mi hermana, aunque lo hiciera para intentar salvar a su mujer?

—A su mujer y a miles de personas.

—¿Está bien matar a uno para salvar a cientos?

—No. Pero tampoco está bien asesinar por venganza. En mi opinión, el fin no justifica los medios. Pero yo hace tiempo que dejé de juzgar. Cada persona libra en su interior batallas y contradicciones imposibles. Circunstancias y matices ilegibles por los demás. Yo ya me contento con sobrevivir e intentar mantener un equilibrio.

—Y, sin embargo, está aquí para matarme.

—No. Estoy aquí para advertirle de algo. La KGB irá a por usted.

—Pero si esto no les afecta…

—Sí les afecta. O al menos ellos piensan que sí. Primero, se ha cargado a un activo ruso, un gran médico que podría habernos ayudado en el futuro. Después, ETA piensa que nosotros los metimos en esto. Y, por último, aparece un cadáver ruso en la playa. Que nunca identificarán pero que huele a todas luces a KGB.

Crane niega con la cabeza y masculla un taco en inglés. Aprieta los labios.

—¿Después de algo tan bien orquestado, voy a caer por ser… un mero cabo suelto? Solo porque los vio aquel maldito pescador.

—Por lo que a mí respecta, usted ha jugado su partida, señor Crane. Y la ha perdido. Ya le he dicho que yo no juzgo. Pero cuando se pierde, han de sufrirse las consecuencias. Es lo que tiene el juego. Créame, es un juego que conozco bien.

El inglés mira hacia el interior de la habitación. Su amante duerme profundamente. Ella, que hace unas horas ha salido a hurtadillas para buscar historias y mandar unos artículos a sus colegas sobre Chillida y sobre el supuesto cóctel al que el diplomático asistió en Madrid, no es consciente de que a dos palmos de sus narices tiene lugar en este momento la verdadera historia que todo periodista mataría por destapar.

Harry Crane coge su paquete de tabaco. Enciende un cigarro.

—¿Y qué ganan con que yo esté muerto?

—Y yo qué sé. Yo solo estoy aquí para decírselo, considérelo un gesto por mi parte.

—¿Qué relato van a inventar para que todo esto no salga a la luz?

—El relato lo ha creado usted. Una bomba de ETA y un infarto de Kulakov. Punto. Si las autoridades españolas averiguan que fue usted, quizá lo revelen.

—Es imposible. No hay pruebas contra mí. El diseño es perfecto. Ni activé la bomba, ni impregné el piano de veneno, ni nada. He alejado el crimen de mí. Y yo estoy muy lejos de que nadie descubra nada sobre mi implicación.

—¿Y si alguien descubre entre los expedientes del doctor que hubo una baja que era su hermana?

—Es indudable que no se llevaba registro de esas atrocidades.

—Casi seguro que no, pero algún nombre suelto debe de haber. Por si acaso, la KGB ha mandado un activo al laboratorio del doctor, para destruir esa documentación si es que existe; si quieren la patente, no puede quedar rastro de que los medios para el éxito de la investigación fueran ilegales.

El inglés está roto. El brillo de sus ojos azules se resiste a doblegarse externamente. Pero toda la seguridad de la que ha hecho gala hasta ese momento ha desaparecido. Fuma con urgencia y sostiene el pitillo con dedos temblorosos. Baja la mirada al suelo para hacer su siguiente pregunta.

Una más personal.

—¿Sabe usted cuándo me van a…? ¿O cómo…?

El diplomático comprende que el escritor pregunta por su propia muerte.

—Lo suyo no va a ser ahora. Crearía más ruido. Irán por usted más tarde. Desearán que esto no trascienda a la opinión pública. Me pareció oportuno decírselo por si, después de salir de aquí, quiere intentar desaparecer. Yo que usted me ocultaría, dejaría de publicar, de producir películas…, de todo. No haga nada. Yo soy el primero que no quiere que haya más muertes. Pero lo buscarán, es evidente.

—Es imposible desaparecer… Y más para alguien como yo —dice lanzando la última bocanada de humo de un cigarro ya consumido. Tan consumido como él mismo.

El diplomático Dimitri Pavlovich es consciente de lo que ha querido decir el inglés con esa lacónica renuncia a huir. A escapar. A pasar una vida mirando atrás por encima del hombro.

El escritor jamás renunciaría a dejar de refulgir bajo los focos de la fama. Aunque sea muerto. Porque es consciente de que es un

muerto viviente en este momento.

—Me imaginé que diría eso —le dice el ruso.

—De todos modos —le advierte el inglés—, aún puedo sublimar la mejor historia que he creado hasta ahora…

La imaginación del escritor maquina algo, ¿quizá podría provocar un último giro final que lo aleje aún más de las sospechas y del crimen? Convirtiéndose en víctima, eso sí.

—También imaginé que querría hacer lo que intuyo que va a hacer —sentencia por fin, antes de volverse y salir de la terraza.

Porque el diplomático sabe que su interlocutor ha tomado una decisión. Y Pavlovich se reafirma en que ha hecho bien en construir su propia coartada de encontrarse a cientos de kilómetros de allí para que nadie le pueda achacar lo que ocurrirá esa noche. En cuanto sus compatriotas le avisaron de lo ocurrido, supo que en escasas horas tenía que improvisar algo para no acudir a la cita diplomática… pero aparentar que acudía.

Ahora sabe, por fin, que es la última vez que verá al inglés con vida.

Harry Crane apura el que será el último cigarrillo de su vida. Acaba de escribir una nota que habrá de llevar a la habitación de la señorita Wallace. La historia será evidente: ETA extorsiona a Anne, se introduce la bomba, y la pianista, aprovechando la protección que le otorga su medicación, envenenará a los dos cogalardonados que pueden saber de su participación: el doctor Kulakov y él mismo. El gran escritor.

Le da cierta pena hacer responsable de todo a la pianista. Es bella, es auténtica, es «una tormenta de verano que huele a bosque salvaje». Pero no imputárselo a ella sería acabar con su propia reputación, con su obra.

¿Y qué es lo más importante para él, como creador? Su legado, su fama. No puede, bajo ningún concepto, emborronar su nombre y, sobre todo, su obra, por un acto que él entiende de justicia.

Todavía puede buscar un final perfecto a la mejor historia que hasta ahora ha creado. Aunque para ello tenga que convertirse en víctima.

Una lástima que nunca sea conocida por el gran público.

Y una pena que tenga que llevarse por delante a la bruja Wallace. Pero ella ya está enferma y…

—… qué más le dará morir, cuando ya está muerta —musita mientras expulsa la que será su última bocanada de humo en este mundo.

Día 2

22.00 h

El final de un camino (4)

> La verdad es que, si pensamos a fondo en ello, no dejará de parecernos cosa de magia que las letras, esos pocos dibujos, esos pocos sonidos, puedan tanto. Que puedan darnos tanta felicidad y hacernos tanto daño.
>
> JUAN MAYORGA,
> premio Princesa de Asturias
> de las Letras 2022

INTERIOR. HOTEL LA RECONQUISTA. OVIEDO.

(SE HA CUMPLIDO EL PLAZO...)

Pavlovich se revuelve en su asiento. Ya no es altivo, pero tampoco se lo percibe inerme. Es un hombre sólido, sin doblez.

Sin miedo, en un mundo que vive atenazado por el miedo.

Mira a su alrededor y repara en que todo el mundo lo está observando. El fuego parece haber ganado terreno y el cerco es más pequeño para los pocos actores que quedan en esa tragedia griega. La acusación de la bruja Wallace ha centrado en él la atención. Le

parece una mujer es excepcional. De las personas más brillantes con que se ha topado en su vida.

Si ella sola ha sido capaz de descifrarlo todo a partir de los detalles percibidos por su subconsciente, no tiene sentido seguirle mintiendo…

No se lo merece.

Así que el diplomático se levanta y, con toda la flema del mundo, se pone a aplaudir. Todos se muestran atónitos por el gesto. Todos menos ella y el duro policía Bieda, que también ha demostrado ser un perro viejo. Él ha sido el único que quiso creer en la inocencia de la pianista desde el principio.

—La felicito, señorita Wallace. Es usted en verdad una bruja, como dicen. Ya no tiene sentido ocultar nada. Qué demonios, estoy cansado. Cansado de todo. De intentar guardar el equilibrio entre dos platos de una balanza que están siempre peleando por desequilibrarse. Todo fue como usted dice.

—Desarrolle… —le pide Bieda, con cara de pocos amigos.

—Yo no tengo nada que ver con esto, no me mire así. Ni siquiera la propia KGB ha intervenido. Pero ocurrió como han dicho. El doctor Kulakov comenzó a ser coaccionado y me pidió ayuda para venirse a Europa. Y fue entonces cuando le concedieron el premio.

—Pero la KGB, lejos de arredrarse, tuvo mayor urgencia para apremiarle a conceder a su país la patente —interviene Anne.

—Así es. Efectivamente, las cosas en Rusia no están tranquilas. Muchos países de la URSS amenazan con desmembrarse y la potencia que creíamos firme se tambalea. Ya hace cinco o seis años comenzamos a quedarnos rezagados, a causa de nuestro sistema político y de los miles de millones de rublos que nos dejamos en la

carrera armamentística. O en la carrera espacial. Por mucho que escucharan en las noticias que en febrero lanzamos la astronave Soyuz con dos cosmonautas para la estación permanente, esos ya son nuestros últimos intentos por aparecer guapos en la foto… No hace ni dos años que, para intentar mejorar las cosas, Gorbachov anunció la Perestroika, pero eso no sentó bien en todos los sectores más radicales. Entre ellos, los dirigentes del KGB. El Primer Directorio lo gobierna Vladímir Kriuchkov, un cabrón del ala dura. Dentro de su mando, está un grupo que se encarga de controlar los avances técnicos y de investigación por parte de Rusia. Así fue como supieron que había un proyecto que lideraba Kulakov, financiado no solo por rusos, sino también por agentes privados occidentales, para descubrir un tratamiento contra el alzhéimer. Mis camaradas quisieron apoderarse del proyecto.

—Y lo persiguieron allí, en su país, y aquí, en Europa.

—Antes del premio, mandaron un espía a Londres. Lo sé porque coincidí con él en la embajada, con lo que supe que la KGB quería seguir presionando al doctor. Y luego estuvo la última intentona de la playa, hace pocos días. Pero no consiguieron doblegarlo. Habían infiltrado a una persona en su equipo para tenerle controlado. Fue así como vieron que una de las víctimas de los experimentos de Kulakov era la hermana del señor Crane. Y entonces fue cuando descubrimos la motivación del escritor inglés. El único error de un plan perfecto.

—Eso y mi intuición —se engalla Bieda.

—Eso y que un pescador vio que el doctor mató a alguien en una playa —matiza Anne—. Pero ¿la KGB hizo algo, después de eso?

—Nada. Mandaron a otro agente al teatro, para asustar, nada más.

—El tío de pelo gris rapado en cuadrado y mandíbula prominente.

—Sí, el mismo que fue a Londres y el que vi en la embajada. Pero nadie habló con ETA. No hicieron nada para atentar contra el premio y menos contra el doctor, recuerden que era un gran activo intelectual para la URSS.

—¿Entonces?

—Suponemos, como han contado, que el escritor inglés logró que nos impregnaran a todos con una dosis no letal de Novichok.

—¿Qué tipo de sustancia es esa? —inquiere Lucas Bieda.

—Es el veneno más potente jamás creado. Más incluso que el gas VX y el sarín. Casi imposible de detectar. Por eso no vieron nada en los análisis médicos de nadie. Hace casi quince años se inició un programa en la Unión Soviética, y este es uno de sus «productos estrella»…

Pavlovich habla con una mezcla de hastío, vergüenza y tedio. Dice más de lo que debería. Pero no dice que ese programa, codificado como «Foliant», tiene a cientos de químicos e ingenieros que siguen estudiando la mejor y más discreta forma de matar con armas químicas.

—Y a mí me lo inyectó con un pinchacito, para provocar un empeoramiento en mis síntomas del párkinson, como hemos dicho, ¿verdad? —pregunta Anne—. Fue casi imperceptible.

—Supongo. No sé cómo lo hizo. Pero recuerden, hace unos años se supo por la prensa cómo falleció aquel periodista de la BBC en el puente de Waterloo, en Londres. Con un paraguas que lanzaba un minidardo envenenado con gas comprimido. Él no percibió

absolutamente nada, más allá de los síntomas *a posteriori.* Y ningún médico detectó tampoco nada en las pruebas. Sí vieron un pinchazo y de ahí que dedujeran que envenenado. He de decir que, lamentablemente, mis camaradas han refinado al máximo el arte del asesinato… El escritor Harry Crane no tuvo más que tomar ejemplo.

—Qué más. Siga —propone Bieda.

—No sabemos más. Pero cuando le concedieron el premio al doctor, entendimos que Crane vio la oportunidad perfecta. Compró a ETA para conseguir la bomba, les dio la idea genial de introducirla en una escultura que nadie examinaría… y jugó con la protección de los medicamentos de la señorita Wallace para pasar a través de ella el veneno a todos y, sobre todo, a un doctor que sí acabaría acusando, con un infarto, la leve intoxicación. Y, por lo que dicen, obligaron a la señora Expósito a activar la bomba…

—Es increíble. Cómo es posible que alguien como él… —interviene Javier Treviño.

Pavlovich asiente en silencio apretando los labios. Dejando que la verdad cale en los incrédulos corazones de los presentes, que se resisten a creer.

—¿Y por qué ha muerto el señor Crane? —interviene Patricia Rodero. Ella sigue estancada en la imagen que jamás abandonará su cabeza. La de haberse despertado al lado de un amante muerto.

—Pasó a ser un problema para la KGB, además de haberse cargado a un compatriota, claro —resopla Bieda, aspirando su puro ya casi consumido.

—Eso es.

—¿Y usted lo mató? —lanza en tono acusador la periodista hacia el diplomático—. ¿Por eso nos hizo creer que había abandonado el

hotel?

—No. Y sí. No lo maté yo, pero la engañé para que me viera saliendo del hotel y mandamos esa foto a su periódico.

—Pero nuestros hombres le escoltaron fuera del edificio. ¿Cómo volvió a entrar?

—Nunca salí. Y a la vuelta, mi chófer ruso insistió en entrar al aparcamiento para que pareciera que yo salía del coche, ya en el hotel.

—Que alguien me recuerde que he de partirles la mandíbula a Botella y a Montero cuando salgamos de aquí… —resopla Bieda.

—Lo importante es que, desde el primer momento en que se produjo el atentado, yo sabía que algo pasaba y de dónde procedían todas estas inquinas. Lo sabía porque el doctor Kulakov me pidió ayuda cuando lo amenazaron. Y yo intenté protegerlo para proteger un bien mayor. El equilibrio. Yo quería evitar más muertes. Tenía que contárselo al señor Crane y decirle que desapareciese del mapa.

—Fue usted muy convincente, por lo visto…

—No, no lo malinterprete. Le dije que aguantase a que nos desconfinasen, cosa que ocurriría hoy, y que desapareciese. Le dije la verdad. Que tendría que vivir mirando atrás por encima del hombro, porque lo perseguirían hasta dar con él y eliminarlo. Pero ya intuí que el señor Crane podría optar por… quitarse de en medio. Tener a la KGB detrás puede arruinar tu vida y la de los tuyos para siempre.

—Malditos bárbaros… —le espeta una indignada Patricia Rodero.

Pavlovich enarca cejas y se encoge de hombros. «Bárbaros…». Como si la CIA no hiciera lo mismo. Él mismo vivió de cerca hacía unos diez años el caso del agente Aleksandr Ogoródnik que estuvo

pasando información a los estadounidenses varios años. Al ser capturado por la KGB, pidió hacer una confesión por escrito con su propia pluma… de la que sacó una píldora de veneno para suicidarse, por mandato expreso de Occidente. Así fue como Rusia se quedó sin confesión. Y así fue como la CIA se quedó sin uno de sus mejores infiltrados. «Trigon» era su nombre en clave, y había pasado cientos de documentos clasificados los últimos dos años.

«El Mal no sabe de bandos, pero sabe de guerras, y está a ambos lados de estas», piensa Pavlovich.

Pero la gente sigue pensando que los enemigos que comenten atrocidades son siempre «los otros». Es más fácil pensar eso. Sea como fuere, Dimitri Pavlovich no entra en detalles. No es su función abrir los ojos a nadie sobre lo que ocurre en las esferas políticas. Sobre la dureza y frialdad con la que se arrebatan vidas e información entre Oriente y Occidente. No es su función despertarlos. Es mejor para ellos que sigan dormidos.

Anne interrumpe sus cavilaciones.

—De ahí que Harry Crane decidiese anoche *in extremis* introducir una falsa carta incriminatoria en mi habitación. Para que pareciera que también yo lo maté. Quería sublimar su obra. Si iba a morir de todas formas perseguido por la KGB y sabía que comenzaban a vislumbrarse ideas contra él, decidió crear el mejor final para su historia —dice Anne. Sin acritud. Casi con admiración—. La historia era clara. Yo había sido extorsionada por ETA para activar la bomba. Con la ayuda de una infiltrada en la policía también extorsionada. Cuando dos cogalardonados intuyeron mi implicación, yo decidí envenenarlos, haciendo uso de la protección que me brindaba la medicación.

—Bien, en teoría encaja, pero es una tontería. Ahora todos sabemos lo que ocurrió —rezonga Bieda.

—Lo sabemos, pero ¿podemos demostrarlo? La trama ha sido tan perfectamente diseñada que creer cualquier otra cosa sería muy difícil. No hay pruebas contra Crane, piénsenlo. No ha intervenido en absoluto. Ha cumplido a rajatabla su mantra de alejarse del crimen. Nadie puede demostrar sus conversaciones con ETA. La banda incluso cree que con quien habló fue con alguien de la KGB. La KGB no va a decir nada en absoluto. En las imágenes de las cámaras del evento, Crane es de los que aparece más lejos de la bomba y no mira siquiera al lugar de la deflagración. El hecho de que su hermana muriera por el experimento del doctor, sencillamente, no podrá demostrarse. Solo tenemos una fotografía y ningún expediente claro. Y tenemos un nombre, que yo saqué a través de contactos no oficiales y sin valor ante ningún juez. En cambio, todas las pruebas físicas existentes apuntan hacia mí. La carta de ETA en mi casa, los restos de veneno, la protección otorgada por mi medicación, la nota de Crane en mi habitación…

Y el silencio vuelve a instalarse en la plaza centenaria, salvo por el crepitar de las llamaradas.

El fuego. El piano.

Los cinco premiados aún vivos.

Y los cuatro policías, con un niño.

—El «principio de intercambio» de Edmond Locard, el criminalista francés, decía que todo contacto entre el culpable y un crimen deja rastros —sigue diciendo Anne con voz queda—. Pero el *leitmotiv* de Harry Crane fue siempre el contrario: alejar al culpable del crimen. Es muy sencillo: a un asesino jamás se le inculpa por haber

perpetrado un crimen…, a un asesino se le inculpa por haber cometido algún error y que alguien sea capaz de demostrarlo. ¿Hay alguien capaz de demostrar la verdad?

—¿Y qué demonios es la Verdad…? —musita Bieda.

—Si proponemos a un culpable pero luego no hay pruebas contra él, será una pesadilla —afirma Pavlovich—. La gente empezará a insinuar que ha sido la KGB y todo se enrarecerá más en esta guerra fría.

—Es que no hay pruebas. Las únicas que existen me apuntan a mí —dice Anne.

Es como si el cerco de llamas les hubiera brindado un espacio mágico. Un espacio habilitado para la sinceridad.

Y cuando el incendio se extinga, cada uno deberá afrontar su vida, cargando con lo que allí dentro se ha dicho.

Pero una vez que todos saben ya lo ocurrido, ¿qué alternativa queda, que no altere el orden europeo? Sabiendo lo que saben, ¿cómo va a ocultarse al mundo que el evento más famoso de España ha sido profanado con tanta sangre, y no hay ninguna prueba en absoluto contra el verdadero culpable?

Solo queda una salida…

Anne Wallace se levanta con la majestuosidad que solo confiere la magia. Dicen que es medio bruja, y puede que así sea. Su vestido blanco y el extraño tatuaje que asoma por su hombro realzan su figura de hada madrina. Musita algo por lo bajo, ¿una oración?, ¿un sortilegio? Y se sienta al piano. Y comienza a tocar una pieza de una velocidad endiablada: *Jardins sous la pluie*, de Claude Debussy.

La pieza que el compositor creó como mímesis para traducir en música la sensación de la lluvia inundando patios y jardines.

Y como si la bruja y su melodía hubieran invocado la tormenta, empieza a llover. La música sigue sonando.

Las gotas de agua repiquetean contra el piano.

El crepitar de las llamas se va adormeciendo.

De la misma manera que la música, que poco a poco adopta un ritmo más suave. Nadie se mueve de su sitio. Nadie busca refugio. Todos están hechizados, bajo el aguacero. Por el sortilegio musical de una bruja.

El fuego que los rodea en círculo va reduciéndose. Cuando se extinga, todos tendrán que enfrentarse a la dura realidad. La música cesa, tras varios minutos intensos de mágica melodía.

Las notas quedan suspendidas entre el aire y la lluvia. Solo se oyen las reminiscencias de unas llamas que permanecen vivas pero languidecen y el tintinar de la lluvia sobre el patio y el piano. Todos la miran a ella. Y ella habla.

—Ha sido un placer compartir estos días con ustedes. Ha sido una gran última aventura. Ahora todo está claro. Como claro queda lo que ha manifestado el señor Pavlovich. La única manera de que esto no redunde en un caos nacional o incluso en la crispación mundial, estando la KGB indirectamente por medio, es que todo quede oculto. Y que nos ciñamos a la fantástica historia que diseñó el ingenio de Harry Crane. —Anne Wallace por fin despega las manos de su piano y mira a todos los asistentes. A todos los cómplices de aquella macabra historia—. No se preocupen. Qué más da morir cuando ya estás muerta. Yo cargaré con la culpa…

Días después

El final que es principio

> Me llaman la Bruja porque temen lo desconocido, porque soy distinta. Nunca he temido serlo. Me aterraría más ser igual a todos. Si ven sombras en mí, es porque me quedo con la Luz. Soy la Luz Negra. Si les doy escalofríos es porque soy como el viento. El viento que intenta acariciar la Tierra, crear música con la Naturaleza, silbar entre los árboles y riscos.
>
> Y el maestro escultor me comprende porque él ha nacido… para peinar el viento.
>
> ANNE WALLACE,
> ficticia premio Príncipe de Asturias
> de la Comunicación y Humanidades 1987

EXTERIOR. ACANTILADOS DE SOPELANA Y PUNTA GALEA. VIZCAYA.

DÍAS DESPUÉS AL FINAL DEL CONFINAMIENTO EN EL HOTEL.

Corro por el acantilado que da al mar Cantábrico, embargada por una sensación de libertad. El sol inunda de luz el paisaje y reduce las retinas. El océano ruge de fondo y las olas rompen acompasadas intentando conquistar el mundo.

Se preguntarán ustedes qué hago yo en libertad.

Yo también me lo pregunto.

Pero me tomo la vida tal cual viene. Sé que este camino vital es un mero ir muriendo poco a poco. Porque la vida es de suyo una bella e intensa enfermedad terminal. Por eso no importa morir.

Importa cómo vives.

Y por qué morirías.

La hierba dibuja oleadas con el movimiento de sus briznas al son de los golpes del viento marino. Y yo sigo corriendo, devorando distancias y sintiéndome en comunión con la tierra, con el mar, con el viento.

Con mi luz negra.

Diviso por fin mi casa. El camino de gravilla, la cascada que borbotea en el pequeño riachuelo y la explanada de hierba perfectamente recortada frente al mar. Y, en el centro del verde, mi piano negro de ébano sobre tarimas de teka.

También hay dos personas sentadas en unas butacas de cara al mar. Un genio y su musa. Eduardo Chillida y Pilar Belzunce, que me saludan con una cálida mirada, a lo lejos.

Me dirijo hacia el caserío para cambiarme, antes de unirme a ellos. Ahí me espera como siempre Sheldon. Lleva un periódico en la mano. Creo que ya sé lo que contiene. Le saludo y tomo el ejemplar en mis manos. Es el diario *Nación*.

LA MUERTE CONVIERTE EL PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS EN LEYENDA

Por Patricia Rodero

Es curioso cómo un acto tan espectacular puede intentar mancillarse y corromperse con bombas y muerte. Y es curioso que esos golpes no logren sino bruñir aún más el brillo que el Premio Príncipe de Asturias acrisola. Si antes era importante, ahora, desde este funesto año, se convertirá en

legendario. Porque ha demostrado que puede sobrevivir a las bombas o a la muerte de sus premiados. Porque la institución va más allá de los galardonados y los trasciende. Son premios eternos para premiados mortales. Premiados que, aunque mueran, serán imperecederos precisamente gracias a este laurel.

Todo empezó con la bomba de ETA. La banda armada intentó deslucir un acto que lucía demasiado, irradiando instituciones y sentimientos que ETA quería emborronar. Pareció que lo iba a conseguir. El príncipe sufrió un leve vahído, fruto del impacto y del shock, pero fue tratado y no tuvo mayores consecuencias. No corrió igual suerte el maltrecho corazón del doctor Kulakov, que se apagó al cabo de unas horas, fruto de la cardiopatía que sufría, de la tensión del atentado y de la investigación posterior, que se saldó sin consecuencias mayores.

Porque han sido los de siempre, intentando hacer lo de siempre.

Por si eso fuera poco, en una funesta casualidad del destino, hoy nos hemos enterado también de la triste noticia del accidente de otro de los premiados, el escritor Harry Crane. Un hombre al que siempre le había gustado vivir al límite, se estrelló con su bólido en una desértica carretera americana, unos días después de viajar por negocios a ese país. He de decir que hice una amistad personal con él en los actos para el otorgamiento del premio, y sé que ha muerto como vivió: exprimiendo la vida al máximo. Y creo que el galardón que se le concedió no ha podido ser mejor broche para el final —triste, sí— de su vida. Al menos, sus últimos días han estado llenos de emociones, de experiencias fuertes y de un reconocimiento como este premio de talla mundial.

Pero todo esto también nos ha dejado detalles de esperanza. Se ha confirmado que el premio otorgado al doctor Andrei Kulakov no podía ser más merecido, ya que estos días hemos conocido su trabajo para descubrir un posible tratamiento para el alzhéimer que el médico ha dejado al mundo como legado con una patente liberalizada, en un alarde de la generosidad que se le presupone a quien ha sido merecedor de tan alto galardón.

¿Y ahora qué? Ahora nada. Ahora todo. Ahora mejor. El príncipe ya lo ha dicho en público y las personas que trabajan en la institución estarán más entregados si cabe a la causa de hacer despuntar el premio y su fundación en

el futuro. Porque a veces, cuando un evento se salpica de muerte, la sangre que deja no es sino riego fértil para convertir en leyenda lo que antes era un mero evento. A veces, el sacrificio hace germinar los mejores frutos.

Acabo de leer el artículo de Patricia y aprieto los labios. «No está mal», concedo en mi interior. Se lo devuelvo a Sheldon. Él no sabe nada. Y yo tampoco se lo voy a contar. Miro a mis huéspedes, los Chillida. Ellos ya han leído las noticias. Quizá por eso han decidido venir a visitarme hoy. Porque quizá, después de todo, hoy sea un buen día.

Se seguirán preguntando ustedes qué hago yo en libertad.

Yo también me lo pregunto.

Pero todo fue idea de Dimitri Pavlovich…

PATIO DE LA REINA, SEGUNDO DÍA TRAS EL ATENTADO. NOCHE. FLASHBACK HASTA EL CÍRCULO DE FUEGO...

Todos expectantes en el patio de la Reina. Un entorno de fuego, lluvia, piano y silencio.

Cinco premiados, cuatro policías y un niño.

—Yo cargaré con la culpa…

Y aunque todos lo comprenden, hay uno con más experiencia que nadie en urdimbres internacionales que no está dispuesto a dejarse ensuciar otra vez las manos.

—Ni lo sueñe, señorita Wallace. Yo me encargo —dice Dimitri Pavlovich, con sus facciones draculianas acentuadas por la humedad en su rostro y la reminiscencia rojiza de las llamas moribundas que

aún nos rodean—. Señor Bieda, ¿en este momento quiénes saben que el señor Crane está muerto?

Bieda mira a su alrededor.

—Pues creo que a estas alturas los que estamos aquí, el médico que lo ha examinado… Y, por supuesto, los jefes de arriba. Solo los muy jefes, vamos.

—Bien. Creo que podremos gestionarlo. Tendría que hacer llamadas y sacar el cuerpo de aquí sin que nadie lo vea. No creo que sea problema.

—¿Qué pretende?

—Desligar las muertes. Lo del príncipe, unas leves lesiones a raíz de la bomba. El doctor, muerte natural, por la cardiopatía que sufría. Y el señor Crane morirá más tarde, en una desafortunada caída o un accidente o… La culpa de todo la tendrá ETA, y no la señorita Wallace.

—¿Y cree que no trascenderá?

—Llevo toda mi vida entre espías, señor Bieda. Solo trascenderá si alguno de los que están aquí se va de la lengua. Y si es así… —Hace una pausa y clava su mirada en cada uno de los que se encuentran dentro del círculo de confianza—. Si es así, me enteraré y tendrá consecuencias. Aquí me la juego con mis compatriotas: me comprarán esta idea solo si no hay cabos sueltos. Y ya han visto ustedes lo que hacen con los cabos sueltos —dice señalando hacia la habitación del finado escritor inglés.

—No es justo. ¿Harry Crane sale de aquí de rositas? —se queja Javier Treviño.

—No, de aquí sale en una caja y con los pies por delante… Y segundo, las autoridades españolas y sus servicios secretos sí sabrán

lo ocurrido. Pero no se verán obligadas a tomar acciones frente al público, ni a emponzoñar un premio que ha de brillar por el bien del país. Nadie tendrá que pedir oficialmente explicaciones a la KGB, y además, el medicamento y su descubrimiento podrá liberalizarse sin problema.

—De esto me ocupo yo —dice Bieda—. Pediré a mis superiores que mantengan todo esto en secreto y que solo informen a lo más alto y a sus homónimos ingleses.

—También tendrá que desbaratar las pruebas que el resto de sus compañeros polis han encontrado en contra de la señorita Wallace. Puedo ayudarle si quiere —se ofrece el ruso.

Bieda asiente y se enciende un puro bajo la lluvia. Sonríe.

—Pues ya estaría. Tampoco ha sido tan difícil, ¿no?

ACTUALIDAD DE NUEVO. ACANTILADOS DE PUNTA GALEA, EN LOS JARDINES DE LA CASA DE ANNE WALLACE.

Minutos después, ya cambiada, me acerco a la llanura donde el horizonte queda dibujado por una línea que separa el azul oscuro del claro. El mar y el cielo. Me siento en otra hamaca de madera, al lado de los Chillida.

Eduardo no me mira, su mujer sí. Él fuma en pipa y admira el mar. Su mar.

—Pues ya está, querida —me dice mientras exhala el humo.

—Ya está…

Su mujer, sin decir nada, lo dice todo. Toma de la mano a su marido. Estoy segura de que Pilar es consciente de que ha sido

vigilada. Sabe y calla. Los miro a ambos. ¿Algún día encontraré yo lo que ellos tienen?

—¿Y qué va a hacer ahora, señorita Wallace? —me pregunta la propia Pilar.

—Supongo que lo de siempre —respondo con la mirada perdida en el océano que reverbera con brillos cristalinos—. Tocar y componer. Enseñar. Mi enfermedad no avanza tan rápido, aunque acabará siendo implacable.

—Quién sabe. Igual encuentran alguna cura o algo que la cronifique.

—Bueno, lo importante es que de momento me permite seguir tocando. Por alguna razón extraña que los médicos no saben determinar, cuando me pongo a interpretar al piano se genera dopamina en mi cerebro a tales niveles que los síntomas casi se desvanecen. No lo comprenden, pero aseguran que, mientras continúe así, podre seguir tocando mucho tiempo. Y manteniendo a raya la enfermedad.

—Será porque es usted medio *sorgina.*

—Será por eso.

—¿Y qué más? —inquiere Eduardo. Como si intuyese algo. Como si supiese—. ¿Por qué viene hoy también a visitarla el señor Bieda? ¿Quiere ofrecerle algo?

—Sí. Quiere hablarme de una reunión en Madrid.

—¿Con quién?

—No lo sé. Con el alto mando. Gente que se cree importante. Parece que les han hablado de mí.

—¿Le ofrecen trabajo? —sonríe Chillida, dando una calada a su pipa.

—Puede ser.

Los Chillida Belzunce me miran a la par. Sonríen. Yo los miro de vuelta.

En ese momento aparecen tres personas en el jardín de la entrada.

Son Bieda, Paz y una niña o mujer ya, no sabría definirlo. Será Begoña.

Me alegra ver a Paz. Acudo a saludarlos, e intento curvar mis labios al hacerlo («Manual de cortesía», capítulo dos). Paz me dedica un saludo efusivo y vuelven a mi recuerdo su mirada, su olor y las positivas percepciones que sentí cuando estuve con ella. Bieda me saluda como lo hacen los orangutanes, casi sin palabras, casi a mi estilo. Y se dispone a presentar a su hija Begoña a los Chillida.

—Ha salido de esta, señorita Wallace. Y lidiando con mi marido —me dice Paz, por lo bajo—. Vaya mérito.

—Sí. Tengo mérito.

Ella sonríe. Me aprieta el brazo y Lucas le presenta también al reconocido escultor. Mientras ellos se saludan y charlan de tonterías, según las normas humanas de urbanidad que jamás terminaré de comprender, yo me siento al piano.

E interpreto la *op. 90, D 899 Impromptus* de Franz Schubert. Para saludar y acoger el precioso día que se nos ha regalado. Desatiendo mis propias normas y atiendo furtivamente a lo que hablan las dos familias.

No he saludado a Begoña. Me ha dado cierto reparo sabiendo lo que sé sobre ella…

Percibo que después de la cháchara, ella le dice algo a su padre. Sobre mí. Escucho retazos de palabras.

«Si ella está a tu lado, estaré más tranquila», creo escuchar.

Lucas parece instarle a que se acerque a saludarme. Yo sigo tocando. Ahora *Nocturne n.º 2, op. 9* de Chopin. Melodía tranquila y suave, para que se sienta acogida al acercarse. Ya que no se me da bien empatizar con palabras, la acojo con mi música. La miro sin decir nada, y con un gesto la invito a sentarse conmigo al piano.

—Hola, soy Begoña —me dice.

—Lo sé. —No puedo decirle mucho más. No sé tratar a una adolescente. Yo nunca lo fui. Por eso decido hablar sin palabras.

Acabo mi melodía. Ella parece estar aún bajo el hechizo de mis notas. Que calman su ánimo marchito. Me giro hacia ella y le toco la cara. Estoy así unos instantes e intento beber sus venenos internos, absorber sus miedos y transferirle mi paz.

Solo entonces sé lo que he de decirle. Lo que he de ofrecerle para acabar de curarla.

—Te preguntas quién soy. Te preguntas por qué tu madre (y tú) pensáis que es bueno que ayude a tu *aita*. Mira, Begoña, si me llaman la Bruja es porque temen lo desconocido, porque soy distinta. Nunca he temido serlo. Si ven sombras en mí, es porque soy la Luz Negra, que se sacrifica y hace que la luz real pueda brillar sobre otros. —Hago una pausa y clavo mi mirada en ella—. No te preocupes por él, Begoña. A partir de ahora, yo lo protegeré. Seré… su bruja madrina.

Agradecimientos

Lo primero, quiero dar las gracias a mi familia. A Ana, a mis hijos, a mis padres y a mis hermanos. Por aguantar que no esté y hacerme llegar donde no llego. Es como esa anécdota cristiana en la que el padre insta al hijo a que levante una roca con todas sus fuerzas. «No puedo», contesta el niño tras intentarlo con denuedo. El padre sonríe y pregunta: «¿Pero has usado todas tus fuerzas?». El niño no contesta. Y al hacer una última intentona, ve que su padre le ayuda y levantan la piedra con facilidad. «¿Ves? —le dice—. No habías usado todas tus fuerzas. Porque te faltaban las mías». Familia, gracias por vuestras fuerzas, que son las mías.

Gracias a mi «bruja madrina» literaria, Maya Granero. Nadie analiza un manuscrito como ella. Hace quince años, ella vio en mí un creador de historias. En esta última, cuando yo decaía, ha vuelto a usar su magia conmigo.

A nivel práctico, por su implicación y ayuda, gracias a la Fundación Princesa de Asturias que, a pesar de su debida neutralidad, tiene un gran equipo y una amabilidad encomiable para dirigirme a las fuentes y aprender más sobre una institución y un premio que se han convertido en protagonistas de la novela. También es protagonista con alma, a pesar de ser de piedra, el hotel de La Reconquista, antiguo Hospicio Real de Asturias. Gracias a Ricardo

Silvestre por introducirme en los entresijos del hotel y gracias a Pedro Villanueva, experto como nadie en la historia del hospicio, por adentrarme en el mismo edificio, pero siglos atrás.

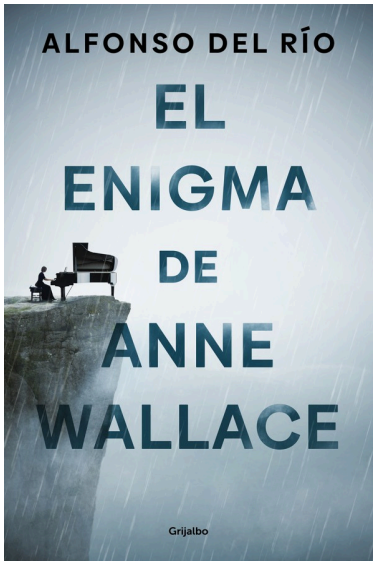
Gracias a Luis Chillida, hijo del gran artista Eduardo Chillida y de la gran mujer Pilar Belzunce. Cómo los admiro a ambos: ejemplo de unión, de talento y de vida. Gracias a Luis y a todo su equipo de la Fundación por acompañarme, por las anécdotas sobre vuestros padres, por haberme dejado lanzarles un responso ante su tumba discreta, por haberme convertido en un devoto de por vida.

Un agradecimiento especial también al doctor y amigo Fran Mendoza, ahora al otro lado del Atlántico, que ha estudiado esta historia varias veces y me ha ayudado con sus conocimientos médicos y medicinales para encontrar las vías más retorcidas de «cargarse» a alguien en una «habitación cerrada». Gracias también a Susana y APNABI por hacerme comprender mejor el trastorno de espectro autista y poder ayudarme a entender mejor a mi propio personaje.

Quiero agradecer a mis compañeros de fatigas profesionales: Miguel, Patricia, Saúl, Echart… y otros que me acompañáis y tendréis que sufrir ver mi alma dividida entre lo crematístico y lo romántico.

Por último, mi más sincero agradecimiento a Carmen Romero y a Toni Hill, que junto con mi agente Silvia Bastos han creído en este enigma. Quien cree sin haber visto merece toda mi confianza. Espero que esta historia os devuelva con creces lo que apostasteis. Gracias.

Una pianista brillante y enigmática.
Una investigación policial llena de incógnitas.
¿Cuál es el secreto de Anne Wallace?



Anne Wallace es la mejor pianista del mundo, pero también es una mujer excéntrica e impredecible. Famosa por su inteligencia sublime y por su gusto por lo ancestral, toca un piano especialmente fabricado para ella, con todas las teclas negras. A menudo lo hace bajo la lluvia, en esas tardes de tormenta que azotan los acantilados de la costa vasca que hay cerca de su casa.

Justo después de recibir el Premio Príncipe de Asturias, Anne asiste a un cóctel en un lujoso hotel junto a los demás galardonados. Será allí donde la explosión de una bomba —algo inexplicable en un recinto cerrado con importantes medidas de seguridad— desencadene una compleja investigación en la que ella, tan especial

como misteriosa, se convertirá en la principal sospechosa… y en la única capaz de ayudar al sagaz inspector Bieda a descubrir la verdad.

Alfonso del Río (Bilbao, 1980) es licenciado en Derecho económico por la Universidad de Deusto y, en su día a día, compagina las facetas de padre de cinco hijos, consultor en el sector audiovisual, escritor y triatleta. Ha sido Socio responsable a nivel nacional de telecomunicaciones y audiovisual en Deloitte Legal. En 2017 fue galardonado con el Forty under 40 por ser uno de los mejores abogados jóvenes de España y, desde 2022, es considerado por el galardón legal más prestigioso de Europa (Chambers&Europe) como el abogado líder nacional en asesoramiento financiero y fiscal en el sector Media. También colabora puntualmente como profesor universitario y es columnista semanal en el grupo Vocento. Desde 2024, trabaja en capital riesgo en el sector audiovisual para dedicarse al cien por cien a su pasión de contar historias y difundirlas.

En 2018 publicó *La ciudad de la lluvia*, novela que permaneció en las listas de los libros más vendidos en España durante ese año. En 2020, con *El lenguaje oculto de los libros*, se consagró como una de las jóvenes apuestas del panorama literario. Ahora llega a Grijalbo con su obra más adictiva y ambiciosa: *El enigma de Anne Wallace*.



Primera edición: septiembre de 2025

© 2025, Alfonso del Río
Autor representado por Silvia Bastos S.L. Agencia Literaria
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Isabel Loureiro, por el plano del interior

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Anna Puig
Imágenes de portada: composición fotográfica a partir de las imágenes de © Al Lapkovsky / Trevillion Images, iStock y Freepik

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7125-7

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

El enigma de Anne Wallace

Notas aclaratorias del autor

Plano del hotel La Reconquista

Los premiados

Mi prólogo

Incidente incitador

I. El Premio

- El piano y la muerte
- El cóctel (según Anne Wallace)
- El menos malo
- Día primero
- Solo cuarenta y ocho horas
- La bruja y los polis
- La ceremonia (según Anne Wallace)
- Una reunión de «amigos»
- La playa de los Cristales

II. Los premiados

- El niño y la cámara secreta
- Premisas iniciales

Paz

El patio de los Gatos

Las noticias y la verdad

Conversación con el doctor Kulakov

La gata, el mensaje y el sombrero

El doctor, la bruja y el niño

El empresario Javier Treviño

El cóctel (según Javier Treviño)

El encargo

La ceremonia (según Javier Treviño)

El niño y la cámara secreta

El escritor

El cóctel (según Harry Crane)

A puerta cerrada

Otra playa roja

Yo no he sido

El protocolo

Ni tocar

El teatro de ayer

Solo siete (o seis)

La periodista

La ceremonia (según Patricia Rodero)

Difama que algo queda

El fin y los medios

El niño y la cámara secreta

El diplomático y el puñetazo

¡Corre!

La ceremonia (según Dimitri Pavlovich)

Quijote

El Cenicienta

El escultor de la luz negra

La inmortalidad

El cóctel (según Eduardo Chillida)

Patio de butacas

El niño y la cámara secreta

Repaso en la pizarra

Pactar con el diablo

Día segundo

III. El policía

Los cinco

El pasadizo

El arte oscuro

La catedral y la tormenta

La rendija de una puerta

Hogar, dulce hogar

El nido del cuco

Demasiado amor

El niño y la cámara secreta

Misión Inglaterra

La portada

Dos mentes negras

La llamada de la locura

Otra pizarra

Seamos sinceros

Adrián y Adrián

IV. La Bruja

La llamada de la cordura

El final de un camino (1)

Coge al niño

El final de un camino (2)

El final de un camino (3)

El capítulo de «El Cenicienta» (desde otro punto de vista)

El final de un camino (4)

El final que es principio

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Alfonso del Río

Créditos